

LARA SMIRNOV

**SI LA VIDA
TE DA LIMONES,
HAZ CULEBRONES**



zafiro[♥]

Índice

Portada

Portadilla

Sinopsis

Parte I

1. Hasta que la muerte los separe
2. Los ricos también lloran
3. Hermanos y hermanas
4. La dama de rosa
5. Buen partido
6. La usurpadora
7. Monte Calvario
8. Niña bonita
9. La vida sigue
10. Rebelde Way
11. Bonanza
12. Fatmagül
13. Tranvía a la Malvarrosa
14. Entre naranjos
15. Mis amigos de siempre
16. Dallas
17. Pasión de Gavilanes
18. Cebollitas
19. Dinastía
20. Belleza y poder
21. María la del barrio
22. Mi familia perfecta
23. Dancing days

24. Príncipes de barrio

25. Inocente de ti

Parte II

26. Dame chocolate

27. Caballo viejo

28. De pies a cabeza

29. Caín y Abel

30. Dueña y señora

31. Floricienta

32. Madres solteras

33. Cristal

34. La Navidad de Floricienta

35. Patito feo

36. El secreto de Puente Viejo

37. Física y química

38. Narcos

39. Padres e hijos

40. El juego de la vida

41. Narcos. Segunda temporada

42. Amarte así, Frijolito

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

La familia Velasco es envidiada por su riqueza y posición social privilegiada, ya que son los dueños de grandes plantaciones de cítricos en el levante español pero, como es bien sabido, Los ricos también lloran.

Cuando un periodista escarbe en los orígenes de la fortuna familiar, descubrirá que no hace falta irse a Dallas ni a los viñedos de Falcon Crest para vivir una auténtica Pasión de gavilanes.

Riqueza, poder, intrigas y secretos inconfesables en una montaña rusa de sentimientos que sacude a los Velasco, una familia tan apasionada como el amor de la madre de Frijolito por su pequeño. ¿Quieres conocer sus trapos sucios? ¡Asómate a sus vidas!

SI LA VIDA TE DA LIMONES, HAZ CULEBRONES

Lara Smirnov

zafiro 

Parte I

Hasta que la muerte los separe

Valencia, España, primavera de 2017

Sentada en uno de los bancos de la basílica de la Virgen de los Desamparados, Ángela consultó el móvil una vez más.

«De verdad, mamá, ya te vale. Tantas prisas y ahora me haces esperar.»

Aunque hacía años que Ángela no vivía con sus padres, seguía visitándolos a menudo; por eso no entendía las prisas con que su madre la había citado para hablar con ella. Según Vicenta, lo que tenía que contarle era demasiado importante; no podía esperar.

Si esas palabras hubieran salido de la boca de su tía, no se habría preocupado porque la tita Cinta era una auténtica reina del drama, pero su madre era la sensatez en persona. Y lo peor no habían sido sus palabras, sino el tono en que las había pronunciado. No cabía duda, estaba asustada. Y, para acabar de rematarlo, la había citado en una iglesia; no en la chocolatería Santa Catalina, donde les gustaba darse un capricho de vez en cuando, sino frente a la virgen que los valencianos llamaban cariñosamente *la Geperudeta*, o, lo que es lo mismo, *la Jorobadita*.

«¿Qué podrá ser? Seguro que está preocupada por Katrina. Porque no creo que sea culpa de papá..., ya está acostumbrada a sus infidelidades. ¿Querrá divorciarse? ¿Mamá? ¡Qué va! Antes veremos al Levante campeón de la Champions.»

Aunque el deporte no era lo suyo, era difícil no tener el fútbol siempre

presente, ya que lo había mamado desde pequeña. De hecho, ésa era una de las frases favoritas de su padre, que era el presidente del Valencia C. F. Además, Queco, su marido, había sido el presidente más joven de la historia del F. C. Barcelona y actualmente era el colaborador favorito de las tertulias futbolísticas de todo el país. A su hermana pequeña, Katrina, le latía un balón en el pecho en vez de un corazón. Por eso le gustaba tanto quedar con su madre, para poder hablar de otras cosas.

Al cabo de un rato, volvió a mirar el móvil.

«Pues vaya plan. Podría haber acabado el informe antes de venir. —Resopló—. Creo que me ha dado plantón. Podría haber avisado, ¿no? O tal vez lo ha hecho y aquí no hay cobertura. Mejor salgo.»

Al salir a la plaza, empezaron a llegarle varios avisos a la vez: tenía llamadas, sms, mensajes de WhatsApp...

«Confirmado. Mi madre me acaba de dejar plantada en una iglesia. Mi vida acaba de batir algún nuevo récord de bajón mundial.»

Abrió WhatsApp y leyó el primer mensaje de su hermana.

Sintió que las fuerzas la abandonaban. Tuvo que apoyarse en la fachada de la basílica. El móvil cayó al suelo y la pantalla se hizo añicos.

Como el futuro de la familia Velasco.

Los ricos también lloran

Cuando logró serenarse, Ángela corrió hasta la casa familiar, donde la esperaba una escena que nunca lograría olvidar.

Su madre estaba en el vestíbulo, tumbada al pie de la escalera con la cabeza vuelta de un modo grotesco. Su primer impulso fue ir a colocársela bien, pero dos agentes de policía la sujetaron.

—¡Pero no ven cómo está! —gritó, tratando de liberarse—. ¡Eso tiene que ser incómodo!

—No te preocupes, Ángela —replicó el comisario con ironía—. Tu madre ya no siente ni padece.

—¡Un poco de respeto, joder! —Katrina se acercó a su hermana y la apartó de los policías.

—¡Katrina, habla bien, *collons!* —la reprendió su padre, Augusto Velasco—. Discúlpala, Cotino.

—No te preocupes, Velasco. Es la tensión del momento. Para nosotros esto es el pan de cada día, pero las señoritas no están acostumbradas a los golpes de la vida.

—Lo reviento. —Katrina se volvió hacia el comisario, pero esta vez fue Ángela la que reaccionó y agarró a su hermana del brazo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Pero fue Cotino quien respondió:

—Un accidente. La típica caída por la escalera por ir con prisas o despistada.

El tono del comisario —viejo amigo de su padre— era una mezcla de

desprecio y despreocupación. Era su forma habitual de referirse a todo, pero esta vez le molestó más que nunca. Estaba hablando de su madre, cuyo cadáver aún debía de estar caliente.

«¡Joder!» Ángela se volvió hacia su hermana, que estaba tan enfadada como ella.

—Y ¿ha llegado a esa conclusión sólo con una mirada? —lo retó Katrina—. ¿No van a hacerle la autopsia?

El comisario le dirigió una sonrisa que no podía estar más fuera de lugar.

—Por supuesto. El doctor Correa está en camino.

Cuando los dos agentes cruzaron una mirada incómoda, el comisario los miró con dureza.

—Si habéis acabado de examinar la casa, esperad abajo. Yo mismo tomaré declaración a la señora Crescat mientras esperamos al doctor.

—¿No prefiere que lo haga yo, como de costumbre, comisario?

—No. Esperad abajo y ocupaos del coche del doctor cuando llegue.

Ángela miró a su alrededor. Su padre estaba sentado en una silla, aparentemente tranquilo. Desde luego, mucho más tranquilo que durante cualquier partido del Valencia. Rosa, la asistente, estaba de pie a su espalda, retorciéndose las manos y llorando en silencio.

—Ángela, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con tu madre? —preguntó el comisario Cotino.

Katrina apretó la mano de su hermana mayor en una advertencia muda, pero ella no necesitaba advertencias porque su intuición la estaba alertando de que no se fiara de aquel hombre. Era como si su madre le estuviera gritando al oído; una sensación rara pero imposible de ignorar.

—Ayer —mintió—, ayer por la tarde hablé con ella.

—Y ¿notaste algo raro?

—¿Algo raro como qué? ¿No ha sido un accidente?

El comisario se acercó y se inclinó sobre ella.

—Por muy amigo que sea de tu padre, te recuerdo que aquí las preguntas las hago yo.

Ángela se echó hacia atrás al mismo tiempo que Katrina se inclinaba hacia

delante en un gesto protector.

—Pues no, no noté nada raro.

—Y ¿estás segura de que no has hablado con ella desde entonces? —insistió con incredulidad.

—De momento no he tenido problemas de memoria —respondió con frialdad—. Si empiezo a tenerlos, se lo haré saber.

—Déjala, Cotino. Tiene razón —corroboró Augusto—. La que empezaba a tener problemas de memoria era Vicenta. Una verdadera lástima. Este accidente ha sido una desgracia, pero al mismo tiempo ha sido una bendición. Con su alzhéimer, le esperaba una vejez de lo más desagradable.

—¿Qué dices? —protestó Katrina—. ¡Mamá no tenía alzhéimer!

El timbre sonó y Rosa dejó entrar al doctor.

—Correa, llegas justo a tiempo. Les estaba comentando a mis hijas lo del alzhéimer de su madre.

El doctor saludó a todos con una leve inclinación, centró su atención en la difunta y sacudió la cabeza.

—¿A qué hora ha sucedido?

—Pasaban de las cinco, doctor —respondió Rosa con la voz temblorosa—. Había empezado ya «Amar es para siempre». Me extrañó que la señora saliera a esa hora porque ella y yo nunca nos perdíamos la novela. —Sollozó con más fuerza—. ¡Ay, Dios mío, ya no podrá saber cómo acaba! ¡Ay, qué pena más grande!

—Rosa, ¡déjese de novelas! Vaya a la cocina y tráigale algo al doctor.

—Ay, claro, disculpe. ¿Qué va a querer?

—Nada, no se preocupe. Voy a pasar el parte de defunción a la funeraria para que puedan llevarse a la señora cuanto antes.

«¡No, que no se la lleven!» A Ángela no le daba tiempo a asimilar las cosas.

—¿Es cierto que tenía alzhéimer, doctor? —preguntó Katrina, que llevaba allí diez minutos más que su hermana y había tenido un poco más de tiempo para reaccionar.

Él bajó la vista y asintió en silencio.

—No nos había dicho nada. —«Tal vez era eso lo que quería contarme.»

—No querría preocuparlas —replicó el médico, claramente incómodo.

—O se le olvidó contárselo. —La carcajada de Cotino resonó en el amplio y lujoso vestíbulo.

Katrina se incorporó con la intención de agredirlo, pero Ángela la agarró con fuerza del brazo.

—Aguanta, por favor —susurró—. Si te detienen, voy a tener que enfrentarme a esto sola.

Katrina apretó los puños. No soportaba a ese hombre, que la miraba siempre como si fuera un trozo de carne en un bufete libre. Pero es que, encima, el muy impresentable parecía estar divirtiéndose. Una cosa era estar acostumbrado a encontrarse con la muerte en su día a día, y otra muy distinta cachondearse en la cara de los familiares.

«Si te pillo a solas, no lo cuentas, cabrón.»

Katrina era deportista profesional. Todo el mundo sabía que era futbolista, pero le gustaban todos los deportes, incluidos los de contacto, y estaba en plena forma. Ese esperpento de policía no le duraría ni diez segundos.

Aunque en las revistas del corazón habían empezado a llamar a la menor de los Velasco Altasierra *Katrina la Zarina*, pronto le cambiaron el sobrenombre por el de *Kata la Gata* por su rechazo a aparecer en los medios de comunicación. Más les valía a todos dejarla en paz si no querían que les mostrara las uñas.

Ángela le tiró del brazo hasta que volvió a sentarse.

Cuando, poco después, llegó un coche de la funeraria, Ángela quiso acompañar a su madre, pero no se lo permitieron. Como en una pesadilla, vio a los dos operarios llevarse a su madre en una angarilla cubierta por una manta metalizada.

—Ahora vamos a rellenar estos papeles y a decidir qué tipo de exequias le habrían gustado a la señora —dijo el empleado de las pompas fúnebres—. Mañana a partir de las nueve ya estará preparada y podrán pasar el día con ella. Lo primero que necesitamos saber es si quieren entierro o prefieren incineración.

—Incineración —respondió Augusto—, cuanto antes.

—Hay que esperar cuarenta y ocho horas, señor.

El presidente del Valencia resopló.

—El martes hay partido de Champions. Tengo muchas cosas que preparar. Os dejo con los detalles; no escatiméis en gastos.

Las dos hermanas, aún en *shock*, vieron cómo su padre salía de casa acompañado del médico y del comisario de policía.

—¿Podríamos sentarnos? —pidió el empleado de las pompas fúnebres—. La artrosis de rodilla me está matando. —Carraspeó al ver la mirada asesina que le dirigieron las hermanas—. Perdón. Si me lo permiten, les mostraré los catálogos.

Rosita los hizo pasar al salón y durante los siguientes minutos el hombre les cantó las excelencias de sus productos.

—Lo primero es elegir el ataúd.

—¿Para una incineración también?

—Sí, claro. Su señora madre tendrá que estar bien presentada para las visitas en el tanatorio. Contamos con los mejores expertos en tanatopraxia y tanatoestética. Ya verán cómo las visitas les dicen que nunca la habían visto tan guapa.

Ángela abrió la boca, pero no le salió nada.

—Lo flipo —dijo Katrina a su lado.

—Pueden elegir entre arcas de forma redonda, semirredonda o egipcia. Por supuesto, todos nuestros materiales son ecológicos. Les recomiendo el nogal, su madre no merece menos.

Ángela asintió en silencio y el hombre, impecablemente trajeado y peinado hacia atrás, cerró el catálogo de ataúdes y sacó otro.

Katrina se inclinó hacia la maleta con ruedas que el hombre tenía a su lado.

—¿Cuántos catálogos lleva?

—Seis. Normalmente no vamos a domicilio, pero con ustedes hemos hecho una excepción.

—Cómo no —replicó la pequeña de los Velasco con ironía.

—¿Qué más hay que decidir? —preguntó Ángela.

—Si quieren que la difunta se muestre en féretro abierto, cerrado o semiabierto. El servicio, que puede ser laico o religioso. La música, las flores, las lecturas, las esquelas en prensa, los recordatorios...

Katrina se levantó bruscamente.

—¡Oh, voy a buscar a mamá! Ella sabrá lo que...

Ángela cerró los ojos cuando las palabras de su hermana pequeña se quedaron resonando en el lujoso salón. Un golpe seco la hizo reaccionar. Katrina se había dejado caer de rodillas y se había inclinado hacia delante hasta golpear la cabeza con las baldosas del suelo.

—No, no, no. —Con cada palabra se daba un nuevo golpe en la frente—. ¡No, mamá, no!

Ángela se dejó caer al suelo, a su lado, y abrazó por la espalda a su hermana, que acababa de darse cuenta de que su madre no iba a poder aconsejarles más.

Nunca más.

En nada.

El empleado de la funeraria respetó su dolor durante un minuto, pero, acostumbrado a ese tipo de escenas, tomó las riendas de la situación.

—¿No tienen una tía, una abuela, una cuñada..., alguien que pueda mantener la cabeza fría en estos momentos?

Katrina levantó la cabeza. En los ojos de su hermana vio que acababa de pensar en la misma persona que ella.

—¡Oh, no! Tita Cinta. ¡Hay que avisarla!

Hermanos y hermanas

Ángela y Katrina nunca habían compartido habitación. Tanto en la mansión situada junto al palacio de los Borja como en La Velasqueta —la alquería familiar en la Vall d’Albaida—, cada una había tenido su habitación, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta que se llevaban trece años. La llegada de Katrina había sido inesperada, pero muy bien recibida por su hermana mayor. Y no era sólo la edad lo que las separaba; tenían gustos y caracteres opuestos, pero siempre habían hecho piña contra el mundo.

Sentadas en la cama de Katrina, con la espalda apoyada en la pared, la formal Ángela y su rebelde hermana esperaban la llegada de su tía Cinta, una mujer peculiar.

Desde pequeña, Cinta Altasierra había admirado a Jackie Kennedy y, a lo largo de su vida, había ido coleccionando sus modelos más icónicos. Su armario era un verdadero museo de alta costura, lleno de los clásicos dos piezas, vestidos cortos o pantalones de talle alto.

Pero su perdición eran los complementos. Cada vez que aumentaba su colección de guantes, de sombreritos *pillbox* o su repertorio de collares de perlas, se sentía la mujer más feliz del mundo... durante un rato. Por desgracia, la insatisfacción que la torturaba desde muy joven nunca tardaba en volver con más fuerza que nunca.

Tras la sorpresa inicial, cuando sus sobrinas le habían pedido ayuda, la hermana pequeña de Vicenta se había puesto en modo mariscal de campo, tal como ellas se habían imaginado.

«Esperad ahí. Recojo cuatro cosas y voy. Por el camino avisaré a la familia. Y decidle al de las pompas fúnebres que me llame. Yo me ocupo de todo.»

Ángela le había pedido a Rosa que preparara varias habitaciones de invitados, y la asistenta se había puesto a trabajar sin dejar de llorar. Sus lágrimas contrastaban con los ojos secos con que el marido de la difunta había recibido la noticia. Rosa llevaba más de cuarenta años al servicio de los Velasco y no se imaginaba la vida sin la señora Vicenta. Al parecer, Augusto sí.

Mientras Katrina intercambiaba mensajes de WhatsApp, Ángela había hablado por teléfono con sus hijos, que esa noche se quedarían a dormir en casa de su amiga Clara. Los hijos de Clara tenían la misma edad que los suyos. Iban juntos al colegio y muchos fines de semana dormían en casa de unos o de los otros.

Luego habló con su marido, Francesc Crescat, al que solían llamar Queco porque a la gente le costaba pronunciar su nombre.

—Iré cuando acabemos el programa —dijo él, tras refunfuñar por lo inoportuno del momento.

A Ángela le dolió su fría reacción, aunque no le extrañó. Esperar sensibilidad en su marido, tertuliano del programa de fútbol más salvaje de la parrilla televisiva, era como pedir una *mascletà* sin ruido.

—¿Vas a venir conduciendo de madrugada? ¿En el estado que acabas tú la tertulia? ¡Ni se te ocurra!

—Vaya, Angie, hacía tiempo que no te veía preocuparte por mí.

—No me preocupo por ti, me preocupo por los pobres desgraciados que tuvieran la mala suerte de toparse de cara contigo.

—Joder, Ángela. Podrías ser un poco más cariñosa, ¿no?

—Si quieres mujeres cariñosas, ya sabes dónde encontrarlas. —Las imágenes de su marido en compañía de desconocidas con los pechos más grandes que el cerebro eran tan habituales que los programas del corazón podrían haber montado con ellas una sección fija—. Queco, o te vienes ahora mismo o vas mañana directo al tanatorio, pero nada de conducir de madrugada.

—Pues iré mañana. Sé que mi suegra me lo perdonará. Al fin y al cabo, ya no puedo hacer nada por ella. Esta noche tocaremos temas muuuuy calientes en el

debate. Han visto maletines pasar de mano en mano en el Bernabéu. ¡Aquí hay marro, nena!

Ángela puso los ojos en blanco al oír la frase estrella de su marido —expresidente del Barça—, que vivía inmerso en un escándalo constante. La frase había nacido en las tertulias deportivas que se grababan en Barcelona y había acabado haciéndose popular en toda España. Todos sus seguidores sabían que era su manera de decir «¡Aquí hay tomate!».

—Haz lo que quieras, lo harás igual. Adiós, Queco.

—Qué triste —murmuró Katrina cuando su hermana colgó.

—Sí, la muerte no respeta a nadie, Kata.

—Yo hablaba del matrimonio. —Ángela se volvió hacia su hermana, que sacudía la cabeza—. A papá le afectó mucho más la muerte de *Piojo* que la de mamá.

Ángela quiso defender a su padre, pero no encontró la manera.

—Quería mucho a ese perro —fue lo menos traumático que se le ocurrió.

—Sí, qué curioso, yo pensaba que era incapaz de querer a ningún ser vivo. Al menos, fuera del terreno de juego. —Tras unos instantes de silencio, añadió—: ¿Y tú, Angie? ¿Hasta cuándo vas a aguantar con el impresentable de tu marido?

—Los niños, ya sabes, están en una edad difícil.

—Corta el rollo. Yo no sé nada. Esas palabras eran de mamá; era ella la que te las repetía cada semana..., pero ahora ya no está aquí.

—Aún no me lo creo.

—Joder, ni yo.

Las hermanas permanecieron en silencio un buen rato.

—¿Y tú? ¿Vas a volver con Enrique?

Katrina resopló.

—Ni de coña. Lo nuestro está más muerto que la carrera de Maradona.

Pensó en Dani, una de sus compañeras de equipo, y quiso compartir con su hermana las sensaciones que le despertaba, pero todavía no lo tenía claro ni ella. Estaba casi segura de que su hermana reaccionaría bien, pero ¿y si no lo hacía? No podía arriesgarse a perderla justamente ahora.

«Joder, mamá. ¿Por qué?»

—No sé por qué no lloro —murmuró Ángela—. Estoy como... vacía por dentro.

Katrina no era muy amiga del contacto físico, pero apretó la mano de su hermana.

—Tú tampoco crees que haya sido un accidente, ¿no?

Angie negó con la cabeza.

—No.

—¿Te dijo algo mamá?

—Me llamó. Necesitaba contarme algo urgentemente.

—¿Qué?

—No lo sé. No quiso decírmelo por teléfono. Quedamos en la basílica, pero no llegó. Estaba... estaba asustada.

—¡Joder! ¿Por qué no me lo contó a mí?

—¿Estabas en casa?

—¡No, estaba entrenando! ¡Mierda, mierda!

—Y Rosa, ¿no sabrá nada?

Sin decir nada más, se levantaron a la vez y fueron en su busca. Al verlas aparecer, la mujer se desmoronó. Se sentó en la cama cubierta por una colcha de raso color violeta que pronto ocuparía la tía Cinta y ocultó la cara entre las manos sin poder dejar de llorar. Las hermanas se sentaron una a cada lado. Katrina le acarició la espalda mientras Ángela le apretaba la rodilla por encima de la falda.

—Ay, niñas, se nos ha ido. La señora Vicenta se nos ha ido. ¿Qué será de nosotras? —Aunque en público las llamaba «señoritas», en privado se tuteaban y eran «sus niñas».

—No llores, Rosa, o acabaremos llorando todas. Mamá no querría verte así —trató de animarla Ángela, pero la mujer estaba desconsolada.

—Las desgracias nunca vienen solas. —Bajando la voz, añadió—: Mi abuela siempre decía que los muertos vienen de tres en tres.

—¡Rosa, por favor! ¡Qué mal rollo! —Katrina se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—¿Notaste algo raro en mamá? —le preguntó Ángela—. ¿Te dijo algo antes

de salir?

—No me dijo nada, pero...

—¡Pero ¿qué?! —Katrina se arrodilló ante ella.

—Estuvo discutiendo con el señor.

—Menuda novedad. —Ángela se encogió de hombros.

—No, esta bronca fue de las grandes. —Rosa se estremeció—. Se dijeron cosas muy fuertes.

—¿Cosas que justificarían una muerte precipitada?

—La señora le pidió el divorcio —susurró Rosa.

Las hermanas se miraron en silencio.

—¿Te ha interrogado Cotino? —preguntó Ángela.

—Sí, le he dicho que estaba en la cocina, con la tele puesta mientras fregaba los platos, y que no había oído nada.

—Bien hecho —replicó Katrina—. No sé en qué andará papá ahora, pero seguro que Cotino está metido hasta el cuello.

—¿Quieres irte, Rosa? ¿Quieres volver a casa de tu familia? —Las palabras aún no habían acabado de salir de la boca de Ángela cuando ella misma se dio cuenta de la tontería que acababa de decir.

—¿Qué familia, nena? Si entré a servir en casa de los Altasierra antes de que las señoritas se casaran. Mis padres murieron, no tengo más familia que vosotras.

—Lo sé, lo sé; perdona, perdona.

—No te preocupes, Rosa —la tranquilizó Katrina—. No estás sola. Estamos las tres juntas. Cualquier cosa que oigas o veas, nos la cuentas, ¿de acuerdo?

El timbre de la calle sonó ruidosamente.

—Las cuatro —comentó Ángela, suspirando—. Jackie ya está aquí.

La dama de rosa

- La acompaño en el sentimiento, señora Crescat.
—Gracias. —«No lo conozco de nada, señor.»
—Su madre era una gran mujer.
—Gracias. —«Ya lo sé. Y tú, una bruja que la criticabas a sus espaldas.»
—Te acompaño en el sentimiento, Ángela.
—Gracias.
—Lo siento mucho.
—Gracias.
—No somos nada.
—Gracias.
—Mi más sentido pésame.
—Gracias.
—Hoy estamos aquí y mañana... ¿quién sabe?

Ángela respondía a las condolencias de los asistentes al entierro de manera automática. Las palabras resonaban en su interior como si fuera un robot, hueco por dentro.

Desde que recibió el mensaje de Katrina en la puerta de la basílica, la vida había cambiado tan bruscamente como si la hubieran obligado a salir del cine a media película y la hubieran hecho entrar en otra sala donde estuvieran dando una película distinta, una que no era capaz de entender aún.

Sentía mucha pena por la muerte de su madre, cuya ausencia ya empezaba a notarse con fuerza, pero sobre todo se sentía culpable por no haber estado allí

cuando la necesitaba. Vicenta estaba asustada, había querido contarle algo importante, y ella había refunfuñado y había pensado que su madre era una pesada y una exagerada.

«Perdóname, mamá.»

Levantó la cabeza al notar un codazo. Cinta Altasierra parecía controlarlo todo, incluso lo que pasaba a sus lados o a su espalda.

Aunque en Benidorm la conocían como *la Dama de Rosa* por su famoso Chanel de dos piezas, ese día iba vestida de luto riguroso, con un traje de chaqueta y falda de tubo por la rodilla. Llamaban la atención los grandes botones adornados con borlas. Por supuesto, no le faltaba el aparatoso velo ni la boina chic con que se lo sujetaba a la cabeza. Sí, era una réplica idéntica al modelo que había lucido la viuda de América durante el funeral de su marido.

Y, aunque tanto Ángela como Katrina estaban acostumbradas a que su tía vistiera siempre como Jacqueline Lee Bouvier, más conocida como Jackie Kennedy y más tarde como Jackie Onassis, el vistoso modelo no dejaba de resultar chocante.

Teniendo en cuenta que ya se había vestido como la viuda de John Fitzgerald durante su boda, no era de extrañar que hiciera lo mismo en un funeral, pero Cinta estaba molesta, ya que llevaba años guardando el modelito para usarlo en el funeral de su marido —Mauricio Daurella—, ese zángano que presumía de haber cumplido su misión inseminándola y que no parecía tener ningún otro objetivo en la vida. A ojos de Cinta, era un inútil que no servía ni siquiera para morir a tiempo.

Durante un tiempo estuvo enamorada de Augusto. Aunque ya no lo estaba, siempre había envidiado a su hermana, pero Vicenta nunca había estado satisfecha.

«Si es que la gente nunca está contenta con lo que tiene. Si yo hubiera estado en el lugar de Vicenta, mis fiestas habrían hecho historia. Habrían venido invitados de todo el mundo y habría salido cada semana en las páginas de sociedad del *¡Hola!* Pero mi hermana, no. Ella y sus comités benéficos... ¿Puede haber algo más aburrido?»

A Cinta le habría gustado tener una hija con la que compartir tardes de

compras, pero, aunque apreciaba a sus sobrinas, no les perdonaba que fueran a heredar las propiedades que habían pertenecido a sus padres.

Era una mujer contradictoria. Aunque estaba convencida de que los hombres eran seres básicos e inferiores a la mujer en casi todo, era machista hasta la médula y creía que sus dos hijos varones debían ser los herederos de las propiedades que los Altasierra aún no habían vendido —básicamente, la alquería de la vall d'Albaida, la casa de Gandía y el palacete de Valencia— y los directores del *holding* empresarial Velasierra. En breve se leería el testamento de Vicenta, y Cinta tendría que enfrentarse con buena cara a una situación que le parecía injusta. Era ella la que debería haberse casado con Augusto, ¡no la meapilas de Vicenteta!

Cuando la boda de su hermana mayor dio al traste con sus ilusiones, trató de convencer a Vicenta para que abriera el palacete a la sociedad valenciana, pero ella se negó. Al menos en eso el matrimonio estuvo de acuerdo. Augusto prefería pasar las noches fuera de casa, sin tener que fingir ser un buen anfitrión. Los contactos los hacía en el palco y los negocios los cerraba en las whiskerías. Sabía que sus socios estaban mucho más receptivos a lanzarse a aventuras empresariales con una veinteañera sentada en sus rodillas que con su esposa al lado, cuya presencia era un recordatorio de que tenía familia y un patrimonio que mantener.

Ante la negativa de Vicenta y de su cuñado, Cinta Altasierra se había replegado en sus dominios de siempre: Benidorm. Y aunque al principio la localidad le había resultado pequeña, sus rascacielos crecieron al mismo ritmo que las ansias de protagonismo de la clon de Jackie Kennedy. Benidorm ya no tenía nada que ver con la pequeña localidad pesquera a la que los primeros turistas llegaban montados en el tren botijo para remojarse en los baños de la Virgen del Sufragio.

Gracias a la gran cantidad de tierras que poseían sus padres y que habían ido vendiendo a las inmobiliarias, ahora Cinta Altasierra dominaba el *skyline* desde un lujoso ático que había decorado inspirándose en la casa de los Hamptons de su adorada Jackie, pero eso no significaba que estuviera satisfecha.

Quería más.

Lo quería todo.

«Me lo deben. La vida me lo debe.»

Al otro lado de Ángela, Katrina recibía las condolencias de todos los integrantes de su equipo de fútbol. El primero había sido Enrique —el entrenador que había sido su pareja hasta hacía poco tiempo—, y a continuación habían ido desfilando todas sus compañeras. Por un momento pensó que Dani no iría, pero sí lo hizo. Le ofreció la mano como al resto de las compañeras, pero Dani —Daniela, defensa central de larga melena rubia que solía llevar recogida en una cola de caballo y unos ojos tan azules que parecía que llevara lentillas— le apartó la mano con brusquedad y la envolvió en un abrazo que derribó todas sus barreras.

El resto desapareció por completo. Sólo quedaron ellas dos, ajenas a todo, pudiendo por una vez demostrar en público lo que sus cuerpos deseaban: eliminar la distancia que los separaba.

Un carraspeo de la tía Cinta puso fin al momento de intimidad. Katrina y Dani se separaron y se miraron, pero no cruzaron ni una palabra. Tenían pendiente una conversación, pero no era el momento ni el lugar.

Con un cosquilleo en el estómago y el alma mucho más ligera, Katrina miró alejarse a Dani antes de volverse hacia el entrenador del primer equipo masculino, que aguardaba pacientemente su turno.

Cuando, un buen rato más tarde, la larga hilera de gente que se había acercado a darles el pésame llegó a su fin, los Velasco Altasierra y los Daurella Altasierra sortearon a los periodistas que llevaban horas de guardia y subieron a los coches facilitados por la funeraria, que los trasladaron a un crematorio situado en las afueras de la capital valenciana.

Ángela viajó con su marido, su padre, su tía y el marido de ésta, Mauricio Daurella, y observó con envidia cómo Katrina subía al coche de los jóvenes junto a sus dos primos y a sus dos sobrinos.

Los primos, Mauri y Cayetano —hijos de la tía Cinta y de Mauricio Daurella—, eran menores que Ángela y mayores que Katrina. Cayetano tenía veintiséis años, uno más que Kata. Mauri había cumplido los treinta y dos, pero quedaba lejos de los casi cuarenta de Ángela.

Los hijos de Ángela —Ramón y Miguel Crescat Velasco— habían mamado fútbol desde que nacieron.

El mayor —cuyo nombre completo era Ramón Berenguer, porque su padre, Queco *el Loco*, tenía delirios de grandeza— odiaba el fútbol en general y, sobre todo, odiaba ser el nieto del presidente del Valencia y el hijo del expresidente del Barcelona. La primera vez que le pusieron un balón delante, lo cogió con las dos manos y se lo lanzó a su padre, que lo miró como si hubiera cometido un asesinato. A pesar de los esfuerzos de Queco, la afición de Ramón no había hecho más que crecer, igual que él. Con sus catorce años y su metro noventa de altura, era la joven promesa de la Alquería del Basket, la sección baloncestista del Valencia.

Con Miguel, el menor, su padre tampoco había tenido suerte. Odiaba todos los deportes excepto los que podían jugarse desde el ordenador. Sus aficiones eran el porno y las apuestas, y su ídolo en la vida era la persona que lo había introducido en esos dos mundos: su primo segundo, Cayetano. Teniendo en cuenta que acababa de cumplir trece años, el chaval apuntaba maneras.

Por suerte para la paz mental de Ángela, ella desconocía las aficiones de Miguel y pensaba que pasaba el rato jugando a videojuegos con sus compañeros de clase.

Mientras los cuatro jóvenes hablaban, Katrina estaba sumida en sus pensamientos. Hacía tiempo que era consciente de que las miradas de Dani no eran como las del resto de sus compañeras. Había tratado de ignorarlas, pero era inútil. Dani se había colado en su cabeza y se negaba a marcharse.

—¡Eh! —Cayetano le dio una patada—, estás ida, prima. ¿Te has fumado algo?

—No, los vicios te los dejo a ti.

—Eh, tranquila, Gata, no saques las uñas. Deja esa agresividad para el próximo partido, que he apostado por vosotras.

—¡Ah, no! —protestó Miguel—. ¡Ni hablar, que yo he apostado en contra! Katrina miró extrañada a su sobrino pequeño.

—¿Cómo vas a apostar tú, si eres menor de edad?

—Yo sí, pero Michael33 no.

—Y ¿ése quién es?

—Es uno de mis *nicks*. Estoy ganando un montón de pasta siguiendo los consejos de Cayetano, la tengo tan gorda que no me la agarro con la mano.

Katrina se volvió hacia su primo pequeño, que le devolvió una sonrisa canalla mientras Mauri, su hermano mayor, ponía los ojos en blanco.

—¿Ése es tu *nick*, primo?

—No, pero podría serlo.

—No seas ordinario, Cayetano.

—No seas maricón, Mauri.

—Prefiero ser maricón a un fascista como tú.

—Haya paz —pidió Ramón Berenguer—. Aunque sólo sea por respeto a la abuela.

—¿Tú también eres maricón, hermano? —preguntó Miguel, feliz de poder imitar a su ídolo Cayetano.

Katrina lo miró mal.

—Si pedir respeto por la abuela es ser maricón, ya somos tres.

—Querrás decir *bollera*, Kata, que no te enteras.

—Estás de bofetada, sobrino. Ya hablaré con tu madre.

—No lo harás. No me extrañaría que fueras *bollera* como todas las futbolistas, pero no eres una *chivata*.

—Calla, enano —lo riñó su hermano, cuyo entrenador le inculcaba valores en cada entreno—. Faltar al respeto a la gente no te hará crecer antes.

Katrina abrió la boca, pero volvió a cerrarla y se quedó mirando por la ventanilla.

«Yo no soy *bollera*. Siempre me han gustado los tíos. Lo que me pasa con Dani es... ¡Y yo qué sé! ¿Qué demonios me pasa con Dani?»

Buen partido

Ángela disimuló un bostezo. El fútbol la aburría a morir. Por mucho que intentara ponerle interés, no lograba concentrarse en el juego más de un minuto seguido, y eso que teóricamente estaban presenciando el partido más apasionante de la temporada: la final de la Champions entre el Madrid y el Valencia.

Hacía años que Ángela no acudía al palco, pero esa tarde no había podido librarse, ya que el equipo había preparado un homenaje a su madre antes del partido. Y, una vez que empezó el juego, ya no pudo escapar.

Desde la muerte de su madre, apenas había logrado pegar ojo. Muerta de sueño, dio una cabezada, pero al momento unos gritos la alertaron de que el Valencia había marcado un gol. Se levantó a aplaudir con entusiasmo para disimular, pero se quedó sola.

«¿Qué pasa? ¿Por qué no aplaude nadie? Qué sosa es la gente.»

—Siéntate. —Su hermana tiró de ella—. Es fuera de juego.

Aunque Kata se lo había explicado mil veces, no lograba entender el fuera de juego, pero al parecer era la única con ese problema, porque el palco entero se volvió hacia ella y la fulminó con la mirada. Bueno, todo el mundo menos un tipo de pelo castaño claro y con una sexy barba de pocos días que le dirigió una sonrisa irónica.

«Bueno, al menos le alegro la noche a alguien.»

Sabía que miles de ojos estaban puestos sobre ellos, pero no era consciente de que, gracias a las cámaras y a las redes sociales, esos miles se transformaban en millones.

—¡Juas! —exclamó Kata a su lado al cabo de pocos minutos. Acababa de recibir un mensaje de WhatsApp de Dani. Era una foto de Ángela... seguida de otra y de otra.

—¿Qué pasa? Enséñamelo, me aburro.

—¿Estás segura? Se están metiendo contigo por aplaudir un gol en fuera de juego.

—¿A ver?

Las fotos eran montajes en los que se veía a Ángela levantándose y aplaudiendo en medio de la playa de «Verano azul» donde Pancho acababa de anunciar a sus amigos que Chanquete había muerto; en el *Titanic* a punto de hundirse o junto a Simba y su padre en el momento más trágico de *El rey León*.

—Pero... ¿esto qué es?

Katrina se aguantó la risa.

—Te acabas de convertir en un *meme* para celebraciones inoportunas, hermanita.

Ángela alzó la vista y miró a su alrededor. Todo el mundo estaba concentrado siguiendo el avance de un delantero, menos el tipo castaño claro, que no le quitaba ojo tras sus gafas de aviador y que, con el teléfono en la mano, sonreía abiertamente.

«¿Tú no te equivocas nunca?», le preguntó con la mirada.

Él respondió alzando una ceja, pero poco le duró la chulería, porque en ese momento se le acercó uno de los encargados de la seguridad del estadio. Después de intercambiar unas cuantas frases, el hombre salió del palco tras dirigirle una mirada de despedida.

«Lástima. Era guapo.»

Trató de concentrarse en el partido, pero fue incapaz, así que siguió ojeando el Twitter de su hermana, abierto por el *hashtag* #MestallaEstalla. Unas imágenes de su primo Mauri sentado junto a un guapazo le llamaron la atención. La foto estaba llena de comentarios de chicas —y chicos— piropeándolos.

«No me extraña, están tremendos los dos.»

Su primo había salido del armario hacía un par de años. La reacción de sus padres en la intimidad se la podía imaginar, pero al menos en público lo

apoyaban. Cinta trató de superar la decepción que le supuso la noticia pensando que podría ir del brazo de su hijo a los desfiles de moda de sus diseñadores favoritos, pero Mauri volvió a decepcionarla en eso. Aunque era un hombre de una elegancia innata, la moda no le interesaba especialmente.

Mauri Daurella, por suerte para la familia, era un hombre de negocios con un gran olfato comercial. Gracias a él, las empresas familiares que estaban a su cargo habían salido reforzadas de la crisis. Odiaba las reuniones con tiburones de los negocios que lo resolvían todo a base de palmadas en la espalda, comidas de siete platos y noches en clubes con camareras de mayoría de edad dudosa. No le había resultado fácil, pero con el apoyo de Ángela, Katrina y Vicenta había conseguido que la familia le cediera el control de Cítricos Velasierra. El crecimiento de la empresa de cultivo, recolección, distribución y exportación de naranjas y limones había sido espectacular, y la creación de la nueva línea de productos cosméticos basados en el aceite de bergamota le había hecho ganar el premio a Empresario del Año y había acallado las bocas de su hermano y su tío. Ángela y su hermana estaban muy orgullosas de él.

—¿Quién es el que está junto a Mauri, Kata?

—¿Eh? —Katrina esperó a que la jugada acabara para volverse hacia ellos—. ¿En serio, tía? ¿No sabes quién es?

—Pues no.

—Es Víctor Duratesta.

—¿Es hijo de Basilio?

—Pues sí, no hay muchos Duratestas por ahí. ¡Gooooool!

Esta vez, las miradas asesinas fueron para Katrina, pero sólo unas cuantas, básicamente las de Basilio Duratesta —el presidente del Madrid— y su entorno.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te miran mal? —preguntó Ángela—. ¿Era fuera de juego?

Katrina se echó a reír y volvió a sentarse en el borde del asiento, con el cuerpo echado hacia delante y sacudiendo la pierna con nerviosismo.

—No, se ve que es de mala educación celebrar los goles en el palco. ¡Que se jodan! ¡Ni que fuéramos infantas, che! A mí me corre zumo de naranja por las venas. ¡Amunt Valencia!

Ángela guardó silencio para que su hermana pudiera seguir el partido y se entretuvo buscando al tipo de la barba de cuatro días y gafas de aviador que le había causado un cosquilleo en el vientre. Observó las gradas cercanas por si se había quedado cerca del palco presidencial, pero no lo vio.

El último día que se había acostado con su marido había sido... tras la última Champions del Barça en Wembley, y de eso hacía... No se acordaba, pero había pasado ya un tiempo.

«Demasiado tiempo.» Suspiró.

Su amiga Clara, que estaba divorciada, la alentaba a salir con ella de marcha, pero nunca se había animado. Entre el trabajo en la oficina y llevar a sus hijos al colegio y a las actividades extraescolares, no le quedaba tiempo —ni fuerzas— para salir de noche. Además, tenía miedo de acabar siendo pasto de los *paparazzi* en algún programa de televisión, como en los que salía Queco.

Le vinieron a la mente las palabras de su hermana: «¿Y tú, Angie? ¿Hasta cuándo vas a aguantar con el impresentable de tu marido?».

«Por mí ya me habría divorciado hace tiempo —admitió, a solas con sus pensamientos entre los miles de aficionados—. Pero, total, llevamos vidas separadas; pasa más tiempo en Madrid que aquí. ¿Para qué darles un disgusto a los niños?»

Cuando el árbitro pitó el final de la primera parte, se levantó agradecida.

«¡Por fin! ¡Esto no se acaba nunca!»

—Ahora vuelvo —le susurró Katrina.

—¿Adónde vas? Te acompaño.

—¡Katrina! —la llamó su padre—. Ven aquí, quiero presentarte a...

—Cúbreme —le pidió Kata a su hermana mayor antes de escabullirse entre la gente.

Augusto Velasco, que había sido presidente del Valencia en tres ocasiones y que era admirado y odiado por igual, trató de apartar a Ángela de su camino, pero ella se mantuvo firme.

—Angie, ve a buscar a tu hermana. Quiero presentarle a Álvaro. Es el hijo de Folch, el presidente del Levante.

—Encantada. —Ángela saludó al joven, que, con su traje gris, camisa y

corbata negras y pelo rubio ceniza engominado, parecía recién salido de una serie sobre la mafia. Le sacudió la mano más rato del necesario para darle tiempo a su hermana a escapar. Cuando el delfín del Levante carraspeó incómodo, lo soltó—. Voy a buscarla.

Su padre se lo había puesto en bandeja. Ángela entró en la sala VIP y siguió caminando, recibiendo nuevas condolencias con una inclinación de cabeza. Era el momento perfecto para desaparecer de allí. Nadie la iba a echar de menos.

Antes de salir del estadio, entró en los lavabos para despedirse de su hermana y avisarla de que su padre volvía a estar en modo casamentero, igual que cuando se empeñó en emparejarla a ella con Queco cuando era presidente del Barcelona.

«Han pasado, ¿cuántos años? ¿Quince? ¿Cómo ha podido pasar el tiempo tan deprisa? ¡Si parece que fue ayer cuando nació Ramón!»

—¿Kata? ¿Katrina?

Nadie respondió. El palco presidencial tenía sus propios baños, y el de mujeres era uno de los lugares más tranquilos del estadio.

Tras asegurarse de que no había nadie en los cubículos, se dirigió a la puerta para volver a casa, pero en ese momento entró alguien.

No era Kata. A menos que su hermana acabara de crecer veinte centímetros y le hubiera salido una favorecedora barba recortada en los cinco minutos que llevaba sin verla.

El corazón le dio un brinco en el pecho. Era el tipo arrogante del palco. El tipo al que habían echado del palco, para ser más exactos.

«¿Me está siguiendo?»

Se le hizo un nudo en el estómago, una mezcla de miedo y excitación.

—Se ha equivocado. —Trató de sonar firme—. Éste es el lavabo de mujeres.

—Me equivoco a menudo, pero esta vez no.

Su voz grave hizo que el nudo se deshiciera y el estómago de Angie empezara a saltar a la comba con la cuerda.

«¡Dignidad, Ángela!»

—Bien, pues adelante. Si me permite...

Él se movió a un lado cortándole el paso y, clavándole sus ojos color avellana, le preguntó:

—Señora Crescat, ¿pudo hablar con su madre antes de su muerte?

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla porque se le agolparon las cosas que quería decir.

«¡No me llames señora Crescat! ¡Llámame señora Velasco! O mejor no me llames señora, que me haces sentir muy vieja... ¿Qué edad tendrá?... Ángela, te ha preguntado por tu madre. ¡¿Quieres dejar de pensar en tonterías?!»

Dos voces femeninas se acercaron por el pasillo y se detuvieron tras la puerta.

El desconocido reaccionó empujándola y haciéndola entrar en uno de los cubículos. Al ver que corría el cerrojo, Ángela se alarmó, pero él le cubrió la boca con la mano y la inmovilizó presionándola contra la pared con su cuerpo.

Ese cuerpo firme, más firme de lo que había estado Queco en toda su vida, la atraía con fuerza. Sabía que debería darle un mordisco en la mano y salir de allí, pero lo que le apetecía era recorrerle la palma con la punta de la lengua para saber a qué sabía su piel.

—¡Menudo hipócrita! —llegó la voz de una de las mujeres al otro lado de la puerta—. Mucho homenaje a la difunta, mucha musiquita de funeral, pero cada domingo llenaba el palco con pelanduscas del Conilletes Club.

—Mi Mariano me ha dicho que, la noche antes de que palmara Vicenteta, Augusto estuvo en el dichoso club.

—Dicen que murió del disgusto.

—A mí me han dicho que salía de casa corriendo para pedir el divorcio.

—¿La beata de Vicenteta, divorciarse?

Las dos mujeres se echaron a reír.

Ángela había reconocido las voces. Eran las esposas de dos directivos del club. Se revolvió para salir del cubículo y exigirles que respetaran la memoria de su madre, pero el desconocido presionó con más fuerza, manteniéndola inmóvil. Tanto se acercó que Angie notó algo que hacía mucho tiempo que no notaba, pero no tanto como para no reconocerlo. Era una erección, y de un tamaño considerable.

Sintió que él tocaba un interruptor en su vientre, que se encendió como una caldera automática. El calor nacido bajo su ombligo se extendió rápidamente y alcanzó su rostro en segundos.

Con las mejillas rojas como naranjas sanguinas, alzó la vista para exigirle que la soltara y se encontró con que él la estaba mirando con deseo. No estaba acostumbrada a ese tipo de miradas. Hacía tiempo que se vestía con pantalones y jerséis amplios para no despertar el apetito sexual de su marido, pero el que había activado su vientre y había encendido en él una hoguera había sido ese hombre.

«¿Quién demonios será?»

Permanecieron quietos, pegados, mirándose a los ojos, hasta que las dos mujeres salieron del baño. Sólo cuando él aflojó la mano que le cubría la boca, le dio un empujón en el pecho.

—Disculpa. —La tuteó él.

«Debe de parecerle absurdo hablarme de usted después de haber estado clavándome algo más que la mirada durante cinco minutos.»

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Entiendo que tu madre no te contó nada.

Ella entornó los ojos con desconfianza.

—¿Qué debería haberme contado?

—Algo de lo que hablé con ella poco antes de... de su «oportuna» muerte.

Ángela ladeó la cabeza.

—¿No crees que fuera un accidente?

—No, ni tú tampoco.

—Ahora también te metes en mi mente.

La mirada del desconocido le dijo sin necesidad de palabras que desearía meterse en todos sus rincones.

—Soy periodista. Llevo un tiempo tras una trama de corrupción urbanística y el nombre de tu familia aparece debajo de cada piedra que levanto.

«Pues mucho no me sorprende, tampoco te voy a engañar...»

—Y ¿por qué me lo cuentas a mí? ¿Por qué no vas a la policía, o a un juzgado?

Ángela habría jurado que él respiraba aliviado.

—No es buen sitio para hablar. Dame tu teléfono.

—No voy dando mi teléfono a desconocidos. Si tienes algo que decir, dilo

ahora.

—No digo que me des tu número. Dame el teléfono. Te anotaré el mío.

Ángela titubeó, pero la curiosidad, unida a la atracción que le despertaba ese hombre, ganó la partida a la prudencia.

—Desbloquéalo —le pidió él con autoridad. Al hacerlo, sus manos se rozaron y un cosquilleo muy agradable la recorrió de arriba abajo. Cuando el hombre acabó de introducir su número en el móvil, se lo devolvió—. Piensa en lo que te he dicho. Y, si quieres saber más, llámame.

Sin despedirse, salió del cubículo y del baño.

Ángela esperó un poco para que no los vieran salir juntos. Bajó la vista hacia el móvil para averiguar la identidad del desconocido, pero no le había dejado ningún nombre, sólo unas iniciales: H. Z. Z.

Al salir del cubículo, se miró en uno de los espejos que había sobre los lavamanos. Vestida de negro, el rojo de sus mejillas y el brillo de sus ojos destacaban aún más.

«Tengo que hablar con Clara.»

En el otro extremo del estadio, en lo más alto de las gradas, Katrina se reunía con la persona que la estaba esperando con dos bocadillos en la mano y dos latas de cerveza entre los pies.

—Espero que te guste el blanco y negro...

Kata sonrió y aceptó con gusto el bocadillo de longaniza y morcilla. El contraste de colores de los embutidos que le daban nombre se podría aplicar también a las dos personas que los sostenían en la mano. Si la hija del presidente del club iba vestida de blanco —con vaqueros y cazadora, nada de vestidos—, porque era el color que llevaba siempre y el luto en la ropa le parecía una hipocresía, Dani iba vestida de negro riguroso, como de costumbre.

—Gracias, me estaba muriendo de hambre.

Le dio un bocado que se llevó un tercio del bocadillo. Si tenía la boca llena no tendría que hablar y, si no hablaba, no tendría oportunidad de meter la pata.

Al tragar, gimió de gusto.

A su lado, Dani le dirigió una mirada divertida.

—Ya sabía yo que con esas pijadas que sirven en el palco no tendrías ni para empezar.

—No me imaginaba que fueras tan aficionada a la longaniza.

Dani se echó a reír a carcajadas.

—Aleluya, Katrina *la Zarina* haciendo un chiste de bolleras. Ya me puedo morir a gusto.

Kata le dio un puñetazo en el hombro.

—Oye, guapa, que yo hago chistes sobre lo que haga falta.

—Kata *la Gata* saca las uñas.

—Te voy a arañar de verdad como no pares con los nombrecitos, Daniela *Dolor de Muela*.

Dani se acercó y la miró fijamente a los ojos.

—No hagas promesas que no estés dispuesta a cumplir.

Katrina miró al frente y dio otro rápido mordisco al bocadillo. Tenían el palco justo enfrente, aunque varias gradas más abajo. Si su padre se enterara de que no podía quitarse a una mujer de la cabeza..., estallarían como una *masclètà* de colores en la plaza del Ayuntamiento. Las broncas que había tenido con él por culpa de sus novios habían sido épicas; ninguno le parecía bien.

El primero —un amigo de Cayetano que conoció en Benidorm durante unas vacaciones— le había parecido un patán y un pajillero. Probablemente tenía razón, pero no era eso lo que quería oír una chica de catorce años que acababa de descubrir el amor.

Ni sus compañeros de clase, ni los chicos de Gandía, ni los hijos de los trabajadores de La Velasqueta, ni los empleados de las empresas Velasierra, ni siquiera los futbolistas del primer equipo del Valencia ya en los últimos años. Nadie le parecía adecuado para ella. No era de extrañar que le hubieran puesto el sobrenombre de *la Zarina*. Había princesas herederas sometidas a menos presión que ella.

Curiosamente, Augusto había tolerado su relación con Enrique, su entrenador, o había fingido hacerlo cuando vio que sus amenazas no surtían efecto. Ya

durante la primera cita, Kata se dio cuenta de que entre ellos no había chispa, pero como su padre se opuso a la relación, aguantó varios meses. Llevaba once años saliendo con hombres y ninguna de sus relaciones había sido satisfactoria. Tal vez había estado buscando en el lugar inadecuado.

Dani no quería hacerse demasiadas ilusiones, pero no podía evitarlo. Llevaba dos años colgada de la Zarina, esa preciosidad de melena morena y ojos de gata, más inaccesible que Rapunzel en su torre. Entrenaban juntas en el primer equipo, sudaban juntas en los entrenos y, juntas, se duchaban en los vestuarios.

Dani llevaba saliendo por el ambiente desde los dieciséis años y había estado con muchas mujeres. Unas le gustaban por su cuerpo, otras por su carácter. Lo que más le gustaba era salir con chicas que no hubieran tenido ninguna relación lésbica antes. Le encantaba romperles los esquemas. Ver cómo sus mentes cuadrículadas saltaban en pedazos durante el primer orgasmo. Volverlas adictas a sus manos durante el segundo y a su boca experta durante el tercero.

A su lado, Katrina engullía su blanco y negro. Estaba preciosa, como siempre, y adorable como una princesa rebelde que acabara de escaparse de su palacio de hielo. Le despertaba tantas emociones que le daba miedo enfrentarse a ellas. Tenía miedo de ser un capricho para ella, la diversión de una niña rica. Deseaba y esperaba que no fuera así, pero si eso era lo único que ella tenía para ofrecerle, lo aceptaría. Y disfrutaría de cada segundo.

De nuevo en el extremo opuesto del estadio, en uno de los reservados acristalados llamados *sky boxes* situados sobre el palco de honor, Mauri Daurella estaba hablando por teléfono cuando alguien entró sin llamar.

—Oh, perdón.

—No, no pasa nada. —Levantó una mano para impedir que el hijo de Duratesta se marchara—. Te llamaré luego —dijo a su interlocutor antes de colgar—. Ya me voy yo.

—No hay prisa.

Mauri lo miró de arriba abajo. Víctor Duratesta vestía un traje negro, pero el

suéter lila con cuello de pico que llevaba debajo le daba un toque desenfadado. No llevaba nada bajo el suéter, y Mauri sintió el impulso de acercarse y morderle el cuello.

Al parecer, sus ojos delataron sus intenciones, porque Víctor le dirigió una sonrisa ladeada antes de confesarle:

—Me ha dicho mi padre que no me acerque mucho a ti, no se me vaya a pegar algo.

Mauri alzó las cejas.

—No me extraña. ¿Tu padre no es el figura que dijo que los gais merecen que se la corten porque no saben por dónde hay que meterla?

—No.

—No seas cobarde, joder. Al menos, admítelo.

—No soy cobarde, pero mi padre nunca usaría la palabra «gay». Para él somos maricones.

Aunque el sol se había puesto ya, para Mauri ese día salió dos veces. Nunca una palabra le había sonado tan dulce como ese «somos».

—Creo que vamos a ganar el partido, Duratesta. Te invito a una copa a la salida para compensarte.

—Queda mucho partido por delante, Daurella. Si remontamos, te invito yo.

Mauri sonrió y, por una vez, entendió lo que debía de sentir su hermano Cayetano cada vez que apostaba.

La usurpadora

—¡Me vais a matar entre todos! ¡¿Es que no podéis portaros como personas normales por una vez en la vida?! —gritó Augusto mientras desayunaban.

Katrina y Mauri intercambiaron una mirada resignada.

Los Velasco y los Daurella se habían reunido en el palacete antes de dirigirse juntos al despacho del notario donde se llevaría a cabo la lectura del testamento de Vicenta. Cinta, Mauricio y sus hijos habían pasado la noche allí. Ángela y Queco acababan de llegar acompañados de sus hijos. Tenían colegio, pero su padre había dicho que aprenderían más sobre la vida en el notario que en clase. Ángela se había dejado convencer pensando que tal vez su madre había dejado algún mensaje para sus nietos.

—No grites, papá —protestó Katrina—. Ya me duele bastante la cabeza sin tus gritos.

—¡Más te tendría que doler! Invité a Folch expresamente para presentarte a su hijo, y ¿qué haces tú? ¡Desaparecer! Acepté que estudiaras la carrerita esa...

—Ciencias de la Actividad Física y del Deporte —murmuró ella.

—¡Como se llame! Acepté que estudiaras eso en vez de una carrera de verdad, como Empresariales o Económicas, pero ni siquiera el deporte te lo tomas en serio. ¿Cómo se te ocurre irte a medio partido?

—No me fui. Me encontré con unas compañeras de equipo y me quedé a verlo con ellas. No te preocupes, vi cómo el Madrid nos metía los tres goles en la segunda parte —añadió con ironía.

Mauri disimuló una sonrisa al pensar en las tres copas que había compartido

con Víctor, pero a su tío no le pasó desapercibida.

—¿Se puede saber qué tiene de gracioso que nos metieran tres goles, uno en fuera de juego y otro cuando ya había acabado el tiempo de descuento?!

—¡Así gana el Madrid, suegro! ¡Ya se sabe! —apostilló Queco *el Loco* con su vozarrón de tertuliano, partiendo el *panquemado* y mojándolo en el café con leche.

—¡El que faltaba...! ¿No puedes dejar de hacer tus porquerías de catalán ni un día como hoy?

—No, suegro —replicó el marido de Ángela con la boca llena y el café con leche resbalándole por la barbilla—. ¡El día que no *suque* las cosas, estaré muerto!

Katrina trató de no imaginarse a ese hombre practicando sexo con su hermana, porque ya tenía bastante con la resaca, pero la presencia de sus dos sobrinos era un recordatorio de que lo habían hecho, al menos dos veces. Se estremeció. Era un pensamiento muy infantil, como el que tuvo al enterarse en clase de cómo se hacían los niños y se pasó dos semanas sin poder mirar a sus padres a la cara, pero no podía evitarlo.

Había empezado a sospechar que tenía algún tipo de trauma que le impedía disfrutar del sexo, pero la noche anterior, bebiendo y charlando con Dani en el club Venial, había tenido que reprimirse para no saltarle encima y devorarle la boca.

«El alcohol, seguro. Culpa del alcohol.»

—¡Venga, acabad todos de una vez, que aún llegaremos tarde! —bramó Augusto. Al ver que Rosa dejaba otra bandeja con bollería en la mesa, le dijo—: Usted también se viene. El notario la ha citado.

—¿A mí?

—Sí, tonterías de mi mujer, ya sabe cómo era.

—Una santa —replicó Rosa en una muestra de rebeldía rara en ella—. Iré a cambiarme. —Se pasó las manos por el delantal.

—No hace falta.

Todos se volvieron hacia Augusto al mismo tiempo, menos Queco, que siguió engullendo.

—Será un momento, señor.

—No hay tiempo, ¡nos vamos ya! —Augusto se levantó, agarró a Rosa y tiró de ella hacia la puerta, pero Katrina se plantó ante él.

—Hay tiempo de sobra.

Ángela se unió a su hermana.

—Vaya a cambiarse, Rosa; vendrá con nosotros. Papá, si tanta prisa tienes, ve tirando.

Augusto estaba congestionado de rabia.

—¡Si no sabéis comportaros como ricos, lo acabaréis perdiendo todo! —gritó antes de salir del comedor—. ¡Rafel, traiga el coche a la puerta!

Cayetano, el hermano de Mauri, se levantó para salir tras su tío.

—Si es que tiene razón. —Sacudió la cabeza con ironía—. Parecéis sindicalistas en vez de millonarios.

Una hora más tarde, el notario había empezado ya la lectura del testamento. En su día, Vicenta, como hija mayor de los Altasierra, había heredado buena parte de los terrenos y las edificaciones familiares.

Augusto, echado hacia atrás en la silla, se dispuso a recibir de una vez el patrimonio que le correspondía como cónyuge de la difunta, pero al ver que el notario se perdía en una serie de disposiciones previas, revivió los últimos minutos que había compartido con la que fue su esposa durante más de cuarenta años.

Esa tarde, Augusto había entrado en la habitación y había recibido una llamada sin darse cuenta de que Vicenta estaba en el baño de la suite, con la puerta abierta.

Cuando al acabar de hablar entró en el baño y la vio maquillándose, el matrimonio se cruzó una dura mirada en el espejo.

—Ni lo sueñes —le había dicho Vicenta—. Las acciones no se tocan y la alquería no se vende. La casa de Gandía tampoco.

—Vicenta, es el negocio del siglo. Hay varios jeques interesados en el proyecto.

—Pues pide un crédito.

—¡Ya sabes que no puedo pedir más créditos, collons! Hasta que se desencalle lo del Nuevo Mestalla, no me dan más.

—Ese proyecto es una auténtica locura, Augusto. Debe de ir en contra de las normativas españolas y europeas.

—Tú sabes por dónde me paso yo las normativas, ¿verdad, Vicenteta?

—Lo sé, Augusto, pero no con mis propiedades. Me voy, que he quedado.

—Vicenta, coi, ¡tener el dinero parado es de pobres! Si no lo mueves, no crece, y si no crece, acaba desapareciendo con la inflación.

—Haz lo que quieras con tu dinero, pero la herencia de mis hijas no se toca.

Vicenta salió de la suite y su marido la siguió pasillo abajo.

—No me lo digas. Te vas a la iglesia, ¿no?

—Y ¿a ti qué más te da adónde vaya?

—¡Como si lo viera! ¡A la iglesia, como cada puto día! ¿Qué os da ese hombre? ¿Se la casca en el confesionario y lo miráis a escondidas? Porque, si no, ¡es que no lo entiendo!

Al llegar a la escalera que llevaba a la planta baja, Vicenta le había dirigido una mirada cargada de desprecio.

—Cuando pienso que no puedes caer más bajo, siempre me sorprendes. —La expresión de Vicenta se transformó en una de dolor—. No me extrañaría que fuera verdad lo que me han dicho... Mírame a la cara, Augusto. Mírame a la cara y dime que la muerte de Alejandro fue accidental.

Augusto perdió el control.

—¿Todavía no te has olvidado del idiota de mi hermano?

—¡No lo voy a olvidar nunca!

—¡Pues vete con él si tanto lo echas de menos! —Empujada por su marido, Vicenta había empezado a rodar escaleras abajo—. ¡Dale recuerdos de mi

parte! ¡Dile que no me espere! ¡El infierno me parece un sitio mucho más divertido donde pasar la eternidad!

—Señor Velasco. ¿Señor Velasco? —El notario reclamó la atención del cabeza de familia.

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto alguien? —Augusto miró a su alrededor, pero sólo Cayetano le rio la gracia.

—¿Acepta su parte de la herencia?

—Por supuesto, soy el cónyuge y heredero principal.

—¿No ha oído nada de lo que he dicho? —Esta vez fueron varios los presentes que aguantaron la risa—. Se lo repito:

»“Dejo la alquería, que mi marido se empeñó en rebautizar como La Velasqueta, a mi hija mayor, Ángela. Sé que sabrás cuidar el legado de tus antepasados, hija mía. La tierra nos lo ha dado todo. Si olvidamos nuestras raíces, nos perdemos.

»“Mi querida Katrina, la casa de Gandía es para ti. Si la tierra nos da la vida, el mar nos da la libertad. Nunca renuncies a ella”.

—¡A ver, yo soy el cónyuge! —lo interrumpió Augusto—. Tiene que empezar por mí.

—A usted le deja el palacete de Valencia, pero con la condición de que no puede venderse mientras la señorita Katrina siga viviendo ahí.

—Pero ¡¿qué dice, inepto?! Hasta yo sé que son los hijos los que no pueden vender las propiedades mientras vivan los padres en ellas. Vale, muy bien. Mi casa es mía. ¡Menuda novedad! ¿Qué más?

El notario respiró hondo antes de continuar.

—«Dejo todas mis joyas a mi hermana Cinta, con la condición de que las legue a mis hijas a su muerte. La ropa no te la dejo, hermanita, porque sé que no te gusta. Quédate con todo lo que quieras, Rosa, y el resto, llevadlo a la parroquia.

»“También dejo a mi querida y fiel Rosa cincuenta mil euros en acciones de

industrias Velasierra. —La cara de asombro de Augusto fue digna de ser inmortalizada y enmarcada—. Es poco para lo mucho que tú me has dado. Acéptalo con todo mi cariño y mi agradecimiento.»

Augusto fue poniéndose de todos los colores al oír cómo la difunta iba dejando paquetes de acciones a sus nietos, sus sobrinos, sus hijas y hasta a la parroquia donde pasaba las tardes. Había ido haciendo el cálculo mental a medida que el notario hablaba, y con la última cantidad se completaba el cien por cien de sus acciones.

—Pero ¿qué broma es ésta? ¿Ha oído hablar de la legítima, señor notario?

—Sí, señor Velasco. Leo lo último que su difunta esposa añadió al testamento: «En caso de que mi muerte no se deba a causas naturales, os pido a todos que os ocupéis de que Augusto no vea ni un euro de mi patrimonio. No dejéis que os convenza con sus trucos de trilero. No vendáis ni una casa, ni una acción. Si dejáis que os convenza, os arrastrará consigo en su caída. Y va a ser una caída de las que hacen historia».

—¡Será zorra, hija de mil putas...!

Mientras Augusto se levantaba, sacando espuma por la boca, y se dirigía a la puerta, Ángela trató de taponarle los oídos a Miguel, que se escabulló.

—¡Esto no quedará así! Me voy a ver a mis abogados. No dejaré que esa frígida beata usurpadora me prive de lo que es mío. Y tú, notariucho de mierda, ¡prepárate! ¡Me las vas a pagar!

Estas últimas palabras las dijo andando de espaldas. El karma, que se había disfrazado de empleada fiel, lo esperaba en lo alto de la escalera. Cuando Augusto vio a Rosa, ya había empezado a dar vueltas escaleras abajo. Aunque era mediodía, la oscuridad lo envolvió.

Monte Calvario

—¿Tu padre ya está en casa? —preguntó Clara a su amiga Ángela mientras sus hijos entrenaban. El ruido de las pelotas rebotando y el chirrido de las zapatillas deportivas sobre el parquet las obligaba a levantar la voz.

—Sí, está más insoportable que nunca. Creo que las enfermeras hicieron una fiesta cuando le dieron el alta. No paraba de acusar a Rosa de su caída. Pobre mujer..., no me extraña que se haya jubilado.

—Y ¿cómo os organizáis sin ella?

Ángela resopló.

—Nos turnamos. Katrina está con él ahora; espero que no se maten.

—¿No hay posibilidad de que vuelva Rosa?

—No, nunca la había visto tan decidida. Nos pidió a Kata y a mí que le compráramos las acciones para poder retirarse en Benidorm. Le dijimos que sí, claro. Es lo mínimo que podemos hacer por ella, con lo bien que se ha portado siempre con nosotras.

—Me alegro por ella. Ojalá encuentre un novio. —Clara sonrió—. ¿Has llamado a la agencia que te dije?

—Sí. Mañana tenemos un casting de asistentas y de cuidadoras en casa.

—Anda, no sabía que hacían castings a domicilio.

—Es para que mi padre pueda ver a las chicas.

—¿Hasta cuándo tiene que ir enyesado?

Augusto se había roto la cadera, el peroné y la nariz y había acabado las pocas reservas de paciencia que le quedaban antes de la caída. Las suyas y las de

todos los que lo rodeaban.

Ángela sacudió la cabeza.

—Depende. Debería haber empezado a caminar ya para recuperarse de la cadera, pero no puede, por la pierna. Es un drama.

—¿No debería estar en un centro de rehabilitación?

—No le ha dado la gana. Dice que no quiere quedarse solo por las noches en un sitio donde la seguridad es un chiste y puede entrar cualquiera.

—Y ¿quién va a entrar?

—Está paranoico perdido; no se fía de nadie.

—Ya, piensa el ladrón que todos son de su condición.

Ángela resopló. Por desgracia, su amiga tenía razón. Cada vez estaba más convencida de que su padre estaba detrás de la muerte de su madre. Las últimas líneas del testamento dejaban poco lugar a las dudas. Aunque la caída de Augusto había desviado la atención de todos, ni Kata ni ella lo habían olvidado.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó Clara.

—Con ganas de estrangular a mi padre, pero, aparte de eso, bien.

—¿Se ha arreglado con su entrenador?

—No, me dijo que esa relación no iba a ninguna parte, pero la veo contenta. De vez en cuando responde mensajes en el móvil y se le pone esa cara de bobalicona...

Clara sonrió.

—¿Esa que pones tú cuando me hablas de tu misterioso desconocido?

—¿Qué cara pongo?

—Esa misma. Como si se te acabara de recomponer el himen y volvieras a ser una adolescente virginal.

—¡Serás bruta!

—¿Te ha dicho algo más?

—No, me dijo que me pusiera en contacto yo, pero, con lo de mi padre, no he tenido tiempo de nada.

—Pues no dejes que se enfríe.

—No hay nada que se pueda enfriar.

—En eso estoy de acuerdo. Tú útero se convirtió en el palacio de *Frozen* hace

tiempo.

—¡Oye, guapa! ¡Eso no es verdad!

—Te han entrado todos los padres divorciados del equipo y nunca le has hecho caso a ninguno. No te digo que te acuestes con ellos, pero un poco de coqueteo es necesario en la vida para no mustiarse antes de tiempo.

Ángela negó con la cabeza.

—No podría.

Llevaba toda la vida siendo testigo de las infidelidades de su padre y de su marido. La idea de tener una aventura la horrorizaba.

«No seas falsa. Llevas toda la semana fantaseando con H. Y lo que haces con él no te horroriza precisamente...»

—Te seré sincera, Angie. Había empezado a perder la esperanza, pero ese brillo en tus ojos me la ha devuelto. No sé quién es ese Z. Z. Paff...

—H. Z. Z.

—Tiene un nombre espantoso, pero me cae bien. Espero conocerlo pronto. ¡Salgamos una noche! Quiero presentarte a Hat Trick. Nadie debería pasar por la vida sin conocer a Hat Trick.

—¡Clara! ¡Mi madre acaba de morir y mi padre va a acabar con la salud de todos! ¿Cómo puedes estar pensando en salir? Y encima con un... con un... ¡un escort!

Clara se echó a reír.

—Puedes decir la palabra sin miedo, Ángela. No te va a morder. —Ronroneó al acordarse de su último capricho sexual, un capricho muy caro pero que pagaba con gusto—. ¡Pues precisamente por eso, *xiqueta!* Si no te relajas nunca, vas a explotar como una traca.

Ángela sacudió la cabeza y vio que los chicos empezaban a salir ya de los vestuarios.

—Anda, que vienen las fieras —avisó a su amiga—. Prepara los bocadillos.

—¡Kata, la botella! Me estoy meando.

«Eso es lo que necesito: una botella de vodka; entera, a morro...», se dijo la pequeña de las Velasco mientras le acercaba a su padre el recipiente para que pudiera orinar.

—Toma.

—¡Ayúdame!

—Agárrate al triángulo, que me vas a lesionar.

—Uy, no se nos vaya a lesionar la pichichi de la Liga.

—Gracias por tus ánimos.

Augusto, que se había incorporado y había empezado a aliviarse, soltó el aire y cerró los ojos hasta que acabó.

—El fútbol femenino es una bobada. No da dinero. —Le alargó la botella y Kata fue a vaciarla a la taza del baño de la habitación.

—¿Volvemos a empezar con lo de siempre? —Tiró de la cadena—. No pienso trabajar en un despacho; no valgo para eso.

—No todos los despachos son iguales. ¿No te gustaría trabajar en la Fede?

—¿Qué Fede?

—Pues la Federación Española de Fútbol, ¿cuál va a ser? Viajarías mucho, conocerías a futbolistas de primer nivel...

«Caramba, vamos fuertes esta noche, papá.»

—Sí, me encantaría trabajar en la Federación, siempre y cuando me eligieran por mis méritos deportivos, no por enchufe de mi padre.

Augusto levantó los brazos y maldijo cuando sintió dolor en la espalda.

—¡Katrina, madura de una vez! ¿Sabes cuántos de los miembros de la comisión delegada están ahí por sus méritos deportivos?

—Prefiero no saberlo. —Cambió de tema antes de que su padre pudiera seguir tejiendo su tela de araña—: ¿Te duele? ¿Cuándo te toca la medicación?

—¡Y yo qué sé! Menuda enfermera estás hecha. Así no vas a casarte nunca.

—¡Eso espero!

—¡Katrina! Si ya sabía yo que lo del fútbol era mala idea. ¡Todas las futbolistas son unas tortilleras!

—¡Aaah, papá! ¡Eres un machista, un homófobo y un carca! ¡Ya nadie dice esa palabra!

Kata apretó los puños harta de los tópicos que rodeaban su trabajo, y salió de la habitación, pero volvió poco después con la medicación.

—Toma. —Le dio las pastillas y un vaso de agua.

—No querrás envenenarme...

—No me des ideas, papá, no me des ideas. Tómate eso y duérmete ya. Déjame un rato en paz.

—Me duermo si sales a cenar con el hijo de Folch.

—¡Y dale! ¡Serás chantajista! No pienso salir con ninguno de tus peones.

Kata volvió a su habitación y, de un salto, se echó en su cama boca abajo. Su padre iba a dormir, quisiera o no. Acababa de darle ración triple de tranquilizantes.

«Dulces sueños, ¡o no!»

Dani le había escrito un mensaje de WhatsApp, diciéndole que la avisara cuando tuviera tiempo.

¡Por fin! Estoy libre.

¿Vamos a dar una vuelta?

No, no. Libre para hablar, pero no puedo salir hasta mañana.

Dani empezó a teclear, pero lo pensó mejor y la llamó por teléfono.

Katrina sonrió al ver su foto en la pantalla, se dio la vuelta en la cama y, usando un brazo como almohada, respondió:

—Aquí la enfermera loca de *Kill Bill*, ¿dígame?

—Uff, cómo me pone Daryl Hannah.

—¿En serio?

—¿Tú has visto *Splash*?

—Pues sí, hace tiempo, pero...

—Da igual. ¿Cómo estás?

—Hasta el coño y más allá.

Dani se echó a reír y su risa liberó a Katrina del mal humor que la apesaba cada vez que compartía techo con su padre.

—¿Quieres que vaya a rescatarte? —murmuró.

Kata se llevó la mano al vientre, que acababa de alborotarse.

—No me lo digas dos veces. Estoy harta de mi padre. ¡Qué ganas de que empiece a trabajar la cuidadora! No la conozco, pero ya me da pena.

—Asegúrate de que le paguen bien.

—Le paguen lo que le paguen, será poco.

—Ya veo que no voy a convencerte para que te escapes esta noche, pero quiero llevarte a un sitio.

—¿A otro club?

—No, un sitio muy especial para mí, pero no preguntes más. Es una sorpresa. Kata sonrió. La vida acababa de mejorar. Mucho.

—Vaya, qué misteriosa. ¡De acuerdo!

—Tenemos una cita, Katrina *la Zarina*.

—Eso parece, Daniela *Dolor de Muela*.

—Ya te pillaré yo a ti.

«Ojalá.»

—Buenas noches, Dani.

—Dulces sueños, Kata.

Al final del pasillo, Augusto alargaba el brazo con dificultad hasta alcanzar su objetivo: un ejemplar de *El padrino*, de Mario Puzo. Lo depositó sobre su regazo y acarició la cubierta antes de abrirlo. Dentro encontró el consuelo que buscaba, que no era un rato de lectura, sino una petaca de whisky. Antes de darle un buen trago, escupió las pastillas en el fondo agujereado del libro.

No había llegado donde estaba fiándose de los demás. No se fiaba de nadie y, por supuesto, tampoco confiaba en su rebelde hija menor.

Le dolía la espalda y le dolía la pierna. Estaba harto de estar en la cama. Si pudiera, estaría entre las piernas de Natasha, la exuberante camarera del Conilletes Club que siempre sabía cómo relajarlo, pero estaba atado a esa maldita cama.

Dio otro trago, guardó la botella y se acomodó, pero estaba incómodo y no

paraba de moverse. Al cabo de cinco minutos que se le hicieron eternos, volvió a alargar el brazo para coger el móvil y hacer una llamada.

—¿Qué pasa, tito?

—Un respeto, *nano*. ¿Has hecho lo que te encargué?

—Todo controlado, viejo.

—¿A quién llamas tú viejo, niñoato?

—Tranquilo, que se te altera el corazón. Tú déjalo todo en mis manos. Mañana te llamo.

—¿Qué te ha dicho...? ¡Será posible! ¡Me ha colgado el niñoato!

A las afueras de Valencia, en el club donde Augusto había enviado a Cayetano para hablar con los inversores de su gran proyecto, Natasha levantó la cabeza y lo miró con sus ojos rasgados.

—Espero que a partir de ahora vengas siempre tú —le dijo mimosa.

«No tiene mal gusto el viejo. Pero entre mis manos está mucho mejor.»

Agarrándola del pelo, le bajó la cabeza con brusquedad.

—Anda, calla y sigue a lo tuyo.

Niña bonita

—Muchas gracias, Delmi. ¿Puede esperar en el salón y decirle a Vilma Morelia que pase?

—¿Quedan muchas? —preguntó Katrina.

—Cuatro —respondió el dueño de la agencia que ofrecía los servicios de cuidadoras para ancianos y enfermos.

—Es espantoso —le susurró Ángela a su hermana—. Pobres chicas.

Angie se obligó a serenarse ante la perspectiva de escuchar la historia de otra de esas jóvenes, no mucho mayores que su hijo Ramón, pero que arrastraban vidas de dolor y sacrificio. La que no había dejado hijos pequeños en su país, dejaba padres enfermos o hermanos que dependían de ellas.

Katrina, que le había enviado un mensaje a Enrique para avisarlo de que llegaría tarde al entreno, leyó la respuesta que acababa de llegarle:

O estás aquí dentro de media hora o quedas fuera de la convocatoria del domingo.

—Con permiso —murmuró una nueva candidata.

—Pase, pase, Vilma Morelia. Siéntese ahí y cuente a los señores Velasco por qué ha venido a Valencia.

—Yo vine para darle un futuro mejor a mi familia, con la ayuda de Dios. Cuando mi papá murió tuve que dejar los estudios y ponerme a trabajar, pero quiero que mi hermanita vaya a la universidad. —Los ojos de la joven se iluminaron al hablar de su hermana—. Es muy lista.

Las hermanas Velasco asintieron y le dirigieron una sonrisa, pero su padre resopló con impaciencia.

—Ésta no. Está gorda.

El dueño de la agencia le pidió a la chica que se retirara y llamara a la siguiente candidata.

—¡Papá! —exclamaron sus dos hijas a la vez.

—¿Qué pasa? ¿Acaso es mentira?

—Esa chica no está gorda —respondió Kata indignada—, pero, aunque lo estuviera, ¿quién eres tú para faltarle al respeto?

—Pensaba que estábamos eligiendo servicio, no haciendo el besamanos a la Casa Real.

Ángela se puso en pie.

—¡Se acabó! Me temo que el golpe también te ha afectado a la cabeza. Vamos al salón. Elegiremos Kata y yo. Eres peor que un niño malcriado.

—¡Eh! ¿No puedo elegir a mi cuidadora? ¡No es justo!

—¡Si sigues así, las vas a ahuyentar a todas!

Ángela y Kata se detuvieron un instante en el pasillo, antes de bajar la escalera.

—No sé cómo lo vamos a hacer. Yo las contrataría a todas —dijo Ángela—, me dan mucha pena.

—Ya te digo, pobres *xiquetes*.

Pero cuando llegaron al salón, se encontraron con que sólo quedaban dos de las candidatas. Una era Vilma Morelia, que estaba a punto de irse, y la otra, una impresionante rubia a la que todavía no habían entrevistado.

—Me temo que el resto de las chicas se ha marchado —las informó el dueño de la agencia, que no sabía dónde meterse—. Lo siento, nunca me había pasado algo así.

—Ha llegado un aviso de terremoto —les aclaró la rubia, lo que le valió una mirada de desaprobación del dueño de la agencia, que siempre les advertía que no debían hablar sin que se dirigieran antes a ellas—. Todas han salido a comprobar que sus familias estuvieran bien.

—Con permiso —dijo Vilma asustada—, tengo que llamar a mi familia.

—No lo entiendo. —Kata les mostró la pantalla de su móvil—. No ha habido ningún terremoto en Centroamérica en las últimas horas.

—¡Ay, gracias, gracias, Dios mío! —murmuró Vilma.

El dueño de la agencia suspiró aliviado.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Pues, si les parece, sigamos con las entrevistas.

Kata y Ángela se miraron. Les sabía mal por las otras chicas, pero elegir entre dos era mucho más fácil que elegir entre veinte.

—De acuerdo.

—¿Alguna de las dos sabe cocinar? —preguntó Ángela.

—A mí me gusta mucho —respondió Vilma Morelia con timidez.

—Piensen que las chicas han llegado a España hace poco tiempo y no conocen los platos típicos —les hizo notar el dueño de la agencia—, pero aprenden rápido, ¿no es cierto?

—Oh, sí. —Vilma asintió con entusiasmo—. Tengo muchas ganas de aprender a hacer paella.

El hombre se volvió hacia la otra chica.

—Y a usted, Nancy Yarisley, ¿no le gusta cocinar?

Ella hizo una mueca y se encogió de hombros.

—La verdad es que cocinar no se me da bien, pero soy diplomada en enfermería y tengo mucha paciencia. No hay abuelito que se me resista.

Ángela examinó a la joven. Se la veía despierta, decidida, con carácter, algo muy necesario para conseguir que su padre siguiera una rutina disciplinada: comer a sus horas, tomarse la medicación...

Se volvió hacia su hermana, que estaba mirando la hora en el móvil.

—¿Y si nos quedamos con las dos? Tengo que irme a entrenar —se excusó Katrina—. ¿Puedes encargarte tú del papeleo, Angie?

Su hermana asintió.

—Eres la mejor, te debo una. —Kata le dio un beso en la mejilla y se marchó corriendo.

Mientras tanto, el dueño de la agencia le recordaba en susurros a Nancy Yarisley que aún no le había entregado el diploma que acreditaba su formación

como enfermera.

—Ay, señor, le pedí a mi mamá que me lo enviara, pero no llegó todavía.

—Te pedí que me enviaras una fotografía.

—Pero mi mamá se olvidó y ¡ahora ya está de camino! Sin embargo, no tendrá ninguna queja de mí, se lo aseguro, señor.

—¿Algún problema? —Ángela se había acercado a ellos.

—Ninguno, ninguno —replicó el dueño de la agencia. Dudaba mucho que esa chica fuera enfermera, pero los Velasco Altasierra eran unos clientes demasiado importantes como para perderlos—. Les estaba preguntando a las chicas cuándo podían empezar.

—Ahorita mismo, por supuesto —respondió Vilma.

—Yo podría empezar mañana —añadió Nancy, enroscándose el pelo en un dedo—. Esta tarde tengo que arreglar unas cositas.

—Bien, pues mañana a las ocho de la mañana las espero a las dos aquí. —Ángela suspiró. No veía el momento de recuperar la bendita rutina—. Les explicaré cómo funciona la casa antes de irme a trabajar.

La vida sigue

—Y eso es todo. ¿Necesitas alguna cosa más?

—No, gracias, Rita. —Ángela despidió a su secretaria, que acababa de ponerla al día—. Bueno, sí. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Rita, una mujer de formas rotundas que llevaba treinta años trabajando para la familia y que conocía a Ángela desde que era una niña, volvió a cerrar la puerta y se apoyó en ella.

—Claro.

—¿Cuánto tardaste en superar la muerte de tu madre?

Rita suspiró y negó con la cabeza.

—Es que no logro hacerme a la idea de que ya no está entre nosotros. Tengo la sensación de que me llamará en cualquier momento para que vayamos a tomarnos un chocolate.

—En mi caso fue distinto. Mi madre estaba enferma, pudimos despedirnos de ella, pero incluso así...

—No pude despedirme de ella. —«¿Qué querría decirme?»—. Ése es el problema.

—Dale tiempo. Tu madre siempre estará contigo.

Rita era una mujer poco expresiva, pero muy eficiente y fiel como pocas. Conocía las empresas como si fueran suyas y era un pozo de sabiduría sobre temas que no se encuentran en tutoriales, pero que eran básicos para que una empresa funcionara como un motor bien engrasado. Temas como los cumpleaños de los empleados, la salud de sus familias, los líos amorosos..., ese tipo de

cosas. Nadie sabía cómo lo hacía, porque nunca formaba parte de los corrillos que se reunían frente a la máquina de café o en el bar de la esquina y, sin embargo, nada escapaba a su radar. Por eso la llamaban Rita *la KGB*.

—Tienes razón; ha pasado poco tiempo. Gracias, Rita.

Cuando la secretaria cerró la puerta, Ángela dio un sorbo al café y dejó la taza a un lado. Por la ventana de su despacho de la plaza de la Reina se veía el campanario de Santa Caterina. Era su segunda casa. Llevaba quince años trabajando allí, desde que acabó la carrera. A diferencia de Katrina, Ángela nunca había tenido una vocación clara. Le gustaba leer y escribir, pero, como su padre decía siempre, eso no era un trabajo, era una afición. En realidad, a Kata le decía lo mismo, pero su hermana no se había dejado amilanar por su padre. Menuda era ella.

«Bien por Kata.»

Leyó la lista de llamadas telefónicas de los últimos días. Entre ellas estaba la de Tonet, el encargado de La Velasqueta. Hacía días que tenía ganas de hablar con él, desde la lectura del testamento. Se acabó el café y dejó la taza a un lado. Tenía que responder a una montaña de *e-mails*, pero antes llamó a Tonet.

—*Senyoreta Angeleta* —la saludó, y ella sonrió al oírlo hablar en su característica mezcla de valenciano y castellano—. *¿Com está? Per ací, todos bien, pero preocupats.*

—Gracias, Tonet. ¿Ha pasado algo?

—Nada que no podamos resolver, pero la última vez que llamó el señor Augusto me dijo que pronto habría cambios y que más nos valía irnos buscando otro sitio donde vivir.

Ángela miró al techo.

«Ése es mi padre. Si puede quitarle el sueño a alguien, es feliz.»

—No se preocupe, Tonet. Hágame un favor, tranquilice a todo el mundo. Me pasaré por ahí lo antes posible, pero dígales que todo va a seguir igual.

—¡Gracias, *mare de Déu dels Desemparats!*

—Hasta pronto, Tonet.

Tras aprobar el pago de varias facturas a proveedores, Ángela levantó la vista del ordenador cuando llamaron a la puerta.

—¿Se puede?

—Claro, pasa. —Sonrió al ver al guapo hombre de pelo castaño, con una melenita cortada a la altura de las orejas, ondulada y perfectamente cuidada. Uno de los hombres más guapos que había visto en toda su vida y que había roto los corazones de todas las empleadas de las empresas Velasierra. Ángela también se enamoró de él en otro tiempo. Concretamente, treinta y dos años antes, el día en que nació. Su tío Mauricio le había puesto en los brazos al precioso bebé de ojos azules y, cuando el pequeño Mauri hizo una mueca, Ángela se rindió a su encanto—. Anda, siéntate un rato. Pareces cansado, primo. ¿Han pasado muchas cosas en mi ausencia?

Mauri resopló.

—¿Por dónde empiezo?

Ángela hizo un gesto con la mano, como conjurando un tornado en el aire.

—Por donde más duela.

Mauri sonrió. Era una frase de los dos, que usaban cada vez que surgía un problema en las empresas.

—Ha habido plaga de cochinillas en los naranjos de Turquía, mosca blanca en California y pulgones en Marruecos.

Ángela negó con la cabeza. Con el aumento de la demanda de sus zumos, habían tenido que externalizar parte de la producción.

—Con tanta fauna salvaje, igual tendríamos que abrir un zoo en vez de dedicarnos a los cítricos.

—Los directores de área quieren usar insecticidas.

—¿Han probado los jabones?

—Me han dicho que sí, pero que no ha servido de nada y que los pulgones ya están enrollando la hoja.

—No hay tiempo; hay que actuar. ¿Qué les has dicho?

—Que, si no hay más remedio, usen las piretrinas naturales.

—Bien. Mantenme informada, por favor. ¿Qué más?

—Los de TercaDona nos han pedido que ajustemos más el precio del zumo de mandarina. Quieren ponerlo en oferta.

—¿Más? ¡Están locos! Si quieren bajar el precio, que lo bajen, pero no a

nuestra costa.

—Lo he intentado todo; no ceden.

Ángela se llevó las manos unidas ante la boca.

—¿Cómo está el tema de los jabones de bergamota para The Mody Shop?

—Seguimos pendientes de respuesta, pero pinta bien. Creo que lo conseguiremos.

—Te diría que mandarás a paseo a los de TercaDona, pero si se entera mi padre le empezaría a dar vueltas la cabeza como a la niña de *El exorcista*.

—¿Y si Augusto habla con el dueño? ¿No son colegas del alma?

—Luego llamaré a casa, a ver cómo les va a las chicas nuevas. Estoy preocupada. Por las chicas, claro, no por él. Hablaré con mi padre. Que llame a su amigo y, si se enfadan, a otra cosa, mariposa. Si no aprecian la calidad de nuestros zumos, los venderemos en otro sitio.

Mauri suspiró.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo peor?

—Tal vez no sea nada...

—Tu olfato no suele engañarte, Mauri. ¿Qué pasa?

—Hemos recibido una oferta de adquisición de acciones.

—¿Quieren comprar acciones de la empresa? Y ¿dónde está el problema?

—Más que una oferta, fue una amenaza velada. El tipo que llamó sugirió que las acciones del *holding* estaban a punto de perder valor de manera drástica. Me aconsejó que vendiéramos cuanto antes.

—¿Quién era?

—Dijo que era agente de Bolsa, pero lo dudo bastante.

—Es absurdo. Si van a perder valor, ¿para qué quieren comprarlas?

—Para nada bueno. No creo que estén interesados en las empresas. Me huele a que tu padre ha tocado las narices a alguien, y ese alguien quiere borrarlos del mapa.

Ángela se echó hacia atrás en la silla de oficina y resopló.

—¿Mi padre tocándole las narices a alguien? No sé qué te hace pensar eso...

—Sabes que no hace falta que hagan nada. Sólo con que corra el rumor, los accionistas empezarán a vender y el valor bajará.

—Lo sé. Tenemos que averiguar quién hay detrás de todo esto. —«Tal vez H. Z. Z. sepa algo. Lo llamaré.»

—Sí, si me entero de algo, te lo diré enseguida. —Mauri se levantó—. Esta tarde me voy a Madrid. Mañana tengo reunión con los de The Mody Shop.

—¿Viaje de negocios... o también de placer? —le preguntó Ángela al recordar que la última vez que lo vio estaba hablando con el hijo de Duratesta.

La sonrisa ladeada de Mauri le dio la respuesta.

—No se te escapa una, primita.

—Es muy guapo.

—Lo es.

—No sabía que el hijo del presidente del Madrid hubiera salido del armario.

—No lo ha hecho.

—Pues seré una tumba.

—No sé de qué me hablas. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla antes de irse—. ¿Kata está bien?

—Sí, creo que también tiene a alguien que le da vidilla. Qué envidia me dais.

—Pues venga, prima, que no se diga. ¡A vivir!

Mauri salió y cerró la puerta.

Ángela miró el móvil, que tenía sobre la mesa.

«Luego... Primero acaba de revisar el *e-mail*», se dijo.

Pero el móvil la tentaba con su presencia.

Quería descubrir si el hombre del palco sabía algo sobre su madre.

Quería descubrir si sabía algo sobre los enemigos de la empresa.

Quería descubrir si sería capaz de hacer con él en la vida real lo que llevaba días imaginándose en la soledad de su cama.

Lo cogió y abrió WhatsApp.

Hizo rodar sus contactos hasta llegar a H. Z. Z.

Con el dedo tembloroso, empezó a escribir.

Mañana estaré fuera de Valencia todo el día. ¿Quedamos pasado mañana?

Abrió el siguiente correo electrónico, pero no tuvo tiempo de responderlo

porque el móvil sonó, anunciando la respuesta a su wasap.

Se le hizo un nudo triple en el estómago. Sintió un sudor frío y un cosquilleo en las manos, como si le hubiera pasado la corriente.

El temblor de la mano no le dejaba leer el texto. Dejó el aparato sobre el escritorio y se inclinó sobre la pantalla.

¿Por qué no mañana? Puedo acompañarte. Podríamos hablar por el camino.

Ángela dudó. ¿Sola, en un coche, con un desconocido que tal vez estuviera detrás de la muerte de su madre? Su instinto le decía que ese tipo no era el enemigo, pero ¿podía fiarse de su instinto? ¿Y si era el calentón el que la estaba animando a aceptar?

«Actúa. Por una vez en la vida, deja de darle vueltas a todo y actúa.»

De acuerdo.

Perfecto. Estaré en la esquina de tu casa mañana a las nueve y media para que puedas dejar a los niños en el colegio.

Frunció el ceño.

«¿Sabe dónde vivo? ¿Conoce mis rutinas? ¿Dónde coño te estás metiendo, Ángela?»

Rebelde Way

—Cuando acabes de ducharte quiero hablar contigo, Katrina —dijo Enrique, agarrándola del brazo.

Kata se soltó bruscamente y quiso decirle que no tenían nada de que hablar, pero sus compañeras de equipo los miraban, burlonas, mientras entraban en el vestuario y no quiso echar más leña al fuego de los cotilleos.

Se quitó la ropa sudada, se metió en la ducha y dejó que el agua se llevara las tensiones de los últimos días.

Al salir buscó con la vista a Daniela, que se estaba cambiando en su rincón de siempre. Cuando acabó de vestirse, Dani se le acercó y se sentó en el banco de láminas de madera, con la espalda apoyada en la pared, una pierna a cada lado del banco y la bolsa de deporte delante, como un escudo.

—Tu novio te espera en el pasillo, Velasco —se burló la portera, que acababa de entrar.

—Que no es mi novio, ¿cuántas veces voy a tener que decirlo?

—A mí no hace falta que me convenzas, díselo a él.

Katrina resopló.

—No quiero volver a hablar con él —le dijo a Dani—. Se lo he repetido mil veces, pero no me escucha.

—He oído por ahí que quieren echarlo. Querrá arreglarlo contigo para que hables con tu padre.

—Pues si se cree que mi padre me escucha en algo, es que es más idiota de lo que pensaba.

—Idiota, desde luego, lo es. Tener una novia como tú y perderla... es de gilipollas profundo.

Katrina sintió un agradable calor en el pecho.

—Vaya, gracias. Muy poético —bromeó para romper la tensión.

Se secó el pelo con la toalla, se peinó y se hizo una coleta. Cuando acabó de recoger las cosas, dijo:

—Anda, vamos. Cuanto antes salgamos, antes acabaremos con esto.

—No hace falta que hables con él, si no quieres.

Katrina alzó una ceja.

—¿Vas a salir a despejarme el terreno? Gracias, pero no hace falta.

—Podemos salir por detrás.

—¿Qué dices? No hay más puerta que ésa.

Dani la miró con ironía.

—¿No has saltado nunca por los tejados, Gata?

Katrina miró hacia la puerta. Detrás la esperaba Enrique y todo lo que simbolizaba: relaciones insatisfactorias que la dejaban cada vez más frustrada. Se volvió hacia Dani, que esperaba apoyada en una de las taquillas, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa ladeada que era pura tentación.

—Pues no, Dolor de Muela, pero sospecho que a partir de hoy ya no podré decirlo nunca más.

—Hay esperanza para ti, niña rica. ¡Vamos!

Dani cogió las bolsas de deporte, las tiró por la ventana del baño, ayudó a saltar a Kata y salió a continuación. Una vez en la escalera de incendios, subieron hasta el tejado del edificio, lo recorrieron de punta a punta y saltaron al suelo cerca del aparcamiento.

La ciudad deportiva quedaba junto a un nudo de autopistas, a media hora de Valencia. Dani había venido en autobús, como siempre, pero Kata tenía coche — un Citroën C3 blanco, negro y rojo, del que Dani estaba enamorada— y fueron corriendo y riendo hasta él.

Mientras echaban las bolsas de deporte en el maletero, dos compañeras que se dirigían a la parada del autobús gritaron:

—¡Eh, Kata!

—¡Espera, llévanos!

Katrina miró a Dani, que negó con la cabeza, traviesa.

—¡Hoy no! Otro día.

—¡No seáis cabronas! —Las dos chicas corrían hacia ellas—. ¡Esperadnos!

Katrina y Dani entraron en el coche sin poder aguantarse la risa.

—¡Métele caña! —la animó Dani.

Katrina arrancó y dio una vuelta al aparcamiento para huir de las dos chicas que las perseguían. Una de ellas les lanzó la bolsa de deporte, por la impotencia de ver que se escapaban, pero no las alcanzó. Un instante después estaban en la autopista que unía la ciudad deportiva con la capital valenciana.

—Se van a cabrear. —Katrina se mordió el labio para aguantarse la risa. Lo sentía por sus compañeras, pero no tenía ganas de compartir a Dani con nadie.

—Pues que se unan a Enrique y monten una asociación.

Katrina le dirigió una sonrisa ladeada.

—Nos va a hacer chupar banquillo, como si lo viera.

—Prefiero chupar banquillo el resto de mi vida a imaginarme que tú le chupas otra cosa —se dijo Dani.

Cuando se volvió hacia Kata, vio que ella había palidecido y que la miraba alarmada.

—¿Lo he dicho en voz alta? —Katrina asintió—. Joder.

—Eeehm, ¿tú no conduces? —preguntó Kata para cambiar de tema.

—A veces.

—Pero no tienes coche, ¿no?

—Pues no. Por no tener, no tengo ni carnet.

—Pero entonces ¿cómo conduces?

Dani alargó la mano y dio un volantazo, obligando a Kata a tomar el desvío que llevaba a la gasolinera.

—Pero ¿qué coño haces? —Katrina se detuvo en una esquina del área de servicio.

—Responderte. Anda, ven, cámbiame el sitio —Daniela le indicó con un gesto que pasara por encima de ella.

Kata estuvo a punto de salir por la puerta y rodear el coche, pero Dani la

atraía como un imán.

Apoyándose en sus hombros, pasó una pierna sobre su regazo. Dani la sostuvo por la cintura. Sus caras estaban cerca, tan cerca que su aliento le rozó la boca. Bajó la vista hacia sus labios, que estaban entreabiertos, y sintió unas ganas absurdas de abalanzarse sobre ellos. Volvió a alzar los ojos y, cuando sus miradas se encontraron, no quedó espacio para el disimulo. Lo que ardía en los ojos de las dos era el deseo.

«Qué guapa es», pensó Katrina, perdida en los ojos más azules que había visto nunca.

«Dios, sabes que nunca te pido nada y que yo me saco las castañas del fuego, pero, por favor, que no se eche atrás. Que me dé una oportunidad.»

Tras rezar en silencio, Dani agarró la cintura de Katrina con más fuerza y acabó de pasarla al otro lado mientras ella se sentaba al volante. Sin ponerse el cinturón, arrancó, cruzó el área de servicio y salió de nuevo a la autopista.

Kata ahogó una exclamación.

—Pero ¿qué haces? ¡Pensaba que ibas a conducir por la gasolinera!

Dani sacudió la cabeza divertida. La adrenalina le corría por las venas. Estaba eufórica. Sus fantasías se estaban haciendo realidad y todo era aún mejor que en su mente.

—Lo de dar vueltas en un circuito no es para mí. ¿Te he hablado alguna vez de cuando mi hermano y yo robamos un auto de choque y le trasteamos el motor para que funcionara por las calles? Mi madre nos tuvo castigados dos meses.

—¡No! —No sabía si echarse a reír o exigirle que detuviera el coche en la cuneta para volver a conducir ella. Si las paraba la policía, se les caería el pelo—. Ponte el cinturón, al menos.

—Vale, vale. Me encanta que te preocupes por mi integridad física. —Dani se puso el cinturón con una sola mano con movimientos tan fluidos que se notaba que no era la primera vez que lo hacía—. Lo entiendo. —Se señaló de arriba abajo—. No quieres que este cuerpazo sufra ni un rasguño, ¿verdad?

«Sólo los que pueda hacerte con mis uñas en tu espalda.»

Dani le dirigió una mirada ardiente.

—Ésa es mi Gata.

—¿Ahora me lees la mente?

—Sí, y me encanta lo que veo en ella.

Katrina bajó la vista unos instantes para gestionar las emociones que le inundaban el pecho.

Miedo. Miedo a lo desconocido. Dani tenía razón, su vida hasta ese momento se parecía mucho a dar vueltas a un circuito cerrado. Tal vez ésa era la razón por la que se sentía tan frustrada.

Nervios. Un nudo en el estómago ante la perspectiva de ampliar horizontes. Necesitaba romper la burbuja en la que había vivido hasta ese momento y salir al mundo real. Siempre le había parecido que era un lugar amenazador, pero si era de la mano de Dani, ya no le daba miedo.

Excitación. Contracciones en el sexo, calor en el vientre, cosquillas en los brazos que le salían por la punta de los dedos por las ganas de acariciar la piel blanca y el pelo claro de Dani.

Y otra cosa. Un calor en el pecho. Un no poder contener el corazón que parecía estar creciendo a una velocidad suicida. Tan suicida como sus neuronas, que estaban abandonando el barco al grito de «Sálvese quien pueda».

«¿Es posible? ¿Es esto el amor?»

Euforia. Aunque el amor se escondía, vergonzoso, y no se dejaba identificar, a la euforia la conocía bien. La había vivido al marcar un gol en el último minuto, al celebrar el pase a la final de su equipo en torneos nacionales e internacionales. La euforia era un abrazo en medio del campo, una piña de brazos y cabezas gritando y saltando a la vez.

Y todo eso estaba teniendo lugar en su corazón en esos momentos.

Se sobresaltó al notar un leve roce en la mejilla.

Dani había alargado el brazo y se la había acariciado con un dedo.

Se volvió a mirarla y en ese momento se dio cuenta de que no estaban yendo por el camino que ella solía recorrer.

—¿Adónde vamos?

—Tenemos una cita, ¿lo has olvidado?

—No, pero pensaba que quedaríamos por la tarde.

—Yo también, pero acabo de decidir que no quiero separarme de ti.

Katrina se revolvió en el asiento. Le gustaba la sensación de rebeldía, de salirse del camino marcado, pero lo que no quería era escapar de la tutela de su padre y de su entrenador para depender de una joven autoritaria. Por muy azules que tuviera los ojos y por mucho que le gustara el tatuaje que le ocupaba toda la parte interna del antebrazo.

—Ah, y mi opinión, ¿cuenta para algo?

La luz de los ojos de Dani se apagó de golpe y volvió a protegerse tras su habitual parapeto de indiferencia.

—Claro. Quería enseñarte mi casa y mi barrio, pero si no te apetece..., lo entiendo. Tomaré el primer desvío.

Katrina apoyó la mano sobre la de Dani, encima del cambio de marchas.

—Me encantará conocer tu casa y tu barrio. Quiero saberlo todo de ti.

Como un faro, cuya luz se apaga y se enciende al girar, los ojos de Dani recuperaron su brillo y Katrina se dio cuenta de que mantenerlos encendidos iba a ser su nuevo objetivo en la vida.

Bonanza

Un discreto bocinazo al pasar la avisó de que H. Z. Z. la esperaba en la esquina, tal como le había dicho. Lo que no esperaba era que la esperara en una moto, negra, de gran cilindrada.

Ángela detuvo el coche a su lado y le dio al botón para bajar la ventanilla.

—¿En tu coche o en el mío? —fue el saludo de ese tipo moreno, con gafas de espejo y algo que no sabía definir pero que la atraía demasiado mientras le daba palmaditas a la moto.

—En el mío. —Le gustaban las motos, pero no para trayectos tan largos.

Él asintió, bajó de la moto y entró en el Jaguar F-Pace de color negro de Ángela.

Permanecieron en silencio hasta que salieron de la ciudad. Cada vez que se detenían en un semáforo, Ángela ocultaba la cara. De pronto, su integridad física había pasado a segundo plano. Tenía miedo de que la viera algún conocido y sacara conclusiones equivocadas.

Miró a su acompañante de reojo y vio que él la estaba contemplando con una sonrisa.

—¿Quieres dejar de mirarme así?

—Así, ¿cómo?

«Como si te gustara.» No lo dijo en voz alta porque era demasiado adolescente, aunque exactamente así era como se sentía: como si volviera a tener trece años.

—Vale, vale. —Él se sentó mirando al frente—. Seguiremos tus reglas.

Gracias por llamarme.

Ángela asintió y siguió conduciendo en silencio hasta que salieron de la ciudad en dirección sur, camino de la vall d'Albaida. Dejar la ciudad atrás la hizo sentirse más tranquila.

«No es tu amante, idiota. Es un desconocido. ¿Me puedes decir por qué te sientes más tranquila quedándote a solas con él?»

No hubo respuesta por parte de su cerebro, pero H. Z. Z. rompió el silencio.

—¿Adónde vamos?

—A La Velasqueta.

Él asintió.

—¿También conoces la finca? —Ángela frunció el ceño—. ¿Lo sabes todo sobre mi familia? Es muy injusto, ¿no crees? Yo no sé ni cómo te llamas ni cuántos años tienes.

—Hugo. Me llamo Hugo Zabala.

Ella lo miró sorprendida. No pensaba que fuera a ser tan fácil.

—¿Y la otra zeta?

Él sonrió antes de añadir:

—Zamorano. Y tengo treinta y cinco años.

Ella alzó una ceja.

—Lo sé —dijo él burlón.

—¿El qué?

—Que aparento menos.

Ángela sonrió.

—Modesto, ya veo. ¿Eres detective privado?

—No, soy periodista.

—¿Para qué medio trabajas?

Él resopló.

—Ahora mismo, para ninguno. Casualmente, cuando empecé a descubrir cosas sobre tu padre me echaron del periódico. Pero no pienso rendirme, me he hecho *freelance*. Cuando tenga el reportaje acabado lo ofreceré al mejor postor.

Ángela frunció el ceño. Sabía que su padre no tenía escrúpulos a la hora de negociar con clientes y proveedores, pero ¿echar a la gente a la calle? ¿Dejarlos

sin trabajo?

«Sí, por desgracia me lo creo.»

—Me temo que no voy a poder ayudarte. Creo que sabes más tú que yo sobre los asuntos de mi padre.

—Sí, yo también lo creo, pero al profundizar en la investigación llegué a temas que afectan a tu familia. Por eso me reuní con tu madre.

—Mi madre no estaba metida en ningún asunto turbio.

—Tal vez no voluntariamente, pero si su muerte fue un accidente, yo soy Shakira.

Ángela apretó el volante con fuerza para concentrarse. Tenía que pensar en su madre, no en un desconocido moviendo las caderas.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

El periodista suspiró, mirando al frente.

—Me temo que yo también soy culpable de su muerte.

—¿Qué demonios...?

—No, no le puse un dedo encima, pero le conté lo que había descubierto. Aunque le dije que no lo hablara con Velasco hasta que tuviera más pruebas, supongo que no pudo evitarlo.

—¿Qué le contaste? ¿Qué has descubierto?

Hugo resopló.

—Necesitaríamos una semana si tengo que contártelo todo.

«Una semana juntos. Viajaríamos hasta Algeciras, cruzaríamos a África, nos perderíamos por las callejuelas de alguna ciudad exótica, subiríamos a una habitación cubierta de cojines y...»

—¿Ángela?

Ella se sobresaltó. No entendía qué le pasaba con ese hombre. Su mente se había empeñado en realizar con él todo tipo de fantasías.

—Me imagino que nos has investigado a todos. Que sepas que no me hace ni puñetera gracia que nos sigas a mis hijos y a mí. ¿De qué va todo esto? ¿Qué ha hecho mi padre? ¿Qué le contaste a mi madre?

Cuando dejaron atrás el desvío de Xàtiva, Ángela sacudió la cabeza abrumada. Si la información sobre el proyecto faraónico de su padre la había dejado con la boca abierta, descubrir que la muerte de su tío Alejandro —el hermano mayor de Augusto, que murió en su juventud— probablemente no había sido un accidente la dejó temblando.

—¿De dónde sacaste esa información? Ya casi no queda nadie que recuerde esos tiempos.

—Fue casualidad —respondió Hugo—. Fui a Benidorm a informarme sobre el proyecto de las *zip cities* y una cosa llevó a la otra.

—Es que estoy flipando. Un rascacielos en Benidorm y otro en Ibiza y una tirolina con cabinas para ir de uno al otro. Tiene que ser una broma...

—Ojalá. Me temo que no. Hay socios muy potentes detrás. Empresarios rusos del gas, jeques árabes, magnates mexicanos de la comunicación...

—Pero es que ¡no lo entiendo! Hemos sobrevivido a la crisis gracias a que Mauri insistió en que separáramos la inmobiliaria del resto de las empresas. Los cítricos nunca nos han fallado. Mi padre se mete en un lío inmobiliario tras otro. ¿Por qué insiste ahora con un proyecto tan, tan...

—¿Faraónico?

—¡Absurdo, ridículo, una locura!

—Lo tuyo son los cítricos, pero ya sabes que a tu padre le van más los pelotazos inmobiliarios. No tiene paciencia para ver crecer los árboles.

Estaban ya muy cerca de La Velasqueta. A lado y lado, junto a las chumberas y las higueras, los naranjos dejaban ver sus frutos, aún pequeños y verdes. Dentro de pocos meses se convertirían en los preciados frutos que eran la base de la fortuna familiar.

—No, no la tiene.

—Tu madre reconoció que tu padre llevaba meses tratando de convencerla para que vendieran todas las propiedades. La Velasqueta, por supuesto, pero también Benidorm, Gandía, hasta el palacete de Valencia. Tu madre no quería ni oír hablar de vender el patrimonio de los Altasierra para meterse en un nuevo proyecto.

Ángela sacudió la cabeza.

—¡Pero si está endeudado hasta las orejas!

—Sí, por eso los bancos le han negado los créditos que ha pedido. Tu padre es un hombre peligroso. Su orgullo sufrió un golpe muy fuerte cuando estalló la burbuja inmobiliaria. Lo del Nuevo Mestalla fue la gota que colmó el vaso. Quiere triunfar cueste lo que cueste para quitarse esa espina y está dispuesto a apostárselo todo a doble o nada.

—Ya veo. Está dispuesto a apostárselo todo y a todos, empezando por mi madre. ¡Joder!

—Lo siento. Me sabe muy mal. No quería meter a tu madre en esto..., pero necesitaba confirmar la historia de Alejandro Velasco.

Ángela sacudió la cabeza.

—Siempre pasa lo mismo. Mi padre hace sus barbaridades y los demás nos sentimos mal mientras él duerme a pierna suelta. No te sientas mal. Me contó Rosa que llevaban meses discutiendo por las propiedades.

—¿Rosa?

—La... ¿asistentita? No me sale llamarla así. Rosa ya trabajaba en casa de mis abuelos. Se vino a ayudar a mi madre cuando se casó. Estuvo con ella hasta el final.

—¿Podría hablar con ella? Tal vez sepa algo de tu tío Alejandro.

—Ya no trabaja en casa. Mi madre le dejó unas acciones. Me pidió que se las comprara y se fue de Valencia. Se jubiló, ya le tocaba.

Hugo se echó hacia delante. Su olfato de periodista le decía que la tal Rosa no se había jubilado, sino que había salido huyendo para no ser el siguiente accidente en la lista de Augusto Velasco. Averiguaría adónde había ido, pero eso tendría que esperar, porque frente a ellos, al final de la estrecha carretera, les daba la bienvenida un cartel que colgaba de dos postes de madera.

Tuvo la sensación de haber entrado en la serie «Bonanza» o en uno de esos *westerns* en blanco y negro que tanto le gustaban a su padre. Pero, en vez de La Ponderosa, en el cartel color verde botella estaba pintado en letras blancas: «La Velasqueta».

Fatmagül

Augusto estiró el cuello y se inclinó hacia la derecha.

«Mierda. No veo nada.»

Lo estiró un poco más y notó un tirón en la pierna.

—¡Ay, joder!

Nancy, que se había entretenido un poco más de la cuenta recogiendo la ropa sucia del suelo, se incorporó, y la posibilidad de ver qué llevaba bajo la corta falda se esfumó.

—¿Qué pasó ahora, señor Augusto?

—Nada —refunfuñó.

—Ya está limpio y cambiado. —Tiró de la sábana que le cubría el regazo mientras él bajaba la vista hacia su escote—. Ahora quédeseme tranquilo, que ya viene el desayuno.

«¡Tranquilo me quedaría si te pillara por banda, *xiqueta!*»

—Vilmaaaa, ¿sube ese desayuno o no sube?

Su hija Ángela le había leído la cartilla antes de irse a trabajar. Le había dicho que respetara a las chicas para que no se marcharan corriendo el primer día. A él le parecía una idea ridícula. En su experiencia, las chicas jóvenes y guapas como Nancy lo que querían no era respeto, era un papito que las protegiera y les diera todos los caprichos, pero en su estado no podía impresionarla.

«¡Me cago en *Déu*, Vicenta! ¡Me sigues jodiendo después de muerta!»

Vilma entró en la habitación tambaleándose. La bandeja donde llevaba la cafetera, la jarra para la leche, el zumo, las tostadas y la fruta pesaba lo suyo.

—Déjalo ahí, Vilma. —En cuanto la recién llegada dejó la bandeja sobre la mesita auxiliar, Nancy le plantó la ropa sucia en las manos—. Y, ya que estás aquí, puedes limpiar el baño mientras yo le doy el desayuno al señor Augusto.

—No necesito que me des el desayuno, *xiqueta*, me cago en *Déu*. No soy un inválido. Cuando me quiten este dichoso yeso, te vas a enterar tú de quién es Augusto Velasco.

Nancy agarró a Vilma, que trataba de escabullirse, y la empujó con firmeza hacia el baño.

—Augusto Velasco es un amorcito que se va a acabar todo el desayuno que le ha preparado su Nancy.

Desde dentro del baño, Vilma resopló. El desayuno lo había preparado ella. No necesitaba que le pusieran una medalla, pero no entendía por qué Nancy tenía que decir lo que no era. Y luego estaba lo del baño. No le importaba limpiar, comprar, planchar y cocinar, pero no le gustaba nada que Nancy le diera órdenes como si fuera su superior. Conocía a las chicas como ella, tenía que pararle los pies cuanto antes.

Salió del baño sin limpiar nada y volvió a la cocina. Abrió YouTube y buscó un tutorial para preparar platos valencianos. Le encantaba cocinar; los nacatamales, el ceviche o el chicharrón con yuca no tenían secretos para ella, pero no podía prepararlos porque en esa casa no tenían los ingredientes necesarios.

Rafel, el chófer de Augusto —un hombre atractivo, muy masculino, de unos cuarenta años—, entró en la cocina y sonrió al verla.

—*Bon dia, xiqueta*. ¿Qué tal has dormido?

—Buen día, señor Rafel. Bien, gracias a Dios.

—A mí no tienes por qué mentirme, Vilma. Y no me llames «señor», que somos compañeros.

Ella se ruborizó.

—Bueno, casi no he dormido, pero estoy bien, gracias. ¿Un cafecito?

—Sí, por favor.

Vilma lo sirvió mientras él se sentaba a la mesa.

—¿Qué vas a preparar hoy de comer?

Ella suspiró.

—No lo sé. Había pensado en hacer unas pupusas de loroco.

—¿Unas qué?

—Pupusas de loroco. ¡Bien ricas que son!

—Ay, *xiqueta*. No sé lo que son, pero al señor Augusto no le gusta probar cosas nuevas..., al menos en la mesa. ¿No te dejó Rosa una lista de menús?

—Pues no.

—No te preocupes, luego vamos al mercado y vemos lo que tienen de temporada.

Vilma suspiró aliviada.

—¿Me acompañará?

—Claro.

—¡Ay, gracias! Pensaba que iba a tener que ir preguntando por la calle dónde estaba el mercado.

Nancy entró en ese momento.

—Menuda fiesta tenéis aquí montada mientras yo me deslomo a trabajar. Anda, tú —le dijo a Vilma—, ve a buscar la bandeja.

—¿No podías bajarla tú?

—La bandeja forma parte de la comida. La comida es cosa tuya, pues.

—Ya voy yo a por ella —se ofreció Rafel.

El chófer se santiguó al pasar por el lugar donde había fallecido la señora Vicenta. Le había servido durante muchos años. La había acompañado al hospital cuando se puso de parto de la señorita Katrina, ya que su marido estaba reunido (reunido con prostitutas, pero eso se guardó mucho de comentarlo con la señora, que ya tenía bastante con lo suyo en aquellos momentos). La había llevado a Benidorm, a Gandía, a La Velasqueta... Era una buena mujer, igual que Rosa, y las echaba de menos a las dos.

—Buenos días, señor Augusto. ¿Cómo está? —saludó al entrar en la habitación—. ¡*Collons*, perdón!

—¡Me cago en *Déu*! ¡Ya no puede uno ni meneársela a gusto!

—Yo... venía a buscar la bandeja.

—¿Ahora te dedicas a hacer de chacha? ¡Pues a la puta calle! —Augusto

estaba de un humor de perros. Desde el accidente no había podido aliviarse y no estaba acostumbrado a pasar tantos días sin sexo—. ¡Estás despedido!

A Rafel se le cayó el alma a los pies.

—Señor, llevo casi veinte años trabajando para usted. Le he sido siempre leal, sabe que nunca me he ido de la lengua...

—¡Sólo faltaría! Los médicos no me dejan moverme de esta maldita cama, así que no necesito chófer.

—Pero, señor, se recuperará. Pronto podrá volver a su vida normal y me necesitará más que nunca.

—Pues cuando me den el alta, contrataré a otro chófer. Seguro que me saldrá más barato.

Aunque estaba acostumbrado a los desplantes de su jefe, Rafel se sintió como si acabaran de abofetearlo. En silencio, cogió la bandeja y bajó a la cocina.

—No voy a poder acompañarte al mercado, Vilma. Me acabo de quedar sin trabajo.

La joven morena le quitó la bandeja de las manos. Él se quedó inmóvil, con los brazos aún levantados, como si fuera C-3PO, el robot dorado de *La guerra de las galaxias*. Vilma lo guio hasta la silla más cercana y lo obligó a sentarse.

—Ay, Rafel, voy a prepararle un tecito; está en *shock*.

Nancy los miró con altivez.

—¿Así arreglas tú las cosas? ¿Con un tecito?

Vilma frunció el ceño.

—¿Tienes una idea mejor?

La explosiva caribeña de pelo rubio y cejas negras —que adoraba e imitaba a Rita Ora— sacudió la cabeza.

—Me debes una, Rafaelito. —Inclinándose sobre el chófer, le dio un beso en la mejilla antes de salir de la cocina moviendo las caderas.

—¡Nancy! ¡Nancy! —gritó Augusto esa noche mientras sus dos nuevas empleadas miraban «Fatmagül», una telenovela que les habían recomendado

otras chicas de la agencia de colocación y a la que se habían enganchado inmediatamente.

—¡Ufa! ¡Qué oportuno! Sube tú y entreténlo un rato. Yo me he ganado el sueldo del mes esta mañana.

Vilma se resistió porque no quería dejar de mirar a Kerim, que le parecía guapísimo. Se había identificado totalmente con Fatmagül; era como si todo lo que le pasaba le pasara a ella misma. Kerim se estaba acercando, ¡qué nervios!

—¡Naaaaaancyyyyyy! —Cuando el señor Augusto volvió a gritar y Nancy, tumbada en el sofá, la empujó con el pie, Vilma suspiró y subió la escalera a la carrera.

—Nancy no puede venir, señor. ¿Qué necesita?

Él la miró de arriba abajo. La joven llevaba el uniforme que le había facilitado la agencia, pero mientras Nancy había acortado la falda y se aseguraba de llevar siempre tres botones de la camisa desabrochados, lo único que Vilma llevaba desabrochado era el corchete de la falda, que le iba pequeña. La camisa iba abotonada hasta arriba.

—¡Eres un adefesio! Necesito a alguien que me alegre la vista, no a ti. ¡Me deprimes! Y mi vida ya es bastante deprimente. ¡Fuera de mi vista! ¡Que venga Nancy!

Vilma salió al pasillo y se quedó apoyada en la pared, aguantándose las lágrimas. Sabía que el señor no tardaría en volver a gritar. Ese hombre no necesitaba campanilla para llamar al servicio. La pierna la tendría rota por tres sitios, pero no había perdido el chorro de voz.

Y, aunque Nancy no le caía bien, estaba de acuerdo con ella en que se había ganado el sueldo. No sabía lo que había hecho para conseguir que el señor Augusto cambiara de idea y no despidiera a Rafel, pero se lo podía imaginar. Durante unas horas, su jefe había estado relajado como un bebé y le había dado dinero para las compras sin protestar demasiado.

Cuando Rafel y ella regresaron de comprar, Nancy se había apalancado en el salón y se había hecho la dueña del televisor.

No le importó porque había disfrutado muchísimo de la compañía de Rafel, tanto en el mercado como en la cocina. Era un hombre muy agradable que la

trataba con respeto, algo que desde luego no había aprendido de su jefe.

Había descubierto que uno de los platos favoritos del señor Augusto era el arroz con conejo. ¡En España se comían a los conejos! Se había negado en redondo a prepararlo. Mientras ella estuviera al frente de esa cocina, nadie iba a comerse un conejito.

«¡Qué salvajes! ¿Cómo se les ocurre comerse a las mascotas?»

Con la ayuda de Rafel había preparado un *arròs amb costra*, un plato rarísimo de arroz al que habían añadido distintos tipos de carne de cerdo, habían cocinado al fuego y luego, tras echarle un montón de huevos batidos por encima, lo habían metido en el horno hasta que había quedado duro por encima.

Vilma había colgado fotos en su Instagram —por suerte, la señorita Katrina también vivía en la casa y tenían wifi—, y aunque toda su familia se burló de ella por haber hecho una paella tan rara, al señor Augusto le había gustado y, tras repetir dos veces, había echado una larga siesta que había sido una bendición.

El timbre de la puerta principal la sacó de sus pensamientos.

—¿Vas tú? —gritó Nancy.

Vilma suspiró y bajó la escalera. A ese paso, con tanto subir y bajar, pronto se adelgazaría y quizá el señor Augusto dejaría de mirarla como si su aspecto fuera un delito.

—Tú no te muevas, ¿eh?, no te vayas a agotar —le dijo a Nancy al pasar frente a la puerta del salón, pese a que, en realidad, prefería abrir ella la puerta por si era Rafel. Aunque el chófer había acabado su jornada laboral y se había ido a su casa, pensó que tal vez había vuelto porque la echaba de menos.

Al abrir, ilusionada, se quedó boquiabierta al ver quién había llamado.

—Hola —entonó una voz seductora, a juego con el metro ochenta y cinco de elegancia con patas que acababa de aparecer—. ¿Y tú quién eres, si puede saberse?

Mientras Vilma boqueaba, tratando de encontrar la voz, Nancy —batiendo algún récord mundial de reflejos— había saltado del sofá, se había puesto los zapatos de tacón y se había plantado a su lado.

—Ella es Vilma, la criada. —La apartó de un golpe de cadera en dirección a la cocina—. Yo soy Nancy, la enfermera del señor Augusto. ¿A quién tengo el

placer de anunciar?

—El placer es de mi tío, el cabronazo... —Cayetano Daurella Altasierra la examinó de arriba abajo con una sonrisa irónica—. Y nunca hasta hoy había tenido tantas ganas de heredar su patrimonio.

Tranvía a la Malvarrosa

—¿Mamá? —gritó Dani al abrir la puerta—. ¿Hay alguien?

Habían aparcado frente a la puerta del bloque de la calle Río Tajo donde vivían los Cánovas y habían subido hasta el cuarto piso.

Katrina, un poco nerviosa ante la perspectiva de conocer a la familia de Daniela, respiró aliviada cuando no hubo respuesta.

—Pongo la lavadora, recojo cuatro cosas y nos vamos.

—Tranquila. —Kata se acercó a la ventana, desde donde tenía una vista privilegiada del campo de fútbol de la Malvarrosa—. Caramba, ya veo de dónde te vino la afición. ¡Pedazo de campo!

—Ya ves. Ahí aprendí todo lo que sé. La ventana de mi cuarto era mi televisor. —Dani se acercó por detrás y le susurró al oído—: En esa portería marqué mi primer gol y contra esa grada me partí la frente. Fue la primera vez que me pusieron puntos, pero no la última.

El cuerpo de Katrina llevaba un buen rato convertido en una coctelera de emociones. Por si fueran pocas, a la mezcla se sumaron las ganas de consolar a la Daniela niña que se había roto la cabeza contra una grada de hormigón. Y, al mismo tiempo, las ganas de desnudar a la Daniela adulta que tenía a un milímetro de su espalda. Quitarle toda la ropa y buscar sus cicatrices para curárselas a besos. El cóctel le hizo efecto inmediato. Le encendió una hoguera en el vientre y el calor ascendió hasta sus mejillas y le atascó la garganta con un nudo de deseo.

Carraspeó para librarse de él.

—¿Tienes sed? —preguntó Dani—. ¿Quieres tomar algo?

—Vale.

Daniela se dirigió a la cocina y Kata la siguió.

—No hay gran cosa.

—Agua me va bien.

Sacó una botella de litro y medio de la nevera.

—Pero nos la tomamos en la playa. No tengo ganas de encontrarme con mi hermano. Debe de estar a punto de volver del insti.

—¿No me vas a enseñar el piso?

Dani la agarró del brazo y a toda velocidad le mostró la vivienda, sencilla pero limpia, un sitio donde vivir a gusto.

—El comedor-salón, la habitación de mis padres, la de Lucas y la mía. Todo visto. ¡Vámonos!

Tiró de ella y bajaron la escalera a la carrera, como si estuvieran huyendo de alguien. Hacía tiempo que Katrina no se divertía tanto.

—¿Qué?, ¿sigues conduciendo tú?

—Mejor no. Los polis del barrio me tienen fichada.

La pequeña de los Velasco alzó las cejas.

—¿Estás fichada por la policía?

Dani se encogió de hombros.

—Nunca me meto con nadie, pero, si me buscan, me encuentran. A los polis que me detuvieron les dio igual que yo no hubiera empezado la pelea.

Mientras ponía el coche en marcha y se dirigía a la playa, Kata sonrió por dentro pensando en la cara que pondría su padre si se enterara.

—Ahí, en ese rincón siempre hay sitio.

—¿Ya estamos? Podríamos haber venido andando.

—Ya, pero prefiero tener el coche a la vista. La mayoría del barrio es buena gente, pero hay un par de pandas de cafres con los que es mejor no cruzarse.

—Cafres los hay en todas partes. —Katrina se encogió de hombros y acabó de aparcar.

Cada vez que Kata abría la boca, Dani se enamoraba un poco más de esa niña rica que lo aceptaba todo sin juzgar. Aunque no quería hacerse demasiadas

ilusiones, no podía evitarlo.

—¡Hola, Dani! —la saludaron dos mujeres que salían del centro de salud situado frente a la playa.

Ella les devolvió el saludo.

—¡Eh, eres famosa! —comentó Katrina.

—Qué va. Es que mi madre trabaja ahí, en el hospital. —Señaló el edificio gemelo, situado un poco más lejos.

—¿Es médico, enfermera...?

—No, es cocinera en la cafetería. —Instintivamente, Daniela se preparó para el rechazo. Estaba orgullosa de su madre, pero no podía librarse del miedo de no ser suficiente para Katrina.

La pequeña de los Velasco la liberó de sus miedos al sonreír.

—¿Vamos a saludarla?

A Dani se le cayó el corazón al suelo. Una vez allí, fue dando saltos hasta los pies de su nueva dueña y escaló hasta llegar a su nuevo hogar: junto al corazón de Kata.

—Si vamos a esta hora, nos obligará a comer. —El rugido que soltó el estómago de Katrina fue su respuesta—. ¡Oh, vale! Tú lo has querido.

La cafetería del hospital estaba abarrotada de personal sanitario y de pacientes. Katrina observó a las camareras tratando de averiguar cuál sería la madre de Dani. Cuando una de ellas —que llevaba el pelo cubierto por una redcilla blanca— las saludó con la mano, dejó de buscar.

—Hola, *xiquetes*. Anda, sentaos ahí, al final de la barra. Ahora voy.

—Mamá, no venimos a comer. Sólo pasábamos a saludar.

—¿Habéis comido ya?

—No.

—Pues os sentáis a la barra, esperáis a que acabe de cobrar a estos doctores y ahora os llevo algo.

Poco después la madre de Daniela, Merche, se acercó a ellas con dos grandes ensaladas, con huevo duro y atún.

—¿Qué tal el entreno? ¿Hay hambre?

Katrina se ruborizó cuando su estómago volvió a rugir como el huracán al que

habían puesto su nombre.

Merche se echó a reír.

—Así me gusta. ¡Venga, atacad, que enseguida os traigo los bistecs!

—Mamá...

Dani trató de presentarle a Kata una vez más, pero su madre estaba en plena hora punta de trabajo y no paraba ni un segundo.

Las dos futbolistas comieron con apetito, casi sin levantar la cara del plato. Con media hoja de lechuga colgando de la boca, Dani gruñó cuando oyó a su madre saludar a otro recién llegado.

—¡Hola, Lucas! No hay nada como dejar la nevera vacía para recibir la visita desinteresada de tus hijos —protestó, aunque se notaba que le encantaba—. Anda, siéntate ahí, al lado de tu hermana.

—¡Mamá! —Dani alzó la voz para que Merche no volviera a desaparecer—. Que no estoy sola, ella es mi amiga Kata.

Merche se acercó.

—Sí, te he reconocido por las revistas; siento mucho lo de tu madre.

Katrina asintió y tragó el tomate, pero el nudo que se le había formado en la garganta siguió allí. Echaba de menos a su madre y no tenía con quien hablar de ella. Su entorno parecía haberla olvidado de un día para otro. Tenía que venir a la Malvarrosa para encontrar un poco de calor humano.

—Gracias.

—Y ¿a mí no me presentas a tu amiga, Dani? —Lucas, que acababa de cumplir los quince años y era ya tan alto como su hermana, se coló entre las dos y se abalanzó sobre Katrina.

—Quería evitarle tus babas, pero ya que no hay más remedio... Kata, él es Lucas.

Katrina respondió al abrazo del entusiasta hermano de Dani, que le recordó a un cachorro que habían tenido en La Velasqueta.

—Eres la hija del presi del Valencia, ¿no? ¿Podrías pedirle a tu padre un autógrafo de Cristiano Ronaldo?

—¡Lucas! Déjala en paz —protestó Dani, que no sabía dónde meterse. No era así como quería impresionarla en la primera cita.

Por suerte, Kata no parecía estar molesta, todo lo contrario.

—Mi padre está de baja; se rompió la pierna. —Prefirió no comentar que su padre no se molestaría en hacerle un favor a nadie si no podía sacar nada a cambio—. Pero veré lo que puedo hacer.

—¡Sí! ¡Cómo mola tu amiga, Dani! No como tú, que eres un puto cactus.

—¡Lucas, habla bien! —Su madre le puso el plato de ensalada delante con una mano mientras le daba una colleja con la otra.

Tras acabarse el bistec con patatas y un flan, Dani y Katrina se despidieron de Merche y de Lucas y se dirigieron a la amplia playa, donde siempre había gente, en cualquier época del año.

Dani dejó en el suelo la mochila, que tenía dos bates de béisbol sujetos a lado y lado.

—No me hagas jugar ahora —Kata se llevó la mano al estómago—, que tu madre me ha cebado.

—Espera —Dani alzó la mano al ver que iba a sentarse en la arena—, he traído un pareo.

Entre las dos extendieron la tela sobre la arena y se sentaron. Dani separó y dobló las piernas y apoyó los antebrazos sobre las rodillas con la mirada perdida en el mar.

Katrina se tumbó con los brazos detrás de la nuca y soltó el aire para relajarse. Había ido a comer con amigas a lo largo de su vida, pero esto era distinto; era algo más, no se engañaba.

Miró de reojo a Dani, que estaba tensa como un arco.

«Debe de pasarle lo mismo que a mí. Tendrá miedo de dar un paso en falso y de que esto termine antes de empezar.»

La euforia por las emociones que Daniela le provocaba le hizo tomar la iniciativa.

Le tiró de la coleta rubia para llamarle la atención y se incorporó.

—Y ¿qué? ¿Vamos a batear o eso de ahí es postureo?

Dani soltó el aire aliviada. Había estado debatiéndose entre tumbarse junto a Kata o no. Tenía miedo de no poder controlarse teniéndola tan cerca. Después de

lo bien que habían salido las cosas con su madre y su hermano, no quería perderla por un arrebato.

Se levantó de un salto, le dio uno de los bates y se puso el guante de cácher.

—¿Ya te ha bajado la comida de mi madre? Le diré que te ha dejado con hambre.

—¡Ni se te ocurra decirle eso! ¿Quieres crearle un trauma?

—Es que así otro día nos hará macarrones, que le salen de muerte.

—Anda, lanza de una vez. —Kata se colocó en posición.

«Dios, qué buena está y cómo me pone...» Dani se alejó de ella caminando de espaldas para no dejar de mirarla.

—Vaya, niña rica —gritó—. No te mueves mal con un bate entre las manos. Y yo que quería enseñártelo todo.

—¡Ja! —Kata balanceó el bate—. La vieja excusa para meter mano. Pues, aunque no es mi deporte favorito, sé defenderme.

Dani le lanzó la pelota sin avisar y ella la bateó enviándola al cielo. Tras una alta parábola, fue a parar al guante levantado de la lanzadora.

—¡Ya te vale! —protestó Kata—. ¡Prepárate, que ahora no me vas a pillar por sorpresa!

Katrina bateó las bolas altas y bajas, las rápidas y las quebradas que Dani le lanzaba. Los movimientos y la despreocupación la devolvieron a la infancia. Recordó las tardes que había pasado en La Velasqueta, bateando naranjas y limones dañados, de los que no se podían comercializar, junto a Mauri, Cayetano y algunos de los hijos de los trabajadores de la alquería. Ángela nunca jugó con ellos. Aparte de que era trece años mayor que su hermana, jamás le habían interesado los deportes. Sonrió al imaginársela pasando por allí y gritando «¡Fuera de juego!» al verlas, tratando de integrarse.

Siguieron jugando y riendo, ajenas a lo que las rodeaba, hasta que la pelota fue a parar a las manos de un chico. Sólo entonces se dieron cuenta de que tenían público.

Si hubiera estado sola, Katrina habría sentido miedo al ver la pandilla de cinco chicos de unos quince años que las observaban con lujuria y chulería. Pero al mirar a Dani y verla despreocupada, se tranquilizó.

—Suelta la pelota, Kevin, no me toques los cojones.

—¡Uy, qué miedo! —El tal Kevin fingió temblar y su manada le rio la gracia—. Y si no la suelto, ¿qué me vas a hacer? —Abrió los brazos en cruz y esperó a que ella se le acercara—. Soy todo tuyo, Daniela.

Cuando estaba a punto de alcanzarlo, el cabecilla del grupo le lanzó la pelota a otro de los chicos.

Katrina reaccionó. Se acercó a la mochila lentamente mientras el grupo se lanzaba la pelota por encima de la cabeza de Dani, burlándose de ella. Sacó el otro bate, se colgó la mochila a la espalda y se acercó a Daniela.

—Toma —le dio el bate.

—¡Uuuuh! —Al tal Kevin se le iluminaron los ojos—. Tu amiguita quiere guerra. No te preocupes, preciosa, que no nos habíamos olvidado de ti.

Los cinco chicos se separaron para rodearlas. Katrina y Daniela se colocaron instintivamente espalda con espalda y alargaron los bates en posición de defensa.

Kata sabía que debería estar sintiendo miedo, pero no era ésa la emoción dominante. Lo que le corría por las venas era adrenalina pura. Estaba excitadísima, con los brazos electrizados. Esperaba no tener que llegar a los golpes, pero si alguien atacaba a Daniela, golpearía. Y de algún modo sabía que Dani haría lo mismo. Era como si se hubieran convertido en un solo ser con dos cabezas, cuatro brazos y un solo corazón.

—Pero ¿estáis agilipollados o qué? —les llegó la voz de Lucas, que se acercaba corriendo por la arena.

—*Tranqui*, Lucas —respondió Kevin—. Sólo nos estamos divirtiendo un poco. No íbamos a hacerle daño a tu hermanita.

—¡Eso ya lo sé, idiota! Dani es cinturón negro de *kickboxing*. Anda, vámonos a clase, antes de que mi hermana se caliente y tenga que llevaros a los cinco al hospital.

Katrina respiró aliviada al darse cuenta de que los chicos eran compañeros de clase de Lucas.

Aprovechando la distracción del momento, Dani levantó la pierna y, con una precisión impecable, chutó la pelota que Kevin tenía en la mano. Ésta trazó una

parábola en el aire y fue a parar a la mano de Kata, que la recogió sin necesidad de guante.

Las dos chicas se plantaron frente a los seis chicos, hombro con hombro, seguras y relajadas.

—Vale, vale, no os pongáis así. —Kevin y los demás empezaron a alejarse—. Qué sosas sois, tetas. Si algún día tenéis ganas de divertirnos, me dais un toque —añadió tratando de salvar su orgullo gallito.

—Claro, tete —replicó Dani.

Cuando los seis chicos desaparecieron calle arriba, Katrina se volvió hacia ella con la ceja alzada.

—¿Cinturón negro de *kickboxing*?

—Ajá.

—¿Algún secreto más que quieras compartir conmigo?

Dani agachó la cabeza y dio los dos pasos que la separaban de ella. Cuando volvió a alzar la cara estaba dentro de su espacio personal.

«Me muero de ganas de besarte, Kata —le dijo con la mirada—. Ése es mi secreto.»

—Me gusta tu secreto —susurró Katrina.

Sujetó el bate con las dos manos, lo elevó por encima de la cabeza de Dani y, atrapándola con él, la atrajo hacia su boca para liquidar la maldita distancia que las separaba.

Sus labios entraron en contacto y todo fue perfecto en el mundo. Podrían haber permanecido así toda la vida.

Dani nunca se había sentido tan en paz con el universo.

Kata nunca había sentido una euforia igual.

Cuando sus labios se separaron, Dani permaneció con los ojos cerrados unos segundos más, alargando la sensación. Cuando los abrió, el brillo de la mirada de Katrina la deslumbró. Tenía la sensación de estar enamorándose de ella constantemente, cada vez que hacía o decía algo nuevo. Era perfecta. Era la mujer más preciosa y apasionante del universo. ¿Cómo no se daba cuenta todo el mundo?

—Hola —murmuró Kata dándole la bienvenida a su vida.

—Hola —respondió Daniela con un nudo en la garganta.

—Que sepas que ésta es la mejor cita que he tenido en mi vida.

Dani sintió una punzada en el pecho ante la idea de tener que separarse de ella.

—¿Tienes que irte ya?

Kata soltó el bate, le agarró la nuca por debajo de la cola de caballo y le dio un beso corto e intenso antes de decir:

—No. Quiero seguir conociendo tu mundo, Cánovas.

Dani sonrió.

—Vamos.

Dani la llevó al lugar donde se sentía como en casa: el gimnasio. Durante años había combinado su afición por el fútbol con la pasión por las artes marciales. Su madre, preocupada por su seguridad, la había animado siempre. Actualmente, daba clases de artes marciales mixtas para niños, dos tardes a la semana. Con el sueldo que cobraba no podía independizarse, pero al menos tenía para sus gastos.

Esa tarde no trabajaba, por lo que se limitó a mostrarle a Kata todos los rincones del gimnasio, presentarle a Javi, el dueño, y charlar con sus colegas monitores.

—Y ahora —le susurró al oído al acabar la visita guiada—, te desvelaré el secreto más valioso del gimnasio.

Katrina se estremeció y la siguió hasta un pasillo donde había varias máquinas expendedoras.

Daniela apretó un botón durante diez segundos, dio dos golpes al lateral de la máquina con el puño y luego una patada a la parte inferior.

—Ajá. La merienda está servida. —Se agachó y le mostró el botín: un paquete de galletas rellenas de crema de limón.

Kata se echó a reír.

—Yo invito a la bebida —dijo mostrándole los puños—. ¿Dónde hay que

darle a la máquina?

—Me temo que sólo funciona con las galletas.

—Vaya.

Con un par de refrescos y las galletas, subieron a merendar a la azotea del gimnasio. Dani le propuso sentarse bajo la antena de telefonía, pero Kata la miró horrorizada.

—¿Estás loca?! ¡Eso no puede ser sano!

Dani se encogió de hombros y se dirigió al extremo más alejado de la azotea.

—A veces la salud es un lujo. De no ser por la antena, Javi habría tenido que cerrar el gimnasio. Yo tengo un techo, pero la mayoría de mis colegas viven de lo que cobran aquí. El paro es peor para la salud que cualquier radiación, te lo aseguro.

Kata no quedó muy convencida, pero algo en la expresión de Dani le dijo que había tocado un tema delicado. Sentadas sobre un murete, compartieron el paquete de galletas de limón mientras contemplaban el mar a lo lejos y el sol se ocultaba a sus espaldas.

—¿Tu padre está en el paro? —preguntó Kata.

—No, ya no, pero lo estuvo durante cuatro años. Fue un infierno.

—Me alegro de que encontrara trabajo al fin. A ver cuándo me lo presentas; es el único que me falta.

—La cosa está chungu.

—¿Y eso?

—Vive en Nueva Caledonia.

Katrina soltó un silbido.

—Y ¿eso dónde queda?

—En Atomarporculo, entre Australia y las islas Fiyi.

—Jo... dó. Aquí al lado.

—Ya te digo.

—Vaya, lo siento... por tu madre, sobre todo.

—No sé qué decirte. —Dani dio un trago antes de seguir hablando—. Supongo que lo echa de menos, pero te aseguro que yo no echo nada de menos las discusiones. Mi madre siempre ha tenido trabajo, pero la empresa de

construcción donde trabajaba mi padre cerró y él no encontraba nada. Ella volvía a casa agotada por la noche y mi padre la recibía de mal humor, frustrado, avergonzado. Una mierda.

»Cuando una compañera de mi madre le contó que su marido trabajaba en la construcción cerca de Australia y que no daba abasto con el trabajo, le dio un ultimátum. O se iba a trabajar allí o pedía el divorcio.

Katrina sacudió la cabeza lentamente.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—Tres años.

—Y ¿cuándo volverá?

Dani la miró y se encogió de hombros.

—Cuando haya trabajo en España. —Cuando Kata hizo una mueca, añadió —: Exacto.

—El mundo está mal repartido. —Kata suspiró ruidosamente para aligerar el ambiente—. Ojalá pudiera yo enviar a mi padre a la otra punta del mundo.

Daniela se inclinó hacia ella y la besó.

Katrina soltó las galletas y le tomó la cara entre las manos para profundizar el beso. Sus lenguas, hartas de esperar a que sus dueñas hicieran las presentaciones, tomaron la iniciativa e intimaron por su cuenta. Segundos después se habían convertido en amigas íntimas, con derecho a roce.

Dani gimió.

—A tu lado hasta el limón es dulce, mi Gata.

—Me inspiras, Daniela.

Ella hizo una mueca.

—Llámame Dani, por favor. O Cánovas, o Dolor de Muela, pero no me llames Daniela.

Katrina la miró extrañada.

—Es un nombre precioso.

—Seguro, pero no es mi nombre.

—Vaaale, pero con una condición. —Dani alzó una ceja—. Dame un beso para que no se me olvide.

Agarrándola por la cintura, la de la Malvarrosa sentó a Kata sobre su regazo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le dirigió una sonrisa que era una puerta de entrada al paraíso.

Esa noche, en el palacete situado junto a la Generalitat Valenciana, Kata se tumbó en la cama, boca abajo, y releyó divertida las últimas entradas de su diario personal, que acababa de rescatar del fondo del armario. No había escrito nada desde hacía más de seis años.

Por primera vez en mucho tiempo, se sinceró en el papel. Probablemente era culpa de las hormonas, que la hacían sentir como si hubiera vuelto a la adolescencia.

Lamentó la muerte de su madre, reconoció el odio que sentía por su padre y admitió que acababa de enamorarse por segunda vez. Y, teniendo en cuenta que la anterior vez había sido cuando estaba en parvulario, a efectos prácticos podía considerarse la primera.

Durante la adolescencia y juventud tuvo varias parejas, pero ninguna le había despertado las emociones que Dani le provocaba con una sola mirada.

Nunca me había sentido tan identificada con mi mote. Me siento más Gata que nunca y pienso arañar a cualquiera que se interponga entre el amor de mi vida y yo. Sí, Dani es el amor de mi vida. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Y si eso me convierte en lesbiana, pues lo soy. Y a quien le pique que se rasque. Yo soy la misma de siempre. Sólo ha cambiado una cosa: ahora soy feliz.

Cerró el diario, se dio la vuelta en la cama y lo abrazó contra su pecho, regalándole el amor que no podía darle a Dani en ese momento.

Se acordó de Lucas, cogió el móvil y le envió un mensaje a Ángela, preguntándole si su cuñado Queco podría conseguir un autógrafo de Cristiano Ronaldo.

Pídeselo a Mauri.

¿A Mauri?

Hazme caso.

Kata le hizo caso y Mauri no tardó en responderle.

Vaya, vaya, primita. Ya me contarás quién es ese tal Lucas.

No es lo que parece, ja, ja, ja, ja. Es mucho mejor. ¡Ya te contaré! Vas a flipar, primo.

Kata se quedó un rato pensando en su primo. Si ya antes lo admiraba por su modo de asumir su sexualidad en un entorno tan retrógrado como el del fútbol, ahora se había convertido directamente en su héroe.

Le llamó la atención el tema de los nombres. Mauri nunca había querido que lo llamaran Mauricio para no ser como su padre. Tal vez a Daniela le pasaba lo mismo.

Cogió el móvil y le escribió:

¿Cómo se llama tu padre?

José Antonio. ¿Por qué?

No, por nada.

Kata permaneció unos instantes sonriéndole a la pantalla, como una boba.

Yo también te echo de menos.

Kata sonrió.

¿Quién ha dicho que te eche de menos?

Tienes razón. Yo tampoco estaba pensando en ti.

Pues eso.

¿Nos vemos mañana?

Eso espero. Por la mañana estaré entrenando en mi club de fútbol, por si quieres pasarte.

¿Ah, sí? ¡Qué casualidad! Yo también estaré entrenando en el mío.

¿Te imaginas que fuera el mismo?

¿Y tener que verte desnuda cada día en el vestuario sin poder tocarte? No quiero ni imaginármelo, menuda tortura.

Kata sintió un nudo en el estómago.

¿Cuánto... cuánto tiempo hace que...?

¿Que me paso las noches pensando en ti? Poco, un par de años como mucho. 😊

¡Nooooo! ¡Te lo compensaré, te lo prometo!

Ya lo has hecho.

A Kata se le humedecieron los ojos.

Buenas noches, Dolor de Muela.

Buenas noches, Gata.

A siete kilómetros de allí, en el barrio de la Malvarrosa, tumbada en su cama con los brazos cruzados detrás de la nuca y la vista clavada en el techo, Dani recordaba los detalles del que había sido el día más feliz de su vida.

Saber que Kata le correspondía le daba la fuerza que necesitaba para enfrentarse a lo que estaba a punto de hacer. No lo había compartido con ella, porque era algo demasiado íntimo para una primera cita, pero no podía seguir huyendo del tema. Llevaba años informándose, no tenía ninguna duda.

«No tengo ninguna duda, pero tengo todo el miedo.»

A trescientos cincuenta kilómetros de allí, en Madrid, Mauri sonrió cuando Víctor se dio la vuelta y se dispuso a dormir.

—¿Te rindes ya?

—Piedad, deja que me recupere un poco.

—Qué pena de juventud..., no aguantáis nada.

—Mauri, no te hagas el anciano, que sólo tienes cuatro años más que yo.

—Pero entre los veintiocho y los treinta y dos está la barrera de los treinta. Cuando la cruzas te regalan diez puntos de vejez extra.

—Mauri, estás más en forma que yo, y lo sabes. —Volvió la cara hacia él y le dio un beso en los labios—. Llevamos desde las cuatro de la tarde sin parar. Me encanta tu concepto de tomar un café, pero no puedo más. Necesito recuperarme.

—Se me ha pasado volando —le susurró el valenciano al oído, abrazando a su nuevo amante por la cintura y pegándose a su espalda—. Gracias por esta

noche, Víctor. Espero que sea la primera de muchas.

Un suave ronquido fue su respuesta.

Mauri frunció el ceño.

«¿Estará agotado o será una manera elegante de decirme que no piensa volver a verme?»

Entre naranjos

—¡Tú, largo!

Ángela se sobresaltó cuando Hugo le dio un manotazo en el pelo.

—Pero ¿de qué vas?

—Una libélula, que se estaba tomando demasiadas confianzas. —Ella se llevó las manos a la cabeza—. Tranquila, ya se ha ido.

Buscó un coletero y se recogió el pelo castaño oscuro en un moño mientras seguían paseando entre los naranjos. Si mayo en la ciudad era bonito, en La Velasqueta era el paraíso. El aroma del tomillo aceitunero se mezclaba con el de los naranjos, cuyos frutos, aún pequeños, pronto se convertirían en pequeños soles que llevarían su dulzura y su frescor a las casas de todo el mundo.

Mil insectos hacían vibrar el aire, y si no eran los dueños absolutos del lugar era gracias a los pájaros, que se ocupaban de mantenerlos a raya. Sus trinos se mezclaban con el cricrí de los grillos y transmitían una sensación de bienestar.

Ángela cerró los ojos y disfrutó del olor de la tierra seca, del calor del sol y del ligero frescor del aire que llegaba de la cercana sierra de la Ombria del Benicadell. Aunque estaban a poco más de una hora de la capital, entrar en La Velasqueta era como realizar un viaje en el tiempo.

Sacudió la cabeza al pensar en su padre paseando por esas tierras después de casarse con su madre. Le costaba imaginárselo interesado en las naranjas, las mandarinas o los limones. En cambio, le costaba mucho menos imaginárselo persiguiendo a las recolectoras, como si fuera Ramón Brull, el cacique de *Entre naranjos*, la novela de Blasco Ibáñez.

Cuando abrió los ojos, vio que Hugo se había detenido y la estaba mirando con interés.

—¿Dónde estabas?

Ángela sacudió la cabeza.

—Recordando.

—¿Veraneabais siempre aquí?

—No. Pasábamos parte del verano en Benidorm y también en Gandía. Pero los mejores recuerdos de la infancia los tengo aquí. Me encantaba leer apoyada en un árbol y bañarme en la balsa.

Hugo alzó una ceja.

—¿Más que ir de fiesta en Benidorm o salir en yate en Gandía?

—A mí me gusta estar ocupada. En las fiestas de mi tía de Benidorm me aburría como una ostra. Y, si voy en yate, me mareo. —Se encogió de hombros.

Hugo sacudió la cabeza y sonrió.

—Pensaba que las chicas como tú nacían con agua de mar en las venas.

—La deportista es Katrina. Siempre ganaba en las regatas de Gandía, aunque lo suyo es el fútbol. En la fiesta mayor del pueblo era la capitana de su equipo.

—¿Hacían campeonato de fútbol femenino?

Ángela sonrió, orgullosa de su hermana.

—No. Era un equipo de chicos, pero ella logró entrar y se hizo con el brazalete por méritos propios. Yo siempre he sido un muermo.

—Que no te gusten los deportes no te convierte en un muermo. A mí tampoco me motivan demasiado. Prefiero el cine, o leer. O escribir.

—A mí también me gustaba escribir, pero eso no es un trabajo.

—Ya, ya veo que te lo han repetido tantas veces que has acabado creyéndotelo, pero algunos nos ganamos la vida escribiendo. Y a veces, pocas, hasta llegamos a final de mes. —Le guiñó el ojo.

«Ole tú, Ángela.»

—¡Perdona! No quería ofenderte.

Él le dio una patada a una piedra.

—No me has ofendido, pero fingiré que sí y así tendrás que buscar la manera de hacerte perdonar.

Lo dijo de un modo tan natural que a Ángela se le escapó la risa, pero al mismo tiempo sintió un cosquilleo en el vientre.

—Ya veremos. ¿En qué está pensando esa mente perversa?

—Dame una entrevista en profundidad.

Ella lo miró para ver si bromeaba.

—No doy entrevistas.

—No la publicaré a menos que nos vean juntos. Pero si alguien nos descubre, será nuestra tapadera.

Ella lo miró. Aunque se sentía muy atraída por ese hombre, no lograba fiarse de él.

—De acuerdo, pero como la publiques sin mi consentimiento, te lanzo a mis abogados.

Él alzó las manos en son de paz.

—A ver, ¿qué quieres saber?

—¿Tienes mucho poder en las empresas Velasierra?

—Vaya pregunta. ¿No te lo han contado tus fuentes?

—No. ¿Cuál es tu porcentaje de acciones en la compañía?

—Esa información es confidencial.

—Ya, por eso te lo pregunto.

Ángela siguió andando sin responder. Hugo caminaba a su lado. Aunque no insistió, notaba su mirada de reojo de vez en cuando. Si desde el momento en que lo vio en el palco de Mestalla le pareció un tipo interesante y atractivo, esa primera impresión no había hecho más que crecer. Habían pasado dos horas con Tonet y su familia y se los había ganado a todos, sobre todo a Toni, el nieto de Tonet y Bernarda, un pequeño remolino al que su abuela llamaba *masclet*.

Hacía unos meses que Ángela se había ligado las trompas aprovechando que le habían extirpado un pólipo. En aquel momento, le había parecido una gran idea. Tenía dos hijos crecidos, no quería tener más y así se olvidaba de embarazos involuntarios, pero ver a Hugo jugando con el pequeño le había despertado sensaciones que creía olvidadas.

—No pienso darte esa información, Zabala; si quieres te hablo de cítricos.

—¡Qué ácida, Velasco!

—¿Ácida yo? ¿Tú quieres probar algo ácido?

—Si me lo das tú, sí.

«Podría acostumbrarme a esto. Tenía razón Clara, el coqueteo es la sal de la vida.»

—Tú lo has querido. —Siguieron paseando y Ángela le señaló las hileras de pomelos, limas, toronjas o mandarinas—. Aquí está. —Con una gran sonrisa, le mostró un árbol cuyos frutos eran distintos.

—Y ¿esto qué es? Parecen peras deformes.

—Es mi bergamoto, un injerto entre un limero y un naranjo amargo que hizo Tonet. De niña me encantaba hacerles caras a las bergamotas arrugadas con piedras y ramitas. Eran mis muñecos.

Hugo sostuvo uno de los frutos en la mano.

—Esto tiene pinta de ser amargo con ganas. ¿Me lo vas a hacer tomar así, a palo seco, sin ginebra ni nada?

Ella se encogió de hombros.

—Más amarga es la vida.

Hugo negó con la cabeza.

—Eres una mujer guapa, en la flor de la vida, una empresaria de éxito que acaba de heredar esta preciosa finca. Tienes dinero, un coche espectacular y dos hijos. ¿Me puedes decir qué hay de amargo en tu vida?

Ángela se alejó del bergamoto molesta. Sabía que su vida había sido fácil, que nunca le había faltado de nada y que no tenía derecho a quejarse, pero ése era precisamente el problema. Uno de los mayores placeres de la vida era protestar, patalear, criticar a los hijos o a la suegra, cagarse en el marido... Pero a ella no se le permitía. Tenía que estar siempre impecable, agradecida, ¡perfecta como una naranja de mesa! Pero nadie se daba cuenta de cuánta infelicidad podía esconder la perfección. Prefería mil veces las bergamotas, con su piel gruesa y sus arrugas. ¡Estaba harta de la perfección!

Hugo la alcanzó y, sujetándola por el brazo, le dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—Es por tu marido, ¿no? Dime, ¿te hace feliz?

La mirada de Ángela habría hecho que sus empleados se alejaran a toda prisa,

pero él se mantuvo firme.

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Una incómoda, por lo que veo.

—Incómoda para mí, a ti te hace mucha gracia, por lo que parece.

Él avanzó un paso, invadiendo su espacio personal. Ángela retrocedió hasta topar contra el tronco de un naranjo. Hugo alzó los brazos y los apoyó en dos ramas, a lado y lado de su cabeza.

—No me hace gracia —susurró—, aunque me alegra comprobar que no estás enamorada de tu marido.

La sangre de Ángela se revolucionó en sus venas.

—Y ¿a ti qué te importa eso?

Él sacó el móvil del bolsillo, buscó un vídeo y se lo mostró.

Por desgracia, no le extrañó nada reconocer a su marido entre las chicas en *top-less*. Era Queco *el Loco* en pleno desenfreno. Llevaba en la mano una botella de champán extragrande y lo compartía con las chicas, bebiendo a morro, tirando al suelo la mitad del carísimo contenido. Luego le pasaban una especie de caña y esnifaba alguna droga del vientre de una chica que, con suerte, debía de ser mayor de edad. Tras lanzar al aire un grito animal, le rompía el tanga a la chica y hundía la cara entre sus piernas mientras sus compañeros de tertulia lo jaleaban.

Ángela lo apartó de un puñetazo en el pecho y se alejó en dirección a la casa, pero Hugo la siguió y la detuvo, agarrándola de la muñeca.

—¡Vete a la mierda! ¿Qué te crees?, ¿que no sé que mi marido es un putero?

—¿Lo sabes?

—¡Lo sabe todo el mundo!

—Y ¿por qué coño lo aguantas? ¿No tienes dignidad?

Ángela trató de darle una bofetada, pero él lo impidió atrapándole la otra muñeca con facilidad.

—Y ¿quién coño eres tú para pedirme explicaciones?

Hugo la inmovilizó llevándole los brazos a la espalda y abrazándola al mismo tiempo.

—Dímelo tú —susurró con rabia antes de aplastarle la boca con un beso tan violento que no le dejó probar el sabor de sus labios.

Ángela se resistió, pero no sirvió de nada. Era mucho más grande que ella y, cuando trató de separarse, Hugo presionó sus labios con más fuerza, como si la estuviera marcando.

Cuando, al cabo de unos segundos, aflojó el beso, ella aprovechó para defenderse con un mordisco que le hizo sangrar el labio inferior.

Excitado como pocas veces, le soltó las muñecas, la agarró por las nalgas y la levantó del suelo. Se acercó al bergamote y la empotró sin delicadeza. El moño amortiguó el golpe de la cabeza de Ángela contra el tronco, pero no hubo nada que se interpusiera entre la fina tela de los pantalones de lino y la erección que se clavó entre sus muslos.

—Ya sabía yo que bajo esa imagen de niña rica se escondía una pantera.

—¡Suéltame!

Hugo se pasó la lengua por el labio inferior, recogiendo la gota de sangre.

Ella siguió el movimiento de su lengua y tragó saliva con dificultad.

—¿Cuánto hace que no te acuestas con tu marido, Ángela?

Ella le palmeó el pecho con las dos manos.

—Pero ¿tú de qué vas, tío? —Angie no sabía si estaba más indignada o excitada. Al removerse contra el tronco, se frotó contra la entrepierna de Hugo y no pudo reprimir un gemido.

—¿Un año?

—¡Bájame!

Él le recorrió el torso con sus grandes manos, desde la cintura hasta los pechos, que rozó con los pulgares. Los pezones se le endurecieron y la fina blusa blanca, también de lino, la delató.

—¿Tres años?

La frustración por el deseo insatisfecho se unió a la rabia de sentirse desnuda y vulnerable ante ese hombre, para el que su vida parecía no tener secretos.

Lo agarró por el pelo y le comió la boca para que dejara de hablar. Con un gruñido de rendición, él se entregó al beso.

Sus lenguas se enzarzaron en una lucha más parecida a un combate entre dos piratas que entre dos maestros de esgrima. Todo valía: lametones, mordiscos,

tirones de pelo... Estaban inventando algo nuevo; estaban estableciendo sus propias reglas.

Cuando Hugo le amasó los pechos, ella se alzó para poder dejarse caer con más fuerza sobre su erección. Y, cuando gimió, él se comió el gemido, como si quisiera apoderarse de su alma. Agarrándola por las caderas, se refregó contra su entrepierna.

Ángela se estremeció de arriba abajo. Hacía tanto tiempo. ¿Cómo podía haber dejado pasar tanto tiempo sin sentir eso?

Él siguió devorándole la boca sin dejar de frotarse contra la mujer con la que llevaba semanas obsesionado. Cuando en menos de un minuto ella se corrió, desarmándose como una marioneta entre sus brazos, confirmó lo que ya sospechaba: la esposa de Crescat llevaba demasiado tiempo sin que nadie se ocupara de ella.

—¿Cinco años? —le susurró al oído cuando los gemidos causados por el orgasmo bajaron de intensidad.

Ella abrió los ojos y lo miró como si no pudiera creerse lo que acababa de pasar.

—No sé si besarte o mandarte a la mierda.

Él unió sus bocas una vez más, liberándola de las dudas.

—¡Una *miquetona* más!

—No, por favor —protestó Ángela—. Bernarda, no me pongas más, que voy a explotar.

Hugo le dirigió una mirada guasona y ella se ruborizó al darse cuenta de lo que estaba pensando. Él la había visto explotar entre sus brazos y, por su modo de mirarla, estaba deseando repetir.

—Hugo, tú sí repetirás de arroz, ¿no? Un tiarrón como tú tiene que alimentarse bien.

—Por supuesto. —Le acercó el plato a Bernarda, la mujer de Tonet—. ¡Este arroz está de muerte!

Ángela contemplaba la escena divertida. Hugo había logrado en cinco minutos lo que ella no había conseguido en toda su vida: que los *masovers* le hablaran de tú. Cuando la pareja había vuelto de su paseo, los cuidadores de la finca, que vivían en la casa todo el año, los estaban esperando con la mesa puesta en el patio trasero.

Ángela había previsto hacer una visita rápida, de trabajo, para tranquilizar a Tonet y a Bernarda y resolver las dudas que pudieran tener. No se imaginaba que aquél fuera a convertirse en un día inolvidable. Tenía la sensación de haber entrado en una película. En cualquier momento se encenderían las luces del cine y todo volvería a la normalidad.

Estaba comiendo un arroz de verduras y bacalao al aire libre en un precioso día de primavera. Pero, en vez de oír los gritos de Kata y sus primos jugando entre los frutales, oía la voz grave del hombre que acababa de darle su primer orgasmo «orgánico» en años. Por supuesto que había tenido orgasmos durante los casi siete años que llevaba sin acostarse con su marido, pero todos se los había proporcionado ella misma, con ayuda de su vibrador. Y, tras la experiencia en el naranjal, se había dado cuenta de que un orgasmo compartido era como un zumo recién exprimido, con todo su sabor y todas sus vitaminas, mientras que apañárselas con el vibrador era como tomar un zumo de los que sirven en los aviones.

Suspiró y él le dirigió una sonrisa canalla desde el otro lado de la mesa, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Ese hombre era un peligro. No sólo era guapo y demasiado joven para ella. Era un tipo brillante, amable con todo el mundo, de mente ágil y curiosa. No paraba de hacer preguntas; todo le interesaba. Si no fuera porque Ángela temía que su interés estuviera motivado por el trabajo, se lo habría pasado en grande contándole historias de La Velasqueta. A pesar de la desconfianza que le inspiraba, hacía tiempo que no se divertía tanto.

El cartel que colgaba a la entrada de la finca se meció ruidosamente con la brisa, llamando la atención de Ángela.

—Ahora que la alquería es mía, había pensado en cambiar el cartel.

Su comentario fue recibido con miradas de asombro.

—No hace falta —replicó Tonet—. Chirría un poco, pero esta tarde le pongo grasa en la cadena ¡y listos!

—Lo de llamarla «La Velasqueta» fue cosa de mi padre. Había pensado volver a llamarla «La Alquería», como antes.

—Como quiera, *senyoreta*, pero nosotros ya nos hemos acostumbrado —dijo Bernarda—. De hecho...

—Sí, lo hablábamos ayer. Ahora el nombre nos gusta más que nunca. La Velasqueta es usted, *senyoreta* Angeleta.

Angie abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. La habían dejado sin palabras. Al mirar a Hugo, vio orgullo en su mirada. Bajó la vista hacia el plato para controlar las emociones traicioneras que se habían apoderado de su estómago. Cuando se calmó, alzó la vista y luego el vaso de vino.

—Por la nueva etapa de La Velasqueta —brindó.

—Y por su guapa dueña. —Hugo se unió al brindis.

—¡Por La Velasqueta! —dijeron Tonet y Bernarda a la vez.

Tras la comida, emprendieron el camino de vuelta. Ángela tenía que recoger a sus hijos a la salida del colegio. Sabía que Clara lo haría encantada si se lo pedía, pero en algún momento tenía que poner fin a la locura transitoria que le provocaba el periodista.

El sol de mayo y las miradas de Hugo le habían dado sed y había bebido más de la cuenta. Por eso, cuando él le propuso conducir, aceptó. Con los ojos cerrados, se amodorró y sonrió, sintiéndose a gusto con la vida por primera vez en mucho tiempo. Ahora entendía la insistencia de su amiga Clara. Llevaba años muerta en vida, al menos de cintura para abajo.

«Clara va a flipar.»

Al notar la mano de Hugo en su rodilla, se tensó, pero cuando él siguió avanzando hasta encontrar la suya y entrelazó los dedos de ambos, volvió a relajarse. Le dio un apretón sin abrir los ojos. Tenía miedo de que él pudiera leer en su alma demasiadas cosas.

Durante un día había tenido la sensación de dejar de remar a contracorriente. Había sentido lo que suponía tener un aliado, un cómplice, en vez de un marido, lo que no era más que un título hueco.

Durante demasiado tiempo había renunciado a ser mujer para ser madre. Había pensado que era su responsabilidad darles a Ramón y a Miguel un entorno estable para que no se torcieran, pero cada día se daba más cuenta de que ese modo de pensar era absurdo. Clara y su marido se habían divorciado hacía años y seguían igual de implicados en la educación de sus hijos. En cambio, sus tíos no se habían divorciado y su primo Cayetano había salido retorcido como un sarmiento.

«¡Qué idiota he sido! Pues hasta aquí hemos llegado. Queco, tenemos que hablar.»

Hugo notó que ella se tensaba a su lado.

—¿Estás bien?

Angie ladeó la cabeza y abrió los ojos. Él tenía la vista clavada en la carretera, y pudo entretenerse bebiendo su perfil. El pelo castaño claro, que ya había tenido entre sus dedos. Los ojos de color avellana, la nariz grande y la boca de labios carnosos y tentadores como una horchata en un día de agosto.

—Mejor que nunca —admitió.

—Dime que habrá más. —Hugo se volvió a mirarla.

«Habrá más —le respondió con la mirada—. Mucho más.»

Mis amigos de siempre

—¡Tito, joder, no toques la pantalla! —Cayetano le quitó la tableta a Augusto y volvió a buscar la presentación—. Siempre igual. ¡Qué manos más largas tienes, che!

—¡Pues menuda mierda de tele, que no se puede tocar!

—No es una tele.

—Lo que sea. ¿Me lo vas a enseñar o qué? *Collons!*

Cayetano reinició el vídeo de presentación de la promoción inmobiliaria del siglo. Una voz femenina y sensual narraba las maravillas del clima de Benidorm.

—¡Al lío! —la interrumpió Augusto, impaciente—. Enséñanos la torre, nena.

—¡Tito, tranquilo o me largo!

Augusto resopló y aguantó el rollo que la gatita de voz sexy les soltaba sobre el turismo familiar de Benidorm y el ambiente de Ibiza. Al fin, apareció lo que esperaba.

—*Recollons!* ¡Sí!

Junto a la costa —muy cerca de la Creu de Benidorm, dentro del espacio natural protegido de la serra Gelada— se alzaba un enorme edificio que parecía rozar el cielo y al que habían puesto por nombre Torre Benidorm. Los arquitectos que la habían diseñado eran los mismos que habían levantado la Torre Federación en Moscú, pero, si el rascacielos moscovita estaba destinado a ser un centro de negocios, el de Benidorm estaba pensado para el turismo. Hoteles, apartamentos y restaurantes temáticos ocuparían las más de cien plantas, y el plato fuerte estaría en la última. Justo debajo de la plataforma para

el aterrizaje de helicópteros y drones se construiría la rampa de lanzamiento de las cabinas que emplearían la energía cinética para desplazarse hasta Ibiza.

Al seguir con la vista el plano de la impresionante torre, Augusto sintió que era su polla la que se elevaba hacia el cielo, con una firmeza y una contundencia que hacía mucho tiempo que no conseguía.

La voz femenina siguió hablando. En la recreación se veía a una pareja que viajaba a toda velocidad sobre el Mediterráneo y llegaba al pie de una torre, gemela de la de Benidorm, situada al sureste de la isla de Ibiza. Desde lo alto de esa segunda torre, tan alta como su gemela, se veía la totalidad de las islas Baleares y la costa valenciana.

Augusto cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios resecos.

¡Sí, el proyecto que lo haría multimillonario y lo haría pasar a la historia estaba a punto de hacerse realidad! Primero levantarían la Torre Benidorm, luego la Torre Ibiza y, más adelante, cuando el dinero empezara a entrar a espuestas, vendrían más. No pararían hasta que el Mediterráneo se convirtiera en una gran tela de araña con torres en Mallorca, Menorca, Barcelona, Marsella, Cerdeña, Nápoles, Sicilia, Orán, Argel... Transporte y alojamiento en el mismo edificio. Transporte sin necesidad de combustible. ¡Que temblaran las compañías de cruceros! Reventarían los precios. ¡Serían los nuevos amos del turismo en el Mediterráneo!

Y eso sería sólo el principio. La primera fase del plan preveía la creación de un potente triángulo formado por Benidorm, Marsella y Argel. Los negocios que se llevarían a cabo al margen de la ley, en el doble fondo de las cabinas, serían los auténticamente lucrativos. Los beneficios permitirían poner en marcha la segunda fase del plan, un triángulo mucho más grande y ambicioso. En esa fase, las torres unirían Valencia con Moscú y varios emiratos del golfo Pérsico. Augusto ya se imaginaba a las chicas que viajarían de prostíbulo en prostíbulo usando sus cabinas. Sólo de pensarlo se ponía cachondo.

Cuando vio entrar a Nancy en la habitación, sintió que al fin tenía algo con lo que impresionarla.

—¿Qué, viejo?, están chulas las torres, ¿eh? —comentó Cayetano, que, de espaldas a la puerta, no había visto entrar a la exuberante cuidadora.

Augusto, que por unos momentos había vuelto a sentirse como cuando era el rey de las fiestas, le dio una fuerte colleja a su sobrino.

—*Com t'agafe, t'esclafe, remalparit!* ¹ ¡No me llames viejo!

Cayetano se levantó y chocó contra Nancy.

—¡*Recollons*, tito Augusto! ¡Qué carácter de mierda se te ha puesto!

Augusto alargó la mano hacia la mesilla de noche, cogió la radio donde escuchaba las tertulias futbolísticas y se la lanzó a su sobrino con toda su rabia.

—¡Un respeto, niño! —bramó con la cara roja como una naranja sanguina.

—Augusto, no se me acalore, hágame el favorcito. —Nancy se le acercó y le pasó un paño húmedo por la cara.

Tano se dio cuenta de que la actitud de su tío se debía a la entrada de la chica y, como siempre hacía, se guardó la información en un compartimento de su calculadora mente.

—Teta, anda, déjanos solos, que estamos hablando de negocios.

La mirada de Nancy se iluminó y la chica rodeó la cama en dirección al sobrino de su jefe.

—¿No quieren tomar nada?

Él le dirigió una sonrisa ladeada.

—Luego. —Le dio una palmada en el culo para que se marchara.

—¡Señorito Cayetano! —protestó ella—. ¡Es igualito que su tío!

Cuando Nancy salió, Augusto le hizo un gesto a su sobrino para que se aproximara.

—No me acerco, que tienes las manos muy largas. Seguro que si se lo pregunto a Nancy me da la razón.

—Si no puede uno tocar un poco el género, apaga y vámonos, *xiquet*. A ver, ¿cuándo empezamos la construcción de la torre?

Tano resopló.

—En cuanto nos den la autorización.

—El alcalde no pondrá problemas, es amigo mío de toda la vida.

—No, el alcalde no, pero la oposición nos dará por saco con el medio ambiente. Luego está la jodida Ley de Costas, las leyes comunitarias...

—¿Te has encargado de untar bolsillos en Madrid y en Bruselas?

—No, tito. No puedo untar bolsillos porque no me has dado el dinero que me prometiste. Y te lo advierto, los rusos se están impacientando.

Tanto Augusto como su sobrino y el resto de los inversores sabían que cuando se enteraran los ecologistas pondrían el grito en el cielo, pero eso les parecía un pequeño obstáculo en su camino. Un accidente o dos en cruceros de los que surcan el Mediterráneo serían suficientes para que la gente empezara a mirar con buenos ojos el nuevo sistema de transporte. Y si algo tenían sus socios rusos eran los contactos adecuados para provocar un desgraciado accidente en el momento menos pensado.

Hacía años que Augusto le daba vueltas a su gran proyecto. Lo había previsto todo, todo menos el boicot de su propia familia cuando más la necesitaba.

—*Redéu!* ¡Qué puta mierda! ¡No puedo hacer nada desde aquí!

Cayetano había estado esperando ese momento.

—Fírmame un poder. Cédeme el control de tus acciones hasta que te den el alta. Mañana mismo convoco a la junta directiva y me ocupo de conseguir su permiso para usar las empresas Velasierra como aval para la inversión inicial.

—No tenemos mayoría. ¡*Me cague en tot*, Vicenta! ¡Cómo iba a imaginarme que no me dejaría las acciones a mí, después de tantos años de matrimonio!

—No, pero yo me encargaré de convencerlos. La agencia de detectives del hermano de Cotino ya ha empezado a seguirlos. Todo el mundo tiene secretos que no quieren que salgan a la luz.

Augusto miró a su sobrino con orgullo.

—El único. Eres el único que ha salido a mí. Anda, vete y vuelve con el documento.

—No hace falta; lo traigo aquí. Como diría mi tío favorito, el tiempo es oro.

—Muy listo eres tú. —Augusto frunció el ceño—. Anda, trae acá. Eres mi sobrino y, si de mí depende, serás mi heredero, pero no me traiciones, Cayetano, porque aunque me veas así, a este viejo aún le queda mucha guerra que dar.

—Ya lo sé, tito. Aún me quedan muchas cosas que aprender de ti —dijo para tranquilizarlo. Tomó el poder y lo guardó en su maletín—. Voy a poner en marcha la junta extraordinaria. ¿Le digo a Nancy que venga? —le preguntó guiñándole el ojo.

—Sí, tengo que mear.

—Cuídate.

Cayetano bajó la escalera. Al llegar abajo, oyó que Vilma estaba trasteando en la cocina. Nancy estaba en el salón. Al oírlo bajar, apagó la tele y se acercó a la puerta.

—Mi tío te llama. Quiere que se la aguantes.

—Ay, Diosito, cuántas veces al día puede orinar ese hombre.

Cayetano se aguantó la risa.

—La próstata, ya sabes.

—Este trabajo es más duro de lo que pensaba. ¡Qué ganas tengo de que llegue el sábado por la noche! Iré a bailar a la sala Asucar. Véngase, patroncito. Bailaremos punta y lo pasaremos rico. Permiso —se despidió y trató de sortearlo, pero él le cortó el paso.

—No te equivoques, Nancy. Yo con la punta no tengo suficiente; yo la meto entera. —Los ojos de Nancy se encendieron, pero guardó silencio. Como le había enseñado su abuela, había que dejar que los hombres pensaran que eran los cazadores y ellas las inocentes presas—. Anda, mueve ese culito. Mi tío te espera.

Dallas

Cuando Cayetano acabó de mostrarles el vídeo de presentación de la Torre Benidorm, el silencio se alargó durante unos segundos.

—*Collons!* —Queco *el Loco* fue el primero en romperlo.

—*Recollons!* —Mauricio, el marido de Cinta, estuvo de acuerdo con él, lo que no era muy habitual.

—Exacto. ¡La puta bomba! —Cayetano sonrió orgulloso—. Dentro de unos años, las *zip cities* serán una realidad. Podemos dejar que los catalanes nos adelanten y la construyan en Barcelona o podemos poner a Benidorm en el lugar que le corresponde: la capital del Mediterráneo occidental.

Ángela sacudió la cabeza en silencio.

—No sé qué te metes cuando sales de fiesta, primo, pero déjalo —le aconsejó Katrina—, te está carcomiendo el cerebro.

—Y ¿esto qué tiene que ver con nosotros, Cayetano? —preguntó Mauri a su hermano.

—Lo nuestro son los cítricos —le recordó Ángela—. Si algún día se levanta ese mamotreto, ya os venderemos el mejor zumo para los restaurantes y los hoteles.

—¡No os darán permiso para hacer algo así! —se encendió Kata—. ¡Es monstruoso! Se cargarían la serra Gelada. ¿Y una torre igual en Ibiza? ¿De qué mente enferma ha salido eso?

—Es el legado que tu padre quiere dejarle a su tierra. Te recuerdo que sigues viviendo bajo su techo. No estaría mal que le devolvieras algo de todo lo que te

ha dado, desagradecida.

—¡Ya estamos! —Katrina se levantó, pero Mauri la sujetó del brazo para que volviera a sentarse y, con la mirada, le pidió que no se dejara sacar de quicio por su hermano.

—Te lo vuelvo a preguntar, Tano. ¿Qué tenemos que ver nosotros con los proyectos faraónicos de tío Augusto?

—Sabéis que la inmobiliaria Velasco fue una de las víctimas de la burbuja y de la crisis.

Mauri negó con la cabeza.

—Fue víctima de su ambición.

—Sin ambición, ahora estaríamos todos recogiendo naranjas.

Ángela se ruborizó al recordar su última visita a La Velasqueta. No iba a poder oler el perfume de azahar ni ver una naranja sin acordarse de Hugo. Y, teniendo en cuenta que vivía en el centro de Valencia y que trabajaba en una empresa de cítricos, iba a pasarse el día cachonda perdida.

—Pues no lo descartes. —La voz de Mauri la sacó de sus tórridos recuerdos—. Cada vez me apetece más vivir en el campo.

Ángela asintió en silencio.

Cayetano resopló y los miró a todos de uno en uno, lentamente.

—No, Mauri, eso es el pasado, no el futuro. No me extraña, viniendo de ti. Es normal que lo inviertas todo siendo un invertido, pero espero un poco más de sentido común en los demás.

—Cayetano, deja en paz a tu hermano —lo reprendió la tita Cinta, que había acudido a la junta con un dos piezas de color teja, manga tres cuartos, con dos grandes botones forrados de tela y una boina del mismo color.

—Gracias, mamá, pero no necesito que nadie me defienda. Si pensar lo contrario de mi hermano es ser un invertido, estoy orgulloso de serlo.

—¡A ver, *xiquets!* —Queco se impacientó—, tengo que volver a Madrid dentro de un par de horas. ¡Concreta, Tano!

El pequeño de los Daurella se puso en pie para lanzar su arenga final.

—Ha llegado el momento de olvidar nuestras diferencias y de ir todos a una. Estas oportunidades sólo se presentan una vez en la vida; si la dejamos escapar

nos arrepentiremos siempre. La Torre Benidorm nos elevará hasta lo más alto de la élite mundial. No tendremos que preocuparnos por el dinero nunca más, pero necesitamos hacer una buena inversión inicial. Una inversión que volverá multiplicada por cien, os lo aseguro.

Queco lo miró interesado, pero el resto de las miradas eran de incredulidad o directamente de burla.

—La política se está perdiendo a una estrella contigo, hermanito.

—¡No lo escuchéis! El proyecto está muy avanzado. Tenemos socios muy influyentes que se encargarán de que no haya problemas con los permisos, pero si no hacemos una inversión a su altura, acabaremos arrinconados en nuestro propio proyecto. ¡Hemos de apostar fuerte! Que vean que somos los primeros en creer en ello.

—Y ¿esos socios tan influyentes no estarán detrás de la oferta de compra de acciones que recibimos la semana pasada? —Mauri decidió que era un buen momento para hablar claro—. Una oferta un poco peculiar..., que sonaba a amenaza.

—No sé nada de eso. —Cayetano se encogió de hombros, pero su sonrisa ladeada decía lo contrario.

—Si tan sólido es el proyecto, os darán un crédito —dijo Ángela—, no nos necesitáis.

—No seas zorra, prima. Sabes que las cuentas de tu padre están embargadas; no puede pedir créditos.

Mauri se levantó y agarró a su hermano por las solapas del traje.

—¿A quién llamas zorra, piltrafa? Respeta a las mujeres, a ver si aprendes algo de ellas.

Tano lo apartó de un empujón y se rio en su cara.

—Claro, haré como tú, que de tanto aprender de ellas te has convertido en una más. Ni de coña, flor del campo; las mujeres no quieren que las respetemos, quieren que nos las follemos.

Queco se echó a reír, pero al recibir la mirada de hielo de su esposa, se detuvo en seco y bajó la vista.

—Cayetano, ¿has venido a pedirnos algo o sólo a insultarnos? —Katrina

miraba a su primo con auténtico odio.

Él recuperó su expresión de encantador de serpientes.

—No he venido a pedir nada. He venido en mi nombre y en el del tío Augusto a ofrecer os formar parte de este proyecto histórico, porque aunque sois una panda de tocapelotas, somos familia, y la sangre es la sangre. Entre mis acciones y las de Augusto no llegamos al cincuenta y uno por ciento. Necesitamos mayoría para poner las empresas Velasierra y las casas como aval.

—Yo lo veo —dijo Queco.

—Muy bien, tío. Con dos cojones, así se hacen las cosas.

—Si pensamos las cosas con los cojones, acabaremos como Augusto —replicó Mauri—. Ya sabes cuál es mi respuesta: los cítricos y la inmobiliaria no se mezclan.

—Yo también estoy en contra. —Ángela juntó las manos y las dejó caer sobre la mesa con contundencia.

—Y yo. —Kata la secundó.

—¡Yo apporto las acciones de mis hijos! —exclamó Queco.

—Ni lo sueñes —lo contradujo Ángela—. Soy su representante mientras sean menores de edad por expreso deseo de mi madre.

Tano se acercó a la pizarra y anotó los nombres de todos en dos hileras, bajo las palabras «Sí» y «No».

Bajo el «Sí» se anotó a sí mismo, a Augusto y a Queco. Al lado de cada nombre puso su porcentaje de acciones. Augusto, la difunta Vicenta, Mauricio y Cinta poseían el quince por ciento cada uno. La parte de Vicenta había sido repartida tras su muerte. La segunda generación, es decir, Ángela, Katrina, Mauri y Cayetano, tenían un cinco por ciento cada uno. El resto correspondía a Queco, a sus hijos y a varios inversores minoritarios ajenos a la familia.

—Papá, mamá —Tano se dirigió a los dos miembros de la junta que no se habían pronunciado—, vuestro voto es decisivo. Como sabéis, soy el único de vuestros hijos que va a daros nietos. Espero que lo tengáis en cuenta si queréis verles la cara de vez en cuando.

Cinta ahogó una exclamación

—¿Serías capaz de no dejarme ver a mis nietos?

Ángela miró a su primo y se estremeció. Algo en su expresión de niño bueno le recordó a Joffrey Baratheon, y supo que sería capaz de mucho más.

—Lo mejor será no tener que comprobarlo, ¿no crees, mami?

Cinta se levantó.

—Sí, lo creo, pero no pienso tomar una decisión así, a la ligera; tengo que hablarlo con mi abogado.

Mauricio le dirigió una sonrisa sarcástica antes de responder:

—Cayetano, hijo. Ya sabes que a mí lo único que me importa en la vida es poder fumarme mi puro después de comer y no perderme ni un partido del Llevant. Augusto dice que soy el inútil oficial de la familia, pero yo ya cumplí con mi obligación: inseminé a tu madre y le di dos hijos varones, cosa que mi poderoso y viril cuñado no fue capaz de hacer. Cobro mis dividendos regularmente y no tengo necesidad de meterme en operaciones arriesgadas. La gente siempre beberá zumo de naranja. Que quieran viajar de Benidorm a Ibiza colgando en jaulas como si fueran periquitos, eso no lo sé. Lo siento, pero no cuentas conmigo.

Cayetano vio la mirada de triunfo que se intercambiaron su insufrible hermano y las zorras de sus primas y una vez más se sintió excluido, como siempre. Ninguno de los tres se había puesto nunca de su lado, ni cuando iba a cazar gatos en la alquería, ni cuando iba a taladrar barcas de pesca en Gandía... El único de la familia que sabía divertirse era su tío.

Tal y como Augusto y él se habían imaginado, esa panda de huevones no iba a colaborar por las buenas. Y seguro que al salir de la junta irían a celebrarlo, como si hubieran ganado algo. ¡Qué asco haber nacido en una familia de perdedores! Si pensaban que iba a rendirse, no lo conocían en absoluto.

—Muy bien, levantamos la sesión. Tienes cinco días para tomar una decisión definitiva, mamá. Nos volvemos a ver aquí en ese tiempo. A los demás sólo os diré una cosa: todos tenemos secretos. —Los miró uno a uno, lentamente—. Y hay gente que se gana la vida descubriendo los secretos de los demás. Estáis a tiempo de cambiar de idea.

—Deja de jugar a ser un mafioso, Tano, te queda grande.

—¿No tienes nada que esconder, hermanito? ¿Estás seguro? Anda, mira,

hasta la dulce gatita se nos ha puesto pálida. ¿Qué secretos escondes, Katrina?

—No le hagas caso, Kata. —Ángela la agarró por la cintura y se dirigió con ella hacia la puerta—. Ten cuidado, Cayetano, el karma siempre vuelve. —Y, girándose hacia su marido, añadió—: Queco, te llevo a la estación.

Mientras esperaban a que se levantara la barrera del aparcamiento subterráneo, Ángela miró de reojo a su marido, que estaba respondiendo a alguien en el móvil.

«Cómo ha cambiado.»

El Queco que conoció era un joven y delgado presidente del Fútbol Club Barcelona, risueño y lleno de vitalidad, que la sorprendió con su descarro en las fiestas de su padre y no paró hasta conquistarla.

Poco después de la boda empezó a engordar, porque era hedonista hasta morir y excesivo en todo. Empezó fumando cigarrillos, pero se le quedaron pequeños y se pasó a los puros, que encendía con billetes cuando el club de sus amores ganaba algún título.

Cuando perdió las siguientes elecciones al club, se dedicó a negociar contratos de futbolistas. Frecuentaba los clubes nocturnos con la excusa de agasajar a los clientes y era famoso por pedir siempre el champán más caro y bebérselo a morro.

Era el alma de las tertulias futbolísticas, donde daba rienda suelta a su vena histriónica. No tenía filtro. Decía siempre lo que pensaba, lo que le había hecho ganar más de una visita a los juzgados, pero su popularidad era imparable.

Hacía ya unos años que se había instalado en Madrid. Llevaban vidas totalmente separadas y, hasta ese momento, Ángela no había sentido la necesidad de romper el vínculo también a nivel legal.

Se decía que lo hacía por sus hijos. Se sentía buena madre cada vez que acudían juntos a los actos de fin de curso o a las entregas de premios de las actividades deportivas, pero durante esos últimos días se había enfrentado a la

realidad: si no había movido un dedo había sido por desidia vital, porque estaba anestesiada en vida y todo le daba igual.

La aparición del misterioso H. Z. Z. en su vida le había hecho replantearse las cosas. Dudaba mucho que lo de Hugo y ella llegara a nada serio, pero daba igual. Lo importante era que la había hecho despertar de su letargo emocional. No quería seguir ligada a su marido.

—¿Te importa si fumo? —Queco había sacado un puro y estaba a punto de encenderlo.

—Suelta eso o te corto la mano.

—¡*Collons*, nena, qué agresiva estás! ¿Te encuentras mal?

Ella le dirigió una sonrisa almibarada.

—Me encuentro mejor que nunca. Quiero el divorcio, Queco.

—Mujer, no te pongas así. —Abrió la ventanilla—. Mira, lo tiro; se acabó el problema.

Ella lo miró y sonrió, negando con la cabeza en silencio.

—¿Es por lo de la torre? ¡Retiro mi apoyo a Tano!

—Más te vale, si no quieres acabar perdiendo todo tu dinero con las locuras de tu suegro, pero no tiene nada que ver. Queco, lo nuestro acabó hace tiempo. Deberíamos habernos divorciado hace años. —Él resopló. Parecía francamente decaído; era raro verlo así—. Caramba, Queco, no pensaba que te fuera a afectar tanto, la verdad.

—Me estás lanzando a las pirañas, Angie.

Ella lo miró extrañada.

—Hace años que vives entre pirañas y no te va nada mal.

—No me refiero a los tertulianos, me refiero...

Ángela alzó una ceja al darse cuenta de por dónde iban los tiros.

—¿Problemas de mujeres, campeón?

—¡Joder, sí! Ni te imaginas cómo son. No puedo salir de copas sin que se me echen encima tres o cuatro.

—Vaya, pobrecito.

—No te rías. Hasta ahora todo iba bien. Me acostaba con ellas, les hacía regalos, las enchufaba en la tele y se quedaban contentas. Todas sabían que

estaba casado y que no tenía ninguna intención de divorciarme, pero ahora... — Se estremeció teatralmente—. No me quiero ni imaginar lo que serán capaces de hacer para cazarme.

Angie miró de reojo a su marido. Tenía cuarenta y tres años, pero aparentaba cincuenta. Mantenía una buena mata de pelo gris y alborotado, pero había aumentado mucho de peso. Hacía tiempo que había dejado atrás la línea de los cien kilos en la báscula. Era un tipo alto, pero así y todo el panzón llegaba a los sitios antes que él. Respiraba con dificultad y tenía la cara siempre roja, sobre todo la nariz.

Al principio, había tratado de convencerlo para que llevara una vida más saludable, cuidara la alimentación y saliera con ella a correr, pero él siempre le respondía lo mismo: «Cada uno se mata como quiere. No pienso morir corriendo como un ladrón. Si algún día muero estando de farra, no llores por mí; habré muerto feliz».

A pesar de todo, sabía que tenía razón. Queco iba a ser el nuevo soltero de oro de la noche madrileña.

—Mañana mismo pondré los papeles en marcha.

Queco la miró con otros ojos, como si ya hubiera dejado de ser su esposa y hubiera vuelto a convertirse en una mujer apetecible.

—Estás guapa, Angie. —Quiso apoyarle la mano en el muslo, pero ella se la apartó de un manotazo—. ¿Hay alguien más?

Ella se echó a reír con ganas.

—El mundo está lleno de tiburones, Queco. No voy a poder quitármelos de encima.

Él hizo una mueca.

—Ya sé que hace años que no dormimos juntos, pero no me hace ninguna gracia imaginarte con otro tipo.

Ella le dirigió una mirada irónica.

—Tranquilo, eso es posesión, no amor. Se te pasará enseguida.

—Perdona por no haber sido un buen marido.

—¿Qué pasa, Queco? Nunca te había visto tan sentimental... ¿Tienes miedo de quedarte solo en tu vejez?

—No, tengo miedo de tu abogado.

Ángela soltó una carcajada que le hizo recordar los primeros años de su matrimonio. Aparcó frente a la estación de tren y se volvió hacia el que pronto sería su exmarido.

—Quiero la custodia de los niños. Dudo que quieras llevártelos a Madrid; no veo a tus amiguitas por la labor de educarlos.

Queco negó con la cabeza.

—No, los niños están bien aquí, pero quiero seguir viéndolos de vez en cuando.

—Sí, claro. Llegaremos a una solución civilizada.

Queco se acercó y la agarró por la nuca. Trató de besarla en la boca, pero ella volvió la cara en el último instante y recibió su húmedo beso en la mejilla.

—Uno de despedida, mujer, no seas sosa.

—No soy sosa, soy selectiva.

—Y has elegido, ya veo. Menudo cabrón con suerte. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

Ángela sonrió y le señaló la estación con la cabeza.

—Anda, no vayas a perder el tren. Hasta siempre, Queco.

Pasión de Gavilanes

—Te esperamos donde siempre.

—No puedo, tío, tengo mucho curro. —Hugo se echó hacia atrás en la silla giratoria y se pasó la mano por la barba de cuatro días.

—Que te vengas, estamos los tres, sólo faltas tú.

Hugo y sus tres amigos habían sido inseparables desde primaria. Habían estudiado juntos la secundaria y ni siquiera después habían dejado de verse. Un bar cercano al Museu Fallar era su punto de encuentro de toda la vida.

—Ángel tiene una rubia sentada en su regazo que tiene muchas ganas de darte un beso en los morros.

—Tentador, pero no puedo.

—Miki ha traído dos botellas.

Hugo puso los ojos en blanco. Quería mucho a sus amigos, pero sus vidas habían dado un giro radical en los últimos años. Ya casi no los reconocía. Mientras crecían, cada vez que su madre le preguntaba «Si tus amigos se tiran por un puente, ¿tú también te tirarás?», la respuesta siempre había sido que sí. Incluso cuando el último de los cuatro cumplió los dieciocho se fueron a celebrarlo haciendo *puenting* sobre el Turia. Pero lo de los últimos años era demasiado. No podía seguirles el ritmo. ¡Si continuaban así, iban a acabar muy mal!

—Otro día.

—Hugo, quiero presentarte a mi nueva churri.

—Ya la conocí.

—Pero cuando la viste tenía un mal día. —Hugo puso los ojos en blanco—. Ha cambiado mucho. Está mucho más guapa.

—Que no, plasta.

—O vienes inmediatamente, o nuestra amistad acaba hoy.

—¡Joder, Manu, qué brasa! De acuerdo, pero media hora y me largo. No quiero que me arrastréis a vuestra vida de perversión.

—Caerás, Hugo. Caerás.

Diez minutos más tarde, se acercaba a la mesa, donde fue recibido con aplausos y gritos de entusiasmo.

—¡Ya está aquí el tito Hugo!

No pudo evitar sonreír. Sus amigos, los más chulos de todo Montolivet, se habían convertido en tres padrazos, de esos que se pasaban el día compitiendo por ver cuál de sus hijos era el más increíble del mundo.

Al llegar junto a Ángel, se agachó para darle un beso a Lucía, su rubia, una preciosa niña que acababa de cumplir un año y que escondió la cara en el cuello de su padre, vergonzosa.

—Dale un beso al tito Hugo.

—Déjala en paz. Ya me lo dará cuando quiera.

Continuó la ronda de saludos con Miki, padre de gemelos, que se había vuelto experto en dar los biberones —las botellas, como él las llamaba— de dos en dos.

Manu había sido el último en unirse a la secta de padres primerizos. Hugo había visitado a la bebita en el hospital, pero había pasado un mes desde entonces y no había vuelto a quedar con ellos. El trabajo absorbía su tiempo y sus energías, pero, además, verlos tan felices en esa nueva etapa de sus vidas le retorció el alma.

—¿Cómo está esta preciosidad? —Se inclinó sobre Marieta, la última incorporación al club.

—Toma, cárgala un rato.

—¡No! —Hugo se apartó bruscamente del bebé, lo que provocó las risas de sus amigos.

—¡Que no quema, tete!

—Menudo periodista intrépido.

—Tranquilo, que no mancha. Acaba de cambiarle el pañal.

Respiró hondo y, sintiendo algo parecido al nudo que se le había formado en el estómago antes de lanzarse del puente a los dieciocho años, el Hugo de treinta y cinco tomó en brazos al pequeño ser con cara de ángel y una capacidad destructiva superior a la de una bomba nuclear.

—Siéntate, anda.

Sin saber cómo, se encontró sentado, pero no fue capaz de apartar la vista de los rasgos perfectos y delicados de la pequeña Marieta, que no paraba de hacer muecas, reclamando su atención constante.

Cuando al fin logró alzar la cara, sus amigos lo estaban mirando emocionados.

—Venga, tío, ánimo.

—Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo Manu con unas ojeras que le llegaban a los pies—, con diferencia.

—No sabes lo que te estás perdiendo.

—Joder, tíos, parecéis una secta. He conocido a testigos de Jehová menos insistentes que vosotros. ¿Cómo están las felices madres, por cierto?

—Encantadas de que hayamos decidido quedarnos en casa a cuidar de los peques para que ellas puedan volver al trabajo. Nos costaba más caro contratar a una canguro que renunciar a mi sueldo de mierda.

—Quedamos cada día en el parque. Esto es como volver a la adolescencia. Mola un montón, tío. Anímate.

—No sabía que hubieras salido de la adolescencia, tío. —Hugo le dio un golpecito al bebé en la nariz—. Según tengo entendido, hace falta una madre para poder encargarse de uno de éstos, ¿no?

—No me jodas, tete. Siempre has tenido éxito con las mujeres. Si no tienes novia es porque no te da la gana.

—¿Qué me sugieres?, ¿que salga el sábado por la noche por el centro y vaya preguntando si alguien quiere tener un hijo conmigo?

—Las compañeras de trabajo de mi mujer no paran de quejarse de que no encuentran tíos que quieran comprometerse y formar una familia.

—Ya, en el curro de Pili hay dos que están mirando lo de la fertilización

artificial. Para ellas serías un chollo, tío. ¡Soldaditos gratis!

—Joder, ¡qué romántico todo! —protestó Hugo justo antes de que le vibrara el móvil.

Devolvió a Marieta a su padre, que la recibió como si no la hubiera visto en un año, y miró quién le escribía. Al ver que era Ángela, leyó el mensaje inmediatamente.

Tengo que hablar contigo, cuanto antes.

Hugo frunció el ceño. Si le hubiera dicho que quería verlo, lo habría hecho el hombre más feliz del mundo, pero ese mensaje se parecía demasiado a un «Tenemos que hablar».

Quando quieras. ¿Voy a buscarte?

¡No! No deben vernos juntos. Te veo en la sala Caribe del Oceanográfico dentro de media hora.

Hugo alzó la cara. Sus amigos estaban discutiendo sobre las virtudes y los defectos del método Estivill.

—Tíos, tengo que irme.

—Eso, vete a buscar una mujer que te convierta en un hombre de provecho.

—Joder, Miki... —Hugo negó con la cabeza—. Quién te ha visto y quién te ve, con lo que tú has sido. Y ¿quién os ha dicho que no tengo mujer?

Sus amigos lo vitorearon.

—¡Ese Hugo! Pues venga. Ve a buscarla y le echas uno al mediodía, que son los mejores para preñar.

—Será si ella quiere, ¿no?

—Y ¿por qué no iba a querer?

—Yo también me resistía, pero es inútil. Venga, no tardes, y así los criamos juntos, tío. ¡Somos el escuadrón biberón!

Sacudiendo la cabeza, Hugo se despidió de sus amigos y fue a buscar la moto para dirigirse a los edificios de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, que parecían enormes peces surgidos de la imaginación de Julio Verne.

Entró sin pagar, gracias al pase de prensa que conservaba de su último trabajo, y se dirigió a la sala donde lo había citado Ángela. Al ser un día entre

semana, los pasillos de cristal sobre los que nadaban peces, tiburones, medusas y otros animales marinos estaban casi vacíos. La iluminación, tenue, creaba una atmósfera íntima y relajada.

Al entrar en el recinto, en forma de huso, vio a una sola persona, sentada de espaldas. Era ella.

Al oír sus pasos, se volvió hacia él. Los bancos que ocupaban la parte central de la sala eran como las espinas de un gran pez que los albergaba en su interior. El techo recordaba a las cuadernas de un barco visto desde abajo.

Hugo empezaba a sentirse claustrofóbico. Sintió como si le faltara el aire.

Cuando Ángela se levantó para recibirlo, él la tomó por los hombros y la besó, sin ningún preámbulo.

Ella se resistió durante unos segundos, pero enseguida se entregó al beso. Lo agarró por la nuca y le ofreció el aire que él tanto ansiaba y que le devolvió poco después, en un intercambio perfecto.

—Hugo —susurró ella cuando lograron separarse—. Para, tenemos que ser discretos.

Él miró a lado y lado.

—Tienes razón, esa tortuga nos está mirando demasiado. Creo que es un paparazzi disfrazado.

Ángela le dio una palmada en el pecho y con la otra mano tiró de él para que se sentara en el banco de enfrente.

—¿Qué pasa? ¿No podías vivir sin mí ni un minuto más?

Ella alzó la ceja.

—Es difícil estar lejos de alguien tan atractivo y modesto como tú.

—Lo sé, siempre me lo dicen. —Se inclinó hacia delante y le agarró las dos manos—. ¿Qué pasa, Ángela?

—Mi primo ha convocado junta extraordinaria. Mi padre quiere poner en marcha ya lo de las torres y necesita las empresas y las propiedades familiares como aval. Cuando le hemos dicho que no, nos ha amenazado con sacar a la luz secretos de todos.

Hugo frunció el ceño. Era periodista y adoraba su trabajo, pero cuando el periódico para el que trabajaba cerró, tuvo que reinventarse. Transformó su web

en revista de investigación y la llamó *Revista IN*. La frase de cabecera era: «INdependiente - INcorruptible - INformación veraz». La irrupción de Ángela en su vida no entraba en sus planes. Un polvo de una noche, bien, pero no más. Si se publicaran fotos suyas con la hija de Velasco en actitud cariñosa, su reputación como periodista independiente se iría a la mierda.

Le soltó las manos y se acercó al cristal.

—¿Soy tu secreto inconfesable? —preguntó por encima del hombro—. Me gusta.

—Tómalo en serio, Hugo. —Ángela también se acercó al cristal, pero se mantuvo a una distancia prudencial por si entraba alguien. Dos peces tropicales pasaron frente a ella y siguieron su camino—. No me fío de mi primo. De niño se divertía haciendo sufrir a todos los animales que caían en sus manos.

Hugo se acercó y, tras mirar a lado y lado, la abrazó por detrás, uniendo las manos sobre su vientre.

—Te tomo muy en serio, Ángela —le susurró al oído, provocándole un escalofrío—. Siempre, pero sobre todo cuando te beso. —Le dio la vuelta y la besó, lanzando la prudencia y el sentido común a los peces, pero al notar que ella no le correspondía como antes, la soltó—. Tienes razón, tu primo no es de fiar.

—Yo... —Ángela no pudo seguir hablando y agachó la cabeza.

Él la sujetó por la barbilla y le alzó la cara para verle los ojos. No esperaba encontrárselos llenos de lágrimas.

—¿Hay algo más? ¿Te ha amenazado?

Ella negó con la cabeza.

—Puedes contármelo todo.

—¿Puedo, Hugo? ¿Puedo fiarme de ti?

Cebollitas

—¡Vaya morro, Velasco! —comentó la portera del equipo al salir de la ducha al día siguiente—. Te saltas los entrenos, pero el míster te convoca igual.

—Me salté el de ayer, pero avisé con antelación.

—¿Le dejaste una notita en la cafetera? —se burló la mediocampista.

—¡Que no estamos juntos! ¿Cómo tengo que decirlo?

—Ya, ya te vimos salir corriendo con Dani. Nos dejasteis tiradas, hijas de puta —se quejó la media punta—. El autobús tardó media hora en llegar.

—Acababa de recibir un mensaje; fue una urgencia familiar —se excusó Katrina.

—No tienes por qué darles explicaciones —intervino Dani, en ropa interior, secándose el pelo con una toalla—. Vosotras sí que tenéis morro. El coche de Kata no es un servicio público.

—¿Qué pasa, Cánovas? ¿Quieres servicio en exclusiva?

—¡Vete a la mierda, Salcedo!

Dani y María Salcedo jugaban en la misma posición: defensa central. Además de rivales en los entrenos, competían también en secreto por la atención de Kata.

—¡Haya paz! Hoy llevo a quien quiera.

Katrina se quitó la toalla para vestirse. Nunca hasta ese momento se había dado cuenta de que Dani se la comía con los ojos cada vez que se cambiaba. Ese día buscó su mirada y, al encontrarla, recordó su conversación en la azotea del gimnasio y se ruborizó.

La sonrisa bobalicona de Dani confirmó las sospechas de María.

—¡Serás falsa, tía! —Le tiró con rabia el neceser a Katrina y la alcanzó en el brazo—. Si no te gusto, pues lo dices y ya está. ¿Por qué me dijiste que no te atraían las mujeres cuando te invité a una copa la noche que nos encontramos?

Kata miró a su alrededor y deseó poder esconderse en una de las taquillas. Todos los ojos estaban puestos en ella. Todavía estaba tratando de situarse en el mundo tras la irrupción de Dani en él. ¡No estaba preparada para enfrentarse a los demás!

Le vinieron a la mente las palabras de Cayetano: «Anda, mira, hasta la dulce gatita se nos ha puesto pálida. ¿Qué secretos escondes, Katrina?».

Se volvió hacia Daniela, que la estaba mirando expectante. Lo más seguro era que su primo la hubiera hecho seguir y las hubiera visto juntas.

Aunque no había previsto hacer las cosas de esa manera, de pronto lo vio todo claro. Los sentimientos que le inspiraba Dani eran lo mejor que le había pasado en la vida. Si ella pensaba que se avergonzaba de su relación, probablemente la perdería, y no estaba dispuesta a perderla por cobardía.

Desnuda como el día en que nació, se agachó para recuperar el neceser del suelo y se lo devolvió a su dueña como si fuera una pelota de rugby. Al mismo tiempo que ella lo recibía, le dijo:

—No soy falsa. No me siento atraída por las mujeres... —alzó la voz para acallar los murmullos—, ni tampoco por los hombres. Me siento atraída por el interior de las personas.

Sus palabras desataron una discusión en el vestuario.

—Ya, la clásica excusa de la bollera que no quiere aceptar que lo es.

—Pues yo estoy de acuerdo con ella, a mí me pasa lo mismo.

—¡Tú lo que tienes es mucho vicio!

—¡Capulla!

—Todas las personas somos bisexuales.

—Entonces ¿es verdad que ya no estás con el míster, Kata? ¿Puedo tirarle los trastos?

Ella no respondió porque se había acercado a Dani, que estaba sentada en uno de los bancos, y se había colocado entre sus piernas. Daniela la había abrazado

por las caderas mientras alzaba la vista hacia la cara que se había convertido en el fondo de pantalla de su vida.

Cuando Katrina se inclinó y le comió la boca, la discusión murió tan bruscamente que hasta Enrique lo notó desde el pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Os habéis cansado de gritar?

Las chicas trataron de aguantarse la risa, con poco éxito.

—Sí, creo que es un buen momento para que le tires los trastos al míster, Belén.

—¿Contentas? —Kata volvió a su sitio sintiéndose más segura que nunca, elegante como una gata y poderosa como una zarina—. Pues quien quiera venir con nosotras tiene cinco minutos. —Miró a Dani y le guiñó el ojo—. Tenemos prisa.

—Qué cabrona, tía —le dijo María a Dani—. ¡Joder, qué asco te tengo!

Dani se encogió de hombros y se sujetó la larga melena rubia con un coletero.

—La que vale vale, Salcedo.

—¿Quieres que ponga tu ropa a lavar con la mía? —le preguntó Dani a Kata cuando llegaron a su casa, después de comer en el restaurante del hospital con Lucas y Merche.

—¡Sí, hombre! Tu madre no me ha dejado pagar la comida. Sólo falta que encima me lavéis la ropa.

—Lo habló con la encargada. Sus hijos podemos comer allí.

—Pero yo no soy su hija, Dani.

—Aún no. —Las palabras salieron de la boca de Daniela sin ningún tipo de filtro, directas desde su corazón. Y si Katrina se quedó boquiabierta al oírlas, Dani también.

Kata sacudió la cabeza.

—Vas un poco fuerte, ¿no crees? Ni siquiera... —Incapaz de acabar la frase, se volvió de espaldas.

Dani se acercó y la abrazó por detrás.

—Ni siquiera, ¿qué? —le susurró al oído.

La pequeña de los Velasco se estremeció de arriba abajo. Cuando las rodillas le fallaron, Dani la sostuvo con fuerza por la cintura.

—Ni siquiera nos hemos acostado. ¿Y si no hay química entre nosotras?

Dani sonrió con la cara hundida en el hombro de la que ya era su amor y estaba a punto de convertirse en su amante. Su niña rica era tan inocente en algunos aspectos que le venían ganas de achucharla, pero cuando sacaba la gata que escondía en su interior la dejaba sin respiración.

—¿Kata? —susurró mientras le acariciaba el vientre con círculos cada vez un poco más amplios, hasta rozarle el pubis—. ¿Notas temblores en el vientre, como si se estuviera formando un terremoto en tu interior?

—Sí. —Apoyó las manos sobre la de Dani, tal vez para detenerla, tal vez para animarla a seguir; probablemente las dos cosas al mismo tiempo.

Daniela llevó la otra mano hacia el pecho menudo de Katrina y la acarició por encima de la camisa hasta que la propia Kata la agarró y la guio por debajo de la tela. Cuando le pellizcó el pezón, la pequeña de los Velasco echó la cabeza hacia atrás, y habría caído al suelo de no ser por el fuerte antebrazo que la sostuvo.

—¿Te faltan las fuerzas?

Katrina asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Esto, Gatita, se llama química. Ahora voy a enseñarte todo lo demás.

Dani la agarró de la mano y tiró de ella. Entraron en su habitación y cerró la puerta.

Estaba excitada como pocas veces, pero al ver a Katrina de pie, mirándola con los ojos muy abiertos en medio de la habitación que la había visto crecer, la asaltaron las dudas.

No era la primera vez que se lo montaba con una chica en su habitación. Lo había hecho incluso con un chico (Óscar, su compañero de instituto, al que le había entregado su virginidad a cambio de una revelación: no le gustaban las pollas). Habían pasado seis años desde ese momento. A los veintidós, era una amante experimentada y apasionada que sabía lo que le gustaba. Sabía dar placer y disfrutaba recibéndolo, pero no quería cagarla por ir demasiado deprisa.

Katrina la estaba sorprendiendo. Estaba encajando en su vida como su pelota

de béisbol favorita en su guante. No quería perder la conexión que tenían por no saber aguantar un calentón.

Los ojos de Kata perdieron su brillo.

—No te gusto —susurró decepcionada—. No pasa nada, lo entiendo. No hay ninguna obligación de...

No pudo acabar la frase porque Dani se había abalanzado sobre ella y la había tumbado de espaldas sobre la cama. Aturdida, no se dio ni cuenta de que Daniela le quitaba los pantalones blancos al mismo tiempo que las sencillas bragas del mismo color.

No había espacio para las dudas. Prefería que Kata la parara a volver a ver esa expresión decepcionada en sus ojos. Sentada sobre sus tobillos, la contempló unos instantes. Katrina era morena de piel y de pelo. Su cuerpo, atlético, era una obra de arte. El pecho, cubierto por una camisa vaquera blanca sin mangas, subía y bajaba al ritmo de su respiración alterada. Tenía el pubis recortado, pero no depilado.

Con las manos extendidas, ascendió por las piernas de Kata, acariciándolas desde los tobillos hasta las rodillas. Agarrándolas, le separó las piernas y se inclinó, besándole los oscuros rizos.

Kata, que se había apoyado en los codos y le sostenía la mirada, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás al notar la lengua que se abría camino con decisión hacia su clítoris.

—Estás muy equivocada, mi Gata —le llegó la voz de Dani entre sus piernas—. Sí, hay obligación. Si alguna divinidad se ha molestado en poner en el mundo a alguien tan maravilloso como tú, adorarte es obligatorio.

Katrina no sabía si su llegada al mundo se debía a una decisión divina, pero sí sabía que estaba en el cielo. Dani le sujetaba las caderas con las manos y se estaba dando un festín entre sus piernas. Se notaba que sabía lo que hacía y, por los gemidos que salían de su boca, estaba disfrutando casi tanto como ella, como si estuviera ante el manjar más delicado de la carta del restaurante más sofisticado.

Su última pareja, Enrique, pasaba por ahí como si estuviera cumpliendo un trámite, para asegurarse de que estaba lo suficientemente húmeda para penetrar

en ella cuanto antes. Pero Dani no parecía tener la menor prisa en acabar. La recorría con la lengua de arriba abajo una y otra vez, le mordisqueaba los labios mientras jugueteaba con su clítoris con la nariz.

Y, cuando las sensaciones eran demasiado intensas y trataba de alzar las caderas para aumentar la presión en la zona, Daniela lo impedía manteniéndola clavada a la cama con sus fuertes manos, capaces de partirle la nuez a alguien de un golpe.

Kata movió la cabeza a un lado y a otro cuando las vibraciones del orgasmo se apoderaron de su vientre y buscaron salir al exterior por todos los poros de su piel al mismo tiempo.

Cuando el clímax alcanzó su cumbre y empezó a descender, Dani se tumbó a su lado y comenzó a frotarle el clítoris con la banda de plata que llevaba en el pulgar. Katrina se resistió, tratando de ponerse de lado, huyendo de la intensidad de las sensaciones, pero Daniela la tranquilizó como si fuera una yegua nerviosa, soplándole al oído y lamiéndole el lóbulo y la delicada piel de detrás de la oreja, sin dejar de torturarla con el pulgar en ningún momento.

El segundo orgasmo fue mucho más intenso que el primero, tanto que parecía no tener final. Tan perdida estaba en las sensaciones que apenas notó que Dani la levantaba a peso y la colocaba sobre ella como si fuera una manta.

Absolutamente desmadejada, las manos le colgaban sobre la cama y respiraba feliz en el hueco que formaban el cuello y el hombro de Dani, embriagándose del olor de su sudor limpio.

Las manos de Daniela le acariciaban la espalda arriba y abajo, haciéndola sentir protegida y adorada.

Cuando recuperó las fuerzas suficientes para levantar la cabeza, la miró a los ojos. La sonrisa ladeada de Daniela la remató y no pudo seguir conteniendo los sentimientos que amenazaban con hacerle explotar el corazón.

—Dios, ¡cómo te quiero!

Daniela se echó a reír y le palmeó las nalgas con las dos manos.

—¿Tan bueno ha sido el sexo, mi Gata?

—¡El mejor sexo de toda mi puta vida!

Las carcajadas de Daniela se convirtieron en la banda sonora favorita de su

vida. Quería seguir oyéndola mucho tiempo.

Le buscó la mano y se quedó mirando el anillo del pulgar con curiosidad antes de darle un beso, lo que volvió a hacer reír a Dani.

—Me llevas a comer, quieres hacerme la colada y me das orgasmos increíbles de dos en dos... Eres un chollo, Cánovas. Voy a tener que asegurarme de tenerte contenta para que no se te ocurra dejarme.

Dani cruzó las manos detrás de la cabeza y le dirigió una sonrisa radiante.

—¿Qué está pensando esa cabecita morena?

Katrina la besó en los labios y se excitó de nuevo al notar su propio sabor en su boca.

—Empezaré por igualar las cosas entre nosotras. No sé si te has dado cuenta, Cánovas, ¡pero estás vestida! —exclamó indignada tirando de su camiseta, negra como los vaqueros, que contrastaba con su melena rubia.

Y durante la hora siguiente, la cama de Dani se convirtió en un tablero de damas, a veces blanco sobre negro, otras veces negro sobre blanco. Un juego mágico, porque, avanzara quien avanzase, ganaban siempre las dos.

Cuando abandonaron el piso de la Malvarrosa corriendo y riendo antes de que llegaran Merche o Lucas, la pareja tenía una cosa clara: habría nuevas partidas.

Kata acompañó a Dani hasta la puerta del gimnasio, pero esta vez no entró con ella. Daniela tenía clase y no quería distraerla.

Se dirigió a la playa, donde dio un largo paseo para aclararse las ideas. No sobre su relación con Dani. Sobre eso no tenía ninguna duda, lo único que tenía que hacer era disfrutar de su compañía tanto como pudiera.

Había llegado el momento de independizarse. Por primera vez en la vida sentía la necesidad de tener una casa propia donde poder disfrutar de Daniela a todas horas. Lo jodido era que, si se iba del palacete, su padre tardaría diez minutos en ponerlo a la venta, y le dolía perder todos los recuerdos que guardaba de su madre entre esas paredes.

«Supongo que de eso va el madurar», se dijo.

Tenía que elegir entre permanecer atada al legado familiar o crecer construyendo una vida propia. Recordó las últimas palabras de su madre en boca

del notario: «Mi querida Katrina, la casa de Gandía es para ti. Si la tierra nos da la vida, el mar nos da la libertad. Nunca renuncies a ella».

Sintió unas ganas inmensas de llevar a Dani a Gandía y de disfrutar con ella del viento y del mar. Se bañarían desnudas a la luz de la luna y le haría el amor en la azotea, bajo las estrellas, a salvo de miradas indiscretas.

Y luego estaba la amenaza de Cayetano. Lo mejor iba a ser actuar como en el vestuario. Si era ella la que daba la noticia a su familia, Tano no tendría nada con lo que chantajearla.

—Ángela —susurró.

Tenía que hablarlo con su hermana. Se merecía que se lo contara antes de la próxima junta. Además, con su apoyo todo sería mucho más fácil.

Le envió un mensaje de WhatsApp:

Tengo novedades. ¿Podemos hablar un rato?

Dinastía

—*La mare que els va parir a tots!* —renegó Augusto, colorado como un bogavante hervido—. Si es que no se salva ni uno, ¡menuda panda de tarados!

Cayetano le había llevado a su tío el informe redactado por la agencia de detectives del hermano del comisario Cotino y, tal como comentaba Augusto con su tacto habitual, a todos les habían encontrado algo.

Las fotos de Mauricio cenando con el hijo de Folch, el presidente del Levante, le tocaron la moral doblemente.

—¡Tu hermano me tiene las pelotas hinchadas! ¿Es que no se va a cansar nunca de ensuciar el nombre de la familia? Una cosa es que se acueste con hombres, pero que encima vaya alardeando por ahí... ¡es intolerable! ¡Y yo queriendo presentarle al hijo de Folch a Katrina! Seguro que al acabar el partido se fueron los dos a hacer guarradas y a reírse de mí. ¡Pues eso no quedará así!

—No —logró decir Cayetano antes de que su tío siguiera con su perorata.

—¡Y Katrina! Esa niña malcriada se va a enterar. Ya no está aquí su madre para protegerla y darle todos los caprichos. Ya sabía yo que era mala idea dejarla perder el tiempo al aire libre en vez de estar en la empresa, que es lo que tendría que hacer. Pues una cosa te voy a decir. Esta tontería se acaba con una lesión oportuna. Dile al hermano de Cotino que me busque una defensa con problemas económicos y encárgate de motivarla adecuadamente.

—Cálmate, que te va a dar algo.

—¡No me da la gana de calmarme! Esta cría va de mal en peor. Le presento a los tipos más influyentes del país y ella, ¿qué hace? Se lía con el muerto de

hambre de su entrenador. Y cuando al final lo dejan... —Volvió a mirar las fotos en las que se la veía en actitud cariñosa con la defensa central de su equipo y pasó la página del informe con rabia—. Yo creo que lo hace a propósito, ¡por joder!

—Hombre, sí, seguro que joder, joden. Una rubia y una morena. Bufff, me las estoy imaginando a cuatro patas en mi cama. Después de que se pongan bien cachondas y húmedas entre ellas, las agarro por el pelo, me enredo una coleta rubia en una mano y la morena con la otra y empiezo a...

—¡Pero ¿tú te estás oyendo?! ¡Estás hablando de tu prima, degenerado, *borinooooot!* —Augusto se había acercado tanto al borde de la cama para pegar a su sobrino que estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Tito, joder! ¿Dónde está escrito que no pueda uno pajearse pensando en sus primas? ¿Tú nunca lo has hecho? —El silencio de Augusto le dio la respuesta—. Pues ya está. No soy el enemigo. De hecho, soy tu único aliado. Trátame un poco mejor o me largo, no te vuelvo a avisar.

Augusto se echó hacia atrás en la cama y respiró hondo, pero cuando miró de nuevo las fotos, el corazón se le volvió a disparar.

«¿Tú también, Ángela, hija mía? ¿Es que ya no puedo fiarme de nadie?»

Las fotos de su hija mayor, cazada en su coche con el periodista que llevaba semanas haciendo preguntas impertinentes en su entorno, habían sido la guinda del pastel.

—¿Te acerco una pastilla, tito?

—¡Déjate de pastillas, *apardalat!* Lo que necesitamos son soluciones.

Cayetano lo miró molesto.

—Pues este *apardalat* lleva toda la noche dándole vueltas al informe y buscando soluciones, pero si no te interesan... —Se levantó.

Augusto alargó el brazo hacia él.

—No te vayas. —Resopló—. Sí, me interesan.

Tano volvió a sentarse.

—Pues cálmate, joder.

A lo largo de la siguiente media hora, Cayetano fue exponiéndole a su tío sus planes para someter las voluntades de sus parientes.

—La novia de Kata...

—¡No la llames así, *collons!*

—La defensa central...

—¡Que la echen del equipo! Esa aprovechada no vuelve a ponerle un dedo encima a mi hija. ¡Yo me encargo de que no vuelva a ficharla ningún club de primera división! ¡Ni de segunda!

—Si haces eso, tu hija te odiará el resto de tu vida y las organizaciones de defensa de los derechos blablablá te meterán una demanda que te va a dejar temblando.

—¡Me da igual!

Cayetano respiró hondo. Qué ganas tenía de librarse del cabezota de su tío. Su vida sería mucho más cómoda sin él. Pero, de momento, lo necesitaba. Si las cosas salían mal, alguien acabaría en la cárcel. Mejor Augusto que él.

—Tengo una idea mejor. ¿Te acuerdas de tu amigo el del emirato, el que te pidió que le recomendaras jugadoras para su Liga femenina?

—Sí, pero buscaba una delantera.

—Pues la tal Cánovas tiene una delantera de escándalo, qué lástima que sea bollera.

Augusto, que estaba cabreado como una mona pero nunca perdía la oportunidad de echar un vistazo a un buen canalillo, volvió las páginas del informe hasta encontrar las fotos de la pareja y asintió. La tal Cánovas estaba muy bien dotada. Tano siguió exponiendo su plan.

—Lo importante es que el emir le ordene al entrenador que la fiche. Al principio ella se negará, porque en esos países la homosexualidad está castigada con pena de muerte, pero si sube la ficha lo suficiente lo aceptará. Todos acaban aceptando.

—Buena idea. Kata no podrá negarse a que prospere en su carrera. ¡Bien, muy bien, Cayetano! ¿Qué has pensado para el hijo de Folch?

—Deja que me ocupe personalmente. Mi hermano lleva tiempo tocándome mucho los cojones. Quiero darle un buen escarmiento.

—Bueno, tú sabrás. Y con el cabrón del periodista, ¿qué hacemos?

—Ese tipo ha estado husmeando donde no debía. Y ¿sabes qué pasa cuando

metes la nariz donde no te llaman? —Bajó la voz para responderse a sí mismo —: Que a veces la pierdes.

Las risotadas de Cayetano resonaron en la habitación.

Augusto lo miró y asintió. Algo en la mirada de su sobrino le dijo que lo mejor iba a ser no llevarle la contraria.

Belleza y poder

Cuando el abrazo en el Oceanográfico había dado paso a un beso y luego a otro y a otro, Ángela se había olvidado de las amenazas de su primo Cayetano y había aceptado la invitación de Hugo.

Habían ido a su casa en moto y, durante el corto trayecto, no había pensado en nada más que en volver a tener a un hombre en su interior. Uno en concreto: Hugo. Tras siete años de vida casi monacal, ese hombre había derribado sus barreras y estaba borracha de deseo. Aunque había tratado de reprimirse, no había podido evitar acariciarle el pecho, las caderas y los muslos mientras él conducía. En un semáforo, él le había agarrado la mano y se la había llevado al paquete con un gruñido. Muerta de vergüenza, Ángela hundió la cara en su hombro, convencida de que todas las madres de los compañeros de sus hijos iban a cruzar la calle en ese momento.

Al llegar a su casa, se dirigieron a toda prisa al ascensor. Hugo le apoyó la mano en la parte baja de la espalda para invitarla a pasar delante. Ella levantó la mano para marcar el piso, pero no sabía cuál era.

—¿Adónde vamos? —preguntó por encima del hombro.

Él le rodeó la cintura con un brazo y con el otro le tomó la mano y la apoyó sobre el botón del tercero.

Hugo estaba tan encendido como ella. Quería darle la vuelta y besarla, pero el olor de Ángela lo estaba volviendo loco. Hundió la cara en su hombro y aspiró con fuerza mientras, agarrándola por las caderas, la atraía hacia su evidente erección.

Ella se apoyó en la pared del ascensor cuando las rodillas le flaquearon. Hugo tiró de la tela que separaba sus cuerpos y agradeció en silencio que no llevara falda o no podría haberse contenido.

El traqueteo del ascensor al detenerse los hizo gruñir al mismo tiempo. Hugo maldijo entre dientes mientras buscaba las llaves y, en cuanto hubieron cruzado el umbral, la empotró contra la puerta, cerrándola al mismo tiempo que hundía la lengua en su boca.

Ángela lo abrazó con fuerza y, al notar la rodilla que se abría camino entre sus muslos, le temblaron las piernas. La tentación de frotarse contra la dura rodilla y olvidarse de todo era intensa, pero no quería volver a perder el control en el primer minuto como en La Velasqueta.

—Aquí no —susurró, y él no necesitó más.

La levantó en brazos y la llevó a su dormitorio. La tumbó sobre la cama, se acercó al cajón y sacó una caja de preservativos.

—Tranquilo, me ligué las trompas. No hay peligro.

Él cogió la caja, la lanzó al cajón y lo cerró con decisión. Se sentó en la cama y se inclinó sobre ella, observándola en silencio, como si no acabara de creerse que estuviera allí.

—No me he acostado con nadie sin condón desde hace... ni me acuerdo. ¿Y tú?

—No insistas. —Ángela se ruborizó—. Ya lo sabes.

Él sonrió y le acarició un brazo, provocándole un estremecimiento.

—Sé que no te has acostado con tu marido, y no te imaginas lo feliz que me hace eso, pero ¿en serio quieres que me crea que una preciosidad como tú no ha tenido amantes durante todos estos años?

Ella le apartó el pelo de la cara y aprovechó para acariciarlo.

—No me han faltado ofertas, pero hasta ahora ninguna me había interesado.

—Qué honor.

La mano de Hugo parecía haber cobrado vida propia. Le acarició el torso, la cintura, la cadera y volvió a ascender entre sus pechos. Cuando llegó a los botones, tiró juguetonamente del primero.

—Tampoco te lo creas mucho.

—¿Me estás diciendo que simplemente estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno? —Hugo la miró fijamente a los ojos mientras le desabrochaba el primer botón. Al ver que a ella se le abrían las aletas de la nariz y no protestaba, siguió con el resto de los botones.

—Algo así.

—¿Tanto te cuesta admitir que te pongo como una moto, pantera?

Hugo le apartó la blusa, dejando a la vista el pecho cubierto por un elegante sujetador de encaje color malva, y se mordió el labio inferior. Sin darle tiempo a que se arrepintiera y se marchara, le acarició la cintura y volvió a descender hasta que la mano se perdió entre sus piernas. Ella respondió con un gemido, pero le sujetó la muñeca.

—Hemos de hablar de muchas cosas.

—Ajá —murmuró él sin dejar de acariciarla por encima de los pantalones y haciéndola jadear.

—Mi marido, aah... —Hugo le recorrió el cuello con los dientes, provocándole un nuevo escalofrío—. Mi padre... Mi primo...

Él gruñó y le llevó la mano justo debajo del pecho.

—Demasiados hombres en esta habitación —la interrumpió, acariciándole el pezón con el pulgar mientras deslizaba la rodilla entre sus piernas para que ocupara el lugar de su mano—. El mundo queda fuera; en esta cama sólo existimos tú y yo.

Bajó la cabeza y se apoderó del pezón por encima del sujetador, succionándolo, lamiéndolo y tirando de él antes de soltarlo. Cuando se dirigió al otro pezón para someterlo al mismo tratamiento, Angie ya no tenía espacio en la cabeza para ningún otro hombre.

Llevó las manos a la cabeza de Hugo, asegurándose de que no abandonara su pecho antes de tiempo. Se sentía como una niña en una tienda de chuches. No sabía por dónde empezar. Quedarse quieta disfrutando de las sensaciones era muy tentador, pero también quería derribar a Hugo de un empujón para darse un festín con él. Le gustaba su pelo, su cara tan distinta de la de su marido, su barba de pocos días, sus ojos que la tentaban...

Ojos que desaparecieron de repente cuando él se echó hacia abajo con

agilidad y la libró de los pantalones, llevándose las bragas al mismo tiempo. Sin darle tiempo a reaccionar, le separó las rodillas y se quedó mirándola con admiración.

A Ángela le vino a la mente la imagen del vídeo de Queco en el club nocturno que Hugo le había enseñado en La Velasqueta y se ruborizó. Pero, a diferencia de su desfasado marido, él le acarició los muslos hasta llegar al vértice de su sexo y esperó a que ella le diera permiso para seguir.

Cuando Ángela cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, no necesitó más invitación. Hundió la cara entre sus piernas y se abrió camino a besos hasta encontrar el clítoris.

Angie no tuvo tiempo de sentirse insegura, porque los ruidos que salían de la garganta de Hugo eran una mezcla de satisfacción y triunfo.

Se relajó separando los brazos, pero la relajación duró poco porque la lengua de Hugo se dedicó a recorrer todos sus rincones mientras sus dedos buscaban su entrada y se colaban en su interior.

Las sensaciones eran demasiado fuertes. Estaba tensa como un arco. Si Hugo seguía así, en segundos se desharía en un orgasmo y no quería acabar tan pronto.

—Yo también quiero —susurró.

Él alzó una ceja y le dirigió una sonrisa ladeada.

—¿Tienes hambre?

—Atrasada.

—Pues que no se diga que soy mal anfitrión. —Le soltó los muslos y se tumbó en la cama boca arriba—. Hay bufet libre. Sírvete.

Ángela se arrodilló a su lado y alargó una mano titubeante. No se podía creer que ese pedazo de hombre fuera para ella.

Con dedos temblorosos, le desabrochó el primer botón de la camisa y acarició el vello que asomaba. Los siguientes botones siguieron el mismo destino a un ritmo muy superior. Le pasó una mano por el torso, que estaba ardiendo, y gruñó de frustración. No era suficiente.

Plantándole las dos manos sobre el pecho, cerró los ojos y absorbió su calor mientras descendía hacia su cintura. Cuando volvió a abrirlos, vio que él estaba haciendo un esfuerzo de contención por permanecer inmóvil. El pecho le subía y

le bajaba rápidamente, y las ventanas de la nariz se le abrían y se le cerraban al mismo ritmo mientras apretaba los labios con fuerza.

Ella también los frunció cuando bajó la vista en una vertiginosa panorámica por el torso de Hugo y los vaqueros se interpusieron en su camino.

Montándose sobre él, lo imitó. Le desabrochó los pantalones, disfrutando al notar que su vientre se contraía de manera involuntaria al sentir el roce de sus dedos. Le bajó los pantalones y los bóxers al mismo tiempo y los lanzó a la otra punta de la habitación. Luego emprendió el ascenso por sus piernas, disfrutando del tacto del áspero vello que las cubría.

Pero las cosas no hacían más que mejorar. Superada la barrera de las rodillas, los muslos duros como piedras se extendían como dos autopistas bajo sus manos, dos carriles directos al placer.

Mientras ascendía a cuatro patas, levantó la vista. Hugo tenía los ojos clavados en sus pechos; parecía estar hipnotizado. Le gustó la sensación de poder y, sentándose sobre sus rodillas, se quitó la blusa lentamente y la tiró al suelo. Se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador, pero tardó unos segundos en dejarlo caer, disfrutando de la tensión de Hugo, que tenía la mandíbula apretada y respiraba por la nariz. La nuez le subía y le bajaba cada vez que tragaba saliva.

Angie dejó caer la tela malva sobre los muslos de Hugo y alargó la mano hacia la erección que parecía llamarla con pequeñas sacudidas. En el último segundo, se detuvo, torturándolo.

Hugo no pudo más. Le atrapó la mano y repitió la invitación que le había hecho en la moto. Si su torso y su vientre le habían parecido calientes, su miembro directamente ardía. Pero Ángela debía de estar emparentada, aunque fuera de lejos, con los Targaryen de «Juego de tronos», porque el fuego pasó a su mano y reavivó las llamas que abrasaban su vientre. Se sintió arder de arriba abajo, pero, al igual que Daenerys, salió fortalecida de la hoguera. Con los ojos encendidos, le rodeó el ardiente miembro con la mano y apretó.

—Mío —susurró.

Él se incorporó y la sujetó por la nuca.

—Mía —replicó justo antes de que su lengua se abriera camino entre los

labios entreabiertos de Ángela, reclamando su boca.

Una vez que ambos hubieron reclamado sus respectivos reinos, se dedicaron a explorarlos a conciencia.

Ángela pensó que estaba en el paraíso de las sensaciones, pero, curiosamente, al cabo de pocos segundos, el paraíso se convirtió en el infierno. No era suficiente. ¡Quería más! ¡Necesitaba más!

Se sentía desentrenada, torpe. Mejor no pensar en las chicas jóvenes y expertas a las que él debía de estar acostumbrada o se vendría abajo antes de empezar. Para animarse, pensó en qué le diría Clara si estuviera allí: «¡Angie, déjate de puñetas y ataca! ¡Como me entere de que no has aprovechado la oportunidad, no vuelvo a quedarme con tus hijos nunca más!».

Cuando soltó la erección que tan bien encajaba en su mano, los gruñidos de frustración de ambos se mezclaron en el aire.

Con las dos manos, Ángela golpeó el pecho de Hugo, que volvió a caer de espaldas sobre la cama y, sin darle tiempo a reaccionar, volvió a apoderarse de su pene y se lo llevó a la boca.

—Áng... ¡Joder!

«Déjala que tome confianza —se dijo Hugo—. Que me haga lo que quiera. Joder, sí, así.»

Pero sus buenas intenciones duraron justo el tiempo que tardó en abrir los ojos y encontrarse con una redonda y perfecta nalga al alcance de la mano. El Hugo cavernícola echó al Hugo civilizado y cerebral de la cama y ocupó su puesto. Agarró a la desprevenida Ángela por las caderas y la colocó sobre su torso.

—Eh, ¿qué haces?

Hugo no respondió. Estaba demasiado ocupado mordiéndose el labio inferior, sacudiendo la cabeza lentamente de lado a lado y admirando la perfecta redondez de aquellas nalgas blancas.

«Y el capullo de su marido perdiendo el tiempo con las petardas de los clubes teniendo a esta mujer en casa. Si es que los hay que no se merecen comer jabugo.»

En vez de responder con palabras, la agarró por las caderas y no pudo resistir

la tentación de darle un mordisco a una de las nalgas antes de tirar de ella y sentarla sobre su cara.

Ángela soltó un grito sorprendido y se tensó al notar que él la invadía con su lengua, pero pronto el placer la inundó, dejándola tan relajada que le costó hasta mantener la cabeza levantada para poder seguir con lo que había empezado.

Apoyando las rodillas en la cama para recuperar algo de control, acarició la firme erección arriba y abajo mientras le pasaba la lengua por la punta, de un lado a otro y luego alrededor, como si fuera un helado de cucurucho.

Hugo contraatacó tirando de ella con más fuerza y encajándola sobre su cara. Pasó la lengua de un extremo a otro de su sexo hasta alcanzar el clítoris y ella echó la cabeza hacia atrás, soltando un gemido demasiado intenso para poder contenerlo.

Satisfecho, él siguió torturándola con la lengua y pronto los dedos se unieron a la exploración.

—No —gimió Ángela.

—¿No te gusta? —preguntó él sin detener su asalto.

—No... Sí... ¡Ah!

—¿Quieres que pare?

—Sí... No... ¡Ah! Si sigues así, no puedo... no puedo...

—No puedes, ¿qué?

Ángela trató de huir, pero él aumentó la fuerza con que la sujetaba y le dio un lametón que la dejó temblorosa.

—¡No puedo comerte yo también!

—Y ¿quién te lo impide? —Hugo la penetró con la lengua mientras deslizaba los dedos hacia delante y le acariciaba el clítoris.

Ángela hizo un esfuerzo sobrehumano por no rendirse cuando los primeros temblores se adueñaron de su vientre. Con el brazo tembloroso, se llevó la punta del pene a la boca y succionó. Un gruñido de Hugo que vibró en el interior de su vagina fue su recompensa.

«Sí, puedes hacerlo. ¡No te rindas!»

Succionó con entusiasmo una vez y otra y otra, apretando la base de la erección con una mano mientras jugueteaba con sus pelotas con la otra.

Cuando Hugo soltó una maldición y su erección se endureció entre sus manos, Ángela supo lo que su hermana sentía al marcar un gol. Con fuerzas renovadas, lo acarició arriba y abajo. Había aumentado de tamaño y no lo abarcaba por completo, pero no importaba.

Al notar unas gotas de líquido salado en la lengua estuvo a punto de gritar de júbilo.

«¡Sí! ¡Vamos! Lo tienes, Ángela.»

Como si la hubiera oído, Hugo dijo con la voz ronca y entrecortada:

—¡Sí, así, me tie... nes, me tienes, An... gieee!

Ni se le pasó por la cabeza retirarse. Con satisfacción, recibió en la boca la semilla que Hugo le entregaba y se la bebió hasta la última gota.

Aprovechó el momento de vulnerabilidad de su amante para darse la vuelta y quedar mirándolo a la cara. Tenía ganas de clavarle una bandera en el pecho y gritar a los cuatro vientos que ese hombre era suyo.

Él la miró con los ojos entornados por la pasión.

—Fiera —susurró—. ¿Te parece bonito abusar así de un pobre hombre?

La autoestima de Ángela aumentó varias tallas, pero se encogió de hombros y dijo quitándole importancia:

—Te debía uno. —No se había olvidado del orgasmo entre naranjos de La Velasqueta. Dudaba que pudiera olvidarlo nunca—. Tenía que igualar las tornas.

—¿El primero que llegue a tres gana? —El brillo competitivo en la mirada de Hugo hizo sonar las alarmas en el vientre de Ángela, que trató de alejarse—. Quieta aquí, pantera. Quiero ver cómo te corres en mi cara.

Sosteniéndola por las axilas, la elevó para colocarla en posición.

—¡No!

Hugo descendió un poco cama abajo y ella perdió el equilibrio y se apoyó en la pared, encima del cabecero.

Cuando su lengua volvió a abrirse camino entre sus pliegues, Ángela se rindió a las sensaciones, que en esa posición eran todavía más intensas. Sus miradas se encontraron en esa postura tan íntima y la excitación ganó la partida. Echando la cabeza hacia atrás, ella gimió cada vez más alto mientras el orgasmo se

apoderaba de todo su cuerpo. Estremeciéndose con fuerza, gritó con la libertad que le daba saber que no iban a oírle sus hijos.

Como si fuera una muñeca de trapo, Hugo la hizo descender lentamente y la colocó a su lado, bajo la protección de su brazo; la besó en la cabeza y le acarició la espalda mientras ella regresaba a la Tierra de su vuelo por el techo de la habitación.

Ángela perdió la noción del tiempo. Hacía años que no se sentía tan relajada y tan a gusto. Acariciaba el pecho de Hugo trazando espirales, enredando el dedo en su vello y sonriendo cada vez que él protestaba porque le tiraba de algún pelillo.

—Soy un anfitrión de mierda —comentó él al cabo de un rato—. ¿Quieres tomar algo?

—Agua. —Se pasó la lengua por los labios, disfrutando del sabor a Hugo que permanecía en ellos—. Me tienes seca.

Él se levantó y se dirigió hacia la puerta, gloriosamente desnudo. Se detuvo junto al marco de la misma y se volvió hacia la mujer que se había adueñado de su cama. Sonrió al pillarla repasándolo de arriba abajo.

—Mira quién habla. Me has sorbido hasta el seso, mujer.

Sin darle tiempo a que se enfriara, él volvió a la cama con dos vasos altos, llenos de agua helada.

Ángela bebió con ansia.

—Calma, fiero —le advirtió él divertido—. Te va a hacer daño.

—¡Dios, qué sed tenía!

Hugo dejó el vaso sobre la mesilla de noche y, cuando ella hizo lo mismo, se puso de rodillas en la cama, tiró de los tobillos de Ángela, haciéndola caer de espaldas sobre el colchón, y se tumbó sobre ella.

—No. —Ella le tapó la boca con una mano cuando intentó besarla—. Tengo que irme, es tardísimo. Y ni siquiera te he dicho lo que venía a contarte.

—Ah, ¿o sea, que querías contarme algo? Y yo que pensaba que había sido una excusa para abusar de mí. —Hizo una mueca de decepción que la hizo reír.

—Le he pedido el divorcio a mi marido —le soltó sin anestesia.

Hugo quedó perplejo unos instantes. Había esperado cualquier cosa menos

eso. Una mezcla de emociones se apoderó de él, dejándolo descolocado y aturdido como si se hubiera tomado una ronda de chupitos demasiado deprisa. Se sentía orgulloso de haber hecho reaccionar a esa mujer, pero, al mismo tiempo, tenía miedo de perder el control de su vida. Se avecinaban curvas, y el suelo estaba resbaladizo.

Ángela lo estaba mirando expectante, esperando una reacción que estaba tardando demasiado en llegar.

Se tumbó junto a ella y abrió los brazos.

—Ven aquí.

Cuando ella se refugió en su pecho, Hugo le acarició el pelo y la besó en la sien. Aunque se sentía orgulloso de sí mismo por haber metido en su cama a una mujer como Ángela, algo le mordisqueó las entrañas. Vio en su mente las caras de Lucía y Marieta y, por primera vez en su vida, admitió que él también quería ser víctima de la locura que se había apoderado de sus amigos. Quería una niña a la que malcriar y llenar de besos.

«Tranquilo, me ligué las trompas. No hay peligro.»

Una sombra negra le nubló el corazón. Siempre había pensado que los hombres no tenían reloj biológico, pero acababa de darse cuenta de que si hasta ese momento no había tenido prisa por tener hijos era porque daba por hecho que podía tenerlos en cualquier momento.

Cuando Ángela alzó la cara para besarlo en los labios, él cerró los ojos para que no pudiera leer en ellos la inquietud que se había apoderado de su alma.

María la del barrio

—¡Tres veces! Y ninguna de las tres fue un misionero —le susurró Ángela a su hermana.

Kata alzó la mano y ella le chocó los cinco.

—¡Joder, cómo me alegro! Me hacías sufrir. No sé cómo has podido pasar tantos años en dique seco.

Ángela se encogió de hombros.

—Al principio se echa de menos, pero luego ya se olvida una hasta de eso.

—Pero ¿tú te oyes? ¡Parece que tuvieras ochenta años!

—Es que así es cómo me sentía. Hoy me siento joven, pero la semana pasada estuve a punto de pedirle a la tía que me dejara alguno de sus modelitos. Me sentía muuuy vieja.

Katrina resopló, sacudiendo la cabeza.

Cuando Ángela había respondido a su mensaje, varias horas más tarde, proponiéndole que fuera a cenar a su casa cerca de las Torres de Quart, Kata se había excusado. Al parecer, los orgasmos que le había regalado Dani le habían activado el útero y le había bajado la regla a base de bien.

Ángela, que también tenía ganas de hablar con su hermana para contarle su decisión de divorciarse antes de que se enterara por otra fuente, se había acercado a la casa familiar.

Cuando Hugo se enteró de que iba al palacete de los Velasco, le propuso un plan: la acompañaría y, mientras ella entretenía a su padre, él registraría la casa en busca de pruebas que lo incriminaran en la muerte de su madre.

Ángela, borracha de sexo, había aceptado.

Al llegar al palacete, se encontraron con que Augusto, que no había echado la siesta porque había tenido visita de Cayetano después de comer, estaba ya durmiendo. Rafel había invitado a Vilma al cine y a Kata le había parecido muy buena idea. Nancy estaba en su habitación, de morros, sintiéndose la Cenicienta del cuento.

Hugo había subido a la primera planta del palacete con el corazón desbocado. Le gustaba el periodismo de investigación, pero lo del allanamiento de moradas no era lo suyo.

Ángela le presentó a su hermana en susurros y luego, cuando él se alejó a explorar, las dos hermanas se sentaron sobre la cama a intercambiar confidencias.

—Qué guardadito te lo tenías, Angie. ¡Está muy bueno tu chico!

Ángela se ruborizó.

—Aún no me hago a la idea, pero me encanta como suena eso de «mi chico».

—No me extraña que te cueste... Si yo era una cría cuando te casaste. Tengo la sensación de que siempre has estado casada..., ¡como si hubieras nacido casada!

Ángela asintió.

—Lo malo es que yo tengo la misma sensación.

—¿Dónde conociste a Hugo?

—En el palco de Mestalla.

Kata alzó las cejas.

—¿No has dicho que era periodista?

—Sí, no estaba invitado; se coló.

Katrina sonrió al ver que su hermana, la sensata y correcta Ángela, se ruborizaba.

—Sí, sí, te la coló... hasta el fondo.

Ángela le dio un codazo.

—Pues me alegro. De todo. De que te hayas librado del fantasma de tu marido y de que estés viviendo la vida loca con el guapazo de Hugo.

—Bueno, y ¿tú qué? ¿Cuáles son tus novedades?

En vez de responder, Katrina cogió el móvil, abrió WhatsApp y amplió la foto de perfil de Dani.

Ángela se la quedó mirando mientras esperaba a que su hermana hablara.

—Es muy guapa. ¿Es la cantante de aquel grupo que te gustaba?

Katrina se echó a reír y negó con la cabeza, pero sin apartar los ojos de la imagen en ningún momento.

El silencio se alargó y a cada segundo que pasaba Ángela tuvo más claro que los ojos de su hermana tenían el brillo de una mujer enamorada.

Volvió a fijarse en la foto. La chica rubia, con un gran tatuaje que le ocupaba todo el antebrazo, le devolvió una mirada decidida, abierta, sincera.

—¿Es tu chica? —le preguntó al fin.

Katrina asintió sin levantar la cabeza, y Ángela se dio cuenta de que su hermana, la segura y decidida Kata, tenía miedo de su reacción, así que le dio un abrazo tan apretado que la hizo protestar.

—¡Que me chafas, tía!

—¡Qué calladito te lo tenías tú también! ¿Lleváis mucho tiempo juntas?

—No, estamos empezando.

—Y ¿qué tal?

Katrina se ruborizó.

—Vaya, vaya. Tan bien, ¿eh?

—Una pasada, tía. El mejor sexo de toda mi vida.

Ángela se echó a reír. Soltó a su hermana y se apoyó en la pared. Sentada en la cama de Kata, recordó la última vez que habían compartido confidencias allí: fue la noche en que murió su madre. Había pasado muy poco tiempo desde entonces, pero las vidas de todos habían dado un gran vuelco. ¿Estaría Vicenta enterada de todo? Al notar que su hermana también estaba sumida en sus pensamientos, le apretó la mano.

—¿Qué crees que pensaría mamá? —preguntó Katrina en un susurro.

Ángela no necesitó pensarlo. Lo supo. Sintió la sonrisa de su madre dentro de su corazón.

—¿Sabes qué te digo? —preguntó, y Katrina se volvió hacia ella esperanzada—. Creo que mamá está detrás de todo lo que nos está pasando. Creo que, al

liberarse de papá, se ha convertido en un espíritu muy travieso.

Las hermanas rieron juntas.

—Quería decírtelo antes de la próxima junta —comentó Kata—. Paso de dejar que el capullo de Cayetano me chantajee. Yo misma lo anunciaré.

—Pues mira, hemos pensado lo mismo.

—¿De qué va? Está cada día peor.

—Pues sí. Menos mal que Mauri se puso firme en lo de separar las empresas. Si no, entre la ambición de papá y las fantasmadas de Cayetano, nos íbamos todos a la mierda.

—¿Y tu amigo? ¿Se habrá perdido?

—Hola. —Una voz sugerente hizo que Hugo diera un brinco—. ¿Se ha perdido, señor?

Se volvió hacia la voz, grave y aterciopelada como un ron de caña bien reposado. Una chica rubia, equipada de serie con curvas peligrosas y apetitosa como una fruta tropical, lo estaba observando con mucho vicio en la mirada.

«Aún no, pero creo que a tu lado cualquier hombre se lanzaría feliz a su perdición», pensó.

La sonrisa de la chica, lenta y satisfecha, le dijo que su mirada había delatado sus pensamientos.

—¿Es amigo del señor Augusto?

—Ehm, no, no exactamente. De hecho, te agradecería que no le comentaras al señor que me has visto. Estoy saliendo con su hija y aún no sabe nada.

La joven se acercó, demasiado.

—Vaya, ya está cazado, qué lástima. Con las ganas que tengo de ir a bailar. El señor Augusto me tiene esclavizada.

Hugo había inspeccionado todas las habitaciones de la primera planta menos el dormitorio de Augusto. No había encontrado nada incriminatorio. Lo normal era que, si tuviera algo, lo guardara lo más cerca posible. Tal vez esa chica fuera la solución.

«Ni se te ocurra. Esta mamacita tiene la palabra «problemas» marcada en la frente.»

—¿Eres su cuidadora?

—Ajá.

—Y ¿se porta bien contigo?

Ella bajó la vista, fingiendo ser una chica modesta, y Hugo, que la había calado a la primera, disimuló una sonrisa.

—El señor tiene mucho carácter... ¡y las manos muy largas! Y yo aquí estoy sola. No tengo a mis primos ni a mis hermanos que me defiendan. Tengo miedo de que el señor se sobrepase.

—¿Lo has hablado con sus hijas?

Ella se acercó, le agarró el brazo y le acarició el pecho con la otra.

—¡No les diga nada, por favor! No tengo papeles, no quiero perder el trabajo.

—Tranquila. —Hugo no supo cómo había ido a parar su mano al brazo de la joven, tan cerca de su pecho, que subía y bajaba, llamando su atención a gritos —. Oye..., ¿cómo te llamas?

—Nancy Yarisley, señor.

—No me llames señor, llámame Hugo.

Ella ladeó la cabeza y le dirigió una sonrisa seductora.

—Claro, Huguito.

Él sacudió la cabeza.

«Deja de pensar con la polla.»

—Nancy, no necesitas a nadie para ir a bailar. Puedes ir sola a la discoteca. Te aseguro que en cuanto aparezcas vas a tener a todos los hombres que quieras.

—Yo no necesito un montón de niños calientes. Quiero un hombre de verdad, que me proteja. —Se dio la vuelta y empezó a bailar, frotando sus nalgas respingonas contra la entrepierna de Hugo—. «A mí me gustan mayores —cantó —, de esos que llaman señores...»

—¡¡¡Naaaaancyyyyyyyy!!! —El grito de Augusto sobresaltó a la cuidadora, que se echó hacia atrás y cayó en brazos de Hugo justo cuando Katrina y Ángela los encontraron.

Ángela se quedó helada.

—Mi padre te llama —dijo Kata.

—Ya oí. —Se soltó de Hugo—. Disculpe, señor. Gracias por sujetarme cuando tropecé. Permiso.

—Te preguntaría si has encontrado algo, pero ya veo que sí —comentó Ángela con ironía.

—Yo más bien diría que alguien me encontró a mí. —Sacudió la cabeza, como saliendo de un trance hipnótico—. ¡Qué peligro tiene la cuidadora de tu padre! ¡O lo cura de golpe o le da un infarto al hombre! Me voy a ir ya, antes de que me descubra alguien más. ¿Te vienes?

—Sí, voy contigo. —«Mejor te ato en corto, reportero.»

—Mucho gusto, Katrina.

—Igualmente. Si descubres algo sobre mi madre, dínoslo enseguida.

—Lo haré. Y lo mismo os digo. Si puedes revisar sus cajones mientras duerme y encuentras algo, haz fotos y mándamelas.

—Lo haré.

—¡Aaaaaah! ¡Estese quieto, señor Augusto!

Desde la puerta vieron a Nancy dirigirse a la escalera y bajar refunfuñando.

—¡Nancyyyyy, vuelve!

—¡Qué harta me tiene! ¡Maldito lisiado! —exclamó recolocándose la blusa.

—Esta familia se está convirtiendo en un culebrón —comentó Angie antes de despedirse de su hermana con un beso.

—Cuídate. Nos vemos en el próximo capítulo.

Mi familia perfecta

Cayetano entró en la sala donde sus familiares lo aguardaban, cuchicheando entre ellos.

Cuando ocupó su puesto en la gran mesa de juntas, los miró de uno en uno, esperando encontrar miedo en sus ojos, pero se llevó una decepción al no notar ningún cambio en la actitud de ninguno. Sus padres lo miraban con fastidio; sus primas, con asco, y su hermano, con desprecio.

«Idiotas. Siguen sin tomarme en serio. ¡Se arrepentirán!»

—Cayetano, nadie va a cambiar de opinión, así que di lo que tengas que decir y levanta la sesión, que tenemos trabajo —dijo Mauri.

—Falta Queco.

—No va a venir —replicó Ángela.

—¿Cómo que no va a venir? —Cayetano empezó a perder la paciencia—. Lo necesitamos.

—No lo necesitamos para nada.

—Tú, desde luego, no. —Cayetano le dirigió una sonrisa burlona—. ¿Vas a votar a favor del proyecto o les enseño a todos las fotos que tengo aquí?

Ángela se echó hacia atrás en la silla, aparentemente relajada.

Tano frunció el ceño. No era ésa la reacción que esperaba. Cabreado, hizo circular unas fotografías, para que sirvieran de advertencia a los demás.

Mauri y Kata unieron las cabezas sobre una de las imágenes.

—¿Éste es Hugo, Ángela? —preguntó Mauri.

—Sí —respondió Katrina—. ¿A que está bueno?

Mauri miró a su prima mayor, que estaba sentada enfrente, y levantó el pulgar en un gesto de aprobación.

Cayetano se revolvió incómodo. Sin Queco presente, el chantaje perdía mucha fuerza.

—Deja de babear, Mauri. Y tú, prima adúltera, ¡no pondrás esa cara cuando lo vea tu marido!

—Mi *exmarido*. Queco y yo nos divorciamos.

Tano se quedó boquiabierto unos segundos.

«¡Mierda, joder! Con esto no contaba. Que no noten que te han metido un gol. ¡Ataca, rápido!»

—¿Y tú, Kata? ¿Has cambiado de idea o enseñó las fotos de tu pareja?

—Enséñalas, enséñalas —lo animó Ángela—. Si Hugo es guapo, su pareja no se queda atrás.

La tía Cinta alargó la mano para recibir las fotografías. Tano las retuvo, mirando a su prima pequeña con la ceja alzada.

Katrina le dio permiso para mostrarlas con una sonrisa ladeada y un gesto despreocupado de la mano.

—¡Oh! —La expresión de sorpresa de Cinta fue un bálsamo para los oídos de Cayetano.

«¡Sí, joder! ¡Que empiecen los gritos y los insultos de una puta vez!»

—¿Es guapa o no es guapa? —preguntó Ángela.

—¿Lo sabías? —preguntó Tano cabreado.

—Claro.

—Y ¿no te da vergüenza que tu hermana sea una bollera? ¿Qué ejemplo les va a dar a sus sobrinos?

—Uno de amor y tolerancia —respondió Mauri.

—¡No hablaba contigo, maricón!

—¡Cayetano! ¡Un respeto por tu familia! —Mauricio Daurella hablaba poco, pero cuando lo hacía temblaban hasta las paredes. Era un tipo bonachón, que cada Navidad acababa haciendo de Papá Noel en alguna fiesta por su tamaño y su risa estentórea, pero sus gritos seguían haciendo que Tano se sintiera como un niño pequeño cogido en falta.

Cayetano no entendía por qué su padre siempre se mostraba más orgulloso de su hermano mayor que de él. Parecía que su hermano nunca hiciera nada mal. ¡Estaba hasta los huevos!

—Eso díselo a él. ¡Mira, joder! —Lanzó las fotos de Mauri con el hijo de Folch sobre la mesa, sin darle oportunidad de negociar nada—. ¡Mira cómo respeta a la familia tu querido hijo!

Cuando Mauri vio que en las fotos no aparecía Víctor Duratesta, sintió un alivio tan grande que le costó disimularlo. Se había puesto en lo peor. Esperaba fotos íntimas, en la cama con su amante, pero lo único que había conseguido Tano eran fotos de una comida con un amigo en un restaurante, rodeados de gente.

Aunque sabía que no era buena idea hacer rabiar a Tano, Mauri no pudo contener la risa al ver la cara de su madre, que estaba dando vueltas a las fotos y mirándolas boca abajo, buscando algo escandaloso en ellas.

—Cayetano, ¿de qué hablas? —protestó Cinta—. ¿Qué es esto?

—Esto es tu hijo, pervirtiendo a todos los que se cruzan en su camino. Si ya es asqueroso que se acueste con hombres, ¡hacerlo con uno del Levante ya es lo último! ¿Es que quieres matar a su tío de un disgusto?

—El Llevant es un club tan digno como cualquier otro. —Mauricio Daurella le paró los pies a su hijo pequeño—. Y con mucha historia. Se fundó diez años antes que el Valencia.

—¿En serio, papá? Me estás hablando de la fundación del Levante cuando yo te estoy hablando de ¡homosexualidad, sodomía, *mariconismo*!

Kata hizo ademán de levantarse para defender a su primo, pero Mauri la agarró del brazo para que volviera a sentarse y negó con la cabeza.

—Jamás doy explicaciones sobre a quién meto en mi cama, pero Folch nunca ha entrado en ella. Quedamos para comer porque ambos formamos parte de la comisión contra la homofobia en el deporte.

—Ya. ¿Alguien se va a creer eso?

Todos asintieron con la cabeza y Tano se desesperó un poco más.

—Si es que..., ¡así va todo! No me extraña que mamá...

—Mamá, ¿qué? —La voz de barítono de Mauricio le retumbó

amenazadoramente en el pecho.

Cayetano, que se había ido poniendo cada vez más colorado, sintió que al fin iba a lograr algo.

—Tengo unas fotos muy interesantes de mamá, pero si los dos dais vuestro apoyo a usar la empresa como aval, no las haré públicas.

Mauricio se levantó y se acercó a su hijo, le dio una bofetada que lo tiró de la silla, cogió su maletín y rebuscó hasta encontrar las fotos en cuestión.

Volvió a su sitio con ellas en la mano y se las mostró a Cinta, que se ruborizó.

Ángela, Kata y Mauri intercambiaron miradas de curiosidad mientras Cayetano se secaba la sangre del labio con un pañuelo.

—Joder, papá, ¿a qué ha venido eso?

—Cayetano, tienes veintiséis años. Ya eres un hombre y no puedo impedir que hagas tu voluntad. Pero, como hombre que eres, puedo partirte la cara si le faltas al respecto a mi esposa.

—¿Faltarle al respeto yo? ¡Es ella la que monta numeritos para su amante!

—¡Es mi entrenador personal!

—¡Ja! —La sangre de la nariz de Cayetano le había llegado a la boca, manchándole los dientes y dándole el aspecto de un vampiro enloquecido y sediento—. ¿Ahora se llama así?

Mauri y sus primas no habían podido contener la curiosidad y se estaban pasando las fotos de su tía, haciendo un número de *cheerleader*. No le faltaba detalle: minifalda, calcetines cortos y, por supuesto, los pompones.

—Tía, ¡menuda sorpresa! —exclamó Ángela—. Qué callado te lo tenías.

—Por favor, que no salga de aquí —replicó Cinta avergonzada.

—Pero ¿qué dices? —Katrina miró a su tía con otros ojos—. Tienes una flexibilidad increíble. ¡Bravo, tita!

—Es que... Jackie Kennedy nunca fue *cheerleader*, por eso no quiero que se sepa. Ella era amazona, pero los caballos me dan miedo —confesó.

Cayetano los miraba a todos sin dar crédito. ¿Cómo podían esa panda de tarados ponerse a hablar de pompones y flexibilidad? ¿Es que no veían más allá de sus narices?

—A ver, ¿y del tipo que se la está comiendo con los ojos no decimos nada?

—Es mi amigo Andrés; es coreógrafo, los presenté yo mismo —respondió Mauricio, dándole la mano a su esposa para demostrarle su apoyo.

—¿Nos darás clases particulares, tita?

—¡Claro!

Tano sacudió la cabeza, resopló y se puso en pie.

—A ver, que yo me aclare: mi hermano es el maricón oficial de Valencia; mi prima, bollera mayor, y la otra le pone los cuernos a su marido. Mi madre se monta numeritos con un tipo vestida de *cheerleader* y todo el mundo está encantado, ¿no?

—¿De mí no has encontrado nada? —preguntó Mauricio, burlón—. Menudo muermo estoy hecho. Va a tener razón mi cuñado cuando dice que soy el zángano oficial de la familia.

Mauri se puso en pie.

—Si has acabado de hacer el ridículo, levantamos la sesión. Algunos trabajamos, Cayetano. Por si lo has olvidado, en este país se protege el derecho a la intimidad. Como vuelvas a seguir a uno solo de nosotros, te plantamos una demanda conjunta.

Todos se levantaron y se dirigieron a la puerta.

—Pe... pero... ¿entonces? ¿La votación?

—Ni de coña, Tano —respondió Ángela—. La empresa no se toca.

—Olvídanos, primo. —Kata lo fulminó con la mirada antes de marcharse.

Dancing days

—¡Una Coca-Cola! —Nancy se acercó al camarero del local para hacerse oír por encima de la música.

—Vaya, vaya. ¿Quién está aquí? —Cayetano se colocó a su lado—. Si es la enfermera sexy. ¿No bebes alcohol? ¿Estás de servicio? —preguntó con una media sonrisa burlona.

Nancy lo miró sorprendida. El sobrino del señor Augusto tenía mal aspecto. Iba vestido con traje, pero se había quitado la corbata, que le asomaba por el bolsillo de la americana, y tenía el pelo alborotado, como si se lo hubiera despeinado con los dedos más de una vez.

—No me alcanza para alcohol, señor; aún no cobré este mes.

—Tete, dos Coca-Colas. Pero échales un buen chorro de whisky, del bueno.

El camarero, que conocía bien al pequeño de los Daurella Altasierra, no los hizo esperar.

—Gracias. —Nancy dio un trago largo y luego cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás—. ¡Ah, sí! ¡Qué falta me hacía!

Tano la miró divertido.

—¿Mal día, preciosa? ¿Cómo te llamabas?

—Nancy, señor.

—Hoy no hace falta que me llames «señor». —Le apoyó la mano en la cintura—. Somos un hombre y una mujer que han tenido un mal día y quieren relajarse un rato. Mi tío me ha tocado las narices esta mañana, y estoy seguro de que a ti te toca todo lo que puede todos los días.

Nancy guardó silencio. Estaba harta de su jefe, pero no quería perder el trabajo.

—Ven, tengo una mesa reservada en el piso de arriba.

Ella se resistió.

—¡Vamos a bailar antes!

—Oh, vas a bailar, no lo dudes..., pero sobre mi regazo.

Nancy trató de protestar, pero Cayetano, que llevaba un par de horas en el local y se había metido de todo, no la escuchó. Tiró de ella, haciendo que se tambaleara sobre los tacones, subieron a la primera planta y se sentaron en una de las rinconeras de falso terciopelo.

—¡Ven aquí, Barbie!

—¡Es Nancy, señorito Cayetano!

—¡Qué más dará una muñeca que otra! —La colocó de pie entre sus piernas abiertas para bajarle las bragas—. ¿Lo ves? —Le metió la mano entre los muslos y la penetró bruscamente con dos dedos—. Tienes chocho de muñeca, bien depilado, como a mí me gustan.

Nancy gimió. No era así cómo había pensado empezar la noche, pero estaba tan harta de las exigencias del señor Augusto y tan aburrida de su trabajo que cualquier cosa que rompiera la rutina era bienvenida.

—Toma, nena. Pónmelo. —Cayetano se había sacado un preservativo del bolsillo.

Mientras ella lo abría, él se desabrochó los pantalones.

Un ramalazo de rebeldía recorrió a Nancy. El sobrino de su jefe era igual que el asqueroso de su tío. Más joven y más guapo, pero igual de podrido por dentro.

«Hoy me vas a coger, pendejo, pero algún día te cogeré yo a ti. A Nancy Yarisley se la respeta, maje.»

Rompió el envoltorio del condón con los dientes y lo perforó antes de ponérselo.

—Otro día haría que me lo pusieras con la boca, pero hoy no estoy para milongas. Te voy a dar lo que la momia de mi tío no puede darte.

Cayetano tiró de ella y la empaló sin miramientos.

—¡Jodeeeeer! ¡Sí! —exclamó hundiendo la cara entre sus pechos—. ¡Qué

ricas tetas tienes! Luego me haré una raya en ese canalillo.

Ya que las cosas habían salido así, Nancy se dispuso a disfrutar del polvo. Se alzó sobre las rodillas y se dejó caer mientras contraía sus músculos internos y meneaba la pelvis hacia delante y hacia atrás.

—¡Sí, nena, así, joder, qué buena eres! —A Cayetano le faltaba el aire y le parecía que el corazón le estaba a punto de estallar—. ¡Aaah! ¡Sí, ya!

«¿Ya? Dura menos que su tío.»

Cayetano echó la cabeza hacia atrás y se relajó. El día había sido largo y muy intenso. Había empezado con los tarados de sus parientes, que lo habían sacado de quicio. Desde que no estaba Augusto, las juntas se parecían más a un encuentro de damas de la parroquia que a una reunión de empresarios.

Había seguido en casa de su tío, donde no había logrado nada más que ponerse de peor humor. Desde que estaba encerrado en casa, el viejo estaba insoportable. Había sido imposible trazar con él algo parecido a un plan de actuación, por lo que había acabado mandándolo a la mierda.

Si no podía contar con nadie, lo haría solo. Y, cuando estuvieran en la ruina y él fuera multimillonario, se reiría en la cara de todos.

Lo primero que hizo fue ir al local de un viejo conocido, uno de los líderes de un grupo ultra del Valencia C. F., del que Cayetano había formado parte en su adolescencia y con los que seguía simpatizando.

El día le estaba saliendo carísimo. Tras pagar por adelantado los escarmientos a su familia, había ido al club, donde había quedado con el tipo que le pasaba la coca. Se había quedado sin efectivo, así que le pidió que lo fiara, pero se negó.

Cayetano no estaba para hostias y lo convenció levantándolo por las solapas de la camisa. El tipo lo invitó a una raya para que se calmara y luego hablaron de negocios. Cayetano necesitaba acceso a la droga y dinero fácil y abundante; el camello necesitaba a alguien que distribuyera la coca en los ambientes donde se movía el pequeño de los Daurella, tanto en Benidorm como en Valencia. Lo avisaría pronto para la primera entrega. Al final, había encontrado la solución a sus problemas.

Cuando estaba a punto de volver a Benidorm, había visto a la tentación rubia entrar por la puerta y la siguió a la barra con la mirada fija en sus caderas, que se

movían al ritmo del reggaetón.

Conocía a las chicas como ella. Siempre tenían una Biblia junto a la cama, pero los sábados por la noche se olvidaban de Dios y de su madre.

—Sí, nena. —Cayetano se sentía relajado por primera vez en mucho tiempo—. Ha sido un día largo y duro..., como mi pollote, pero un polvo bien echado y se olvida uno de todo, ¿no es verdad?

Nancy se guardó el móvil con el que acababa de hacer una foto de los dos en plena faena aprovechando que Cayetano recuperaba fuerzas con los ojos cerrados. El sobrino del señor Augusto estaba hecho una ruina humana. Iba a tener que buscarse a otro que acabara lo que había empezado ese pendejo.

Antes de levantarse, apretó con fuerza los músculos internos una vez más, para llevarse consigo el condón, aprovechando que la verga de Cayetano ya estaba flácida.

—Vaya, papito. —Recuperó el preservativo de entre las piernas y se lo mostró: goteaba—. Ese pollote suyo tan grandote rompió la goma.

—¡Aparta eso de ahí! Si me manchas el traje, me lo limpias con la lengua.

Nancy se guardó el condón disimuladamente en el bolso y se subió las bragas.

—Ahora quiero bailar. ¡Vamos a bailar!

—Anda, baja tú. Voy enseguida.

Cayetano no tenía ninguna intención de bailar, y ella lo sabía.

En la pista de la planta baja empezó a sonar una de sus canciones favoritas. Echó de menos a sus amigas para salir a bailar con ellas, pero cerró los ojos y se dejó llevar por el ritmo, cálido y sensual como un atardecer en la isla de Roatán.

—«Yo sólo la miré y me gustó, me pegué y la invité...» —susurró Nancy, entregada.

—*Bailemos*, ¿eh? —replicó alguien pegado a su espalda.

Trató de volverse para ver quién era, pero su pareja se lo impidió.

«Qué más da. Al menos tiene ritmo.»

—«La noche está para un reggaetón lento...»

—«De esos que no se bailan hace tiempo...»

Y Nancy y su pareja se pegaron, se frotaron, se gustaron, bailaron y acabaron la noche en el asiento trasero del coche del amigo de un amigo de un amigo.

Mientras tanto, en la Malvarrosa, Katrina y Dani disfrutaban de la intimidad que les había proporcionado la inesperada visita de su madre y su hermano a sus abuelos paternos, que vivían en Sagunto. Tras pasar la tarde jugando y bañándose en la playa, habían cenado pizza y helado y ahora bailaban, con los brazos por encima de la cabeza, la que se había convertido en su canción.

—«*I, I follow, I follow you* —cantó Katrina eufórica—. *Deep sea baby, I follow you.*»

—«*I, I follow, I follow you* —Dani cantó más alto que ella—. *Dark doom honey, I follow you.*»

Unos golpes en la pared las hicieron dejar de saltar un momento.

—¡Ya vale con tanto follo *p'arriba* y follo *p'abajo*!

Katrina se aguantó la risa tapándose la boca con las dos manos y se dejó caer en el sofá.

Dani apagó la música y se sentó a su lado.

—¿Qué hora es ya?

—Las tres.

—¡Madre mía! No me extraña que se quejen los vecinos. Se me ha pasado el día volando.

—Es lo que tiene...

—¿Es lo que tiene el qué, Cánovas? —Katrina le apartó el flequillo de la frente sudada.

—Es lo que tiene la felicidad, Velasco. —Sujetándole la mejilla con una mano, se acercó y la besó en los labios.

Katrina la empujó dejándola tumbada en el sofá y se subió sobre ella.

—Vayámonos a vivir juntas. Quiero pasar contigo todas las noches.

Dani trató de responder, pero Kata no lo permitió. El miedo a una negativa le hizo lanzarse sobre ella y apoderarse de su boca en un beso largo y profundo.

En el salón de Hugo, en Montolivet, otra pareja bailaba, pero en su caso el volumen de la música no molestaba, sólo creaba un ambiente íntimo. A Ángela le sabía mal abusar de su amiga Clara, pero como ella misma se había encargado de recordarle, a lo largo de los últimos años ella se había quedado con sus hijos tantas noches de sábado que le iba a costar mucho atraparla.

Así que Ángela se había dado todos los caprichos. Había ido a la peluquería, se había depilado por todas partes, se había comprado un vestido que la hacía sentir sexy y se había presentado en casa de Hugo a la hora señalada.

Él la esperaba, guapo, demasiado guapo para su salud mental, con la mesa puesta y un asado de cordero con patatitas en el horno que la hizo salivar por primera vez esa noche.

No fue la última.

Aunque Ángela venía seducida de casa, fue cayendo más y más en las redes de Hugo. Saber que tenían toda la noche por delante hizo que la velada se desarrollara casi al ralentí. Disfrutaron de cada mirada, de cada palabra, de cada silencio.

Cuando vio el nombre del vino que Hugo había elegido —un tinto gran reserva llamado Bobos—, Ángela sonrió. De vez en cuando se quedaban mirándose por encima de la copa, con los ojos brillantes, tal vez achispados por el alcohol, tal vez alelados por el amor.

Si el cordero, tierno y jugoso, fue un festival para los sentidos, la tarta de dulce de leche fue lo más decadentemente delicioso que Ángela había probado en mucho tiempo.

Sus gemidos de placer despertaron a la bestia. Hugo le ofreció la mano y la sacó a bailar. No se había olvidado de la música, una selección de canciones lentas y románticas que los acompañaron a lo largo de la cena.

Él la abrazó por la cintura mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos, tratando de recordar la última vez que había bailado un lento.

—«Hasta que llegaste y me encendiste con tu luz —susurró Hugo mirándola a los ojos—. Tu mirada poderosa y alma curandera; tu sonrisa eterna y cuerpo de pantera... Me cambió la vida entera.»

Ángela se estremeció y pegó la cara al pecho de Hugo para que no se le escapara alguna tontería como un «te quiero». La noche era perfecta. ¿Para qué arriesgarse a romper el hechizo?

Pero había olvidado que él era periodista de investigación y pocos detalles le pasaban por alto. Le acarició la espalda y le susurró al oído:

—Yo también, pantera, yo también.

Príncipes de barrio

—¿Cuánto?! —Merche abrió mucho los ojos cuando su hija le contó la oferta que acababa de recibir para jugar en el equipo femenino de uno de los Emiratos Árabes—. ¿Seguro que lo has leído bien?

—Míralo tú misma.

—*Mareta meua!* ¿Todos esos ceros? ¡Ay, qué alegría, Dani! ¡Te lo mereces, mi amor!

—No voy a aceptar.

—¿Cómo?! —Su madre levantó las manos para calmarse—. A ver, Dani, ya sé que son países muy machistas, pero...

—No es por eso. Es que...

—No quieres alejarte de Katrina, ¿no? Ya, si lo entiendo. Lo que tenéis ahora es muy bonito, pero piensa en el futuro, Dani. Tu chica está acostumbrada a vivir en el lujo.

—A Kata le importa una mierda el dinero, mamá, ¡no es eso!

Merche suspiró y se sentó junto a su hija en el sofá del piso de la Malvarrosa.

—Dani, tu chica es un encanto; entiendo que te hayas enamorado de ella, pero la vida no son los primeros meses. La vida al lado de alguien es muy larga. Lo de que «cuando la pobreza entra por la puerta el amor salta por la ventana» no se dice porque sí.

—Ya lo sé. Lo tengo todo pensado, mamá. Le he dado muchas vueltas. Seré entrenador y me ganaré muy bien la vida, pero antes tengo que poner en orden mi existencia..., mi cuerpo..., todo.

Merche respiró hondo y se echó hacia atrás en el sofá. Hacía tiempo que su hija no sacaba el tema. Había querido creer que se había olvidado de ello, porque sabía que cuando diera el paso no habría marcha atrás y se enfrentaría al rechazo, a la incompreensión...

—¿Estás segura?

—Sí, estoy seguro.

—No quiero verte sufrir, hij... No quiero verte sufrir, Dani.

—Lo sé, pero llevo años sufriendo. El sufrimiento no me da miedo. Sólo quiero salir de esta cárcel. —Se llevó las manos a los pechos, deseando librarse de ellos.

—Tienes un cuerpo tan bonito, Dani.

—Lo sé, mamá. Nos hiciste muy bien, no es culpa tuya.

Dani había iniciado los trámites para la reasignación de sexo y llevaba meses visitándose con una psicóloga que la había preparado para las posibles reacciones de su entorno.

—¿Y si aceptas el trabajo y esperas un poco? Con el dinero podrás operarte con más garantías.

Dani negó con la cabeza.

—Si fuera a ese país acabaría en la cárcel, mamá. No podría soportar ver las injusticias sin protestar.

Merche suspiró.

—Sí, supongo que tienes razón; has sacado la cabezonería de tu padre.

—Además, la operación entra por la Seguridad Social, no te preocupes por eso.

—No me preocupo por eso, me preocupo por ti.

—Ya lo sé, mamá, pero lo tengo clarísimo. Es lo que tengo que hacer..., y cuanto antes mejor.

—¿Se lo has dicho ya a Katrina?

La mirada de Dani se ensombreció y su cara adoptó una expresión cerrada que a su madre le resultaba muy familiar.

—No.

—En algún momento se lo vas a tener que contar, ¿no?

—Aún no.

—Dani, no pretenderás pasar por esto sola..., perdón, solo, ¿no?

—No estaré solo, te tendré a ti.

Su madre le dio un abrazo.

—Siempre; a mí me vas a tener siempre, pero ¿qué le vas a decir a Katrina?

—Que me voy a los Emiratos, que no hay cobertura, que volveré pronto...

Su madre se apartó un poco y negó con la cabeza.

—Conozco esa expresión. Sé que has tomado una decisión y no va a haber quien te convenza de cambiarla, pero soy tu madre y tengo que decirte lo que pienso: Katrina ha sido muy valiente enfrentándose a todo el mundo por ti y por vuestro amor. No la dejes fuera de esto. Tal vez cuando quieras recuperarla sea tarde.

—No quiero que me vea durante el proceso —admitió—. Voy a estar insoportable por culpa de las hormonas; no quiero asustarla.

Merche suspiró.

—Es tu vida, Dani. No puedo vivirla por ti; sólo puedo acompañarte.

—Gracias, mamá. Eres la puta caña.

—Ya lo sé.

Merche abrió los brazos y acogió en ellos a su hija. No pudo evitar que se le escapara una lágrima al pensar en la ilusión con que recibió la noticia de que sería madre de una niña. Pronto dejaría de serlo. Sería la madre orgullosa de dos hijos. Si algo le había enseñado la vida era que había cosas importantes y otras cosas que no lo eran. El género del carnet de identidad de Dani no era importante. Estar a su lado para abrazarla cuando la necesitara sí lo era.

«Abrazarlo —se corrigió mentalmente—. Me va a costar acostumbrarme, pero lo haré. Si Dani puede, yo también.»

En el bar de la esquina de su casa, Hugo charlaba con sus amigos.

—A ver si nos la presentas.

—¿Qué quieres?, ¿que se asuste y no quiera verme nunca más? —Sentada

sobre el regazo de Hugo, Lucía le dio una palmada en la boca y él le cazó los dedos entre los labios, haciéndola reír.

—No somos tan feos —protestó Miki.

—Eso es discutible. Menos mal que los gemelos han salido a su madre.

—¡Míralo, el guaperas, qué sobradito nos viene! Deja de follar, que te pones insoportable.

—Va, llámala. Dile que venga.

—Es directora de empresa. No puede faltar al trabajo así como así.

Era una excusa. Sabía que, si se lo pedía, iría. Ángela le demostraba cada día que para ella su relación no era un capricho de ricachona, pero, precisamente por eso, no quería precipitarse. Tenía la sensación de que las cosas estaban yendo demasiado deprisa. Estaba a gusto con ella, pero a ratos le faltaba el aire.

—Pues si no puede faltar al trabajo, ¿para qué quiere ser la directora?

—Déjalo —se resistió Hugo—. Ella juega en otra liga.

—Ya veo, no nos la quieres presentar porque te avergüenzas de nosotros.

—¡No es eso, joder! Es que sus hijos ya son adolescentes. Los pañales, los biberones y los parques infantiles le quedan muy lejos.

—Bah, seguro que si se lo propones en el momento adecuado..., ya sabes, mientras estés entre sus piernas, se apunta a tener uno contigo. ¿Dos niños tiene? ¡Pues a por la niña!

«Tranquilo, me ligué las trompas. No hay peligro.» Esas palabras lo torturaban, despierto y en sueños.

El ruido de unos neumáticos derrapando cerca de allí hizo que todos se pusieran en alerta. Sin tiempo a nada más que a cubrir la cabeza de Lucía con su mano, Hugo vio horrorizado cómo cinco tipos vestidos de negro, con las caras cubiertas con pasamontañas y gafas de sol, salían del coche blandiendo barras de hierro.

—¡Corre! —Ángel le dio un empujón para que apartara a su hija del peligro—. ¡Entra en el bar! ¡Protégela!

Desde la puerta del bar, Hugo volvió la cara y vio a su amigo en el suelo, recibiendo golpes. Cuando una de las barras lo golpeó en la cabeza, Ángel se quedó inmóvil, como muerto.

—¡Papáááá! —Lucía y los demás pequeños habían empezado a llorar.

A Hugo se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que esos tipos probablemente lo buscaban a él. Miró a la pequeña horrorizado. Si su padre moría por su culpa, ¿cómo iba a poder mirarla a la cara? ¿Cómo iba a poder mirarse en el espejo cada mañana?

Inocente de ti

—¿Dónde estás? —le preguntó Ángela a Hugo.

—En el hospital de la Fe. ¿Y tú?

—En el Quirónsalud.

—¿Cómo está tu primo Mauri?

—Físicamente no tiene nada, pero está destrozado. Folch no lo deja entrar a ver a su hijo; dice que ya ha hecho bastante. Los cabrones que lo atacaron le han desfigurado la cara.

—¡Hijos de puta!

—He venido a buscar a Mauri porque no para de llorar y no puede conducir. ¿Seguro que estás bien? Si te ha pasado algo, no me lo perdonaré nunca.

Hugo resopló.

«Menuda orgía de culpabilidad. Aquí todos nos sentimos culpables menos los culpables.»

—Estoy bien. Esos matones sólo atacaron a Ángel. Lo confundieron conmigo, estoy seguro.

—Voy a llevar a mi primo a Benidorm. No quiere ir a casa de mi padre, teme que esté detrás de los ataques.

—No te extrañe. ¿Tiene miedo de que vuelva a atacar?

—No, tiene miedo de matar a mi padre con sus propias manos si confiesa. A él y a Cayetano. Nunca había visto a Mauri tan cabreado..., pero hemos de dejar que actúe la policía.

—¿A Kata no le ha pasado nada?

—No, gracias a Dios. Ella y Dani están bien. Quiero verte, Hugo. Necesito verte y asegurarme de que no te ha pasado nada. Queco ha venido a buscar a los niños y se los ha llevado a Madrid hasta que todo se aclare. Iré a tu casa cuando vuelva de Benidorm, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Horas más tarde, Ángela entraba en su piso para recoger un par de cosas antes de ir a casa de Hugo. Estaba cansada por el viaje y la tensión. Con Queco y los niños en Madrid, tenía el piso para ella sola.

Cogió el móvil para proponerle a Hugo que se vieran en su casa, pero antes de poder llamarlo, vio que tenía un mensaje de su hermana. Asustada, la llamó enseguida.

—Hola.

—Kata, ¿estás bien? Dime que estás bien.

—No me han roto nada...

«Sólo el corazón», pensó.

—Menos mal. Qué susto me has dado. ¿Qué pasa? ¿Es papá?

—No, es Dani. Se marcha.

—¿Te ha dejado? Joder, qué día.

—No, ha recibido una oferta para jugar en los Emiratos Árabes. Le pagarán un pastizal, no ha podido negarse.

—Oh, vaya, eso es... eso es...

—¡Una puta mierda es lo que es! No quiero ser egoísta, quiero alegrarme por ella, ¡pero no puedo! Estaba mirando pisos. Quería que nos fuéramos a vivir juntas. Joder, por qué no podemos ser felices juntas. ¿Por qué?

Ángela no supo cómo animar a su hermana. La distancia había sido mortal para su matrimonio, pero eso era justo lo que Katrina no necesitaba oír en esos momentos.

—Kata, ahora he quedado, pero mañana nos vemos sin falta. ¿Comemos juntas?

Con el corazón encogido, se despidió de su hermana.

El día había empezado torcido y, al parecer, seguía torcido. Hugo le dijo que no podía ir a su casa. De hecho, le pareció que no tenía muchas ganas de estar

con ella, pero no quiso hacer caso de su intuición. Necesitaba verlo con sus propios ojos; asegurarse de que estaba entero, a salvo, así que volvió al aparcamiento y se dirigió a Montolivet.

Cuando Hugo le abrió la puerta, ella tenía ya los brazos abiertos para no perder ni un segundo. Necesitaba su abrazo para recuperar las energías que le había robado ese día. Sin embargo, él no pudo abrazarla porque llevaba en brazos a una niña de un año aproximadamente. La pequeña se frotaba los ojos, muerta de sueño.

Ángela quedó en *shock*. ¿Hugo tenía una hija? ¿Por qué no le había dicho nada?

—Vaya. No estás solo.

—Sí, estoy solo. Bueno, solo con Lucía. Pasa.

—¿Quién es esta preciosidad?

—Es la hija de Ángel. Su mujer se ha quedado con él esta noche y me ha pedido que cuide de la niña. Iba a acostarla.

Ángela dejó sus cosas en el salón y lo siguió hasta la puerta de su dormitorio. El piso de Hugo sólo tenía una habitación, por lo que la tumbó en su amplia cama.

«Vamos, que lo de follar se complica.»

Hugo se quedó con la pequeña en la habitación hasta que estuvo seguro de que dormía profundamente. O eso fue lo que le dijo a Ángela cuando al fin se decidió a salir al salón. Ella lo esperaba con dos vasos de whisky.

Él aceptó el vaso con ganas y se bebió medio antes de echarse hacia atrás en el sofá.

—¿Qué ha dicho la policía?

—Que probablemente se trate de una banda de atracadores, pero, si esos tipos eran atracadores, yo soy fallera infantil. —Hugo apretó el puño y se mordió el pulgar—. ¿Has visto a tu primo Cayetano?

—No, pero su madre dice que tiene coartada; que se ha pasado el día metido en casa.

—Ya. Me juego lo que no tengo a que está detrás de todo. He empezado a dar voces entre mis informantes. No me fío de la policía. Si tu abuelo habla con

Cotino, archivaré cualquier investigación que lo comprometa.

Ángela se sentó sobre su regazo y le acarició la cara.

—He pasado tanto miedo. Si te ocurriera algo... —Se acercó hasta que sus labios se rozaron—. No me quiero imaginar la vida sin ti.

Hugo gruñó y se apoderó de su boca mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

«Sí, sí, por fin. Aprieta más, rómpeme en dos.»

Tras la tensión del día, el abrazo de Hugo la recompuso. Le rodeó el cuello con los brazos y le acarició el pelo de la nuca. Él le recorrió la espalda con las manos, le apretó las nalgas y volvió a ascender por sus costados. Le desabrochó la blusa con prisas y hundió la cara en su pecho.

Ángela sonrió.

«Sí, si estamos juntos me siento capaz de enfrentarme a quien haga falta.»

Pero, tan bruscamente como había empezado, el beso se cortó. Hugo le buscó las manos, le sujetó las muñecas y las interpuso entre los dos.

Abrió y cerró la boca varias veces, buscando las palabras.

—Creo que será mejor que lo dejemos, Ángela —dijo al fin, muy tenso—. No te convengo y tú no me convienes a mí.

Ella se sintió como si él acabara de quitarle la boquilla del oxígeno de una bombona compartida bajo el mar.

—Y ¿eso quién lo ha decidido?

—Cuando salga a la luz lo que he descubierto, todo el mundo creerá que has traicionado a tu familia.

«El aire, me falta el aire... ¿Qué me importa la familia?»

—Mientras estemos juntos, lo demás me da igual. —Ella trató de liberarse, pero él siguió sujetándola con fuerza.

—Suéltame, joder. No te toco si no quieres.

Él la soltó y bajó la mirada.

—¿Qué pasa, Hugo?

Mirándola, sacudió la cabeza.

—Todo está yendo demasiado deprisa. Hay cosas de las que no hemos hablado nunca; cosas importantes.

—Bien, pues hablemos. Somos adultos, ¿no? Las cosas se arreglan hablando.

—No todo. Hay cosas que no tienen solución. —Señaló hacia su dormitorio con la barbilla—. Quiero hijos, Angie. Quiero una niña como la que duerme en mi habitación.

Ángela sintió que Hugo se alejaba por el océano, llevándose consigo la bombona de oxígeno que la anclaba a la vida.

—Po... podemos adoptar.

Él negó con la cabeza.

—Quiero vivir lo que han vivido mis amigos: los intentos, las pruebas de embarazo, las ecografías, cortar el cordón de mi hija... Quiero el pack completo.

Ella abrió la boca, pero no replicó porque una corriente de agua congelada acababa de colarse en su interior, helándole el corazón, los huesos y el vientre. Por primera vez desde que se ligó las trompas, sintió el peso de la esterilidad.

Si el problema hubiera sido económico, o la oposición de su familia, o el recuerdo de otra mujer..., esas cosas podrían superarlas juntos, pero eso... Tenía razón, eso no podía dárselo.

Se puso en pie, recogió sus cosas y se dirigió al recibidor.

«No, no puede ser. Ahora se levantará y me pedirá que me quede. Buscaremos una solución. Todo se arreglará.»

Hugo se levantó, pero no la siguió.

Desde la puerta, Ángela lo miró, esperando un milagro en el último segundo.

Hugo abrió la boca y Ángela sintió que se le doblaban las rodillas de alivio.

—Lo siento —susurró él, remachando el último clavo de la tumba de su esperanza.

Parte II

Dame chocolate

Valencia, noviembre de 2017

Sentada en su despacho de la plaza de la Reina, Ángela frunció el ceño.

«Nada. Sigue sin actualizarla.»

Hacía meses que entraba de vez en cuando en la *Revista IN* para ver si Hugo había colgado el reportaje sobre su familia —o cualquier otra cosa—, pero no había vuelto a escribir nada desde que su relación acabó casi antes de empezar.

—¿Quieres olvidarte de él de una vez? Sólo fueron unas semanas, no fue tan importante en tu vida —murmuró. Tal vez si se lo repetía lo suficiente se lo acabaría creyendo.

Un aviso de WhatsApp fue una distracción muy bienvenida. Sonrió al ver de qué se trataba. Como cada año, la tita Cinta organizaba una fiesta prenavideña, antes de que sus amigos se marcharan a celebrar las fiestas a cualquier parte con la familia o en algún crucero. El evento era un clásico de la alta sociedad de Benidorm y Valencia, que aprovechaba para que sus hijos y sus nietos le entregaran las cartas a Mauricio Daurella, que vestido de Papá Noel era todo un espectáculo.

La invitación iba decorada con una imagen de bombones navideños de lo más tentadores.

¡No faltaré!

¿Vendrán tus hijos?

Lo intentaré, pero el año pasado dijeron que era una fiesta

para niños pequeños. Si hubiera alguna ayudante de Papá Noel con minifalda sería más fácil convencerlos.

Me temo que no. Prefiero no arriesgarme por si Cayetano se pasa por aquí en algún momento.

Ángela frunció el ceño como cada vez que salía el nombre de su primo pequeño en la conversación. Tal como se había temido, las agresiones habían quedado sin castigar. Todos en la familia sospechaban de Cayetano, pero no había pruebas. Hugo había prometido buscarlas, pero eso fue antes de decirle que estaban mejor el uno sin el otro. «No te convengo y tú no me convienes a mí.» Sus palabras aún le resonaban en los oídos.

Ya, pues sí. Nos olvidamos de minifaldas. Hasta pronto.
Un beso, tita.

Volvió a echarle un vistazo a la invitación y sintió un gran antojo de chocolate. Mauri estaba de viaje, por lo que le escribió a su amiga Clara.

Voy a tomarme un chocolate en la Santa Catalina. ¿Te apuntas?

¿Chocolate a estas horas? ¿Tú estás loca? Estoy en el gimnasio.

¿No dicen que es el mejor sustituto del sexo? Pues necesito un par de tazas.

Tú lo que necesitas es otra cosa, petarda. Paso a buscarte esta noche, nos tomamos unas copas y te hago un mapa.

Que no.

A las diez en la puerta. Te aviso cuando esté llegando.

¡Vale, pesada!

Poco antes de las diez, se despidió de sus hijos.

—¿Con quién sales? —le preguntó Ramón, que estaba viendo «El hormiguero» mientras se tomaba un tazón de leche y cereales chocolateados.

—Con Clara.

—Okis, no la liéis demasiado.

Ángela le dio un beso y le revolvió el pelo con cariño. Aunque estaba a punto de cumplir los dieciséis años, seguía siendo un mimoso. Últimamente estaba tan

entusiasmado ante la perspectiva de tener una moto si lo aprobaba todo que acababa los deberes sin necesidad de que nadie se lo mandara.

Miguel estaba encerrado en su habitación, como siempre. Llevaba tiempo reclamando un cerrojo, pero Ángela se negaba. Habían llegado al compromiso de que ella siempre llamaría a la puerta antes de entrar, y así lo hizo. Al no recibir respuesta, insistió. A la tercera, asomó la cabeza y vio que tenía los cascos puestos. Se acercó por detrás y se los quitó.

—¡Mamá, joder, que nos están atacando! ¡Hala, ya me han matado por tu culpa! Como me echen de la Liga...

—No te van a echar de ninguna liga. Eres LordOfValentiaEdetanorum14, ¿qué harían sin ti?

Miguel la miró sin saber si se estaba burlando de él o no.

—Cierra la puerta.

—Salgo un rato; no tardaré. A las once, como muy tarde, a la cama.

—¡Sí, hombre, mamá! A las once es muy temprano. Papá me deja acostar más tarde.

—Ya sabes que conmigo el chantaje emocional no funciona. Mañana hay cole, así que espero encontrarte durmiendo cuando vuelva.

—¡Que sí, pesada! ¡Pero cierra la puerta!

Media hora más tarde, Clara y ella estaban tomándose dos mojitos en un local de la calle Almirante Cadarso.

—Pensaba que me ibas a invitar a alguna bebida con chocolate.

Clara la miró como si fuera una asesina de gatitos.

—A ver, alma de Dios, si quieres hacer guarradas con el chocolate, hazlas con fundamento.

Ángela se imaginó sentada sobre la cintura de Hugo, hundiendo un dedo en un bote de Nocilla y decorándole el pecho con una gran flecha, que le señalaba el camino.

Sintió que una oleada de calor la recorría de abajo arriba y se acabó el mojito

para refrescarse, pero logró el efecto contrario. Levantó la mano con el mojito vacío y el barman asintió.

—Que sean dos. —Clara levantó el suyo y el chico alzó el pulgar.

Dos hombres se acercaron y les preguntaron si podían sentarse con ellas.

—Lo siento, pero no —respondió Ángela con decisión—. Hoy es noche de chicas. ¡Otro día será!

Clara la miró y puso los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra pegarme la bronca —le advirtió Ángela—. Estoy harta.

—¿De qué?

—¡De todo! La canguro se ha despedido porque encontró a Miguel haciendo, haciéndose... —Hizo un movimiento arriba y abajo con la mano justo cuando el camarero les traía los mojitos y se abalanzó sobre la copa para disimular el apuro—. ¡Joder! —exclamó cuando se fue.

—Desde luego, tu madre acertó poniéndote el nombre. —Clara se echó a reír—. Yo no sé si los ángeles tendrán sexo, pero lo que es tú... ¡no te atreves ni a decir «paja»!

—¡Tía! —Ángela escondió la cara en la copa y miró de reojo a su alrededor.

—Tus hijos se hacen pajas, manolas, gayolas... Vale, pues como todo el mundo. ¿Dónde está el problema?

—Pues ése es el problema, ¡que son mis hijos! Y se niegan a que contrate a otra canguro porque dicen que ya no son unos críos.

—Tienen razón, Ángela.

—¡Ya lo sé, pero yo no estoy tranquila sabiendo que están solos en casa!

—Bebe —la animó Clara, y ella sorbió, obediente, deseando tener otra cosa entre los labios.

—¡Soy una hipócrita! Me gustaría que mis hijos siguieran siendo unos niños, que no supieran lo que es el sexo, y yo no pienso en otra cosa en todo el día. —Resopló—. Desde el divorcio, la prensa me llama *la Pantera de la Albufera* y me da mucha rabia porque mi vida sexual es... es...

—Patética, sí.

—Joder, así no me ayudas.

—¡Sí, Angie! Joder es la solución, pero cada vez que se te acerca alguien, lo

ahuyentas.

—No he superado lo de Hugo, no sería justo para...

—¡Angie! ¡Ese rollo me lo sueltas cada semana! ¿Tú quieres ser ministra de Justicia?

—¿Eh? No.

—Pues déjate de justo o injusto, que aquí de lo que se trata es de follar. ¿Hugo te salió rana? Pues quédate con lo bueno. Te ayudó a librarte del pichabrava de tu exmarido. Gracias por los servicios prestados... ¡Y a otra cosa!

—Sabes que lo he probado. He ido a las cenas de mayores de treinta y cinco años, me apunté al grupo de yoga que se reunía para hacer el saludo al sol en el parque del Turia, estuve a punto de apuntarme al grupo de *dog*a...

—¿Qué era eso?

—Yoga para perros.

—Pero si tú no tienes perro.

—¡Pero el monitor era argentino, llevaba un moño y estaba muy bueno!

—Ah, ¿el que se parecía tanto al barman de «First Dates»?

—Ése.

—Vale, sí, ese tipo justifica comprarse un perro para ir a sus clases, o un gato, o una mofeta si hace falta...

—Pero ya sabes que no me gusta tener animales en un piso. Prefiero saber que corren felices por La Velasqueta.

—Sí, ya. —Clara resopló. Quería a su amiga, pero a veces la sacaba de quicio —. A ver, santa Ángela de las mascotas libres y felices, tú lo que necesitas es un semental que te deje las piernas temblando.

—Tal vez conozca a alguien en la fiesta de Navidad de mi tía.

Clara estuvo a punto de tirarle el mojito por encima.

—La fiesta de tu tía, el clon de Jackie Kennedy, ¿no?

—La misma.

—Donde los niños entregan las cartas a tu tío disfrazado de Papá Noel.

—Ehm, sí.

—Pues esa noche vas a follar, Ángela. Te lo aseguro.

A Angie se le iluminaron los ojos, tal vez porque estaba a punto de acabarse

el segundo mojito.

—¿Lo has visto en tus sueños?

—Ay, Dios. ¡No tienes remedio! Déjate de sueños. Vas a follar porque vas a contratar a Hat Trick.

Ángela se hundió en el sofá decepcionada.

—Otra vez con Hat Trick. Te he dicho mil veces que no quiero contratar a un... un...

—Un gigoló, un escort...

—¡No quiero!

—¿Por qué no?

—Porque no quiero estar con alguien que está cada día con una distinta.

—Ya. Y si ahora conoces a un tipo en el bar y te gusta, ¿te acostarías con él?

—Puede.

—Y ¿cómo sabrías que no se acuesta cada día con una distinta?

—No lo sabría.

—Exacto. Pues con Hat Trick sabes que estás en manos de un profesional, que nunca te va a engañar y que va a cumplir todas las garantías sanitarias porque es su trabajo y se lo toma tan en serio como tú el tuyo.

—Clara, tía, parece que me estés vendiendo un jamón...

Su amiga frunció los labios con aprobación.

—Pero un jamón Cinco Jotas... Pata negra. —Se mordió el labio inferior—. Y qué patas... ¡Las tres!

—¡Clara!

—¡Ah, justo a tiempo! —Clara saludó a alguien con entusiasmo—. Anda, pórtate bien y sé educada con mi invitado.

—Buenas noches, señoritas.

Ángela miró de abajo arriba al hombre que se había detenido frente a su mesa y la mandíbula se le descolgó sin remedio: zapatos negros, vaqueros del mismo color con un corte encima de la rodilla, camisa gris pálido y un abrigo gris marengo en el que destacaban seis grandes botones negros. Una prominente nuez de Adán fue lo último que vio antes de ser víctima del embrujo de unos ojos grises que parecían dos amazonitas. La piel tostada, la nariz recta y los labios

gruesos y sensuales del mulato que la miraba con picardía acabaron de derribar las defensas de Ángela.

—Buenas noches, Hat Trick.

Volviéndose hacia su amiga, Angie alzó las cejas.

—¿Él es...?

—Él es la mejor cura de chocolate que vas a encontrar en toda Valencia. — Clara se levantó—. Os dejo solos para que os conozcáis. No hagas ninguna tontería como salir corriendo, Angie. O llevas a Hat Trick como acompañante a la fiesta de tu tía o ya puedes olvidarte de mí. ¡Es un ultimátum!

Caballo viejo

—¿No ha venido Marta? —le preguntó Miki a Hugo cuando éste se sentó en su nuevo punto de reunión, un parque infantil cubierto, con piscinas de bolas y otras actividades para niños. Desde el ataque no habían vuelto a su bar de siempre; no lograban relajarse si no tenían a los niños controlados y protegidos en todo momento.

—No, la loca de Marta no ha venido y no vendrá más, así que no me volváis a preguntar por ella. —Los tres amigos intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada—. ¿Cómo estás, Ángel?

—Pues muy bien, como ayer, como anteayer y como cada día que me lo preguntas. Estoy curado y no me han quedado secuelas, ¿cuántas veces más voy a tener que repetírtelo?

—Las que haga falta.

—Eres muy pesado, tío. No me extraña que...

—¿Qué? ¿Que ninguna tía me aguante? No es necesario que me lo recuerdes, ya lo sé. —Uno de los gemelos se acercó y Hugo lo levantó del suelo, se lo puso sobre el regazo y le hizo pedorretas en la barriga.

—No te desanimes. —Miki levantó a su otro hijo y se lo sentó encima—. Ya llegará la mujer adecuada.

—¡Claro! Estas cosas no se pueden forzar. —Manu trató de sonar animado, pero se notaba que estaba incomodísimo, como los demás.

Hugo respiró hondo. No sabía cómo había caído en esa trampa. Su vida era un desastre a todos los niveles. Había dejado de publicar en la revista digital por

no poner en riesgo la seguridad de sus amigos y había cambiado de trabajo.

Al menos, ésa era la versión oficial.

El comisario Montllor, encargado de asuntos internos de la policía, le había aconsejado fingir que las amenazas habían surtido efecto y que se había apartado por completo del periodismo de investigación. Si alguien indagaba, comprobaría que se ganaba la vida como guionista para una productora de telenovelas.

Y lo que había empezado siendo una tapadera había acabado siendo una auténtica válvula de escape. Aunque nunca lo habría sospechado, pocas cosas relajaban más que poner en boca de los personajes las cosas que uno quería gritar a los cuatro vientos pero no se atrevía... por mil razones, básicamente porque su misión actual en la vida era convencer a alguna mujer de que sería un buen padre.

Últimamente estaba de un humor de perros. Aunque cuando dejó a Ángela lo hizo convencido de estar haciendo lo correcto y pensó que lo superaría en pocos días, cada vez lo llevaba peor.

Sus amigos le habían facilitado citas con conocidas, mujeres entre los treinta y los treinta y cinco años que teóricamente tenían prisa por formar una familia. ¿Qué podía salir mal?

La primera se llamaba María y le pareció una chica guapa y dulce. Cuando empezó a exponerle sus exigencias para ser el padre de su hijo le causó buena impresión. Sólo quería un hijo, varón a poder ser. Mejor centrarse en uno y alcanzar la perfección que dispersarse con más de un hijo, le dijo.

Él le dio la razón, en eso y en todo lo que vino después, pero al cabo de un rato empezó a agobiarse. Mucho. Aunque le dijo que sí, no le hacía ninguna gracia la idea de tener que mear siempre sentado en el váter para que su hijo creciera sin prejuicios de género. Él estaba a favor de la igualdad de derechos y obligaciones, pero ¿a quién perjudicaba meando de pie? Si seguía con ella, tendría que dejar de comer carne, desistir de beber cualquier cosa que no fuera agua, renunciar a escuchar otra música que no fuera clásica... Al cabo de un rato, Hugo sintió unas ganas enormes de encender un cigarrillo, y eso que no fumaba. Se imaginó a su hijo fumando marihuana y uniéndose a un grupo de *hare krishnas* sólo por huir de la férrea disciplina de su madre. Cuando

finalmente María le dijo que no cumplía con sus expectativas, él volvió a casa y lo celebró colgando un folio con una diana en la taza del váter y haciendo un concurso de puntería consigo mismo.

La segunda se llamaba Teresa y quería ser madre. O no. No estaba segura. Bueno, sí que quería, pero tampoco había prisa, ¿no? O sí. A ver, su ginecóloga le decía que sí, pero su guía espiritual, experto en religiones orientales, le decía que el cuerpo era sabio y él le diría exactamente el momento en el que quería convertirse en un sagrado receptor de vida. Alguna de sus seguidoras había sido madre a los sesenta años gracias a sus consejos. Y de momento su cuerpo no le estaba enviando ninguna señal. Hugo le propuso ir a pasar un fin de semana a la sierra, para ver si en el campo tenía más cobertura con el universo y eso, pero ella se lo tomó mal y no había vuelto a llamarlo.

La tercera se llamaba Luz Marina. Era colombiana, tenía veinticinco años y Hugo se ilusionó pensando que estaba allí por un sano deseo de maternidad, no por una forzada lucha contra el reloj biológico, pero las cosas tampoco salieron bien. Al parecer, Luz Marina había tenido un sano deseo de maternidad, pero diez años antes. Tenía cuatro hijos que la esperaban en la aldea con su madre y muchas ganas de reunirse con ellos. Hugo lo entendió y le deseó suerte, pero prefería empezar con uno y luego ya, si eso, lo iría viendo.

La cuarta se llamaba Diana. Era soprano y, aunque el cuerpo le pedía hijos, cuando le mostró a Hugo su *planning* de óperas para los siguientes cuatro años, resultó que podían verse dos días al cabo de un año y un día al cabo de un año y medio más. Iba a necesitar mucha puntería para preñarla durante esos días libres en su agenda. Cuando él le sugirió que vaciara un poco la agenda para las revisiones, el parto y esas cosillas, ella empezó a hiperventilar y sólo se calmó cuando se puso a cantar el aria de la reina de la noche. La flauta mágica de Hugo se vino abajo ante tantas dificultades, y habría sido incapaz de actuar esa noche aunque ella se lo hubiera propuesto, que no fue el caso.

Al lado de esas mujeres, Marta, la camarera del bar donde se tomaba el café con leche por las mañanas, le pareció de lo más normal. Salieron más de una vez, le presentó a sus amigos y, una noche, tras acostarse juntos, le habló de su deseo de ser padre. Por desgracia, Marta malinterpretó el brillo de sus ojos al

hablar de los hijos de sus amigos. Se había vestido rápidamente y, amenazándolo con un spray de pimienta, lo acusó de ser un pederasta que quería fabricar sus propios niños para poder abusar de ellos en la intimidad. Él había tratado de explicarle que estaba equivocada; que mataría a cualquiera que le pusiera la mano encima a un niño, pero cuando se acercó, ella disparó el spray y lo dejó ciego en medio del recibidor.

Los ojos se le habían curado, pero la sensación de haber metido la pata con Ángela no hacía más que crecer.

Antes de conocer a la mayor de los Velasco, nunca había tenido problemas en su vida afectiva. Tenía amigas con las que se acostaba de vez en cuando. Cuando esas amigas se fueron casando, se limitó a acostarse con mujeres a las que conocía en bares o fiestas y no volvían a verse más.

Con Ángela sintió algo distinto. Tras pasar meses investigando a su familia, cuando al final habló con ella cara a cara fue como si ya la conociera de hacía tiempo.

Durante los seis meses que llevaba sin verla, se había dado cuenta de que tener hijos con alguien era algo que exigía un grado de intimidad muy superior al del sexo. Hacía falta una convivencia, un compromiso... Era necesario confiar plenamente en la otra persona. Una serie de cosas que cada vez le parecían más difíciles de encontrar.

Por otro lado, junto a Ángela había tenido la agradable sensación de que todo era fácil. El día que pasaron en La Velasqueta había sido perfecto. Tal vez lo estaba magnificando en su mente por culpa de las malas experiencias recientes, pero no lo creía. Cada vez tenía más claro que Ángela era la compañera que la vida le había ofrecido.

«Joder, si hasta dejó a su marido por mí. De no haber aparecido en su vida, ella seguiría casada. Su marido y ella llevarían vidas separadas, pero tendría estabilidad. Desmontó una vida cómoda por mí... Y ¿cómo se lo pagué? Dándole una patada. ¡Bravo, Hugo! Así se hacen las cosas.»

Tenía que verla otra vez. Probablemente ella ya estaba con otro, alguien mucho mejor que él, pero tenía que intentarlo. Se merecían otra oportunidad.

—La hija de mi vecina acaba de salir de una clínica de desintoxicación y no

tiene novio. A veces se cree que es Beyoncé y se pone a bailar sobre la mesa, pero no es agresiva. ¿Quieres que te la presente?

Hugo se volvió hacia Manu y, si las miradas matasen, la pequeña Marieta se habría quedado huérfana en ese momento en brazos de su padre.

—¡Vale, vale, tío, no he dicho nada!

De pies a cabeza

Ángela se vistió en el salón, para no perderse el nuevo capítulo de «Las garras de la pantera», un culebrón al que se había enganchado a su pesar. Varias semanas antes, Hugo empezó a enviarle wasaps. Abrió el primero con la esperanza de que fuera una disculpa, pero el chasco fue grande al leer:

Esta noche no te pierdas el estreno de «Las garras de la pantera», el culebrón del Canal 11.

¿Ahora te dedicas a hacerme *spam*? Vete a la mierda,
Hugo.

Tengo ganas de hacerte muchas cosas, Ángela, y *spam*
no es una de ellas.

Sus mensajes la encendieron en todos los sentidos. Añoraba sentir sus manos en todos los rincones de su cuerpo, pero también lo odió por haber esperado tanto para ponerse en contacto. Había contratado ya a Hat Trick como acompañante para la fiesta de su tía y Clara no dejaba de presionarla para que se acostara con él.

Recuerda que se llama Hat Trick. Quiero que el día de la fiesta te lleves la pelota a casa.

Ángela había tenido que leer el mensaje dos veces.

«¿Qué demonios significa *Hat Trick*? Algo de sombrero, ¿no? ¿Qué dice de pelota?»

A ti sí que se te va la pelota.

En la pantalla, María de los Ángeles y Bruno acababan de encontrarse en una fiesta de sociedad. En todos los capítulos del culebrón había referencias a su relación. En uno, los protagonistas hacían el amor contra el tronco de un naranjo. En otro, viajaban en un lujoso coche, dándose la mano por encima del cambio de marchas...

Le gustaba encontrarse esos guiños en la telenovela, pero habría preferido que la llamara, que le explicara lo que sentía, que se disculpara Hugo, no su *alter ego* de telenovela.

—Discúlpame, fui un idiota. —El guapo galán con pelazo la había llevado a la terraza del ático—. No he podido olvidarte, María de los Ángeles.

—En algo estamos de acuerdo —replicaba la protagonista, muy digna—. Fuiste un idiota.

El tipo se acercó a ella, la agarró del brazo y la pegó a su cuerpo.

«Es imposible que la bese con ese tupé... Anda, pues sí..., la ha besado. Menuda práctica ladeando la cabeza.»

Ángela se sorprendió ladeando la cabeza y sintiendo ese beso como si fuera el propio Hugo quien la besara. Gimió al recordar los momentos compartidos. Por mucha rabia que le diera, seguía echándolo de menos.

—Tu boca me niega, pero tu cuerpo te delata, María de los Ángeles. Dame otra oportunidad. Lo nuestro no puede acabar así.

En ese momento Hugo le escribió:

¿Estás viendo el capítulo?

Sí, Hugo. ¿Acosas con wasaps a todos los espectadores?
Te veo motivadísimo en tu nuevo trabajo. ¿Has dejado
para siempre el periodismo de investigación?

De eso prefiero hablar cara a cara, con una copa de por
medio. ¿Paso a buscarte?

«¡Sí!» Ángela sintió unas ganas enormes de llamar a su tía, decirle que le había surgido un imprevisto y anular la cita con Hat Trick. Total, él cobraba por adelantado. Seguro que estaría encantado de tener la noche libre. «Ehmm, no. ¡No, no y no! ¿Tú eres idiota? Te deja tirada, se pasa seis meses sin decirte nada, y ¿ahora te planteas dejarlo todo por cuatro frases en un culebrón, que, por

cierto, es malísimo? ¡Ni hablar! ¡Un poquito de dignidad! Si le interesas, esperará.»

Mala suerte. He quedado.

¿Con quién?

¿En serio me preguntas eso?

Sí, necesito saberlo para meterlo en el culebrón y que tenga una muerte lenta y dolorosa.

Estás loco.

Me vuelves loco, Ángela. No he podido dejar de pensar en ti ni un solo día.

Tengo que irme.

Guardó el teléfono en el bolso para no sentir la tentación de seguir leyendo sus mensajes. Fue a la habitación a ponerse las joyas, pocas y discretas: una pulsera que había sido de su madre y sus pendientes favoritos.

Se sobresaltó al oír el timbre. Al parecer, su cita se había encontrado abierta la puerta de la calle. Hat Trick estaba allí, a escasos metros de distancia.

—¡Aaah, no! ¡Por favor, qué corte, me muero!

Decir que estaba nerviosa era quedarse muy corta. No entendía cómo se había dejado convencer por la loca de Clara. En su momento, con un par de copas encima, la luz tenue del local, la música de ambiente y las amenazas de Clara, contratar a un escort no le había parecido tan mala idea, pero ahora le parecía una locura. ¡¿Cómo iba a presentarse en casa de su tía acompañada por un gigoló?!

Todo el mundo pensaría que era su amante, pero, tras varias semanas dándole vueltas al asunto, había decidido que no se acostaría con él. Lo había contratado por no seguir oyendo a Clara, pero se conocía bien. Sabía que, si se acostaba con un profesional del sexo, luego se sentiría rara. Cuando volviera a meter a un hombre en su cama, sería por amor.

—¡Voy! —Ángela se dirigió a la puerta mientras agachaba la cabeza para acabar de abrocharse los pendientes, dos discretos brillantes.

Al abrir, lo primero que vio fueron los zapatos de piel, negros y

deslumbrantes. La tela del pantalón era de primera calidad. Ángela fue ascendiendo por unas piernas largas y ligeramente separadas. Al llegar a una altura interesante, un gran gladiolo blanco le ocultaba una zona estratégica. Ángela se sorprendió deseando agarrar la flor y lanzarla hacia atrás, como si fuera una novia, para que no se interpusiera entre sus ojos y...

«¡Mierda!»

Al darse cuenta de que llevaba demasiado tiempo con la vista fija en el gladiolo del recién llegado, alzó la mirada y se encontró con una cara que era puro pecado. La piel tostada de Hat Trick hacía destacar el brillo travieso de sus ojos grises. Sus labios carnosos estaban ladeados en una media sonrisa irónica. No tenía pelazo ni falta que le hacía. Su pelo, rapado al uno, dejaba al descubierto una cabeza de formas perfectas.

Alargó la flor y ella la aceptó.

—Gracias, no deberías haberte molestado. Es preciosa.

—Tú sí que eres preciosa. —Hat Trick tenía una voz grave y aterciopelada, un arma más de su extenso arsenal.

—Oh, no hace falta que me digas esas cosas. Ehm, ya somos mayorcitos y todos sabemos lo que hay. Ya te hice el ingreso en la cuenta. Tú me acompañas a la fiesta, dejamos que las amigas de mi tía se mueran de envidia, me dejas en casa y listos. Voy a por...

Hat Trick la había escuchado con una ceja alzada. Cuando ella se volvió para buscar el abrigo y el bolso, la detuvo agarrándola por la muñeca. Tiró de ella, la empujó contra la puerta y le cortó el paso con su cuerpo. Bajo la elegancia del traje, Ángela percibió la fuerza de sus músculos y la intensidad de su voluntad. Por muy civilizada que fuera su apariencia, ese hombre era un depredador.

—Creo que no lo has entendido bien. —Él apoyó las manos a lado y lado de la cabeza de su clienta y echó las caderas hacia delante, haciéndole notar que venía muy motivado al trabajo—. Hiciste el ingreso. Es decir, que contrataste un servicio de Hat Trick. ¿Sabes por qué me llaman así? —preguntó frunciendo los labios al acabar.

Ángela sabía que había una erección que se le clavaba en el vientre, unos ojos grises que la miraban fijamente y unos labios apetitosos como unos buñuelos de

Santa Catalina que se moría por probar. ¿Tenía que saber algo más? ¿Alguien podía repetirle la pregunta?

Pero, como hombre de acción que era, él prefirió hacerle una demostración práctica. Le levantó el vestido hasta la cintura, la elevó en el aire sosteniéndola por los muslos y la empotró contra la puerta.

Ella abrió la boca sorprendida y él aprovechó la brecha que se abría en las líneas defensivas para atacar con decisión. Las sensaciones se acumularon y Ángela no fue capaz de procesarlas por separado. El aire que se colaba bajo la falda, las grandes manos sujetándola por las nalgas, los labios gruesos y ardientes que le sellaron la boca al vacío, el delicioso aroma de su colonia cara... Todo se unió en una única sensación: un calor abrasador que le nacía entre los muslos y se extendía por el resto del cuerpo a toda velocidad.

No cabía duda de que ese hombre era un profesional. Porque, con precisión milimétrica, le marcó el cuello con los dientes en el preciso instante en que el *tsunami* de calor llegó a ese punto. La oleada ascendente de calor chocó violentamente contra el escalofrío que le recorrió la piel en sentido contrario. El resultado fue un espasmo violento que la elevó y la dejó caer con fuerza sobre la erección que permanecía oculta bajo la ropa.

Él siguió mordisqueándole el cuello, descendiendo lentamente hacia el escote y alegrándose de que ella se hubiera recogido el pelo en un moño bajo. Los pezones endurecidos se marcaban bajo la fina tela del vestido de noche, plateado como los ojos del hombre que acababa de entrar en su casa y que se había servido lo que había querido sin que ella se lo ofreciera.

«Soy una mierda de anfitriona», fue capaz de pensar el cerebro de Ángela en medio del bombardeo sensorial.

Él siguió su asalto. Su nueva clienta no podía ni hablar, pero, aunque le hubiera pedido que parara, no le habría hecho caso. La experiencia le había enseñado que las palabras de sus clientas mentían, pero sus cuerpos no, y el cuerpo de Ángela le estaba diciendo alto y claro que estaba disfrutando de sus atenciones.

Mordisqueó uno de los pezones y lo succionó por encima del vestido, torturándolo con el roce de la tela y el calor y la humedad de su boca.

Ángela gimió con fuerza mientras un nuevo estremecimiento la recorría y volvía a retorcerse sobre él.

Mientras subía en el ascensor, Hat Trick había pensado en llevarla a su habitación, desnudarla y follarla con la lengua, dándole un orgasmo lento y lánguido de esos que la harían brillar durante toda la velada. Pero al verla, tan correcta y distante como una directora de empresa en una reunión de negocios, las ganas de verla perder el control fueron demasiado intensas y no logró pasar del recibidor.

Ángela estaba ya sintiendo las primeras contracciones del orgasmo. Aunque su aspecto externo era el de una mujer fría y cerebral, Hat Trick entendió al fin por qué la prensa la llamaba la Pantera de la Albufera. Mientras gemía y gritaba, frotándose con fuerza contra la erección que pugnaba por liberarse, ella le agarró la cabeza y lo obligó a apartarla de su pecho para besarlo en la boca.

—¿Estás bien? —Hat Trick sonrió al ver la cara de relajación de su clienta. Una clienta con esa expresión en el rostro se traducía siempre en nuevas clientas al acabar la velada; era su mejor carta de presentación.

—Hummm, hummmm. —Tan relajada había quedado tras el polvo contra la puerta que, cuando él se ofreció a conducir, le alargó las llaves de su coche encantada.

«¿Por qué habré tardado tanto en hacerle caso a Clara? ¿Por qué?»

Cuando Clara tenía razón, la tenía. No podía esperar para hablar con ella y darle las gracias por haber insistido tanto. Tentada estuvo de llamarla antes de llegar a Benidorm, pero le pareció de mal gusto hablar sobre Hat Trick con él delante. Lo miró de soslayo y él le guiñó el ojo. Por la cara de golfo con que la miraba, probablemente estaría encantado de escuchar la conversación entre las dos amigas.

El GPS les indicaba el camino a casa de la tía Cinta, por lo que Ángela pudo cerrar los ojos y disfrutar de las sensaciones. Sus hijos estaban en Estados Unidos, con su padre. Queco estaba negociando el traspaso de un jugador y

había aprovechado para pasar unos días con los chicos, ya que las Navidades las pasarían con ella, en Valencia. Ramón le había enviado una foto patinando en el Rockefeller Center y hasta Miguel parecía feliz en un partido de los New York Knicks, equipado con gorra y bufanda igual que su padre y su hermano. Cuando en un wasap le contó que había convencido a su padre para que apostara por el equipo visitante, entendió su cara de felicidad.

En un principio le dolió quedar fuera de esos momentos familiares, pero cada día estaba más convencida de haber hecho lo correcto al divorciarse. Lo de Hugo había sido un golpe duro en un momento vulnerable, pero empezaba a superarlo. Clara tenía tanta razón... Hat Trick era justo lo que necesitaba para quitarse de encima la tontería y recuperar la confianza. Era joven y tenía dinero. ¿Quedarse en casa los sábados por la noche con la excusa de que sus hijos la necesitaban? Eso ya no se aguantaba por ningún lado. Y de Hugo ya no se fiaba. Le había roto el corazón una vez. ¿Qué le iba a impedir hacerlo de nuevo?

—Supongo que es ahí —dijo la voz de su acompañante de esa noche.

Ángela se espabiló de golpe.

—¿Ya hemos llegado? ¿Tan rápido?

—Creo que has pegado una cabezada. Normalmente suelo dar conversación, pero se te veía tan a gusto que no he querido molestarte.

Ella lo miró y sacudió la cabeza.

—¿Eres real o has salido de una impresora en 3D?

—Vaya, me has descubierto a la primera. Soy el proyecto ganador de los cinco mil que se presentaron. Soy el sueño de todas las mujeres del planeta hecho realidad.

—Y de muchos hombres, estoy segura.

Él alzó una ceja, que no admitía nada pero lo decía todo.

Subieron en el ascensor hasta el ático. En el último momento, unos amigos de sus tíos entraron y la acribillaron a preguntas sobre su familia. Ángela se sorprendió al darse cuenta de que habría preferido pasarse el trayecto metiéndole mano a su espectacular acompañante.

La sonrisa ladeada de Hat Trick le dijo que no era la única que pensaba en sexo mientras se dirigía a una fiesta navideña.

La tía Cinta recibía a los invitados en la entrada, con un vestido largo, azul celeste, con un lazo en el escote barco y un gran broche sobre el lazo. Sujetaba la estola, del mismo color, sobre los antebrazos, cubiertos con largos guantes blancos.

—Caramba, sobrina, qué elegante. Y qué bien acompañada te veo. ¿Nos conocemos, joven? ¿Está usted emparentado con Obama? Con su planta haría usted carrera en la política. Tengo contactos en el partido demócrata americano si necesita un empujoncito.

—Mucho gusto, señora. No, no nos conocemos. Nunca olvido el rostro de una mujer hermosa. No se preocupe, su sobrina ya se ha encargado de darme un empujoncito esta noche. Espero devolvérselo pronto. —Miró a Ángela y le guiñó el ojo—. ¿Te apetece un ponche? —Señaló hacia la mesa de las bebidas.

—Sí, por favor. No sé qué me pasa esta noche, que tengo mucha sed.

—¡Nena! —Cinta exclamó al oído de su sobrina—. ¿De dónde has sacado a semejante bombón?

—Me lo presentó mi amiga Clara. —Era verdad; no hacía falta entrar en más detalles.

—Me alegro mucho por ti.

—Gracias, tita. ¿Está Mauri?

—Sí, por ahí anda. ¿Y Kata? Supongo que no podrá venir.

—No, ya sabes: mañana tiene partido y, ahora que está en Barcelona, aún lo tiene más complicado.

Katrina se había venido abajo cuando la que pensaba que era el amor de su vida le comunicó que había aceptado una oferta para jugar en los Emiratos Árabes. Dani no se lo había preguntado, ni comentado, no. Se lo había comunicado con la decisión ya tomada, como si no fueran pareja. El ruido del corazón de Kata al romperse se había oído desde Ibiza. Tras una semana sin salir de la cama, la familia había tomado medidas. Ángela le pidió ayuda a Queco y, poco después, la pequeña de los Velasco se incorporaba al vestidor azulgrana. Lo que empezó siendo una cesión temporal iba camino de convertirse en una relación estable, ya que la delantera sacó su rabia en el campo y se convirtió en pichichi de la Liga.

—Bueno, pero para Nochebuena la espero a cenar; no admitiré excusas.

—Sí, claro, tita.

—Tráete a tu nuevo amigo, si quieres.

Ángela se ruborizó al imaginarse sentada a la mesa de Nochebuena, con sus hijos a un lado y Hat Trick metiéndole mano bajo el mantel en el otro.

—Es muy reciente, tita.

—La vida es corta, sobrina.

Hat Trick regresó en ese momento con dos copas de ponche y acabó de ganarse el corazón de Cinta cuando le ofreció una de las dos.

—¿Para mí? —Le apoyó la mano en el antebrazo y apretó, disfrutando de la firmeza de sus músculos—. Gracias, es usted...

—Tutéeme, por favor.

La tía Cinta se ruborizó.

—Si tú me tuteas a mí... ¿Cómo te llamas?

—Hat Trick.

—¡Oh, qué nombre tan interesante! ¿Estás emparentado con los Trick de Gales? Una vez conocí a un John Trick en una regata.

Ángela observó divertida cómo su tía se llevaba a Hat Trick hacia un rincón. Realmente, su tía sabía reconocer la calidad cuando la veía.

Saludó desde lejos a su tío Mauricio, que, vestido de Papá Noel como cada año, reía con un niño sentado en las rodillas. No pudo evitar que la asaltara la nostalgia. Esas paredes guardaban muchos recuerdos de todas las etapas de su vida. Recordó las peleas entre Kata y su madre, cuando Vicenta la obligaba a ponerse un vestido largo tal como pedía la tía Cinta en las invitaciones. Se acarició la suave tela del vestido gris perla. A ella le gustaba ponerse un vestido largo de vez en cuando. La hacía sentir especial, como una princesa.

Recordó a su padre, hablando de negocios como siempre con una copa en la mano y un puro en la otra, riéndose del anfitrión por calzonazos. Para Augusto, que Mauricio se vistiera de Papá Noel sólo podía deberse a falta de carácter. Que disfrutara haciéndolo le resultaba inconcebible.

Recordó a Mauri y a Cayetano, recitando un poema navideño encima de una silla. Por aquel entonces se llevaban bien. Incluso se habían puesto un nombre

artístico para sus actuaciones: Los Mauritania. Por Mauri y Tano. Mauri era el director artístico y Tano pasaba la gorra y administraba las ganancias.

Ángela sacudió la cabeza.

«¡Madre mía! ¡Cómo ha cambiado todo!»

Tras la negativa familiar a apoyar el proyecto de las *zip cities*, la familia se había roto. Desde que Katrina se mudó a Barcelona, Ángela no había vuelto a casa de su padre. Cayetano pasaba más tiempo en Valencia que en Benidorm, y no tenía ganas de encontrárselo. Sin su madre allí, ya nada la ataba al palacete.

Entró en el comedor y saludó a varios conocidos. Unas amigas de su tía estaban comentando lo importante que es tener una buena relación con las nueras para no perder a los hijos.

—Me interesa el tema, yo tengo dos chicos —comentó.

—Pues que no te pase nada. Mis nueras no se soportan; cada una de ellas cree que la zorra es la otra.

—Vaya. Y ¿cuál crees que tiene razón?

—Las dos, por supuesto. Mis nueras siempre tienen razón.

Las reunidas se echaron a reír, llamando la atención de otros invitados.

—¡Ángela! —la llamó Mauri, que estaba hablando con una pareja.

Al acercarse, se fijó en que él era el hijo de Folch. Las cicatrices de la cara eran aún muy visibles, pero al bajar la hinchazón, había recuperado su atractivo. De hecho, le daban un aire aventurero muy interesante. Tras los besos de rigor, se unió a la conversación.

—Folch me estaba contando su historia. Se conocieron en el hospital; Elena fue una de las enfermeras que lo atendió.

—Si no fuera porque mi hermano no me lo perdonaría nunca, te pediríamos que fueras nuestro padrino de boda —comentó ella.

—¿Ya estamos hablando de boda? —Ángela miró a Mauri, que asintió feliz—. Vaya, eso fue un flechazo en toda regla.

—Bueno, yo no diría que fue un flechazo. Los primeros días me porté como un auténtico capullo.

—El dolor nos convierte en tiranos —replicó Elena, colgada de su brazo.

—Por suerte, la enfermera Elena no se deja pisar por ningún tirano acapullado

por el dolor. —Folch se inclinó sobre su futura esposa y la besó.

—Me alegro mucho de verte recuperado y contento —comentó Ángela—. ¿Os puedo robar a mi primo un momento?

—No te oyen, prima. Ya han empezado la luna de miel. —Mauri la guio hacia una gran mesa, donde cada uno podía servirse lo que le apeteciera.

—Tienes muy buena cara.

—Soy guapo, ya lo sabes.

—Estás buenísimo, primo, pero no hablo de eso.

—Me he quitado un peso de encima enorme al ver a Folch recuperado y feliz. Ni te lo imaginas. Pero ¿no has tomado nada todavía? ¿Qué te apetece?

—Yo me encargo de satisfacer todos sus apetitos esta noche. —La voz seductora de Hat Trick hizo estremecer a Ángela, pero no sólo a ella. Mauri lo miró de arriba abajo antes de volverse hacia su prima, interrogándola con un alzamiento de ceja.

—Mauri, él es Hat Trick, mi acompañante. Y él es Mauri, mi primo.

—Y tu admirador —comentó Mauri—, aunque no creo que te falten.

—Nunca sobran —replicó el escort—. Llámame si necesitas compañía para alegrarte actos sociales aburridos.

—¿Aburridos como éste? Que no te oiga mi madre.

—¿Tu madre es la encantadora Cinta? Por supuesto que no hablaba de esta fiesta.

Mauri se echó a reír.

—Ya veo que no te falta cintura. —Volvió a mirarlo de arriba abajo. Se notaba que ese hombre estaría mucho más cómodo desnudo, en uno de los clubes liberales de la ciudad—. Y, sí, se nota que lo tuyo son las fiestas de sociedad.

Él no se amilanó.

—Yo la fiesta la llevo dentro. No hay reunión que no pueda animar. —Le ofreció discretamente una tarjeta de visita.

—¡Hat Trick! ¿Qué haces repartiendo tarjetas por ahí? —lo riñó con ironía—. Ahora todo el mundo sabrá que no eres mi novio.

Él alzó las manos en son de paz.

—Es la primera que doy. Bueno —le guiñó un ojo y señaló con la cabeza a la anfitriona—, la segunda.

Ángela y Mauri se miraron conteniendo la risa mientras Hat Trick seleccionaba un surtido de aperitivos.

Ángela alargó la mano, pero Hat Trick retiró el plato.

—Vamos a comer a un sitio más... privado.

Ángela miró a su primo, que le devolvió una mirada de aprobación antes de dejarlos solos.

El escort le tomó la mano y abrió una de las puertas del largo pasillo.

—Hat Trick, si piensas repetir lo de mi casa en la habitación de las muñecas de mi tía estás muy equivocado —susurró—. ¿No ves que en esta fiesta hay niños?

Él le devolvió el susurro:

—Tienes razón. Tú conoces el terreno. Yo pienso llevarme la pelota a casa esta noche, así que, si no quieres que nos descubra nadie, llévame a algún sitio con pestillo.

—Y dale con la pelota. A ver, dímelo clarito, que yo con los deportes me pierdo. ¿Quieres que le pida una pelota firmada a mi hermana? ¿Es eso? —Encontró el lavabo y se lo señaló—. Pues vale, yo se la pido, pero esta noche imposible, tendrá que ser otro día.

Él le dirigió la sonrisa ladeada que bajaba bragas a su paso, entró en el baño, tiró de ella y cerró el pestillo.

—Hat Trick, ¿no prefieres que cenemos en la terraza? Tiene una preciosa vista de la bahía.

—Me encantaría comerte en la terraza, Ángela, mientras disfrutas de las vistas de la bahía, pero como tú misma has dicho..., hay niños. —La empujó con delicadeza contra la puerta y le acarició el labio inferior con un dedo—. Abre la boca y cierra los ojos.

Ella obedeció y notó una especie de canica suave y lisa. Al morder el tomatito cherry, una explosión de frescor le estalló en la boca. Como un artificiero, Hat Trick le pellizcó un pezón al mismo tiempo, incrementando las sensaciones.

Un dátil, un canapé de caviar, una lonchita de jabugo... Los sabores se

mezclaban, alternados con caricias precisas en puntos estratégicos.

Con los ojos cerrados, Ángela se estremeció al notar el aire entre sus piernas cuando él volvió a levantarle la falda del vestido.

—No es justo que sólo cenes tú, Ángela. Con tu permiso, me serviré yo mismo. —Sin molestarse en retirarle la braga de encaje, le mordió el monte de Venus.

A ella se le doblaron las rodillas, yendo a caer directamente donde él quería.

Hat Trick la sujetó por las nalgas y se dio un festín. Sin poder agarrarse más que a la cabeza del escort, Ángela se entregó, clavándole las uñas en el cuero cabelludo, haciéndolo gruñir a sus pies.

Fue un polvo rápido y salvaje, que la dejó a ella desmadejada sobre sus hombros y a él con ganas de culminar el partido para el que llevaba calentando toda la noche.

Mientras se arreglaba un poco antes de salir del baño, Ángela vio en el espejo que tenía los ojos brillantes y las mejillas más coloradas que los tomatitos cherry que Hat Trick le había dado a probar. Ese hombre era un auténtico artista: disfrutaba dando placer, combinando sabores en la boca de sus clientas mientras las llevaba al orgasmo con sus manos o sus labios sensuales.

—No me extraña que estés tan solicitado —le dijo mientras salían, y le dio un beso en la mejilla cuando él ladeó la cara en su dirección.

Al ver que alguien esperaba apoyado en la pared del pasillo, se sobresaltó. Y volvió a sobresaltarse cuando, al ir ascendiendo de los pies a la cabeza, se dio cuenta de quién era.

«¿Hugo? Pero ¿qué demonios? ¿Estoy soñando o es que aún no me llega la sangre al cerebro?»

Por la cara que tenía, el periodista había oído más de la cuenta; parecía estar a punto de abalanzarse sobre Hat Trick.

—Perdón por la espera —se disculpó éste, mirando a Hugo con cara de no sentirlo en absoluto.

—No eres tú el que debe disculparse —no pudo evitar decir Ángela, aunque se arrepintió al momento. No quería sonar resentida. Se colgó del brazo de Hat Trick y alzó la cara—. ¿Qué haces aquí, Hugo? ¿Has venido a asegurarte de que

he visto el capítulo? ¿Qué pasa?, ¿necesitáis subir las audiencias a toda costa? Había oído hablar de la guerra entre cadenas, pero no me imaginaba que fuera tan bestia.

—Ja, muy graciosa, Ángela.

El escort, que al parecer llevaba tarjetas en todos los bolsillos, le alargó una a Hugo, que la cogió y alzó una ceja al leer el nombre escrito.

—¿Trabajas en la tele? Estaría encantado de hacer castings para cualquier tipo de programa: citas, concursos, *realities*...

—Él se dedica a los culebrones —dijo Ángela con una mueca sarcástica.

—Y, por lo que veo, no soy el único. ¿En cuál andas, Ángela? ¿«Príncipes de barrio»? Pensaba que eras más de «Entre naranjos».

Ella sintió ganas de abalanzarse sobre él y dejarle marcadas las uñas en la cara... o en la espalda, mientras se amaban a la sombra de los frutales de La Velasqueta.

—Yo también, pero las naranjas se convirtieron en limones.

—Pues ya sabes lo que dicen —comentó Hat Trick, tratando de romper la tensión de la pareja, que se estaba lanzando cuchillos con los ojos—. ¡Si la vida te da limones, haz culebrones! —Hugo y Ángela se volvieron hacia él a la vez—. ¿Qué pasa? ¿No era así? En fin, ¿qué más da? ¿Cuándo dices que pase a verte?

Hugo lo miró de arriba abajo.

—Si te consigo un casting, te largas ahora mismo y no vuelves a acercarte a Ángela.

Hat Trick se volvió hacia su elegante y altiva cliente, que le devolvió una mirada de incredulidad. Miró al tipo de la tele, que permanecía apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho. Volvió a mirar a su cliente, que había perdido la expresión relajada de hacía unos minutos. No quería irse a casa sin conseguir su *hat trick*: los tres orgasmos que eran marca de la casa y que garantizaban una cliente satisfecha. Normalmente, a esas alturas de la cita, las clientas ya estaban suplicándoles que se la metiera hasta el fondo, pero, claro, normalmente las citas eran a solas, no con toda la familia y amigos... o enemigos, o lo que fuera el tipo ese de la barba de cuatro días.

Hugo levantó la tarjeta con un brillo triunfal en la mirada.

—¡Aaah! —Ángela se soltó de Hat Trick y se alejó pasillo abajo—. ¡Podéis iros a la mierda en tándem! No quiero volver a ver a ninguno de los dos... ¡nunca más!

—¡Eh, espera! Tienes que llevarme de vuelta a Valencia.

—¡Que te den, capullo!

Hugo sacó las llaves de su moto del bolsillo, sonriendo de oreja a oreja.

—Anda, vamos..., Hat Trick. Yo te llevo.

—Puedes llamarme Basilio. Hoy no me he ganado el nombre.

Por dentro, Hugo danzó el baile de la victoria.

Caín y Abel

Mauri se despidió de sus padres.

—¿Tú también te vas? Ángela acaba de irse. Qué pena, estaba a punto de sacar el ponche especial. —Cinta le guiñó el ojo—. Ya sabes, con Cointreau y Licor 43, ahora que se han marchado los niños.

—Mejor no, que tengo que conducir. —Le dio un beso en la mejilla—. Y tu ponche especial tiene mucho peligro.

—Ve con cuidado, cariño.

—Sí, mamá. ¡Pásalo bien!

Se dirigió al coche, que había guardado en el parking, y se puso en camino. Hacía meses que no se sentía tan ligero, como si caminara sobre una cama elástica que lo elevara en el aire a cada paso. Hasta esa noche no se había dado cuenta del peso de la culpabilidad que había cargado desde el asalto a Folch.

Aunque no había pruebas, Mauri estaba seguro de que detrás del ataque estaba su hermano Cayetano. Él lo negó, claro.

«¡Qué egocéntrico eres, hermanito! ¿Te crees que no tengo nada más que hacer que buscarles las cosquillas a tus amantes?»

Al oír la palabra «amante» en boca de su cruel hermano, se le habían disparado todas las alarmas. La relación entre Folch y él no llegaba ni a la amistad. Eran dos conocidos con intereses en común. Cayetano los había visto comiendo juntos y había llegado a la conclusión de que eran amantes. Y cuando Mauri le negó su apoyo en el proyecto de las *zip cities*, Tano se vengó atacándolo donde creyó que más daño le iba a hacer.

Y le hizo daño. Mucho. Porque llenó su vida de odio, de miedo y de culpabilidad. Odió a su hermano por ser un miserable y un cobarde que usaba sicarios a sueldo para atacar. Cargó con el dolor de saber que un inocente estaba en el hospital por su culpa. Y cargó también con una culpabilidad que pesaba el doble, porque no la compartió con nadie: la culpabilidad de alegrarse en secreto de que el herido fuera Folch y no Víctor.

Desde ese día se había mantenido apartado de Víctor Duratesta. Si una comida de negocios en un restaurante le había dejado la cara destrozada a Folch, ¿qué sería capaz de hacerle el desquiciado de su hermano a Víctor si descubría lo que había entre ellos?

Víctor le había escrito un día tras otro. Lo había llamado por teléfono, al móvil y a la oficina, pero él no había respondido. Si hubiera cedido a la tentación, Víctor lo habría convencido de que se estaba dejando arrastrar por la paranoia. Le habría dicho que lo echaba de menos, que quería verlo, que había reservado una habitación de hotel donde los espías de su hermano no los encontrarían. Y él se habría dejado convencer, porque lo echaba de menos con todas las células de su cuerpo. Por eso había preferido actuar como un cobarde y no hablar con él. Podía vivir con su desprecio, pero no podría sobrevivir con su muerte en la conciencia.

Eran las once de la noche. Madrid quedaba a cuatro horas y media de distancia. Podría haber esperado hasta el día siguiente; habría sido lo lógico, pero estaba harto de actuar con lógica. La hora de la prudencia había quedado atrás. Las heridas de Folch habían cicatrizado. De un acto de odio e intolerancia había brotado el amor.

Estaba dispuesto a luchar por el suyo.

Acarició el volante y sonrió.

Había llegado su hora.

—Ya está aquí lo que ha pedido, señor —anunció Nancy Yarisley, entrando en la habitación de Cayetano acompañada por Marcelo Damián.

Tras la tormenta familiar que dejó a la familia rota en dos bloques, Katrina se marchó a Barcelona y Cayetano se instaló junto a su tío Augusto en el palacete. Nancy vio en las aguas revueltas la posibilidad de sacar partido y le habló a Cayetano de Marcelo Damián.

Marcelo había sido el primer amor de Nancy y siempre sería el padre de Cleopatra, su hija Cleo, que estaba a punto de cumplir un año.

Cuando se quedó embarazada, su madre la echó de casa. Nancy era la menor de sus cinco hijas. Todas habían quedado embarazadas antes de los dieciocho y su madre estaba harta de cuidar nietos. Le había advertido que si se quedaba embarazada la echaría de casa, y, cuando llegó el momento, no le tembló el pulso. No tenía tiempo ni dinero para alimentar a una boca más, le dijo; que las mantuviera el padre de la criatura.

Nancy se había tragado la vergüenza y se había plantado con su bombo en casa de su amante. La madre de Marcelo Damián puso el grito en el cielo. La insultó y dudó de la paternidad de su hijo, pero la calma de la joven y su negativa a moverse de la cama de su hijo decidieron la situación.

Durante los largos meses de embarazo, su único consuelo —aparte de los momentos de pasión con Marcelo— fue la amistad de María Karen, la que habría sido su cuñada si Marcelo y ella se hubieran casado. Pero, al parecer, las cosas en la vida de Nancy no podían ser fáciles.

Marcelo tenía veinte años y se había casado a los dieciocho, tras dejar embarazada a otra de sus novias. Aunque las cosas entre ellos no habían salido bien y la chica se había ido a vivir con unos parientes a la otra punta del país, Marcelo seguía casado, ya que la madre de su primer hijo se negaba a divorciarse. O eso decía. Ya habían pasado dos años de la separación de la pareja y Marcelo podría haber pedido el divorcio por cese de la convivencia, pero no lo había hecho. Que si era muy caro, que si mucho lío, que si qué más daba... Nunca se le acababan las excusas.

Nancy siempre había sido una chica decidida, pero desde que salió a la fuerza de la casa familiar algo en su interior se endureció. Durante el embarazo tuvo tiempo de planificar su vida. Tras dar a luz a la pequeña Cleopatra, esperó el tiempo mínimo para subir a un avión rumbo a Valencia, donde poco después

empezó a trabajar para los Velasco. Aunque trató con todas sus fuerzas de no encariñarse demasiado con la pequeña, a la que puso nombre de reina para que fuera una mujer fuerte y poderosa, a veces se le formaba un nudo en el pecho al recordar su olor o el tacto de su piel, tan suave. No podía darle su amor, pero se había jurado que, costara lo que costase, a su hija no le faltaría de nada.

La primera vez que folló con el señorito Cayetano en el club nocturno, se hizo un selfi con él por si acaso. La vida le había enseñado que casi todo podía convertirse en moneda de cambio.

Al día siguiente, cuando habló con su comadre María Karen para preguntarle por Cleo, ésta le había contado que Marcelo Damián estaba saliendo con otra de sus compañeras de colegio. Despechada, le envió el selfi con Cayetano y, cuando Marcelo lo vio, se volvió loco de celos.

Su llegada, un mes después, había sido totalmente inesperada, pero, superadas la sorpresa y la bronca iniciales, Nancy le había encontrado el lado bueno. El sexo de reconciliación fue alucinante. Por primera vez en la vida pudo hacerlo con Damián en una cama cómoda, sin toda su familia al otro lado de la pared. Y ahora era ella la que tenía el control de las cosas.

A Cayetano le dijo que era su primo, un experto en seguridad privada, muy necesario para un hombre como él. El señorito, que desde que tenía acceso ilimitado a las drogas se había convertido en un consumidor compulsivo tanto de cocaína como de cristal, cada día estaba más paranoico. Tener a Marcelo Damián como guardaespaldas le había parecido totalmente necesario.

Al perder la oportunidad de entrar en el negocio de las *zip cities*, se había volcado en el tráfico de droga. Le parecía el negocio ideal, que le permitiría recapitalizarse en poco tiempo. El problema llegó cuando alguien le dijo que los rusos habían puesto precio a su cabeza al enterarse de que les estaba comiendo terreno. Cada vez le daba más miedo salir de casa y enviaba a su guardaespaldas a hacer gestiones en su nombre siempre que podía.

—Aquí están los limones, señor —repitió Marcelo.

—¡Ya era hora, joder! Ni que los hubieras ido a buscar a La Velasqueta —refunfuñó Cayetano—. Trae aquí, que se me enfría la comida.

Nancy se estremeció. Tumbada, abierta de piernas y brazos, y atada a las

patas de la cama estaba la prostituta, una joven recién llegada de algún país del este de Europa, aterrorizada. Aunque no quería mirar, la mancha de sangre en las sábanas era difícil de ignorar.

Nancy había cometido el error de mirar a la chica a los ojos la anterior vez que entró en la habitación. En esta ocasión, mantuvo la vista en el suelo mientras se iba alejando lentamente hacia la puerta. La chica llevaba veinticuatro horas atada a la cama, sujeta a los caprichos del señorito Cayetano, al que Marcelo y ella llamaban en secreto *Caín*.

No quería conocer los detalles. Cuanto menos supiera, mejor.

«Son ellas o yo. Tengo que hacerlo por mi hija, para que Cleo pueda estudiar y tener una buena vida, alejada de tipos salidos y chalados como el viejo Augusto y el maje de su sobrino.»

Aunque la chica estaba amordazada, su grito amortiguado se clavó en el cerebro de Nancy cuando Caín exprimió el zumo de medio limón sobre el sexo expuesto de la joven, que arqueó la espalda.

—Las almejas sin limón no son lo mismo, Marcelo —fue lo último que oyó Nancy antes de alejarse pasillo abajo con el estómago revuelto.

Cuando el churrero levantó la persiana, se encontró a un tipo guapo, con aspecto de no haber dormido y una sonrisa de oreja a oreja.

«Bueno, éste es de los que llevan el desayuno a la cama. Aún quedan caballeros», se dijo.

—Todavía se está calentando el aceite.

—No hay prisa. Esperaré.

No tenía prisa. Aunque seguía decidido, el amanecer había traído consigo algunas dudas. ¿Y si Víctor no estaba solo? ¿Y si no le daba otra oportunidad? ¿Y si llegaba demasiado tarde?

Lo que no iba a hacer era darse media vuelta. Si él no quería volver a verlo, tendría que aceptarlo, pero iba a tener que decírselo a la cara.

Al acercarse al piso de Víctor, que quedaba cerca del Museo de Cera, vio una

floristería abierta y compró un ramo de flores. La florista le recomendó lirios blancos, su opción favorita para las reconciliaciones.

Antes de bajar del coche, le envió un mensaje:

Tengo churros calentitos.

Para su sorpresa, él le respondió casi inmediatamente.

Pues que te aprovechen. Te los puedes meter por donde te quepan.

Mauri hizo un gesto de victoria con el puño apretado. Había ganado ya tres batallas: Víctor estaba despierto, probablemente solo y lo bastante cabreado como para responder. Si estuviera feliz, en brazos de otro amante, no se habría molestado en escribirle. Salió del coche y se acercó a la puerta.

Se están enfriando. Ábreme.

¿Estás en Madrid?

Sí. Ábreme. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

¿Ahora sí quieres hablar? ¿Qué pasa? ¿Te han dejado?
Pues lo siento. Te comes los churros solo.

No seas rencoroso. Ábreme y me gritas a la cara. Es mucho más satisfactorio.

Esperó, con el corazón desbocado, a que él mordiera el anzuelo. Sabía que lo estaba deseando. Sabía que su orgullo estaba luchando contra las ganas de abrirle la puerta.

Sube, capullo.

Mauri alzó la vista al cielo de Madrid y dio las gracias. Empezaba un nuevo día. Esperaba que fuera el primero de muchos al lado del hombre al que no podía quitarse de la cabeza.

El ascensor estaba en la última planta. No quiso esperar y subió corriendo por la escalera. Llegó al quinto piso casi sin aliento y, al ver que la puerta estaba cerrada, pulsó el timbre sin levantar el dedo. No iba a permitir que cambiara de idea.

Víctor abrió la puerta, molesto por el ruido.

—¡Para ya! ¿Quieres despertar a los vecinos? —Tiró de su brazo y lo hizo entrar al recibidor.

Mauri sonrió, sintiéndose como un general que acabara de romper el asedio a un castillo.

—Sí, pero prefiero hacerlo en la cama.

—Tú sueñas, Daurella.

—Llevo seis meses soñando contigo, Duratesta, pero ni en mis sueños estabas tan impresionante.

Víctor iba vestido con un pantalón de pijama de rayas grises de distintas tonalidades y una camiseta blanca. Iba descalzo y tenía el pelo, negro y abundante, hecho un nido de cuervos. Su mirada era tan oscura como su pelo. Mauri nunca había visto nada tan hermoso, ni en el Museo del Prado.

—Joder —murmuró sacudiendo la cabeza.

—No me mires así. Y déjate de halagos; lo que quiero son explicaciones.

—No he dormido en toda la noche y he esperado dos horas a que abrieran la churrería. ¿Podemos hablar delante de un café?

Víctor sacudió la cabeza, pero se dirigió a la cocina. Mientras preparaba el café, Mauri se lo comía con la mirada. Dejó las flores y los churros sobre la encimera, se quitó la americana y se acercó por detrás. Sin poder resistirse, le rodeó la cintura con los brazos, apoyándose en el mármol y apresándolo.

Víctor se volvió bruscamente. No estaba para juegos. Estaba más que dispuesto a mandar a Mauri a la mierda. Llevaba meses preparándose para resistirse a sus palabras, a sus excusas, pero había cometido un error. No se había preparado para resistirse a su sonrisa. Y Mauri lo estaba mirando como si fuera un pastorcillo y acabara de ver aparecerse a la Virgen en una cueva.

—Estás vivo —susurró Mauri—. Estás entero.

—Tú no. Te falta la mitad del cerebro por lo menos. No te recordaba tan abobado.

La sonrisa de Mauri se hizo aún más amplia; el brillo de sus ojos, demasiado intenso para antes del primer café.

—No necesito el cerebro para quererte.

Víctor le pegó un fuerte empujón en el pecho y se liberó de la prisión de sus

brazos. Cogió la bolsa de los churros, los dejó caer de mal humor en un plato y los soltó sobre la mesa.

—Dejar a alguien sin una explicación no es querer. Es... ¿ser un egoísta, un inmaduro, un gilipollas?

—No hay pruebas, pero estoy seguro de que mi hermano estuvo detrás del ataque a Folch. El muy imbécil pensó que era mi amante.

—¿Y no lo era?

Mauri avanzó hacia Víctor, animado por los celos que detectó en su mirada, pero él alzó una mano para impedirlo.

—No, desde la última vez que estuve aquí, no ha habido nadie en mi vida.

—Ya. ¿Y esperas que me lo crea?

—Sí, porque es la verdad. Mi hermano está mal, cada vez peor. No te imaginas lo que es saber que le han dado una paliza a alguien por tu culpa.

—No fue tu culpa.

Mauri soltó el aire con fuerza.

—Eso dice todo el mundo, pero a Folch le partieron la cara por comer conmigo. ¿Cómo dejar que alguien se acerque a ti sabiendo que puedes causarle la muerte? No podía dejar que mi hermano se enterara de lo nuestro. Tenía miedo de que tuviera el teléfono pinchado... ¡Yo qué sé!

—¡Mauri, joder! Eso te lo compro el primer día, la primera semana..., pero ¿seis meses? ¿No has encontrado la manera de hacerme llegar un mensaje en seis meses?

—La única manera de que Cayetano creyera que no estábamos juntos era que no estuviéramos juntos. Si me odiabas, te mantendrías alejado de mí. Vivir sabiendo que me odias es una mierda, pero puedo soportarlo. Si te hubiera pasado algo..., habría matado a mi hermano. ¡Te lo juro! Y eso habría matado a mis padres.

La cafetera de filtro había acabado de preparar el café. Víctor sirvió dos tazas y le ofreció una a Mauri, que seguía perdido en sus pensamientos con la vista clavada en el suelo. Cuando él la aceptó, cogió un churro, lo mojó en el café y se lo metió en la boca con brusquedad.

—Come y calla. Tú no vas a matar a nadie. Anda que no te gusta el drama.

Pareces una diva de culebrón.

Mauri se atragantó sorprendido. Al alzar la cabeza, vio que Víctor había cambiado de actitud. Tal vez no lo hubiera perdonado aún, pero parecía dispuesto a sacarle partido a la visita sorpresa. Tragó el trozo de churro mientras cogía otro y repetía el gesto de Víctor.

—¡En guardia, madrileño! —exclamó, con unas enormes ganas de jugar—. La fuerza es poderosa en mí esta mañana.

—¡La fuerza se te va por la boca, valenciano! —Víctor se defendió churro en ristre, golpeándolo en la mejilla, en el pecho, en el brazo.

La sonrisa de Mauri tenía tantos vatios que podría haber convertido los churros en espadas láser sin esfuerzo.

—¡El Jedi ha vuelto a por ti, pequeño Víctor!

—¡Pues defiéndete, porque en estos meses me he pasado al lado oscuro!

Mauri alzó una ceja, y esta vez fue Víctor quien no pudo contener la risa. Aprovechando que había bajado la guardia, Mauri se abalanzó sobre él y lo empujó hasta atrapararlo contra la mesa. Dejó la taza, le agarró la cara con las dos manos y lo besó.

La taza de Víctor cayó al suelo. Con las manos libres, lo aferró por la camisa y tiró de ella hasta sacarla por fuera de los pantalones. Cuando al fin notó el calor de su piel bajo las yemas de los dedos, se sintió como si acabara de aterrizar en el Caribe tras pasar seis meses trabajando en una base científica en la Antártida. Calor, humedad... ¡Pura vida!

—Joder, ¡no sabes cómo te he echado de menos! —susurró Mauri sin separar la boca de sus labios.

—Me hago una idea, capullo.

—¿Tú también me has esperado estos seis meses?

Víctor le desabrochó los pantalones, buscó la erección de Mauri y, al encontrarla, apretó mirándolo a los ojos.

Mauri trató de mantenerlos abiertos, pero las sensaciones eran demasiado intensas, y entornó los párpados mientras gemía.

—No, no te he esperado porque pensaba que eras un imbécil que no tenía interés en volver a verme, ni huevos para decírmelo a la cara.

—No me digas cosas bonitas, que me pongo cachondo.

Víctor lo acarició de arriba abajo, comprobando que no iba de farol. Echó la otra mano hacia atrás, encontró uno de los churros, se lo metió en los calzoncillos y los cerró, soltando la goma con saña.

—¡Eh! ¿Qué has metido aquí dentro?

En vez de responder, Víctor lo empujó y se dirigió al dormitorio, aguantándose la risa.

—¿No tienes bastante con el mío? ¿Necesitas refuerzos? —Mauri lo siguió al dormitorio y, en el umbral de la puerta, se sacó el churro del paquete y se lo comió.

—Podrías compartirlo, ¿no?

—Necesito energías. Voy a pasarme el día entero compensándote estos seis meses. Voy a hacerte el amor hasta que el cerebro deje de funcionar. Seremos los amantes descerebrados, la pareja más feliz del planeta.

—Ven aquí, che. Mucha mecha y poca pólvora tienes tú.

—La madre que te parió, merengue. —Mauri saltó sobre la cama y se lanzó sobre su amante, que lo recibió entre sus brazos—. Tengo la mecha muy larga y más pólvora que un masclatón. Por poco calor que arrimes, esto va a estallar en segundos.

—¿Cómo es la frase esa que decís para que empiecen las Fallas?

—*Senyor pirotècnic, pot començar la masclatà.*

—Pues eso. —Víctor lo encendió agarrándolo por las nalgas y pasándole la lengua por el labio inferior—. ¡Que estalle el mundo entero!

Dueña y señora

Todavía alterada por lo sucedido en la fiesta de sus tíos, Ángela dejó atrás las Torres de Quart y alargó la mano buscando el mando a distancia para entrar en el aparcamiento.

«Lo que faltaba —se dijo al ver una moto frente a la puerta que le cortaba el paso—. No será capaz.»

Pero sí, era Hugo, esperándola con su cazadora de cuero que lo hacía parecer un caballero negro a la puerta del castillo.

Sintió un cosquilleo entre las piernas a su pesar.

«Mierda. ¿Por qué tiene que estar tan bueno?»

Al verla llegar, descendió de la moto.

—¿Qué pasa? —lo increpó ella por aquello de que la mejor defensa es un buen ataque—. ¿No has tenido bastante culebrón por hoy?

—No. Quiero hablar contigo, Ángela. Podemos hablar tranquilamente en tu casa o hacerlo aquí.

—Di lo que tengas que decir y lárgate. He hablado con Clara por el camino y me ha contado por qué Hat Trick se llama así. Me has estafado un orgasmo. Y los orgasmos de Hat Trick no son baratos.

Los ojos de Hugo relampaguearon. La hora que había pasado con Hat Trick pegado a la espalda le había pasado factura. La idea de que ese hombre —o cualquier otro— le hubiera puesto las manos encima lo sacaba de quicio. Y no era un tipo celoso. De hecho, no soportaba a las personas celosas, le parecían inseguras y controladoras; no entendía qué demonios le pasaba con Ángela.

Metió un brazo en el coche y le arrebató el mando a distancia.

—Pero ¿qué haces, idiota?

—Entrar. Si no quieres quedarte fuera, sígueme.

Ángela soltó un grito de rabia, pero lo siguió y aparcó el coche. Él, que parecía el dueño de la casa, se había acercado ya al ascensor. Cuando Ángela llegó a su lado, la puerta se abrió. Hugo entró y llamó al timbre, sin darle ocasión de titubear.

—Pero ¿tú qué te has creído? —protestó ella cuando la puerta se cerró, señalándolo con el dedo—. No necesito a ningún machito que me monte escenas en las fiestas. Por si no te has enterado, soy una mujer independiente. Me gusta mi trabajo, gano mi dinero y, si quiero sexo, pago por él.

Hugo le atrapó el dedo. Ella trató de retirarlo, pero él lo impidió.

—No necesitas pagar por sexo. Ángela. —La miró de arriba abajo—. Cualquier hombre estaría encantado de regalarte orgasmos.

—Cualquiera no. Mi última pareja me dejó porque no era lo bastante buena para él. —Hugo hizo una mueca mientras el ascensor llegaba a su destino. Ángela liberó la mano y buscó las llaves en el bolso. Cuando él quiso seguirla, le cortó el paso—. No tenemos nada de que hablar, Hugo. Te recuerdo que no te sirvo. He tardado meses en recuperarme de tu rechazo; no vengas a joderme ahora.

Los ojos de Hugo se encendieron como dos brasas. Llevaba toda la noche follando con Ángela en su mente. No podía pensar en otra cosa. Mientras ella lo iba abroncando en el ascensor, él sólo podía pensar en levantarle ese vestido plateado que le envolvía el cuerpo como si fuera el papel de aluminio de un bocadillo delicioso..., con el pan crujiente, aceite de oliva virgen y jamón del bueno. Sí, ya. No era una comparación muy romántica, por eso se la guardó, pero sabía que los chicos lo entenderían y estarían de acuerdo con él. Había conseguido entrar en una fiesta privada, apartarla de su amante de pago y entrar en su edificio. No iba a retirarse ahora.

—Cinco minutos, Ángela. Dame cinco minutos.

Ella, que tenía tantas ganas como él de abalanzarse sobre su cuerpo y arrancarle la ropa a bocados, fingió fastidio.

—Cinco minutos, ni uno más.

Hugo agachó la vista para que no viera el brillo triunfal que iluminaba sus ojos mientras la seguía hasta el salón.

Se quitaron los abrigos y se sentaron en el sofá, a un metro de distancia aproximadamente.

—Te escucho —dijo Ángela, muy digna.

Él se echó hacia delante, abrió la boca y volvió a cerrarla. Si tenía que convencerla de que volviera con él en cinco minutos, lo mejor iba a ser dejarse de palabras.

Se lanzó sobre ella, que protestó cuando se encontró tumbada en el sofá, con metro ochenta de periodista reconvertido en guionista encima.

—¿Éstos son tus argumentos? —susurró, excitada por lo que estaba a punto de pasar.

Los ojos de Hugo saltaban de los ojos de Ángela a sus labios, como si fueran incapaces de decidirse.

—Me has acusado de estafarte un orgasmo, Angie, y no soy un estafador.

Ella abrió la boca, momento que Hugo aprovechó para profundizar su ataque. Los labios de Ángela merecían más atención, pero ya habría tiempo. Lo importante ahora era asegurarse de que se rindiera. Por eso le buscó las dos manos, y se las levantó por encima de la cabeza mientras avasallaba su boca con la lengua. Gruñó al sentir de nuevo el sabor que tanto había añorado y que no había vuelto a encontrar en ninguna otra boca.

Ella quiso soltarse para empujarlo, para echarlo de su vida antes de que fuera tarde; o tal vez para agarrarlo del pelo y no dejarlo marchar nunca más, pero cuando lo intentó, él la sujetó con más fuerza y la presionó con las caderas, dejándole notar lo excitado que estaba.

Ángela gruñó y alzó la pelvis con rabia, plantándole pelea.

Hugo alzó la cara y la miró con deseo acumulado de seis meses.

—¡Suéltame!

Él le soltó las manos, pero sólo porque necesitaba usar las suyas. Necesitaba tocarla. Una de sus manos le recorrió la mejilla sin delicadeza antes de perderse en la nuca de Ángela y sujetarla con fuerza por el pelo castaño, deshaciéndole el

recogido. La otra se lanzó en picado por su cuerpo, recorriendo sus curvas y tirando hacia arriba del vestido, demasiado estrecho. Tras recoger lo que le parecieron metros y metros de tela, obtuvo —¡al fin!— la recompensa de su piel suave y cálida.

Cuando se acomodó entre sus muslos, presionando en la entrada de su sexo, Ángela le gimió al oído. Perdidos en las sensaciones, ninguno de los dos se dio cuenta de que el vestido acababa de ganar una gran raja lateral que habría hecho las delicias de Jessica Rabbit.

Ella estaba ocupada tratando de librarse de la camisa que se interponía entre sus manos y el torso de Hugo, y él había deslizado las manos bajo las nalgas de la dueña de la casa y de su deseo. Cuando pudo agarrarlas tal como quería, a dos manos, soltó un gruñido de satisfacción.

Ángela echó la cabeza hacia atrás al notar que la erección se le clavaba con más fuerza entre las piernas.

Una nebulosa de lujuria se había apoderado de la mente de Hugo, que ya no estaba para planificar asaltos ni jugadas maestras. Lo veía todo como a través de un catalejo que le marcaba el camino a seguir. Y ese camino era Ángela, su Angie. Cualquier cosa que se interpusiera entre ambos debía ser aniquilada.

Se levantó bruscamente, provocando en ella un gemido de frustración; se arrancó la camisa, la tiró al suelo y se desabrochó los vaqueros negros.

Ángela se sentó en el sofá y se mordió el labio inferior, devorándolo con la mirada. Aunque una parte de ella quería seguir disfrutando del espectáculo, otra, que se sentía extrañamente juguetona, se levantó y se marchó corriendo.

—¡Eh, no te escapes! —Ángela miró hacia atrás y se aguantó la risa al ver que él estaba saltando sobre un pie, tratando de librarse de los pantalones y del zapato al mismo tiempo—. ¡Ven aquí!

Con un gruñido propio de un lobo, acabó de librarse de la ropa y la lanzó con fuerza a una esquina antes de perseguirla.

Ángela lo vio acercarse, desnudo como un animal y con el mismo brillo primitivo en la mirada, y echó a correr.

Cuando él vio que se metía en el dormitorio, enseñó los dientes. No sabía si era el depredador o si estaba cayendo en la trampa de la pantera, pero le daba

igual.

No había escapatoria.

No quería escapar.

Ángela subió a la cama de un salto y se volvió hacia él.

Por la mente de Hugo pasaron muchas imágenes, pero ninguna de ellas tenía nada que ver con bocadillos envueltos en papel metalizado.

Vio una loba en lo alto de una colina.

Una pantera subida a un árbol.

Una diosa en lo alto de un pedestal que lo estaba mirando con una mezcla de desdén, deseo y algo más. Le dolió en el alma ver la inseguridad que asomó a sus ojos; esa vulnerabilidad, ese miedo al rechazo que él había plantado ahí.

Se acercó lentamente pero con seguridad y se abrazó a sus muslos, hundiendo la cara entre sus senos.

Ella se aferró a su pelo echando las caderas hacia delante. Su pecho subía y bajaba alterado. Él se apoderó del escote con los dientes y tiró de él hasta que el tirante se rasgó, siguiendo el destino de la falda.

Con un gruñido de lujuria, Hugo devoró uno de sus pechos mientras le sostenía el otro con la mano, asegurándole con ese gesto que no tardaría en llegar su momento. Como hombre de palabra que era, poco después era el otro pecho el que recibía sus atenciones, mientras con la mano consolaba al otro pezón, que ya lo echaba de menos.

A Ángela se le doblaron las rodillas y él aprovechó el momento para tumbarla sobre la cama. Agarró el escote con las dos manos y de un fuerte tirón rasgó el vestido de arriba abajo.

Ella ahogó una exclamación. Nada estaba saliendo tal como había previsto cuando se puso ese vestido horas antes, pero no cambiaría ni un detalle de esa noche.

Hugo era un hombre con facilidad de palabra, pero no lo estaba demostrando. En vez de halagos y piropos, la obsequió con un nuevo gruñido, más primitivo que el anterior, antes de abalanzarse de nuevo sobre ella.

Le devoró el cuello mientras le amasaba los pechos. Pronto volvió a saludarlos, con mordisquitos seguidos de lametones que hacían que ella echara

las caderas hacia delante, buscando más.

Hugo siguió descendiendo y se apoderó de su botín favorito: las nalgas de Ángela, mientras hundía la nariz en su pubis.

Ella gimió de frustración cuando la tela de sus bragas de encaje color gris perla se interpuso entre los dos. Cuando se puso el conjunto de lencería ante el espejo mientras se arreglaba para la fiesta, se había dicho muy seriamente que esa noche no habría sexo; que no se acostaría con Hat Trick porque luego se arrepentiría. Pero la noche tenía sus propios planes. Hat Trick le había dado dos orgasmos y Hugo estaba a punto de darle el tercero. Y lo más importante: no se arrepentía de nada.

—¡Espera! —exclamó frustrada, y él respondió con un nuevo gruñido, como si la idea de dejar de amasarle las nalgas le pareciera un sacrilegio. No obstante, cuando trató de bajarse las bragas, él le dirigió una sonrisa lobuna.

—Yo me encargo —replicó Hugo con la voz ronca.

—¡No, las bragas no, que son mis favoritas!

¡Raaassss!

—La madre que... ¡Aaaah!

Ángela se olvidó de la madre que parió a Hugo y del resto de su parentela cuando él hundió la mano entre sus muslos, esta vez sin nada que se interpusiera entre ellos. La penetró con un dedo, al que unió otro enseguida, al darse cuenta de que estaba húmeda y receptiva, mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar.

Aunque se moría de ganas de probarla, el bocazas de Hat Trick no había dejado de hablar durante todo el trayecto. Le había contado todo lo que le había hecho a Ángela y no le apetecía comerse sus babas. Luego la llevaría a la ducha, se arrodillaría ante ella y adoraría su sexo como se merecía una y mil veces, pero eso sería luego.

—Hugo —suplicó Ángela, ondulando las caderas y oprimiéndole el dedo.

—¿Sí, mi pantera?

Ella alargó los brazos como respuesta y él no la hizo esperar. Subió a la cama y avanzó sobre ella a cuatro patas, dejando un reguero de besos a su paso.

Cuando estuvo lo bastante cerca, Ángela lo agarró por el pelo y lo atrajo hacia sí para devorarle la boca. Él se resistió con una sonrisa canalla, sólo para

disfrutar unos segundos más de la expresión de deseo de su cara.

—¿Qué quieres, Angie?

—¡No me calientes más, ven aquí!

Él deslizó una mano entre los dos y mojó dos dedos en su sexo con la devoción del que los sumerge en agua bendita. Le llevó la mano a los labios y trazó una cruz sobre ellos antes de borrarla con un beso animal.

—¿Estás así por mí o estás pensando en ese James Bond de chocolate? —Ángela gimió y él frunció el ceño mosqueado—. Esa respuesta no ayuda, Angie.

—¡Estoy así por ti, pedazo de cabrón! —Ella lo empujó hasta que quedó tumbado sobre la cama y se subió a su cintura.

Él la agarró por las caderas y le dirigió una sonrisa que hizo que Ángela recordara por qué se había enamorado de él.

«Déjate de amor —se reprendió—. No vuelvas a regalarle tu corazón en bandeja para que vuelva a pisotearlo. Esto es sexo. Puro y duro. Nada más.»

—Ataca, pantera. Estoy indefenso a tus pies. Abusa de mí.

—Menos cachondeíto, Zabala. —Se alzó sobre las rodillas hasta obtener el ángulo que necesitaba para clavarse en su erección—. ¡Aaah!

—¡Dios, sí! —Hugo echó la cabeza hacia atrás y apretó los dedos que la sujetaban.

Ángela estaba excitadísima. Al clavarse en él, un escalofrío la recorrió por entero. Tardó varios segundos en recuperar el control necesario para seguir con su asalto sensual. Con las manos apoyadas en su pecho, se levantó de nuevo y volvió a empalarse. Repitió el movimiento y volvió a repetirlo hasta conseguir un ritmo regular, que le recordó a las suaves olas del mar en primavera. Las sensaciones eran tan placenteras que pronto dejó de ser consciente de lo que estaba haciendo. Como si hubiera puesto el piloto automático, su cuerpo tomó las riendas. Sabía lo que necesitaba y no dejó de cabalgar sobre las caderas de Hugo hasta que lo obtuvo.

Con un grito liberador, se rindió al orgasmo que se apoderó de ella y lo vivió intensamente hasta el final. No se dio ni cuenta de que caía hacia delante ni de que él apretaba los dientes y alzaba las caderas para potenciar su placer.

Mientras ella surfeaba las últimas olas del clímax, Hugo le acarició la espalda

con cariño. Esperó a que Ángela levantara la cara y lo mirara entre los mechones alborotados de pelo para darle la vuelta y plantarse entre sus piernas.

Salió de ella, que protestó.

—¿Ya me echas de menos, pantera?

Hugo echó las caderas hacia atrás para impulsarse y de un empujón certero se clavó en su vientre, hundiendo la cara en su pecho con un gruñido triunfal que ella notó retumbar en su interior.

—Te he echado de menos cada puto día, Angie.

Ahogando un grito, Ángela hundió los dedos en su pelo, sujetándole con fuerza la cabeza, y le arañó la nuca mientras un estremecimiento volvía a recorrerla de arriba abajo.

Él se retiró lo justo para poder volver a clavarse en ella, lenta pero implacablemente, como si fuera un mecanismo de precisión.

—No he logrado olvidarte.

Ángela bajó las manos hasta alcanzar sus hombros, anchos, masculinos, que tanto había echado de menos. Con satisfacción, las tensó y reclamó la espalda que había empezado a arquearse sobre ella, mientras las caderas de Hugo bombeaban a un ritmo desesperantemente lento.

—Vuelve conmigo, Angie. Busquemos una solución.

Ella le recorrió la espalda de arriba abajo, marcándola con las uñas. Por primera vez en toda su vida, sintió que el apodo de Pantera de la Albufera era acertado. Se sentía sensual y desinhibida. Hat Trick la había mantenido caliente durante toda la velada, pero no había sido más que un aperitivo. Éste era el plato fuerte porque su corazón se había unido a la fiesta.

—Me gustan tus argumentos, Zabala —le dirigió una sonrisa seductora—, pero necesito más. Dame más.

Él le devolvió una sonrisa de las que iluminan la noche y aumentó el ritmo de las embestidas.

Con el alma ligera y el vientre en llamas, Ángela se apoderó de las nalgas duras y tensas de su amante y una vez más le clavó las uñas, jaleándolo.

Nunca había alcanzado el orgasmo en esa postura y menos cuando acababa de correrse, pero le daba igual. El peso de Hugo sobre su cuerpo, el vaivén cada vez

más desenfrenado de sus nalgas, el calor de su aliento en su pecho o contra su boca... Las sensaciones eran demasiado agradables para preocuparse de algo tan efímero como un orgasmo.

Sin embargo, él no parecía pensar igual. Sus largos brazos volvieron a deslizarse bajo su cuerpo, la sujetaron por las nalgas y la alzaron para penetrarla más profundamente.

Se inclinó sobre su cuello y lo incendió con su aliento ardiente. Cuando le mordisqueó la oreja y la recorrió con la lengua, ella no pudo contener un estremecimiento. Gimió cuando sus embestidas alcanzaron un punto que desató un ligero oleaje en su interior. Al notar el cambio de tono de sus gemidos, Hugo le buscó el pecho con la boca y le succionó un pezón, sin avisar, sin prepararla.

El oleaje se volvió tan incontrolable como cuando el levante azotaba las costas de Gandía. Dejándose arrastrar por las olas, Ángela se aferró a las nalgas de Hugo como si fueran la tabla que impediría que se hundiera en esa marejada de placer. Los pechos de Angie amortiguaron sus gritos cuando él la siguió en un orgasmo largo e intenso que navegaron juntos y que los arrastró hasta la orilla de la conciencia.

Boqueando como peces, recuperaron el aliento, sin prisas. Ella dejó la mano en la nuca de Hugo, su lugar favorito en el mundo. Cada vez que él inspiraba, su pelo rozaba los labios de Ángela, que marcaba el contrapunto con un beso. Era la melodía más bonita que había oído nunca.

Pasados unos minutos, él alzó la cara para contemplarla. Al verla, mucho más sonrosada y relajada que cuando salió del lavabo de su tía, no pudo reprimir una sonrisa canalla. Por boca del propio Hat Trick sabía que él no había llegado a penetrarla, y eso le provocaba una satisfacción que no era normal. Nada que tuviera relación con esa mujer era normal, le rompía los esquemas sin siquiera intentarlo.

—¿Y esa sonrisa de chulito?

—La sonrisa del deber cumplido. Ya no podrás llamarme «estafador de orgasmos».

—Ah, o sea que lo has hecho obligado, ¿no?

Él la besó en los labios.

—¿No lo has notado?

—Por supuesto. Pero me temo que tengo una mala noticia para ti.

Hugo se habría preocupado de no ser por el brillo travieso de los ojos de Ángela.

—Dispara.

—Me has destrozado el vestido, y te aseguro que no era barato.

El brillo depredador de los ojos de Hugo le provocó réplicas en el útero y le calentó el corazón.

—¡Mierda! —exclamó levantándose y tomándola en brazos—. Ésa es una noticia espeluznante.

—Sobrecogedora —asintió ella, rodeándole el cuello con los brazos.

—Apocalíptica.

—Terrorífica. Y no me he olvidado de las bragas.

—Yo tampoco. —Él se mordió el labio—. No las voy a olvidar en la vida.
¿Cuántos orgasmos calculas que voy a tener que darte para compensarte?

Se metió en la ducha y Ángela abrió el agua caliente.

—Tú empieza y yo te aviso cuando esté la cuenta saldada.

—¡Sí, señora!

Floricienta

Vilma aguantó la respiración, tiró del vestido elástico de color azul eléctrico y por un instante se vio bien, pero la ilusión duró poco. Sus curvas generosas volvieron a desbordar la tela.

«Es inútil, nunca te vas a parecer a Nancy. Ni lo intentes.»

Aunque aún lloraba algunas noches al pensar en su madre y sus hermanos, Valencia le gustaba. Desde que al señor Augusto le habían quitado el yeso, Rafel volvía a estar a su disposición y ella se había quedado sin chófer para hacer la compra. No le importaba. Le gustaba ir andando desde el palacete hasta el Mercado Central, ese edificio tan alto e impresionante como una gran estación de tren. Ya no se perdía por el centro de la ciudad y conocía a muchos de los vendedores. Cada día hacía una parada en los tenderetes de la plaza Redona. Aunque no solía comprar nada, le encantaba mirar los hilos para bordar y la cerámica que vendían en las tiendas. Era como un pequeño oasis en el tráfico de la ciudad.

No echaba de menos a Rafel como chófer, pero sí como amigo. Él se había ofrecido varias veces a regalarle hilos o lo que necesitara para bordar, pero ella siempre se había negado. Su madre le había dicho que no debía estar en deuda con ningún hombre. Ojalá le hubiera dado más consejos; la cocina valenciana ya no tenía secretos para ella, pero no podía decir lo mismo de los hombres.

Se acercó al salón, donde Nancy miraba «Fatmagül». Ella le dirigió una mirada burlona.

—¡Dale, Vilma! Déjalos a todos pasmados con esas caderas sabrosas.

Las dos chicas se turnaban para no dejar al señor Augusto solo. Una salía los jueves y la otra los sábados, alternando los días cada semana.

—No te burles de mí.

—¿Te vienen a buscar?

—Sí. Leyla y Rosa han...

—Pues sal a esperar fuera, no vayan a despertar al viejo con el timbre.

Vilma suspiró. Ya le extrañaba que Nancy se interesara por ella.

—Mañana me cuentas el capítulo.

—Si limpias el baño de arriba.

Vilma puso los ojos en blanco. Para su compañera, todo era moneda de cambio.

—Buenas noches, Nancy.

Nancy tenía novio. Aunque lo escondía, ella los había sorprendido juntos más de una vez. Cuando se lo había comentado, Nancy se había reído de ella, diciéndole que ella no tenía novio, que ella usaba a los hombres cuando quería y como quería, pero, por mucho que disimulara, sabía que tenía algo especial con el guardaespaldas del señorito Cayetano.

En la esquina, frente al palau de la Generalitat Valenciana, Vilma esperó a sus dos nuevas amigas, dos chicas que también trabajaban como cuidadoras y a las que había conocido en el mercado. Casi siempre iban al Rincón Latino, a charlar de sus cosas escuchando buena música de su tierra, pero esa noche tomaron el metro y se dirigieron a una gran discoteca de las afueras dispuestas a tener algo interesante que contar al día siguiente.

Vilma estaba muy nerviosa. Ni ella ni sus amigas tenían pareja. El trabajo casi no les dejaba tiempo para su vida personal, pero esa noche iban a disfrutar. Sus amigas estaban tan nerviosas como ella. Se habían puesto de acuerdo en llevar vestidos ceñidos y tacones. Vilma sabía que no era un bellezón como Nancy, pero tampoco necesitaba seducir al chico más guapo de la discoteca. Con que supiera bailar y divertirse un rato le bastaba. A ver si así se quitaba un poco a Rafel de la cabeza. Era un buen hombre y le había tomado un gran cariño, pero ¡podría ser su padre! Quería formar una familia junto a un chico de su edad, no era pedir tanto, ¿no?

Aunque solían beber un refresco cuando salían, para ahorrar y poder enviar más dinero a casa, esa noche pidieron alcohol para desinhibirse. Se hicieron selfis con las copas, salieron a bailar y, al cabo de un rato, se les acercaron tres chicos.

Cuando sintió las manos de uno de ellos en su cintura y su aliento en la nuca, Vilma se estremeció. Se dejó llevar por el ritmo de la bachata romántica que cantaban Shakira y Prince Royce y echó la cabeza hacia atrás.

—Humm, estás bien rica, mami —le susurró su compañero de baile.

«Sí, tenía razón Nancy. Era muy fácil. ¿Por qué habré tardado tanto en venir?»

Al acabar la canción, los chicos las invitaron a otra copa. Bromearon, rieron y, al volver a la pista, a Vilma le daba vueltas la cabeza. Las baladas se mezclaban con el *latin dance*, la bachata o el pop romántico. A Vilma le gustaba Ricky Martin, Enrique Iglesias, Luis Fonsi o Maluma. Pero el que más le gustaba era Daddy Yankee. Tenía un no sé qué que le hacía temblar las piernas.

El chico que la había invitado a bailar se llamaba Osman. Tenía el pelo rapado por los lados, muy engominado y peinado en una cresta caída hacia la derecha. Le gustaba porque la miraba como a una mujer y eso no le pasaba a menudo. Y era muy simpático. Dijera lo que dijese, la hacía reír. De hecho, aunque no dijera nada, tampoco podía parar de reír.

Con tanta risa, le vinieron ganas de ir al baño.

—Ahora vuelvo —le dijo a Osman con una sonrisa radiante.

—Claro, mami.

Vilma se alivió y, tras lavarse las manos, se miró en el espejo. Se había alisado el pelo y se veía guapa. Tenía las mejillas coloradas y los ojos brillantes. Se puso un poco de brillo en los labios y salió eufórica, dispuesta a disfrutar del ritmo en brazos de Osman.

Pero sólo cruzar la puerta notó que alguien tiraba de ella en dirección al fondo del pasillo. Quiso gritar, pero Osman le cubrió la boca con la mano, lo que por alguna razón le provocó un nuevo ataque de risa. Entraron en unos lavabos iguales que los que acababa de abandonar, con la diferencia de que una de las

paredes estaba llena de chicos orinando. Como la pared estaba cubierta de espejos, les vio la cara a todos.

—¡Osman! Esto es el lavabo de caballeros, déjame salir de aquí. —Volvió a reír porque no podía parar de hacerlo, aunque la situación no le hacía ninguna gracia.

—Tranquila, mamita. No te voy a hacer daño. —La metió en uno de los cubículos y lo cerró con pestillo—. Como tenías tanta prisa en quedarte a solas conmigo, he venido para no hacerte esperar más. —La acorraló contra la pared y le magreó los pechos por encima del vestido.

—No, yo no... Ah, me haces daño. Déjame.

—Venga, mami. Te lo estás pasando bien, ¿verdad? Pues ahora te lo vas a pasar mejor. —Osman le bajó el escote con fuerza, desgarrándolo y apartando el sujetador al mismo tiempo. Hundió la cara entre sus pechos y, ladeando la cara, le mordió un pezón.

El dolor le despejó la extraña niebla que se había apoderado de su cabeza desde que tomó la segunda copa. Cuando Osman levantó la cara, lo que vio en ella la horrorizó. Tenía las pupilas dilatadas y sus ojos eran como dos espejos de oscuridad.

Él no tenía paciencia para juegos. Llevaba toda la semana sin follar y no la había invitado a beber por su cara bonita. De hecho, prefería no verle la cara para poder imaginarse que era su ex, esa desagradecida que lo abandonó y a la que, por mucho que lo intentara, no podía borrar de su cabeza.

Agarró a Vilma, le dio la vuelta y la empujó contra el sanitario.

Ella, que estaba usando las manos para sostenerse el vestido roto, cayó de cara y se golpeó la cabeza contra la pared. Gritó y, al tratar de incorporarse, se le cayó un zapato. Se olvidó del vestido y se llevó una mano a la frente mientras se apoyaba en la pared con la otra para incorporarse. No oyó el ruido de la cremallera ni el del cinturón de Osman cuando los pantalones se le arremolinaron alrededor de los tobillos.

Una mano en mitad de la espalda la obligó a inclinarse una vez más. La mano de la pared resbaló y esta vez se golpeó en la mejilla contra la cisterna del inodoro.

—¡Ah! —El pómulo le palpitaba de dolor, igual que la frente.

El primer grito se unió al segundo, más desgarrado e intenso, que salió de la garganta de Vilma cuando su agresor la penetró sin miramientos.

Si minutos atrás era la música la que marcaba el ritmo, esta vez fue Osman el que impuso el suyo, un ritmo diabólico de dolor, en que cada embestida en lo más hondo de su vientre iba seguida de un golpe en la cara contra el frío mármol.

Vilma perdió la noción del tiempo, sólo supo que se le hizo eterno. Cuando acabó, él se marchó sin decirle nada y la dejó sola. Sentada en el váter, lloró y se odió por creer que merecía pasar un buen rato. Vio que le faltaba un zapato y lo buscó, sintiéndose una Cenicienta de saldo.

«Las chicas como tú no tienen hada madrina. Déjate de bailes y vuelve a casa, a trabajar, que es lo tuyo.»

Salió avergonzada de los servicios de hombres y entró en el baño de las mujeres para lavarse un poco la cara. Sabía que entre las piernas y en lo más hondo del alma tardaría mucho en volver a sentirse limpia.

Buscó a sus amigas en la pista y en la barra, pero no las vio. Recuperó el bolso y la chaqueta, que se puso para disimular el penoso estado del vestido. Salió a la calle con la vista baja para no tropezar con Osman, pero, por suerte, a las que se encontró fue a sus dos amigas, vomitando en unos arbustos.

—Vilma, ¿estás bien? —le preguntó Rosa.

—No, no estoy bien, pero no quiero hablar de ello. Vámonos.

—Leyla se encuentra mal, no puede caminar; ayúdame a llevarla hasta ese banco.

Al cabo de media hora, Leyla seguía igual. Estaban muertas de frío y Rosa se acordó de Rafel.

—¿Por qué no llamas a tu amigo el chófer para que venga a buscarnos?

—No quiero molestarlo.

Leyla volvió a vomitar escandalosamente y Rosa le dirigió una mirada suplicante.

Vilma sacó el móvil y buscó el wasap de Rafel. Se había conectado por última vez hacía dos horas. Le daba mucha rabia molestarlo y, sobre todo, le daba

mucha vergüenza que se enterara de lo que había pasado, pero Leyla estaba verdosa y a Rosa se le estaban acabando las fuerzas.

¿Podría venir a buscarme, por favor?

Rafel no respondió al wasap, sino que la llamó por teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó a toda velocidad, sin darle tiempo a responder—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Vilma logró explicar dónde estaban y le prometió a Rafel que no se moverían de allí hasta que él pasara a buscarlas. Aunque temía el momento de mirarlo a la cara, saber que venía en su busca la hizo sentir mucho mejor.

Tardó menos de media hora en llegar. Detuvo el coche —el gran coche negro del señor Augusto; Rafel no tenía vehículo propio— frente a ellas y se dirigió a Vilma sin mirar a las otras chicas.

—¿Cómo estás? —le preguntó apartándole el pelo de la cara con las dos manos y obligándola a mirarlo a los ojos.

—Bien.

—¿Bien? ¡¿Bien?! ¡Collons, Vilma, dime quién te ha hecho esto, que lo mato!

Vilma se había cubierto el moratón del pómulo con el pelo y sus amigas no se habían dado cuenta de nada.

—La que está peor es Leyla —dijo Rosa—. Creo que tendríamos que llevarla al hospital, pero no tenemos papeles...

Rafel seguía furioso.

—Lo que hemos de hacer es ir a la policía y denunciar al que...

—¡No! —suplicaron las tres chicas a la vez.

—Nada de policía —le rogó Vilma—. ¿Nos lleva al hospital, por favor?

De madrugada, Rafel permanecía muy quieto en la sala de espera de urgencias para no despertar a las dos chicas que descansaban con la cabeza apoyada en sus hombros. Aunque por fuera no movía ni un músculo, por dentro

se sentía como si fuera una *mascletà* a la que estuvieran a punto de prender fuego.

Los sentimientos que le despertaba Vilma eran cada día más intensos; estaba obsesionado con ella. Esa *xiqueta* era todo corazón. Era sencilla, sincera y generosa. Quería protegerla del mundo, pero precisamente por eso se mantenía a distancia. Él también formaba parte del mundo del que debía protegerla. Por las noches se imaginaba que ella entraba en su dormitorio, se plantaba ante la cama vestida con una camisola blanca que hacía resaltar su piel tostada como la canela y dejaba caer la prenda al suelo, poniendo sus generosas curvas al alcance de sus manos hambrientas.

Sabía que Vilma no lo veía como a un hombre, lo veía como a un padre, un tío, un protector, y se había mantenido a distancia para no perder la relación que tenía con ella, pero algo iba mal. Tremendamente mal.

Vilma había salido esa noche buscando algo que no era protección. El vestido, el maquillaje, los tacones..., todo gritaba sexo. Ella no era la chica inocente y pura que él había colocado en un altar. Era una adulta sana, con las necesidades propias de una mujer, que había salido buscando placer y había acabado amoratada por fuera y por dentro.

El médico que la examinó le recetó un analgésico, una bolsa de hielo y no volver a aceptar copas de desconocidos, pero no le dio importancia a las contusiones. En la noche valenciana, un cabrón acababa de librarse de una paliza.

A Leyla le habían dado un antiemético y le habían puesto una bolsa de suero para hidratarla. Cuando el suero acabara de pasar, la dejarían marcharse.

En ese momento, una enfermera entró en la sala, despertando a los que habían tenido la suerte de echar una cabezada.

—¿Acompañantes de Leyla García?

—Aquí —respondió Rafel.

—Ya puede irse a casa. Aquí tienen los papeles del alta.

El chófer dejó a Rosa y a Leyla en la puerta de sus domicilios respectivos y luego acompañó a Vilma hasta el palacete de los Velasco Altasierra.

—Muchas gracias, Rafel. No sé cómo pagarle...

Él la hizo callar poniéndole un dedo sobre los labios, aún hinchados por el ataque. En silencio se juró que algún día los vería hinchados por sus besos.

—No me des las gracias. Y no tienes que pagarme nada; no todos somos como Nancy.

—Le prepararé un arroz con...

Él la sujetó por los hombros y, por el brillo de sus ojos, Vilma pensó que iba a besarla, pero Rafel cerró los párpados y respiró hondo antes de replicar:

—Vilma, sé que te cuesta, pero háblame de tú, por favor. Tenemos que aclarar muchas cosas, pero ahora no es un buen momento. —El nuevo día empezaba a clarear—. El jueves que viene iremos a cenar. Tú y yo. No admito una negativa.

Vilma abrió la boca, sorprendida pero encantada.

Por miedo a que ella se negara, le plantó un rápido beso en la frente para despedirse.

—El jueves —repitió mientras rodeaba el coche y la señalaba con el dedo.

Ella asintió en silencio mientras la luz del amanecer le penetraba en el corazón, barriendo las sombras de una noche que más valía enterrar en el olvido.

—El jueves —murmuró antes de entrar en el palacete.

Nancy la encontró a punto de entrar en su habitación, con los zapatos colgando de una mano y una sonrisa incrédula en la cara.

—Caramba, Vilma, si pareces otra. ¡Ay, qué falta te hacía un buen meneo!

Madres solteras

Para buenos meneos, los que le daba Marcelo Damián a Nancy Yarisley siempre que encontraban un momento.

Sólo tenía que esperar a que los somníferos del señor Augusto le hicieran efecto y a que el señorito Cayetano estuviera entretenido con alguna pobre desgraciada y la noche era suya. Aunque los estudios nunca se le dieron bien, en la vida aprendía rápido. Durante las primeras semanas de estancia en Valencia aprendió dos cosas importantes: los preservativos eran mucho más útiles que las hierbas de la sanadora para no quedar embarazada, y la única manera de que el señor Augusto se tomara el somnífero era metérselo en gotas en la petaca que escondía en la mesilla.

Eso sí, esta vez las cosas se hacían bajo sus condiciones. Marcelo no había querido casarse con ella, pues no podía reclamarle nada. Al llegar a España él se había instalado en una habitación con varios compatriotas. Sin papeles ni trabajo legal, sus perspectivas no eran brillantes, pero todo eso cambió de la noche a la mañana gracias a Nancy y a su amistad —por llamarla de alguna manera— con Cayetano.

Las cosas entre ambos hombres podrían haber acabado muy mal la primera vez que Cayetano —que iba siempre salidísimo— echó mano de Nancy y se la tiró delante de su guardaespaldas, pero ella tomó el mando de la situación y convirtió lo que podría haber sido un baño de sangre en la mejor experiencia sexual de su vida.

Nancy convenció a Cayetano de que Marcelo no era más que su accesorio

sexual, a su disposición igual que un vibrador, y Marcelo disfrutó haciendo suya a Nancy por detrás, mientras ella, arrodillada en el suelo, le hacía una felación al señorito, que disfrutó sintiéndose el dueño de las vidas de ambos.

Vilma había descubierto a Marcelo Damián varias veces entrando y saliendo del palacete. Nancy le dirigió una sonrisa sarcástica cuando su compañera le preguntó, ilusionada como una niña de primaria, si Marcelo era su novio.

No. No era su novio. Era el que debería haber sido su marido pero nunca lo fue. El que la dejó embarazada pero no consiguió mantenerlas a ella y a Cleo. Algún día se reuniría con su pequeña, pero, de momento, jugaba la partida con las cartas que la vida le había dado. Los hombres sólo la querían para usar su cuerpo. Muy bien; tendrían su cuerpo, pero bajo sus condiciones.

Nancy se tomó un café bien cargado. Aunque era domingo, el señor Augusto la llamaría en cualquier momento. Se había acostumbrado a que lo ayudara a ducharse y a vestirse y, con la excusa de no resbalar en la ducha, seguía reclamándola a gritos en cuanto se despertaba.

«Tal vez me dé tiempo a tomarme unas tostadas...»

—¡Naaaaancyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy!

«Pues no.»

—¡Ya voy!

Una hora más tarde, Augusto leía el periódico mientras Nancy miraba la tele.

—Ese programa es una tontería. Pon «Empeños a lo bestia» o «El jefe infiltrado».

—Pero si está leyendo el periódico.

—Las noticias de economía, pero ya estoy acabando. Anda, quita el culebrón ese, que siempre es igual.

—Claro, como que «Empeños a lo bestia» no es siempre igual.

—No me repliques, descarada, o te envío a tu país.

Alguien llamó a la puerta como si se le hubiera pegado el dedo el timbre.

«Ya llegó.»

—¡Ya va, señorito Cayetano! —Nancy abrió la puerta.

—Vaya, mi muñeca favorita. —Tano entró con una bolsa en cada mano y le dio un morreo baboso—. ¿Se ha levantado ya mi tío?

—Sí, está viendo el rollo ese de los empeños a lo bestia.

Sin responder, Cayetano subió a su habitación.

Las cosas habían cambiado desde que las chicas entraron a trabajar en la casa. La señorita Kata se había mudado a otra ciudad y el señorito Cayetano se había instalado en una de las habitaciones de invitados. Sus horarios eran tan caóticos como su vida. Pasaba los días —y las noches— a caballo entre Benidorm y Valencia.

Nancy se asomó a la calle a saludar a Marcelo, que montaba guardia en la puerta.

—Anda, tráeme un cafecito —dijo él.

—No soy tu sirvienta.

—Por favor, princesa, lo necesito.

—No me llames princesa, soy madre de una faraona.

—No me toques los huevos, Nancy, que la noche ha sido movidita y todavía no ha acabado.

—Pues me lo pides bien.

—Excelentísima reina madre, ¿me traería usted un cafecito... bien cargado, por favor? —Alargó el brazo y le rodeó la cintura con él. Acercándola a su cuerpo, le dio un beso que no tenía nada que ver con el que acababa de darle su jefe.

—Humm. Bien cargado vas tú. —Nancy echó las caderas hacia delante, frotándose contra su erección y acariciándola por encima de los pantalones.

—Eso es la pistola, Nancy. —Marcelo le agarró la mano y la llevó hasta su objetivo—. Pero sí, estoy cargado de amor por ti. Te tengo muchas ganas; casi tantas como de un café.

Ella torció el gesto.

—Ya voy, pesado.

Mientras estaba en la cocina, sirviéndole el café a Marcelo en un vaso para llevar, Augusto gritó:

—Naaaaancy, ven a recogerme el periódico, que se me ha caído.

—Recogerlo, eso es lo que tendrían que hacer con usted, viejo... —refunfuñó ella, pero la frase quedó a medias porque en ese preciso momento el mundo se detuvo y empezó a girar al revés.

Cayetano bajó la escalera gritando:

—¿Dónde están los botes de limpiador para dentaduras?

—¿Para qué quieres tú mi limpiador de dentaduras, Tano? —bramó su tío—. ¿Ya se te caen los dientes? Te dije que dejaras las drogas.

—Naaaaaaancy, ¿dónde están los botes que tenía en mi armario?

—Yo no toqué nada, señor.

—¿Dónde está la otra?

—Vilma está durmiendo, señor. Anoche salió.

—¡Vilmaaaaaaaaaaaaaaa!

—Pareces Pedro Picapiedra, sobrino.

Un disparo sonó muy cerca de allí, tan cerca que a Nancy se le cayó el café sobre la alfombra del recibidor.

—¡Marcelooooo!

Varios disparos más resonaron por las estrechas calles del centro de la ciudad. La puerta, que Nancy había dejado entornada, se abrió de una patada innecesaria.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Todos con las manos en alto!

—Pero ¿qué *collons*...? —Augusto no daba crédito.

—¡Las manos sobre la cabeza! ¡Quedan todos detenidos!

—Marcelooooo —aulló Nancy—. ¿Qué le han hecho a Marcelo?

Varias sirenas empezaron a sonar, cada vez más cerca.

—Tiene derecho a guardar silencio, señorita. Le recomiendo que lo haga —le dijo uno de los agentes antes de colocarle las esposas.

Cristal

Kata miró el cartel. Faltaban cincuenta kilómetros para llegar a Valencia. Inspiró hondo tratando de librarse de la bola de ansiedad que se había encajado entre sus pechos al recibir la llamada de su hermana.

Su padre estaba en la cárcel, acusado de tráfico de drogas entre otras cosas. Cayetano, por supuesto, estaba metido hasta el cuello, y las dos pobres chicas que contrataron cuando murió su madre se habían visto involucradas. No sólo eso, al parecer, Nancy tenía novio, un chico de su país, que había muerto durante la detención.

Kata soltó el aire muy lentamente pero no sirvió de nada; la ansiedad se había instalado y no tenía intención de abandonarla.

«No como otras.»

Cuando Dani desapareció para irse a los Emiratos Árabes, su vida entró en barrena. La ansiedad se había hecho amiga íntima de la depresión y se habían dedicado a hacerle *bullying* hasta que no pudo más y salió huyendo.

Podría haber tolerado la distancia sin problemas, pero lo que no pudo soportar fue el engaño. Dani cortó el contacto en seco. La bloqueó en el móvil y cerró sus cuentas en las redes sociales. Fue como si nunca hubiera existido. Estaba claro que había usado el traslado como excusa para cortar con ella.

En la soledad de su cama, había llegado a la única conclusión lógica: que no había estado a la altura de las expectativas de Dani; que era una bollera sosa, sin gracia en la cama, y que se había ido a miles de kilómetros porque no sabía cómo librarse de ella.

Pasados un par de meses, se había dejado convencer por sus nuevas compañeras de equipo y había salido con ellas algunas noches. Habían visitado locales de ambiente y otros que no lo eran. Había bailado con hombres y con mujeres y, al final, se había rendido. Era demasiado pronto. Dani había salido de su vida, pero no de su corazón.

Con la clarividencia que da el alcohol, cuando una chica le preguntó si era homosexual o heterosexual, le respondió que era *danisexual*. A partir de ese momento, no volvió a salir y se centró en el trabajo. Al menos, su entrenador estaba encantado con ella.

Aparcó en la plaza de Vannes y llamó a su hermana para preguntarle dónde estaba. No tuvo que ir lejos. Estaba en un bar, en la esquina, acompañada de un tipo que no estaba nada mal.

Ángela se levantó al verla llegar y las dos hermanas se fundieron en un abrazo largo y apretado.

—¿Qué dice la policía? —Kata fue directa al tema—. ¿Saldrán bajo fianza?

—El abogado de papá está dentro; cuando salga nos dirá algo.

—Hola. —Hugo se levantó para saludarla y, al ver que Kata lo miraba con hostilidad, las dejó solas—. El camarero tarda un verano en servir. ¿Qué quieres tomar? Te lo voy a buscar a la barra.

—Un agua, gracias. —Katrina lo repasó de arriba abajo mientras se alejaba—. ¿Habéis vuelto?

—No. Somos... amigos.

Kata alzó una ceja.

—Ya. Y Cotino es un tipo honrado.

—Aquí tienes. —Hugo dejó el agua en la mesa y volvió a sentarse junto a Ángela.

Su compañía había sido una bendición. Aún en *shock* por lo sucedido, Angie había tenido que tomar un montón de decisiones y él había demostrado que mantenía la cabeza fría bajo presión. Claro que en su caso era más fácil. Por un lado, ninguno de los implicados era pariente suyo. Y, por otro, llevaba meses al tanto de todo. Nunca había dejado la investigación; sólo había fingido hacerlo para desaparecer del radar de Cayetano.

Cuando la policía la avisó de que su padre y los demás habían sido detenidos, estaba en casa con Hugo. Él acababa de recibir una llamada y estaba hablando con alguien en la habitación de al lado. Cuando trató de explicarle lo que había pasado, no le salieron las palabras. Abría y cerraba la boca sin saber por dónde empezar.

Hugo la obligó a sentarse, le preparó una tila y, mientras se la tomaba, le contó que nunca había dejado el periodismo de investigación, que estaba en contacto permanente con una brigada de asuntos internos y anticorrupción que tenía como objetivo la detención del comisario Cotino.

Le contó también que tanto Augusto como Cayetano estaban siendo investigados por corrupción urbanística, estafa piramidal, evasión de impuestos y tráfico de drogas.

Antes de ir a comisaría, pasaron por el consulado de Honduras en Valencia y pidieron ayuda para la repatriación del cadáver de Marcelo Damián. Llevaban ya varias horas en comisaría, esperando noticias, pero aún no les habían dado permiso para ver a nadie.

—¿Cuánto tardarán en dejarnos pasar? —quiso saber Katrina.

—Depende de lo que se alarguen los interrogatorios.

—¿Crees que Vilma y Nancy están en el ajo?

—Vilma, no, pero Nancy me temo que sí.

Hugo les contó que la policía había montado un operativo en un piso vacío frente al palacete, desde donde llevaban varias semanas escuchando todas las conversaciones. La cocinera y el chófer estaban limpios, pero tanto Nancy como su desdichado novio participaban de los negocios de su jefe. No sólo le facilitaban todo lo que él les pedía, sino que, además, cortaban la droga que Cayetano guardaba en el palacete, la sacaban camuflada en envases de productos para la limpieza de dentaduras postizas y la vendían por su cuenta.

—Pero, si ya tienen pruebas, ¿por qué siguen interrogándolos?

—La confesión es una prueba importante en un juicio. Además, los careos suelen sacar a la luz información muy interesante.

Tras el cristal tintado, los policías seguían la conversación entre tío y sobrino con el mismo interés con que Vilma y Nancy devoraban los capítulos de «Fatmagül».

—Pero ¿cómo se te ocurre meter droga en mi casa, *remalparit*, *apardalat*, que la Cinteta es una santa, pero tú eres un hijo de mil putaaas!

—¡Algo tenía que hacer si quería volver a primera línea, *recollons*! Los de las *zip cities* nos dieron la patada y tu idea de vender pagarés de Nueva Velasierra fue un fiasco. ¡La gente se fía menos de ti que de Ruiz-Mateos! No iba a quedarme en La Velasqueta, mano sobre mano, viendo crecer las naranjas. Eso se lo dejo al bujarrón de mi hermano.

—¡No es verdad! La gente me quiere. ¡Conmigo el Valencia ganó la Liga, la Copa y hasta la Intertoto!

—Ya, pero dejaste al club más endeudado que la Pantoja. ¿Quién se va a fiar de tus negocios?

—No te atrevas a criticarme, niñato, que si estamos aquí es por tu culpa. ¿Cómo se te ocurre darle una pistola al lechuguino ese del primo de Nancy?

—¡Ja! Si ese tipo es su primo, yo soy fallera mayor. Yo con mis primas no hago esas cosas. Con Katrina no me importaría, pero...

Augusto se levantó y persiguió a su sobrino por la sala de interrogatorios donde los habían dejado solos. Cayetano provocaba a su tío corriendo alrededor de la mesa.

—¡Como toques a mis hijas, te capó, *malparit*!

—¿Tú y cuántos más, viejo? Si no te aguantas los pedos. Dile a Cotino, tu amiguito del alma, que te ayude, que contigo solo no tengo ni para empezar.

Desde el otro lado del cristal donde una cámara grababa la conversación, los policías encargados del caso no daban crédito.

—Pero ¿estos tipos son así de idiotas o quieren despistarnos?

—Si es una actuación, es de Oscar.

—Podéis dejar de grabar —ordenó el inspector—. Tenemos bastante material. Que entre el abogado. La chica morena va a quedar en libertad, pero a los otros

tres vamos a llevarlos ante el juez instructor —les comunicó—. Informad a la familia de que probablemente dormirán en la cárcel.

Un alboroto en el exterior anunció la llegada de la tía Cinta. Ella y Mauricio acababan de unirse a sus sobrinas y a Hugo en la sala de espera. Cinta estaba descompuesta. Sus sobrinas nunca la habían visto así. Ni siquiera cuando murió Vicenta perdió la compostura, pero esta vez fue distinto.

—¡Tano, Tano! ¿Dónde está mi hijo Tano?

En ese momento, Cayetano salió agarrado por dos agentes.

—Siempre he odiado ese nombre, mamá. Prefiero el mote que me ha puesto Nancy: *Caín*. ¿No crees que me sienta mucho mejor?

—Hijo, pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo has dejado que tu tío te meta en sus líos? No te preocupes, te sacaremos de aquí.

Cayetano se echó a reír con ganas y Ángela se estremeció al oírlo; su risa parecía la de un demente.

—¿Tengo aspecto de estar preocupado, mamá? —Sacudiendo la cabeza, Tano salió a la calle, donde lo esperaba un coche.

Augusto siguió a su sobrino en el paseíllo de la vergüenza.

—Cotinoooo, ¿por qué no habéis avisado a Cotino, inútiles?

—Lo hemos avisado, pero dice que no lo conoce de nada —respondió el inspector.

—¡Será *xafaxarcos*! ¡Voy a tirar de la manta, Cotino, cabrón!

—Ahora se lo cuenta al juez. Vamos.

—¡Cabrón es lo que tú eres! —Cinta trató de agredirlo, pero Mauricio y Ángela la sujetaron—. ¡Se llevan a mi niño por tu culpa!

—Ya sabes lo que dicen, cuñada. —Augusto le dirigió una mirada malévola—. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Cinta ocultó la cara en el pecho de su marido, que la consoló mientras Kata se acercaba a su padre.

—¡Hombre, la culé ha vuelto! Pues dile a tu novia de mi parte que se vaya a la mierda. El jeque no se tomó nada bien su rechazo ni sus insultos.

—Yo también me alegro de verte, papá. —Katrina disimuló el dolor que le provocaban las palabras de su padre—. No sé de qué me hablas. No he vuelto a

ver a Dani desde que se fue a los Emiratos.

—¡Ja! Esa desagradecida no se fue a ninguna parte. Rechazó la oferta. Si se cree que le van a hacer otra mejor, está muy equivocada.

—Y ¿tú cómo sabes todo eso, papá?

Katrina había sumado dos y dos, pero quería oírlo de boca de su padre.

—Un padre hace lo que haga falta por apartar a su hija del camino del *tortillerismo*. Algún día me lo agradecerás.

Antes de que Kata pudiera abalanzarse sobre él, Hugo le rodeó el torso con los dos brazos, inmovilizándola.

—¡Lo mato!

Dos agentes salieron de la zona de interrogatorios llevando a Nancy entre ambas.

La cuidadora reconvertida en traficante de cristal parecía otra. Había perdido su habitual brillo burlón en la mirada. Al pasar junto a la familia, los miró con desprecio.

—Siento lo de Marcelo, Nancy —dijo Ángela.

—No lo sienta. Ese inútil se hizo matar y nos dejó solas —replicó con desdén. Aunque hablaba de Cleo, todos pensaron que se refería a Vilma—. Más le vale estar muerto. Si me lo encuentro en el infierno, le escupiré en el ojo.

Hugo, que había soltado a Katrina, rodeó los hombros de Ángela con el brazo mientras Nancy se alejaba.

—¿En qué momento esta familia se convirtió en un culebrón? —Kata sacudió la cabeza.

Ángela alzó la cabeza hacia Hugo.

—Desde que cierto guionista de culebrones entró en nuestras vidas.

—A mí no me culpes; la cosa viene de lejos. —Hugo la soltó y se dirigió a la tía Cinta. Hacía meses que la perseguía para que le concediera una entrevista, pero la hermana de Vicenta se resistía—. Ya sé que es mal momento, pero, ya que está en Valencia, ¿me dedicaría un rato? No le quitaré mucho tiempo. Mauricio, ¿puedes quedarte con ellas? —señaló a las hermanas.

Mauricio, que llevaba meses colaborando con el periodista a escondidas de los demás, animó a su esposa.

—Claro, Hugo. Ve con él, Cinta. Nos reunimos más tarde; yo me quedo con las niñas.

—No somos niñas —protestó Ángela.

—Ni necesitamos que nadie nos acompañe —añadió Katrina.

La mirada de su tío Mauricio las hizo aflojar.

—Oh, no nos mires así, tito. ¡Vamos!

La Navidad de Floricienta

A Ángela le extrañó la familiaridad entre su tío y Hugo, pero Vilma salió en ese momento de la sala de interrogatorios, deshecha en llanto, y se convirtió en su prioridad.

Se dirigieron al palacete, donde un par de agentes de policía los acompañaron para que Vilma recogiera sus cosas. La casa iba a quedar cerrada hasta que el juez ordenara qué hacer con ella.

Nadie había pensado en avisar a Rafel, que tenía el día libre. Cuando Vilma lo llamó, se presentó rápidamente en la casa.

Mientras la pareja se fundía en un abrazo que no tenía nada de paternal, Kata —que no había parado de darles vueltas a las palabras de su padre ni un segundo— se volvió hacia su hermana.

—¿Te importa si te dejo sola? Tengo que ir a comprobar una cosa.

—Ya tardabas. —Ángela apretó el brazo de su hermana—. Escúchala, ¿vale? La futbolista respondió con un gruñido.

Ángela se sentó en el sofá con Mauricio, Vilma y Rafel. La cocinera no paraba de llorar y el chófer le acariciaba la espalda.

—Me he quedado sin casa y sin trabajo. ¿Qué voy a hacer ahora?

—No te preocupes. Saldremos adelante; no estás sola.

—Rafel, ¿cómo puedes estar animado en un momento así? Tú también te has quedado sin trabajo. El señor Augusto no va a necesitar que lo lleven a ninguna parte durante mucho tiempo.

Sus palabras fueron como una bofetada para Ángela, que aún no acababa de

asimilar las consecuencias de lo sucedido. Lo más probable era que su padre no saliera de la cárcel con vida.

Perdida en sus pensamientos, escuchaba de fondo a Rafel, cuya voz grave y serena era un bálsamo para todos.

—Si hace falta, iremos a casa de mis tíos en el pueblo. En el campo siempre hay cosas que hacer.

Ángela se dio cuenta de que entre ellos había algo que le había pasado desapercibido.

—¿Vilma? ¿Rafel? ¿Sois... pareja?

—¡No! —exclamó ella.

—Sí —rebató él.

—¡Rafel! —protestó la joven, golpeando la mano del chófer, a quien Ángela nunca había visto tan feliz.

—Enhorabuena, viejo zorro —lo felicitó Mauricio—. Y tú, Vilma, no puedes llevarte a un hombre mejor que él.

—Tú y yo hemos de hablar, tito. —Ángela lo miró con los ojos entornados—. Creo que un montón de cosas están a punto de encajar hoy. Me vas a contar qué hacía Hugo el otro día en tu casa, porque si algo tengo claro es que la tita no lo invitó.

—No sé de qué me hablas. Yo soy el inútil de la familia, el zángano. Mientras tenga mis puros y mis partidos del Levante, no necesito...

—¡Tito! Menudo personaje te has montado. ¡Y todos nos lo hemos tragado! —Lo señaló con el dedo—. Ahora hablaremos tú y yo, pero antes hemos de solucionar un asunto. —Se volvió hacia la cocinera—. ¿Estás segura de que Rafel y tú no sois pareja? Porque Tonet y Bernarda, los *masovers* de La Velasqueta, están a punto de jubilarse. Quieren irse a vivir a Málaga con su hija, para ayudarla con el nuevo nieto que viene en camino, y yo necesito un matrimonio que se ocupe de la finca y la casa.

—¿Lo ves? —Rafel sonrió. Sin duda la felicidad era el mejor tratamiento de belleza, porque Ángela nunca lo había visto tan atractivo. Se había quitado diez años de encima—. Te dije que todo se arreglaría.

Vilma boqueó.

—Yo...

—Cuente con nosotros, señorita Ángela. —Rafel se levantó y le ofreció la mano a Vilma—. Pero primero tenemos que resolver un asuntillo. ¿Me recomiendan alguna joyería?

—Yo... —titubeó Vilma— yo he visto un anillo muy bonito en la plaza Redona.

—¡Pues no se hable más!

—Pero... ¡no puedo casarme sin mi familia!

—Pues avísalos, Vilma —le dijo Ángela—. Los billetes corren de mi cuenta; son mi regalo de boda.

Rafel la miró emocionado y a Ángela se le formó un nudo en la garganta. Ese hombre siempre se había preocupado por ella y por Kata. Para muchas cosas había sido un padre, mucho más que Augusto. Nunca pensó verlo casado, pero si alguien se merecía ser feliz era Rafel. Haría lo que estuviera en su mano para ayudarlo.

—¡Gracias, gracias, señorita! —Vilma se fundió en un abrazo con Ángela—. Esto es un milagro de Navidad.

Tras despedirse, la pareja desapareció, dejando tras de sí un aire primaveral en la fría tarde de diciembre.

—Bien —dijo Ángela al quedarse a solas con su tío—. Ahora me vas a contar qué os traéis Hugo y tú entre manos.

—Señorita Velasco, tenemos que cerrar la casa y volver a comisaría —le recordó uno de los agentes.

Mauricio Daurella se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

—Gracias, agente.

—¡Tito, no te escapes! —Ángela lo siguió. Al pasar junto a la escalera donde su madre había perdido la vida, sintió un escalofrío.

«Ya está en la cárcel, mamá. Todo va a salir a la luz, te lo prometo.»

Patito feo

Kata llevaba una hora aparcada frente a la casa de Dani. Sentada en el coche, se debatía entre subir o no. Quería saber en qué demonios andaba Dani, que llevaba seis meses desaparecida del mapa, pero al mismo tiempo, le daba pánico enfrentarse a la realidad. Mientras estuviera en la ignorancia, siempre le quedaba la esperanza. Una vez que oyera de sus labios que no quería volver a verla, no podría seguir engañándose.

El corazón le dio un brinco en el pecho cuando la puerta se abrió.

«No, no es Dani. ¡Eh, pero si es Merche! Se ha cortado el pelo.»

Bajó del coche y se acercó a la madre de Dani, que la reconoció enseguida.

—Oh, hola, Katrina. Ehm..., ¿cómo estás?

—He tenido días mejores.

—Sí, he visto lo de tu padre en las noticias... Lo siento.

—¿Dónde está, Merche?

La mujer no sabía dónde meterse.

—Ehm, ¿en los Emiratos?

—¿En qué emirato, exactamente?

—Aaah, pues en el de arriba, a la izquierda...

—¿En serio, Merche?

La madre de Dani no pudo soportar más la mirada de decepción de Katrina.

—¡A la mierda todo! Yo no puedo más. Le he dicho mil veces que hablara contigo, que lo entenderías, que no te mereces que te trate así, pero es más tozudo que las mulas.

—¿Tozudo? Merche, soy amiga de Dani, no de Lucas.

La mujer agachó la cabeza y suspiró.

—Lo sé.

—¿Dónde está? ¿Adónde se ha ido?

—A ninguna parte.

—¿Perdón?

—Eso espero. Que lo escuches y lo perdones.

«¡Qué manía! ¡Que no vengo a ver a Lucas!»

—Dani. Pregunto por Dani.

—Lo sé.

—Y ¿no se ha ido a ninguna parte?

—No.

—¿Está...? —Señaló hacia arriba.

Merche asintió con la cabeza.

—¡La mato!

—Escucha primero. No más Velascos en la cárcel por hoy.

Pero Kata ni la oyó. ¡Dani estaba en su casa! A treinta segundos de distancia. Un montón de emociones batallaban en su pecho, pero acabó imponiéndose la rabia.

Merche se había acercado al portal y había abierto la puerta.

Como si fuera el huracán con el que compartía nombre, Kata entró sin mirar a Merche y subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la puerta de los Cánovas.

No llamó al timbre porque, ¿para qué usar el timbre pudiendo aporrear la puerta con las dos manos?

Sumida en un torbellino de furia huracanada, golpeó y golpeó hasta que un grito desde el interior la hizo parar.

—¡Ya vale, joder! ¡Ya va!

La puerta se abrió bruscamente y Kata quedó con los puños en alto, absolutamente descolocada.

La puerta estaba barrada por un chico guapísimo, rubio, con el pelo muy corto, que hacía que sus ojos azules parecieran más grandes que nunca. Eran los

ojos de Dani, pero no era Dani quien la miraba..., ¿o sí?

Bajó la mirada hacia el resto de la cara. Tenía las facciones más afiladas, más duras, y las mejillas cubiertas por una fina capa de vello rubio.

Al llegar al cuello, vio una menuda nuez de Adán que subía y bajaba cada vez que tragaba saliva.

El torso, cubierto por un jersey negro, no era demasiado ancho, pero era absolutamente plano, sin rastro de los grandes pechos de Daniela.

—¿Kata? —Era la voz de Dani, pero no lo era.

Katrina volvió a alzar la vista hacia los ojos azules que la miraban con una mezcla de esperanza y miedo.

—¿Quién coño eres?

—Soy yo.

«¿Tan fácil? —pensó Dani—. ¿Era así de fácil? ¿Por qué he tardado tanto?»

Pero, aunque él acababa de quitarse un enorme peso de encima, Kata seguía desconcertada.

—¿Quién coño eres tú?

Dani se quitó el jersey, sorbiendo el aire entre los dientes al sentir una punzada de dolor en el torso. Debajo llevaba una camiseta de manga larga, también negra. Mirándola a los ojos, se arremangó, dejando al descubierto el tatuaje que Kata había recorrido con su dedo la tarde que pasaron solas y desnudas sobre su cama.

«No me llames Daniela, llámame Dani.» Las palabras que tantas veces le había repetido volvieron con la fuerza de un martillo hidráulico, sacudiendo a Kata de arriba abajo.

Luego se recogió la otra manga, dejando ver un tatuaje que no estaba allí seis meses antes. Aunque los caracteres estaban entrelazados unos con otros, dificultando la lectura, Katrina reconoció las letras que formaban su nombre: «K-A-T-A».

Le buscó la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

Él bajó los brazos y esperó en silencio.

Kata gritaba por dentro, sumida en la falsa calma propia del ojo del huracán.

Negó con la cabeza en silencio hasta que la rabia volvió a ganar la partida y

salió por su boca con la fuerza incontrolada de un ciclón tropical.

—¿Pensabas contármelo algún día, hijo de puta, o pensabas seguir escondido ahí dentro hasta el fin de los tiempos?!

Dani le dirigió una sonrisa radiante al ver que le hablaba en masculino sin haber tenido que pedirle nada. Lo veía como a un hombre y le estaba pegando la bronca. Kata, su preciosa Kata, no había salido corriendo como si fuera un monstruo. Su gran miedo no se había hecho realidad.

—¿Te hace gracia?

Katrina se acercó y Dani abrió los brazos para recibirla, pero soltó un grito de dolor cuando ella empezó a aporrearle el pecho con la misma rabia con que había tratado de echar la puerta abajo. A diferencia de la puerta, Dani flaqueó y retrocedió. Kata estaba demasiado enfurecida para percatarse del dolor que le estaba causando. Dani se debatía entre las ganas de detenerla y la alegría de ver cómo ella entraba en su casa de manera voluntaria. Cuando llegaron al salón, la agarró por las muñecas, se sentó en el sofá y tiró de ella, que quedó sentada sobre su regazo con una rodilla a cada lado.

—Kata, hace quince días que me operé las tetas. El pecho me hace un daño del demonio. ¿Podrías pegarme en cualquier otra parte?

Katrina abrió mucho los ojos.

—¿Te duele? Oh, lo siento. Suéltame.

Dani lo hizo, pensando que querría consolarlo. Nada le apetecía más que sentir las manos de su dulce Katrina acariciándole la cara o el torso con delicadeza y...

—¡Pues me alegro! —Volvió a aporrearle el pecho con tantas ganas como si fuera un bombo en Calanda en pleno Viernes Santo.

—¡Ah, joder, Kata, que duele!

—Pues así sabrás cómo me he sentido yo durante estos meses. —Cuando Dani trató de sujetarle las manos otra vez, ella estaba preparada y se resistió—. ¡No me toques, capullo!

Aunque el pecho, que llevaba envuelto en una gruesa capa de vendas, le dolía a rabiar, Dani se echó a reír con todas las ganas del mundo, con esa risa que sólo tienen los niños o los enamorados.

—¡Dios, Kata! Cómo me gusta que me insultes. Podría pasarme la vida oyéndote llamarme «cabrón» y «capullo» y sería el tipo más feliz del mundo.

Ella se debatía entre unas ganas enormes de besarle la sonrisa y otras igual de fuertes de arrancarle el corazón en vivo y comérselo allí mismo como si fuera una *khaleesi dothraki*.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Tenía miedo de que no lo entendieras, de que no lo aceptaras.

—¿No te demostré que estaba a tu lado?

—Sí, pero...

—Me enfrenté a las compañeras de equipo, a mi familia... No renegué de ti en ningún momento.

—Lo sé, pero...

—¿De verdad te parece lógico lo que has hecho? Me dices que te vas de Valencia sin darme opción a decidir si quería acompañarte en tu aventura.

—No sabía cómo decirte que...

—¿Sabes lo que he pensado durante estos meses?

—Que estaba jugando en los Emiratos y que al final de la temporada volveríamos a estar juntos. Quería darte una sorpresa, quería ser un hombre para ti, quería ser tu hombre...

Katrina agachó la cabeza e inspiró hondo.

«Cuenta hasta diez. Uno, dos... ¡A la mierda!»

—¡Pues enhorabuena! Eres un hombre de la cabeza a los pies, ¡pero no hacía falta que te operaras para conseguirlo! ¡Si eso es lo que creías, ya pensabas como un hombre antes de pasar por el quirófano!

—Ehm...

—¡Seis meses sin dar señales de vida! Sin responder a mis llamadas ni a mis mensajes. Te borraste de las redes sociales. Fue como si te hubieras esfumado, como si nunca hubieras existido. Pensé que era culpa mía.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre...?

—¿Qué iba a pensar? ¿Tú sabes lo que me costó dar el paso? Siempre me había sentido atraída por los hombres y de pronto apareces en mi vida y la pones patas arriba.

—No tan de pronto. Te costó fijarte en mí.

—Siempre me gustaste, pero no te veía de esa manera. Ni me lo planteaba. A mí me gustaban los hombres y punto.

—Ajá. —Dani se revolvió en el asiento, haciendo que Kata se frotara contra sus muslos—. Pues a mí me gustan todos tus puntos, hasta los más ocultos y secretos.

Ella se excitó a su pesar. No quería montárselo con Dani.

«¡Ja! ¿A quién quieres engañar?»

—¡No te emociones! Si crees que he acabado de reñirte, estás muy equivocado.

Dani se echó hacia atrás, relajándose y disponiéndose a disfrutar del espectáculo.

—Ataca, fiera. Me pone muchísimo que me riñas.

—¡Oh, eres imposible! —Katrina levantó los brazos, tratando de disimular que ella también estaba disfrutando con la escena—. Tuve que replantearme todos mis esquemas. Me enfrenté al miedo al rechazo y me dije: «Si esto que siento por Dani es ser lesbiana, soy lesbiana, y a mucha honra».

Él la miró sin esconder el amor que sentía por ella, que nunca había dejado de sentir.

—Kata, yo...

—Y ¿ahora qué, Dani? ¿Qué demonios eres ahora? ¿Qué demonios soy yo? ¿Qué coño somos?

Dani la agarró por la cara y la besó, en parte para que dejara de hablar, pero, sobre todo, porque no podía estar a centímetros de ella y no besarla.

—Tú eres la misma de siempre —susurró con la boca rozándole los labios—. Y yo soy un cabrón afortunado, porque a pesar de todo lo que te he hecho pasar, me sigues queriendo.

Katrina trató de protestar, pero Dani volvió a besarla, agarrándola por la nuca y ladeando la cabeza para adueñarse de su boca. Kata quiso pensar en más agravios que echarle en cara, para que siguiera haciéndola callar con sus besos, pero la capacidad de pensar la estaba abandonando.

El cuerpo firme y caliente de Dani la estaba derritiendo. La coraza de hielo

con la que se había protegido durante su ausencia se estaba fundiendo, y las primeras víctimas del deshielo acelerado habían sido sus neuronas.

«¿Las necesitas para algo? No, ¿verdad? Pues disfruta y calla.»

Kata recorrió los brazos de Dani hasta llegar a los hombros. Le acarició el cuello y disfrutó del tacto de su mejilla. No eran ásperas como las de Enrique o cualquiera de sus novios anteriores, pero tampoco eran tan suaves como seis meses antes.

Las manos de Dani tampoco se habían quedado quietas. Recorrieron la espalda de Kata y se instalaron en sus nalgas, que apretaron con fuerza para acercarla más.

No era suficiente.

Aunque Kata le había dado las fuerzas necesarias para tomar la decisión más importante de su vida, llevaba meses paralizado por el pánico. Él siempre se había sentido hombre. Durante la infancia las cosas fueron más o menos fáciles, pero cuando a los catorce años las tetas empezaron a crecerle como si fueran dos suflés sin control, su cuerpo se convirtió en su enemigo. Odiaba sus curvas y odiaba que los hombres la miraran como si fuera una Big Mac.

En el calendario, marcaba los días que quedaban para cumplir la mayoría de edad y poder llevar a cabo el cambio de sexo. Había empezado las visitas al psicólogo antes, para adelantar tiempo. Conocía a varios chicos y chicas que estaban pasando por lo mismo: el miedo, los cambios de humor por culpa de las hormonas... Todos coincidían en que lo peor no eran las operaciones ni los tratamientos hormonales, por muy jodidos que fueran. Lo peor era sentir que la sociedad no tenía espacio para ellos.

Lo primero que hizo Dani al tomar la decisión de empezar el tratamiento hormonal fue dejar el equipo. En los colegios, los hospitales, los gimnasios o los vestuarios hay lavabos de hombres y de mujeres. Él siempre se había sentido un hombre con el cuerpo equivocado, pero si se cambiaba en los vestuarios de hombres, éstos se lo tomaban como una invitación a un bufet libre. Estaba obligado a cambiarse en el de mujeres, lo que le permitía disfrutar de buenas vistas, pero también le valía los reproches de compañeras que la acusaban de ser «lesbiana».

Esa palabra y sus sinónimos siempre le habían hecho mucha gracia. Era inútil ponerse a discutir las etiquetas que la gente cuelga para ahorrarse el trabajo de conocer a alguien, pero, por supuesto, él nunca se había sentido así. Era un hombre, un hombre que se sentía atraído por las mujeres. Algo tan fácil para la mayoría, tan difícil para él.

Su madre tenía razón, debería habérselo contado a Kata, pero no pudo. Fue como si hubiera gastado todo su arsenal de valor en la reasignación de sexo.

Al principio se dijo que quería ahorrarle las molestias del proceso: las visitas a los médicos, la burocracia y, sobre todo, los temidos cambios de humor. Temía que la testosterona lo convirtiera en un ser violento, un monstruo agresivo, y que ella saliera huyendo al verlo.

Luego se dijo que esperaría a que la transformación estuviera más afianzada. Se presentaría ante ella convertido en un hombre, no como un proyecto en construcción, alguien a medio hacer.

Cada semana, su madre le advertía que tenía que contarle la verdad a Kata antes de que ella lo descubriera por otro lado, pero la respuesta era siempre la misma: «Aún no. Pronto».

Aunque no quería reconocerlo, estaba muerto de miedo. Katrina había vencido sus prejuicios y se había entregado a él en cuerpo y alma..., pero en realidad se había entregado a ella. Para Katrina, él seguía siendo ella: Daniela, la bollera hija de puta que la había abandonado sin una explicación.

Tenía pánico de quedar con ella y ver en sus ojos el rechazo. Podía soportar el rechazo del resto del mundo, pero el de Kata no.

Por suerte para él, el gemido que salió de la boca de la deliciosa Katrina no era una señal de rechazo, sino una inequívoca muestra de deseo.

«¡Gracias, gracias!»

Al mirar al cielo para agradecerle su buena suerte, rompió el beso y ella lo miró como si estuviera en un sueño y temiera despertar en cualquier momento.

—Joder, qué guapo eres, Dani. —Le tiró del pelo corto con las dos manos—. No es justo.

—¡Au! —protestó él riendo.

—Mejor me voy. —Kata trató de levantarse, pero él la sujetó por la cintura—.

Si Daniela me volvía loca, no quiero imaginarme lo que sería la vida con Daniel. ¡Me volvería loca! No quiero ser un pelele sin voluntad, que acepta todos tus caprichos. Estos seis meses han sido un infierno. No quiero volver a pasar por lo mismo. ¡Adiós, Dani! Disfruta de tu nuevo cuerpo. Estoy segura de que las chicas se pelearán por estar contigo.

Él la agarró por la cintura, la tumbó sobre el sofá y se echó sobre ella.

—¡Eh! Este cuerpo tiene dueña. —Cuando Katrina trató de quitárselo de encima empujándole el pecho, añadió—: ¿Notas el latido de mi corazón bajo las vendas? Mi corazón es el mismo de siempre. Late por ti y no piensa latir por nadie más.

Kata respiró entrecortadamente. Deseaba que Dani volviera a besarla y la llevara al paraíso con sus caricias, pero su orgullo le estaba gritando de todo.

—¡No, déjame! —Con la fuerza que le dio la rabia, tiró a Dani al suelo. Se levantó y le plantó un pie en el estómago—. Te entregué mi confianza y la tiraste a la basura. ¡He tenido que enterarme de lo que pasó por boca de mi padre! No me lo quería creer, pero decía la verdad. El delincuente de mi padre es más de fiar que tú.

—Kata...

—No, Dani. No puedo fiarme de ti y no puedo estar al lado de alguien en quien no confío..., ¡por muy bueno que esté!

Él le dirigió una mirada suplicante y se llevó las manos al pecho.

—¿Me vas a dejar así? Estoy herido, me duele mucho.

Katrina alzó los brazos.

—¡Aaaaah, enhorabuena! ¡Ya eres oficialmente un hombre! —exclamó antes de marcharse dando un portazo.

En el suelo, Dani se quedó mirando al techo con los brazos cruzados detrás de la nuca y una enorme sonrisa en la cara.

El secreto de Puente Viejo

En el bar del hotel Reina Victoria, Cinta agradeció con una inclinación de cabeza al camarero que acababa de dejarle el té en la mesa. Mientras Hugo se servía el azúcar en el café y lo removía, ella lo observó asustada. Tras tantos años guardando silencio, sabía que había llegado la hora de sacar los fantasmas a la luz, pero seguía dándole miedo.

«No temas, Cinta —le dijo la voz de su hermana—. Alejandro no te culpa de nada.»

Cinta respiró un poco más tranquila.

«Pero contarlo a un periodista, ¿estás segura?»

«Sí, es lo mejor. Además, Hugo no es un periodista cualquiera. Es mi yerno.»

Cinta se acercó la tetera y miró a Hugo disimuladamente por encima de la tapa.

«¿Crees que lo de Ángela y él durará? ¡Es más joven que ella!»

«¡Uuuh, qué escándalo! No seas carca, hermana. ¿Qué son tres años comparados con la eternidad?»

—Ya, visto así...

—¿Perdón? —preguntó Hugo.

—No, nada. Hablaba con..., ehm, da igual.

—Le agradezco mucho que haya aceptado al fin hablar conmigo.

Cinta estuvo a punto de admitir que había aceptado por no oír a su marido, que prácticamente le había lanzado un ultimátum: o sacaba a la luz el secreto mejor guardado de Augusto Velasco y dejaba de esconderse tras el disfraz de

Jackie Kennedy o pedía el divorcio. Y aunque cuando se casó con Mauricio no lo amaba, durante esos últimos meses se le había colado bajo la piel. Había demostrado ser mucho más de lo que aparentaba, y había llegado el momento de demostrarle que estaba dispuesta a correr riesgos por él.

—Siento haberlo hecho esperar tantos meses.

—Y yo siento que tengamos que vernos en estas circunstancias. Su hijo...

Cinta lo interrumpió:

—Mi hijo se lo ha buscado. Me duele en el alma verlo así, pero quiero creer que será para bien. Tal vez en la cárcel se aleje de los que lo han metido en el mundo de la droga y salga convertido en un hombre de provecho.

Hugo agachó la cabeza.

Cinta era la madre de Cayetano y no necesitaba oír lo que pensaba sobre él, pero, tras entrevistar a mucha gente, estaba convencido de que el pequeño de los Daurella Altasierra estaba detrás del ataque a Ángel y de la agresión a Folch. Si alguien debía preocuparse eran el resto de los internos con la llegada de Cayetano, no al revés.

—No he perdido el tiempo durante estos meses. He seguido investigando en colaboración con la policía. Hablé con Rosa...

La mirada de Cinta se iluminó al oír el nombre de la que fue mucho más que una asistente para ella y su hermana.

—¡Rosa! ¿Cómo está?

—Pues me imagino que hoy mejor que ayer. Estaba asustada. Sabía que la muerte de Vicenta no había sido un accidente y por eso se escondió, huyendo de Augusto. La encontré y la convencí para que denunciara a Augusto y entrara a formar parte de un programa de protección de testigos.

Cinta alzó las cejas. Ahora entendía por qué su hermana tenía tan buen concepto del periodista.

—Rosa me habló de los veranos en Gandía —comentó él. Cinta se echó hacia atrás en la silla y dejó caer las manos sobre el regazo, perdida en los recuerdos. Un ruido le hizo alzar la vista. Hugo había colocado una grabadora sobre la mesa —. ¿Le importa si grabo la conversación?

Ella negó con la cabeza. Inspiró hondo, soltó el aire lentamente y abrió su

alma.

Le habló de una época que le parecía tan lejana como la de los íberos que poblaron el Levante dejando a la *Dama de Elche* como recuerdo de su paso.

—Los Altasierra y los Velasco eran amigos de toda la vida. Pasábamos los veranos en Gandía y nuestras madres bromeaban con nuestra doble boda desde siempre. Alejandro, el mayor de los Velasco, se casaría con Vicenta y yo me casaría con Augusto.

»Yo era la pequeña y a mí eso de la boda me parecía muy lejano. Me encantaba salir a navegar con los chicos Velasco, tan guapos y deportistas. Nos pasábamos el día en la playa o en el club náutico y por las noches paseábamos y tomábamos helados.

Cinta suspiró.

—Pensaba que aquellos días no acabarían nunca, pero un verano todo cambió. Augusto siempre había sido agresivo..., competitivo, pero ese verano se convirtió en alguien irreconocible. Yo lo miraba con buenos ojos. Siempre pensé que sería mi marido algún día. Me gustaba, me gustaba mucho. Cuando empezó a competir con Alejandro por Vicenta, me partió el corazón.

Sacudió la cabeza.

—Una noche fui llorando a su casa, y me hizo entrar en su habitación por la ventana. Me dijo que me quería... y me lo creí. Me aseguró que yo siempre sería el amor de su vida. Que quería casarse con Vicenta porque era la heredera y sabía que juntos levantarían un imperio, pero que Vicenta era fea y vieja, y que no le gustaba como yo. Vicenta siempre fue mejor que yo en todo, y oírlo hablar así me acabó de enamorar. Me sentí interesante por una vez en la vida, me sentí mujer. ¡Qué idiota fui!

Tomó la taza de té con manos temblorosas y dio un par de sorbos.

—Esa noche perdí la virginidad y até mi destino al de Augusto. Sentí que era mi hombre y que debía apoyarlo en todo. Confiaba en poder hacerlo cambiar de idea sobre lo de casarse con mi hermana. Pensé que lograría que se enamorara de mí... Aún no sabía que Augusto no tenía corazón.

Tragó saliva, inspiró hondo y siguió hablando.

—Ese verano fue largo y caluroso. La tensión fue creciendo. Mi hermana y

yo no nos hablábamos y Alejandro y Augusto no paraban de discutir.

»Una noche en que cenábamos juntas las dos familias, mi padre dijo que estaba seguro de que Alejandro ganaría la regata de ese año. Augusto se enfureció. Se levantó y gritó que el ganador se llevaría a Vicenta y que el ganador sería él.

»Nadie le hizo mucho caso; estaban acostumbrados a sus arranques. Cuando se marchó, lo seguí. Fue al puerto deportivo. Como una idiota, pensé que podría consolarlo y que acabaríamos haciendo el amor en el yate, pero no...

Cinta no pudo contener las lágrimas.

—Tómese el tiempo que necesite.

Hugo le ofreció un paquete de pañuelos de papel. Ella lo abrió y se secó los ojos antes de seguir hablando con la voz entrecortada.

—Cuando lo vi, le dije que se había equivocado de yate. Él no me hizo caso y siguió con lo que estaba haciendo. No entendí nada..., hasta que fue demasiado tarde.

»Al día siguiente, los equipos salieron a la mar. Alejandro pronto se puso en cabeza; nadie dudaba de su victoria. Augusto también participaba, pero ni su nave ni su tripulación podían competir con las de Alejandro. De pronto, el yate favorito empezó a hacer movimientos extraños. La tripulación abandonó sus puestos. Desde tierra lo vimos todo, pero no entendíamos qué pasaba. El yate se hundió, delante de todos. Fue todo tan rápido..., no tuvimos tiempo ni de reaccionar.

»Recuerdo que algunos protestaban porque habían apostado por el yate de Alejandro y acababan de perder la apuesta..., pero aquel día se perdió mucho más.

»Varios barcos salieron a rescatar a la tripulación mientras el yate se hundía. Fueron momentos de gran confusión. Los tripulantes gritaban y gesticulaban desesperados. Todos volvieron a tierra..., menos Alejandro. Su arnés se enganchó a una de las maromas y se hundió en el Mediterráneo. Tardaron una semana en recuperar el cuerpo.

Hugo alargó la mano hacia la grabadora.

—¿Quiere que paremos un rato?

—No, sigamos. Mauricio tenía razón, qué bien sienta quitarme esta carga del pecho.

»Cuando enterramos a Alejandro, ya no éramos los mismos; nada volvió a ser igual. Augusto me convenció de que yo era su cómplice y me amenazó: si le contaba a alguien lo que había visto, mi hermana pagaría las consecuencias.

»Vicenta estaba en *shock*. Todos lo estábamos..., menos Augusto. No sé cómo, nos convenció de que lo mejor para todos era celebrar la boda entre Vicenta y él cuanto antes, para pasar página. Mi cuñado no tiene corazón, pero tiene mucha labia y es muy insistente. Eso lo llevó a la presidencia del Valencia y también al altar.

»Yo, por supuesto, ya no estaba enamorada de él. En mi mente ya no había sitio para sueños románticos, sólo había miedo. Tenía miedo de que a mi hermana le pasara algo, pero también tenía miedo de que se descubriera lo que había hecho Augusto y de acabar en la cárcel.

—Pero usted no sabía que estaba saboteando el yate.

—¡No, claro que no! Pero él me dijo que nadie se lo creería. —Cinta se secó las mejillas—. Pasé meses sin salir de casa, sin ver a nadie. Me entretenía leyendo las revistas que compraba mi madre y empecé a sentirme muy identificada con Jackie Kennedy. Era la viuda perfecta, y así me sentía yo: viuda sin marido.

»Le pedí a la modista de mi madre que me hiciera uno de los vestidos de luto de Jackie y, cuando me lo puse, sentí que me transmitía parte de su fuerza y su entereza. A ese vestido siguió otro y otro... —Se encogió de hombros—. No puedo explicarlo, es como si Jackie y yo fuéramos almas gemelas..., pero eso se acabó. Mauricio me ha pedido que deje de esconderme tras un disfraz y que me dedique a descubrir quién soy en realidad.

Hugo asintió.

—Me parece un buen consejo.

—No sé. Justo ahora, con Cayetano en la cárcel, siento que necesito más que nunca el apoyo de Jackie.

—Sinceramente, creo que el apoyo de Mauricio la ayudará mucho más. He leído mucho sobre los Kennedy; me parecen una familia apasionante, pero su

vida fue un pozo de infelicidad y de falsas apariencias. —Sacudió la cabeza—. Francamente, si hay un clan en el mundo más digno de un culebrón que los Altasierra es el de los Kennedy.

—Pues creo que hay cierto periodista que pretende emparentar con esta familia de telenovela. —Cinta alzó una ceja.

Hugo levantó las manos en señal de rendición.

—No era mi intención, pero ¿qué le voy a hacer? Su sobrina se ha colado en mi corazón.

—Pues, para empezar, ¿qué te parece si comienzas a tutearme?

La pareja se sonrió.

—Será un placer.

Física y química

Días más tarde, Ángela y su hermana estaban sentadas en la cama de Katrina, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la pared. Era una despedida, las dos lo sabían. Tras recoger sus cosas, se habían sentado a descansar un rato. Cada vez lo tenían más claro: el palacete ya no era su casa. Había dejado de serlo antes de que se convirtiera en escenario de un tiroteo y en una propiedad embargada. Dejó de serlo el día en que murió Vicenta.

Katrina le había pedido unos días al entrenador para solucionar asuntos familiares y se había instalado en casa de su hermana. Vilma se había negado a vivir con Rafel antes de la boda, por mucho que él le había insistido y se había mudado temporalmente a casa de la tía de Leyla, con cuatro chicas más. Parecía otra. Aunque era un tópico, el amor de Rafel la había hecho florecer; se había convertido en una mujer mucho más segura de sí misma, que siempre tenía una sonrisa en los labios.

Vilma y Rafel se casarían en primavera, en La Velasqueta, y tras la boda se quedarían a vivir allí. La tía Cinta se había ofrecido voluntaria para ocuparse de los preparativos, y las hermanas se lo agradecían.

—¿Cómo están mis sobrinos? —preguntó Kata.

—Bien. Han vuelto entusiasmados de Nueva York. Ramón ha decidido que quiere jugar en los New York *Niquis*.

—Knicks —la corrigió Kata, aguantándose la risa.

—Eso. Y Miguel ya tiene claro su futuro: quiere trabajar en Las Vegas.

Katrina sacudió la cabeza y soltó un silbido.

—Creo que esta familia tiene culebrón para varias temporadas.

—Sí, «Los Altasierra por el mundo». No quiero ni imaginar que se vayan al extranjero; que uno acabe jugando en Turquía y el otro trabajando en América y... ¿Kata? ¿Me estás escuchando?

—Sí, perdona. Al decir «extranjero», la cabeza se me ha ido...

Ángela ladeó la cabeza.

—¿A los Emiratos tal vez? Lo de papá no tiene nombre. Cada vez que lo pienso...

Las dos hermanas guardaron silencio. Hugo y la tía Cinta habían compartido con ellas lo sucedido en Gandía, y aún les costaba hacerse a la idea de todo.

—Mira, un tipo que mata a su hermano y a su esposa es capaz de cualquier cosa, hasta de enviar a la novia de su hija a la otra punta del mundo, pero no me esperaba eso de Dani.

—Ya, lo entiendo... Si de pronto viera a Hugo convertido en mujer... — Ángela sacudió la cabeza—, menudo *shock*.

Katrina recordó el estremecimiento que sintió al ver a Dani en la puerta de su casa.

—Fue un *shock*, pero no hablo de eso. Lo que me jode es la falta de confianza. ¿Por qué tuvo que pasar por todo sola..., perdón, solo? Si no confía en mí para algo así, ¿cómo quiere que funcione una relación?

Ángela sacudió la cabeza.

—Trata de ponerte en su piel. No estamos hablando de un corte de pelo. Debía de sentir mucho miedo; la inseguridad nos hace cometer muchas tonterías. —Le apretó la mano—. Piensa en él como si fuera una mariposa. Antes de extender las alas, tuvo que encerrarse en sí mismo para volver a inventarse.

Kata alzó las cejas.

—Vamos, que se convirtió en un capullo.

Ángela se echó a reír.

—Algo así. Mira, a mí me importas tú, y está claro que él es importante para ti. Dale otra oportunidad. Date otra oportunidad.

Katrina asintió en silencio y agachó la cara, ocultando una sonrisilla. Aún no se lo había contado a su hermana, pero tenía muchas esperanzas puestas en Dani.

—Quizá, pero no tengo prisa. Estoy disfrutando demasiado haciendo que se lo curre un poco.

—Mírala ella, la *pichuchi*, yendo de dura.

—Pichichi, *sister*, se dice «pichichi».

Ángela sacudió la mano.

—¿Qué más dará? Y ¿qué se hace para reconquistar a una futbolista?

Katrina la miró con los ojos brillantes.

—¿Has visto la pintada que había en el palau de la Generalitat?

—Ehm, no, la estaban borrando cuando he pasado.

—Alguien ha estado haciendo pintadas cada noche.

—¿Algún indignado con la política del gobierno?

Tratando con poco éxito de aguantarse la risa, Kata abrió la galería de fotos del móvil y le enseñó media docena de imágenes. Algunas eran textos; otras, fotos de gatos blancos y negros.

Mientras Ángela revisaba las imágenes, Katrina recordó los últimos días. Una noche Dani le había enviado un mensaje diciéndole que mirara por la ventana. Ella lo hizo, pensando que había ido a buscarla, pero no estaba allí. Poco después se dio cuenta de que Dani pensaba que seguía viviendo en el palacete. Por la mañana temprano, se vistió con ropa deportiva y fue corriendo desde las Torres de Quart hasta más allá de la Porta de Serrans por la zona verde del remodelado cauce del Turia.

No necesitó romper la orden judicial para entrar en la casa porque desde la puerta la vio. En el muro del palacio vecino había una pintada:

TODO EMPEZÓ CON UN BLANCO Y NEGRO CERCA DE LAS NUBES.

—¿Qué significa esto? —preguntó Ángela, señalando la foto que había sacado de la pintada.

Kata sonrió al recordar cuando se escapó del palco de Mestalla para ver la segunda parte del partido desde la grada más alta. Cómo olvidarlo. Aunque Dani la llamara su gata blanca y él se identificara con un gato negro, esa tarde Katrina había empezado a vivir a todo color.

Cada día, los servicios de limpieza borraban la pintada de los muros del histórico edificio, pero, cada noche, un gato negro se deslizaba entre las sombras y dejaba un nuevo mensaje. El siguiente fue:

¿QUIERES SALTAR CONMIGO POR LOS TEJADOS, MI GATA?

Katrina recordó el día en que se escaparon de Enrique saltando desde el tejado del vestuario y huyeron de sus compañeras de equipo porque en su nuevo universo no había espacio para nadie más.

Ángela miró a su hermana de reojo y sonrió.

—Si no fuera porque mi hermana no hace esas cosas, diría que te estás ruborizando, *pikachu*.

—Pichichi.

Ángela deslizó la imagen y leyó un nuevo mensaje:

BATEASTE MI CORAZÓN HASTA LA LUNA. ¿VIENES CONMIGO A BUSCARLO?

—¡Por el amor de Dios! ¿Estas pintadas son para ti?

Katrina asintió y tragó saliva. Tenía las mejillas coloradas, los ojos brillantes y, aunque trataba de no sonreír, no lo lograba. La felicidad se le escapaba por los poros. Ángela nunca la había visto así..., así...

—¡Kata, estás enamorada!

—¡Y ¿cómo quieres que no lo esté?! ¿Tú has visto esas pintadas?

Entre frase y frase, había fotos de gatos blancos y negros, fotos que le enviaba Dani en cualquier momento del día y de la noche para que supiera que estaba pensando en ella. Algunos mininos formaban corazones; otros, el símbolo del yin y el yang; otros miraban por ventanas, pero juntos, siempre juntos.

La última pintada decía:

QUIERO SER EL HOMBRE DE TU VIDA.

—¡Ay, por Dios, Kata, pero qué mono es!

Ella resopló.

—Demasiado. Si como mujer era guapa, como hombre es para babear. Y encima es sensible, atento, detallista y ocurrente. ¡No es justo!

—Estás perdida, hermanita, ríndete ya.

—¿Como tú? ¿Te has rendido ya con Hugo?

Esta vez fue el turno de Ángela de ruborizarse.

—También estoy disfrutando de que se lo curre un poco.

—¡Ajá! —Kata le dio un golpe en el brazo—. Suéltalo todo. ¿Te envía flores? ¿Bombones?

Angie respondió entre risas.

—No, nada de bombones. También me conquista con letras, pero en vez de pintadas, él escribe culebrones.

Katrina arrugó la nariz, sin entender.

—Me envía escenas que escribió durante estos meses, o fragmentos de vídeo. En uno de los culebrones, los protas —Ángela carraspeó— se lo montan contra el tronco de un naranjo.

Kata alzó las cejas y le dirigió una sonrisa irónica.

—¿Tú y él...? —Ángela asintió con una expresión traviesa—. ¡Bien por ti! ¡Y bien por él! Ya me cae mejor.

—Tengo miedo de que vuelva a hacerme daño, pero reconozco que no cambiaría esto por nada del mundo. De joven pensaba que la vida sería apasionante como una serie americana, pero luego me casé con Queco y se volvió aburrida como un programa de deportes. —Kata fingió ofenderse con su comentario—. Con Hugo estoy viviendo una auténtica *pasión de gavilanes*. Nuestras vidas se han convertido en culebrones y, ¡ay, hermanita!, nada engancha tanto como un culebrón.

El agente de la policía judicial que las había acompañado a recoger sus objetos personales llamó a la puerta.

—Me han llamado, tengo que ir a sustituir a un compañero. ¿Han terminado por aquí?

Ángela se levantó.

—Sí, yo ya estoy.

Kata miró hacia la ventana.

Esa noche iba a ser *la* noche. Se moría de ganas de abrazar a Dani, de morderle la boca, de compartir el aire que respiraba.

—Me gustaría acabar de revisar los libros. ¿Puedo quedarme media hora más? Cerraré bien al salir.

El agente titubeó. Sabía que no debería permitirselo, pero la hija pequeña del que aún era presidente del Valencia le gustaba mucho, casi tanto como el fútbol, y le parecía injusto que tuviera que irse de su casa por los mangoneos de su padre.

—No sé.

—No saldré de mi habitación —le aseguró, acercándose coqueta—. No entraré en las habitaciones acordonadas. Y, tal vez cuando vuelva a Barcelona, podría conseguir un autógrafo de Messi.

El agente —que estaba divorciado y tenía un hijo de diez años al que veía menos de lo que desearía por culpa del acuerdo de divorcio— no necesitó más.

—Vámonos. En esta casa no queda nadie. Está vacía.

Ángela le guiñó el ojo a su hermana y siguió al agente.

Kata se tumbó de nuevo en la cama, cruzó los brazos bajo la nuca y se quedó mirando al techo con una sonrisilla en la cara. Y así, pensando en todo lo que le haría a Dani cuando se quedara a solas con él, se quedó dormida.

Horas más tarde, unas voces en la calle la despertaron.

«¡Dani!»

Se incorporó bruscamente. Era noche cerrada. Sin encender la luz, se acercó a la ventana de la casa donde ya no vivía nadie, ni siquiera el fantasma de Vicenta.

Efectivamente, dos agentes de policía estaban hablando con un encapuchado. Aunque iba vestido con sudadera y pantalón negros, no tuvo ninguna duda de que se trataba de Dani.

Su instinto protector se puso en marcha. Sin ponerse ni el abrigo, bajó corriendo la escalera, salió muy digna por la puerta y se acercó a la esquina.

—¿Agentes? ¿Qué está pasando aquí?

Los policías se volvieron hacia la recién llegada.

—Este Romeo, que se ha creído que los muros del palacio son su pizarra

particular.

—¿No podrías enviarle un wasap a tu chica, como todo el mundo?

—Le he enviado dos docenas, agentes, pero no me responde. Algo tenía que hacer.

Los ojos de Kata y de Dani se encontraron y entre ambos saltó una chispa de complicidad que encendió una hoguera de rebeldía.

Kata le dio un empujón al policía que tenía más cerca mientras Dani se zafaba del otro.

—¡Corre! —gritó Dani, pero Kata ya había echado a correr sin necesidad de instrucciones.

Conocía esas calles como la palma de su mano. Se metieron en la calle Calatrava y entraron en la plaza del Negret para despistar a la policía. Bajaron por la calle dels Catalans hasta Corretgeria. Siguieron corriendo por Assaonadors y pasaron frente a la iglesia de Santa Catalina, esquivando barrenderos y repartidores.

Al pasar frente a la chocolatería del mismo nombre donde tantas tardes de chicas había pasado junto a su madre, su hermana y la tía Cinta, se echó a reír.

Dani le dirigió una sonrisa que era pura alegría de vivir.

—No te rías, Gata, que me enamoro.

—Tarde, Cánovas. Estás enamorado hasta las trancas.

—Mierda, me has pillado. ¿Qué te lo ha hecho sospechar?

Katrina entró riendo en la plaza Redona, pero no llegó al centro porque Dani la atrapó y la apresó contra uno de los muros del pasaje, que tenía un aire medieval.

El día empezaba a clarear. Pronto las tiendas abrirían al público y se llenarían de valencianos y visitantes buscando un regalo para la Navidad que ya casi tenían encima. Kata ya había recibido su regalo y decidió que era un buen momento para desenvolverlo. Alzó las manos, le retiró la capucha de la cara y hundió las manos en el pelo rubio de su gato negro.

—No he visto el mensaje que me has dejado esta noche, Banksy.

—¿Quieres que volvamos? —Dani le rodeó la cintura con los brazos, con la vista fija en sus labios.

—¿No te atreves a decírmelo a la cara?

—Prefiero decírtelo en la espalda —susurró él con los labios a un milímetro de distancia—, marcándolo en braille con mis caricias.

A Katrina se le doblaron las rodillas de deseo, y el corazón le repicó como la campana de la iglesia vecina.

Le agarró el pelo con más fuerza, pero no lo besó. Cuando Dani trató de eliminar el espacio que los separaba, ella lo impidió.

—No me niegues tu boca, Kata.

—Eres tú el que me apartó de su vida, el que me negó el aire.

—Perdóname. Tenía miedo de que no lo entendieras, de que me pidieras que no lo hiciera. Tenía que hacerlo.

—¿De verdad crees que te iba a pedir que renunciaras a algo importante para ti?

—No... No lo sé. No me pidas que piense, y menos cuando estás tan cerca. Lo único que sé es que te quiero, que no he dejado de quererte ni un solo día. Aunque estuvieras lejos, estabas en mi mente y en mi corazón todo el tiempo. —Kata suspiró. Sus palabras eran como un bálsamo sobre su alma herida—. Quiero que estemos juntos, poder correr por las calles a tu lado, saltar por los tejados y besarte tres millones de veces cada día.

—¿Tres millones? —Kata alzó las cejas.

—Beso arriba, beso abajo.

—Son muchos besos. ¿Te va a dar tiempo?

—Tendré que empezar temprano.

Kata aflojó las manos que mantenían a Dani a distancia y se fundieron en un beso inevitable, el primero de una eternidad de besos.

El gemido de Dani cuando penetró en su boca fue el mejor desayuno que Kata había probado en años. Se dieron un festín de amor y de entusiasmo, un atracón de manos impacientes, un banquete de lenguas entrelazadas. Aunque ambos tenían el corazón acelerado y la respiración entrecortada por la carrera, se negaban a despegar sus bocas, que habían pasado demasiado tiempo de ayuno y abstinencia.

Sólo el ruido de un vehículo que se acercaba hizo que se separaran y, tras

dedicarse una sonrisa que era la promesa de muchos más banquetes por venir, se dieron la mano y siguieron corriendo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Dani.

—¿Qué me ofreces?

—Vamos, el Mercat Central ya está abierto. Una amiga de mi madre tiene un puesto de fruta.

Poco después, sentados en el suelo del precioso mercado modernista para ocultarse de posibles patrullas de la policía, la pareja compartía un vaso grande de fruta troceada.

Kata pinchó un pedazo de piña tropical y se lo ofreció a Dani, pero antes de que pudiera morderlo, lo retiró.

Él alzó una ceja.

—¿Quieres guerra, Kata? —susurró.

—Quiero que me prometas que, a partir de ahora, pase lo que pase, lo afrontaremos todo juntos.

Los ojos de Dani se iluminaron.

—Tú te has enamorado de mí, pichichi.

—Tú lo flipas.

—Has salido a defenderme como una leona. Sin abrigo, sin la mochila... Me extraña que lleves zapatillas.

—Me dormí con ellas puestas. Pero eso es compañerismo.

—Habrías hecho lo mismo por cualquier compañera, claro.

—La duda ofende.

—Y si invito a cenar a María Salcedo y la recibo así... —Se inclinó hacia Kata y trató de besarla, pero ella lo impidió.

—Pues María te partiría la cara y, cuando ella acabara, ¡empezaría yo!

—Uy, la Gata saca las uñas. —Dani le atrapó la mano—. Ven aquí. No me niegues lo que los dos deseamos.

—¿Quién está negando nada?

—Tú me estás negando tu boca. La necesito. —Se inclinó hacia ella, que le metió el trozo de piña en la boca.

Dani mordió la piña, pero siguió con su plan original y la besó, inundándola

de frescor.

Kata se debatió entre las ganas de echarse a reír, de confesarle a gritos que ella también estaba enamorada de él hasta las trancas y las de salir corriendo hasta el hotel más cercano para arrancarle la boca con los dientes.

Cuando dejaron de besarse y se miraron, supo que él lo sabía y que sentía lo mismo.

—Esto no puede seguir así —susurró con la voz entrecortada.

—No.

—Vayámonos a vivir juntos de una vez.

Dani alzó las cejas un instante antes de iluminar el mercado entero con su sonrisa.

Abrió la boca para responder, pero el teléfono que Kata llevaba en el bolsillo empezó a sonar.

—Es mi hermana —comentó al ver la pantalla—. Qué raro que me llame a esta hora. —Dani asintió para indicarle que respondiera—. ¿Angie, va todo bien?

La cara de Kata le dijo a Dani que no, no todo iba bien.

Narcos

Los reclusos del centro penitenciario de Picassent habían recibido con ganas al presidente del Valencia y a su sobrino. Dentro del claustrofóbico y rutinario universo de la cárcel, cualquier novedad era bienvenida. Nancy Yarisley compartía con ellos centro penitenciario, pero estaban en pabellones distintos.

Mientras esperaba a que le asignaran celda, Augusto compartía una provisional con varios reclusos. Cuando un recién llegado se acercó a saludarlo, él lo miró como si fuera a contagiarle alguna enfermedad.

—Hombre, si es el presi. Ya tardabas en entrar. Deberían haberte trincado cuando fichaste a Iván Helguera. ¡Menudo fiasco!

Augusto se encogió de hombros.

—Si no me encerraron por lo de Karpin, ya ves tú.

—O lo del Nuevo Mestalla —protestó otro preso—. Mi hermana vive enfrente y está harta de verlo a medio construir.

—¡¿Y qué culpa tengo yo de que estallara la burbuja inmobiliaria de los cojones?!

—¿Y de los pagarés, hijo de puta? ¿Tampoco tienes culpa? —lo increpó un tipo demacrado—. Has dejado a mi familia en la ruina. Estoy aquí por tu culpa.

Un funcionario asomó la cabeza.

—Mis padres gastaron los ahorros de toda la vida en un chalet donde pensaban jubilarse, y ¿dónde está el chalet? A lado de tu vergüenza, seguro.

—¡Dejad de tocarme los cojones! ¡Y tú avisa a Cotino de una puta vez! —Se acercó a la puerta—. ¡Cotinooooo, Cotinooooo! No pienso parar de gritar hasta

que ese *remalparit* venga a sacarme de aquí.

Tano estaba sentado en una de las literas superiores de la celda, con la espalda apoyada en la pared y una mueca de suficiencia en la cara. El día de su llegada, en el momento de recoger el uniforme, alguien deslizó una nota entre la ropa. No estaba solo. Desde entonces habían pasado varios días y las cosas iban encajando.

Augusto estaba fuera de sí. No lograba entender que Cotino tardara tanto en sacarlo de allí. No sabía que también había sido detenido y trasladado a otra institución. Se pasó horas gritando que él era el gran Augusto Velasco y que no pintaba nada entre esa purria. Gritó y gritó, a pesar de las advertencias de los guardias y de las amenazas de los demás reclusos que trataban de dormir.

Hartos de su prepotente y escandaloso vecino, un recluso de casi dos metros se levantó, le llevó los brazos hacia atrás y le ató las muñecas al barrote de la litera.

—¡Suéltame, *milhomes, botabancals, animal de sèquiaaaaaa!*

Mientras tanto, el empresario que se había arruinado al comprar pagarés de Nueva Velasierra le quitó los zapatos y los calcetines. Con saña, le metió uno de los calcetines en la boca mientras otro interno lo amordazaba con el otro calcetín.

Augusto se resistió y se retorció como una anguila del delta del Ebro. El asco que le provocó el calcetín sudado lo hizo vomitar y, como el vómito no encontró salida, tuvo que volver por donde había venido. Augusto trató de gritar, loco de rabia, pero lo único que consiguió fue que parte del vómito le fuera a parar a los pulmones. No fue una muerte rápida ni placentera. Trató de pedir ayuda, pero esta vez no encontró a nadie dispuesto a hacerlo, ni por miedo ni por dinero. No pudo pedir ayuda a su hermano ni a Vicenta, ya que se había ocupado personalmente de que abandonaran el mundo antes de hora. Pero tampoco a Cinta, que en otro tiempo lo había amado, ni a sus hijas, ni a Nancy, ni a Rafel.

Buscó a Tano con la mirada y le suplicó que lo liberara. Su sobrino le dirigió

una sonrisa burlona, se dio media vuelta en la litera y se dispuso a dormir.

Solo, retorciéndose en una dura litera, el que había sido el más influyente constructor del Levante español abandonó esta vida.

Cuando a la mañana siguiente los funcionarios descubrieron que uno de los internos estaba muerto, se armó una buena. Y mientras unos gritaban y otros disimulaban sonrisas, Tano siguió las instrucciones de varios de los miembros de la organización para la que pasaba droga.

Cuando Ángela recibió la llamada que le anunció la muerte de su padre, no fue capaz de llorar. Tampoco lloró Katrina cuando, sentada en el suelo de un puesto de frutas del Mercat Central, contestó la llamada de su hermana. Y cuando las hermanas Velasco Altasierra llegaron a Picassent acompañadas de Dani y de Hugo, lo último que podían imaginarse era que el camión con el que se cruzaron en la carretera llevaba algo más que cítricos.

Oculto entre la fruta, Tano —que acababa de meterse un par de rayas y se sentía más poderoso que Pablo Escobar— le había bajado pantalones y bragas a Nancy y la estaba penetrando por detrás. La joven, apoyada en unas cajas de limones, estaba en estado de *shock*. Aunque Cayetano no dejaba de hablar, apenas entendía lo que decía.

—Mi polla te ha echado de menos, mi zorrита rubia. No hace falta que me des las gracias por haberte rescatado. Ya tendrás tiempo de hacerlo durante la travesía. Nos está esperando un barco en Cartagena. Valencia se me ha quedado pequeña. ¡Prepárate, América, que llega Tano, el puto amo!

Durante el viaje, Nancy se recuperó lo suficiente como para pedirle a Cayetano que pasaran por el pueblo a buscar a la pequeña Cleo. Con Marcelo Damián muerto, tenía miedo de que su familia no cuidara de la niña como se merecía.

Quince días más tarde, dos hombres armados abrieron las puertas de una mansión-búnker situada en el desierto mexicano, cerca de Ciudad Juárez, y Tano, Nancy y Cleo entraron en su nuevo hogar, como si fueran una familia feliz a la vuelta de unas vacaciones en Disneyland Orlando.

—¡Qué bueno! Ya llegaron. —Mendoza, el señor de la droga de la región, un gran fan del fútbol en general y de la Liga española en particular, les dio la

bienvenida—. Los enemigos de los rusos son mis amigos —añadió palmeando la espalda de Tano con fuerza—. Tú y yo vamos a llevarnos muy bien, Tanito.

—Caín, llámame Caín, Mendoza.

—Ja, ja, ja, ja. —El capo se acercó a Cleo y le pellizcó el moflete mientras Nancy le sonreía, asustada pero sin que se notara, dispuesta a todo por proteger a su hija—. Bonita familia, Caín. Enhorabuena. —Rodeó a Nancy por el hombro y se volvió hacia Tano con una mirada de advertencia—. Maruca os acompañará a vuestras habitaciones. Espero que nuestra colaboración sea fructífera para todos, por los buenos ratos que tu tío y el Valencia me hicieron pasar. —Señaló a su alrededor. El gran salón estaba lleno de fotos de futbolistas de primer nivel, todas autografiadas—. Pero que no se te olvide que yo de Abel no tengo ni un pelo, Caín. Así que tú sigue mis instrucciones y todo irá bien.

—Por supuesto, Mendoza. —Tano se acercó a darle un nuevo abrazo—. Eres ya como un padre para mí. O, mejor, como mi tío Augusto, al que tanto quise y admiré. La vida me ha arrebatado a mi tío, pero te ha puesto en mi camino.

—¡Brindemos por eso! Rosita, trae el espumoso.

—Sí, señor.

—¡El especial! El cava del Fútbol Club Barcelona.

Tano puso los ojos en blanco, pero antes de que pudiera meter la pata, Nancy le dio un codazo. No se fiaba ni un pelo del maje huevón de Cayetano. Iba a tener que controlarlo hasta que se situara en su nuevo hogar.

—Por nuestro nuevo intendente y su bella esposa —brindó Mendoza.

Tano se echó a reír.

—No estamos casados. A mí no hay mujer que me eche el lazo. Nancy es mi muñeca, pero podemos compartirla.

Ella fingió escandalizarse.

—No le haga caso. ¡Qué cosas tiene! —Alzando la copa, añadió a la caza de información—: Por nuestro amable anfitrión y su bella esposa.

Mendoza se echó a reír.

—He estado casado cinco veces, pero ahora mismo esa plaza está vacante. —Alzó la copa en dirección a Nancy.

Mientras Tano pedía que le rellenaran la copa, Mendoza y Nancy bebieron,

midiéndose mutuamente con la mirada.

Padres e hijos

Fueron unas Navidades raras. La familia estaba de luto a muchos niveles. Si hubieran tenido un GPS familiar, se habría oído una voz de fondo diciendo: «Recalculando, recalculando...».

Cinta aún no había asimilado la pérdida de Vicenta. Cada año, las hermanas Altasierra celebraban las Navidades juntas, la Nochebuena en Benidorm y Navidad en Valencia o viceversa. Sin Vicenta, Cinta no tuvo ganas de organizar una gran comilona. Había pensado en organizar algo íntimo, para los más allegados, pero los últimos acontecimientos la habían abrumado.

La muerte de su cuñado había supuesto un alivio, era absurdo negarlo. Su funeral fue un evento discreto. No hubo homenajes en Mestalla ni largas colas para dar el pésame a la familia. Ni siquiera Cotino y el doctor Correa asomaron la cabeza por el tanatorio, ya que habían seguido los pasos de su socio de trapicheos y habían sido detenidos por varios cargos. El gran Augusto hizo daño a mucha gente y, cuando al fin se marchó, nadie lo lloró.

Tano era una fuente de preocupación inagotable para su madre. Aunque una parte de ella se alegraba de que no estuviera en la cárcel, no podía quitarse de encima un mal presentimiento. Su hijo iba por muy mal camino.

Por suerte, la vida le había regalado a Mauri. Aunque su hijo mayor se pasaba la vida entre Valencia y Madrid y lo veía menos de lo que le gustaría, cuando lo veía o hablaba con él por teléfono desprendía una felicidad imposible de ocultar. Las cosas entre él y su chico, Víctor, iban tan bien que cuando los invitó a pasar la Navidad con Víctor y sus padres en Madrid, Cinta aceptó sin pensarlo.

Cuando se lo dijo a Mauricio, él la abrazó por la cintura y se echó a reír.

—¿Cambiar unas Navidades con el presidente del Valencia por unas con el presidente del Madrid? ¿Por qué no?

Si Cinta se había liberado con la muerte de Augusto, Mauricio se había quitado diez años de encima. Parecía otro. Era como si quisiera recuperar el tiempo perdido. La nueva Cinta —la que ya no se escudaba tras la ropa de Jackie Kennedy y aún estaba redescubriendo su propio estilo— y el nuevo Mauricio estaban viviendo una segunda luna de miel, mucho más satisfactoria que la primera. Iban al cine, a tomar helado, subían al coche y salían a pasar el día sin rumbo fijo, descubriendo calas y preciosos pueblecitos cargados de historia. Cinta se había quitado la faja del alma y por fin respiraba hondo.

Ángela también estaba pasando una buena época. Aunque, cuando le pidió el divorcio a Queco, una de las primeras imágenes que le vinieron a la cabeza fue la de sus hijos comiendo con su padre y su amante de turno, las cosas habían cambiado mucho. Para Queco *el Loco* el divorcio fue un toque de atención. Durante unos días pensó que el juez le negaría la custodia compartida. Sabía que no haría falta ni que Ángela sacara trapos sucios sobre su vida, porque éstos estaban a la vista de todo el mundo en las tertulias y en los programas de *zapping* de los fines de semana. Hasta que se vio ante un juez, no se dio cuenta de que bajarse los pantalones en pleno programa o dar palmadas en el culo de las azafatas no era un buen ejemplo para dos adolescentes.

Que Ángela buscara un acuerdo teniendo como prioridad el bienestar emocional de sus hijos hizo que Queco se diera cuenta de la calidad humana de la mujer que acababa de perder. Sabía que era tarde para recuperarla; Ángela ya nunca más sería su esposa, pero Ramón y Miguel siempre serían sus hijos. Decidió esforzarse en ser un buen padre para ellos.

Y las cosas habían salido mejor de lo esperado. Con catorce y quince años, a los hijos de Ángela no les hacía ninguna gracia ver a su madre con una nueva pareja. Queco le dijo a su ex que les diera tiempo para que se hicieran a la idea y

se ofreció a llevarse a los niños a Barcelona para que pasaran las Navidades con sus abuelos paternos y sus primos. A Ángela le dolió, pero cuando vio las caras de entusiasmo de sus hijos, no pudo negarse.

Y aunque, como madre, echaría de menos a sus hijos, como mujer se estremeció ante la perspectiva de pasar la Navidad a solas con Hugo. Habían alquilado una casa rural en la sierra Calderona. Cuando Ángela le preguntó a Hugo qué requisitos le pedía a la casa, él le había respondido al oído:

—Que tenga chimenea y una alfombra mullida; del resto me ocupo yo.

Y el periodista cumplió su palabra. La noche del 24 cenaron en un restaurante y luego volvieron a casa dando un paseo bajo el cielo estrellado. Tardaron mucho en llegar porque a cada paso se detenían para besarse y buscarse por debajo del anorak. Ángela recorrió un trozo de paseo por encima de un murete mientras Hugo le daba la mano. Por unos momentos, ella sintió que volvía a tener cinco años y él notó una punzada de ausencia al pensar en el bebé al que había renunciado por estar a su lado.

Al abrazarla sentía que había hecho lo correcto. Ángela lo complementaba. A su lado se sentía completo..., o casi. Esperaba que, con el tiempo, las ansias de abrazar a un bebé se calmaran. Se decía que siempre podría disfrutar de los hijos de los hijos de Ángela, pero no acababa de convencerse.

De vuelta en la casa rural, la pareja sacó los regalos que llevaban escondidos en las bolsas de viaje y los intercambiaron frente a la chimenea.

Ángela le regaló unas zapatillas con un *minion* en cada pie, una bata y un pijama negros. Era un regalo sencillo, pero Hugo lo entendió como lo que era: una invitación para que pasara más noches en su casa.

Él le regaló media docena de conjuntos de lencería, de todos los colores.

Cuando ella le dio las gracias, diciendo que ya estaba equipada para todo el año, él se le lanzó encima y le dirigió una sonrisa que fue el mejor de los regalos.

—Si te llegan enteras a Reyes, pantera, puedes denunciarme al sindicato de amantes porque no estaré haciendo bien mi trabajo —le susurró entrelazando las manos de ambos. Levantó los brazos de Ángela por encima de su cabeza mientras la besaba lánguidamente una y otra vez hasta que la Pantera de la Albufera hizo honor a su nombre, se tumbó sobre él y lo devoró.

Y si la Navidad de Ángela fue inolvidable, la de Kata no se quedó atrás. Aunque Merche tenía miedo de que la cena no estuviera a la altura de la hija del presidente del Valencia, cuando ésta entró y le dio un abrazo emocionado, las dos mujeres se olvidaron de las cosas que las separaban y se centraron en lo que las unía: el amor que ambas sentían por Dani.

Mientras ayudaban a poner la mesa y a preparar los entremeses, Dani y Kata estuvieron cuchicheando y robándose besos cuando Merche se daba la vuelta. Y aunque la cocinera pensó que se trataba de cosas de enamorados, en realidad le estaban preparando un regalo sorpresa.

Cuando llamaron a la puerta, Merche gritó:

—¡Abre, Lucas! Seguro que es la del primero, que quiere un poco de Cointreau para echarle al pollo. ¡Cada año igual!

Pero el grito de Lucas le hizo saber que no era la vecina.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada desde la puerta de la cocina, secándose las manos en el delantal—. ¡Aaaaah!

—Hola, Merche —dijo José Antonio por encima de la cabeza de su hijo, con quien se había fundido en un abrazo—. Feliz Navidad.

Kata apenas podía contener las lágrimas, pero más adelante se sintió muy orgullosa de sí misma por haber reaccionado a tiempo y haber immortalizado el abrazo de reencuentro de la familia Cánovas con su móvil.

—Pero ¿cómo? —preguntó Merche acariciando la cara de su marido, sin acabar de creerse que estuviera allí de verdad.

—Pregúntaselo a esa jovencita que está ahí atrás.

—¡Katrina!

Ella se encogió de hombros.

—Si no me hubierais invitado, habría pasado la Nochebuena sola. Qué menos que traer un detallito. —Les guiñó el ojo.

—¡Un detallito! Pero...

—Luego la riñes si quieres. ¿Por qué no me acompañas a la habitación

primero... para dejar la maleta?

—Pero... el asado...

—Yo lo vigilo, mamá —dijo Dani sonriendo—, tranquila.

—¡Tú estabas en el ajo! —exclamó Merche, señalándolo con el dedo pero sin poder disimular la felicidad que sentía—. ¡Ya os vale!

—Eh, que yo no sabía nada —protestó Lucas, que tenía los ojos rojos de la emoción, como todos los demás.

Esa noche, en el piso de la Malvarrosa nadie escuchó el discurso del Rey. Merche y José Antonio se entregaron el uno al otro antes de cenar, y salieron de la habitación una hora después. Merche tenía los ojos llorosos y el corazón lleno de amor. José Antonio parecía poseído por el espíritu de la Navidad. Encendió la radio del salón y buscó una emisora que retransmitiera villancicos.

—¡Pero si tú siempre has odiado los villancicos, papá! —exclamó Dani.

José Antonio se acercó y le rodeó los hombros con el brazo. Padre e hijo llevaban meses hablando por Skype. La aceptación de su padre había sido muy importante para él.

—Las cosas cambian. —Le guiñó el ojo—. Me fui de Valencia teniendo un hijo y ahora tengo dos. Y no hay nada que te haga valorar más lo que tenemos en España que salir al extranjero. ¡Ni te imaginas lo aburridas que son las Navidades en Nueva Caledonia! Pienso pasarme la noche cantando *El tamborilero*, *Campana sobre campana* y *Los peces en el río*. ¿Dónde está la zambomba? ¿Y la pandereta?

Kata miró a Merche, que se había quitado veinte años de encima y reía como una adolescente.

—No tenemos de eso, Toño; nunca hemos tenido.

—Joder, una botella de anís habrá, ¿no?

—Sí, pero es asqueroso —protestó Lucas.

—Asquerosa es la leche de coco y es lo único que bebo desde que me fui de aquí.

Merche respiró más tranquila al entregarle la botella de anís.

—Venga, a cantar todo el mundo. «Hacia Belén va una burra, rin, rin...»

Los Cánovas y Katrina cantaron, comieron, rieron y a las doce se

intercambiaron regalos.

Si Dani había conspirado con Katrina para hacer volver a su padre a casa, también había conspirado con Lucas para el regalo de Kata. A su hermano le había costado más aceptar su cambio de identidad. Aunque el trato entre ellos era el mismo de siempre y su relación dentro de casa no había cambiado, Lucas tenía miedo de la reacción de sus compañeros de instituto, que usaban cualquier diferencia para atacar a los demás.

Buscar su complicidad para conseguir el regalo de Katrina fue una buena manera de interactuar juntos fuera de casa y normalizar las cosas.

Habían ido al taller mecánico del padre de Kevin, uno de los compañeros de Lucas, ya que la gata que vivía en el patio del taller había tenido gatitos. Kevin se había quedado a cuadros al ver a Dani, pero él alzó una ceja y cruzó los brazos ante el pecho, y eso —más su cinturón negro de *kickboxing*— fue todo lo que necesitó para ganarse el respeto del adolescente.

Lucas salió de su habitación con una caja y se la dio a Dani, que no se había separado de Kata en ningún momento.

—Para ti —dijo Dani, ofreciéndole la caja.

Katrina miró a Merche, que se encogió de hombros y negó con la cabeza. Lucas la estaba mirando excitadísimo y Dani la observaba con expectación contenida.

Dejó la caja sobre la mesa y levantó la tapa intrigada. Dentro, entre trozos de tela de tul blanco y negro había un gatito que no debía de tener más de dos meses de vida. Era negro, pero tenía las patas blancas y una franja blanca entre los ojos.

—Ay, Dios, qué cosa tan bonita —exclamó Katrina. Le acarició la cabecita con cuidado y le recorrió la franja blanca.

Aunque era Navidad, ni Kata ni Dani se habían arreglado demasiado. Dani llevaba vaqueros negros y camisa del mismo color, que hacía destacar su pelo rubio. Como de costumbre, Katrina era el yin de su yang, con pantalón pitillo blanco y un jersey amplio, de lana blanca y motivos navideños bordados en lana negra que le había hecho su madre años atrás. Había sido una manera de sentirla más cerca ese día.

—Es blanco y negro, se parece a los dos —comentó Merche.

—¿Es gato o gata? —preguntó José Antonio.

—Gata —respondió Dani—. Como su madre adoptiva, Kata *la Gata*. Bueno, si tú quieres. ¿Quieres que la cuidemos juntos, Kata? —preguntó con una sombra de inseguridad.

Katrina levantó a la gatita por encima de la cabeza, como si fuera un pequeño rey León.

—¡Cómo no voy a querer! Pero ¿tú la has visto? Cosa bonita, cosa preciosa, ¿quién te quiere a ti? ¿Tiene nombre?

—Aún no. Quería que se lo pusiéramos juntos.

—Oreo.

—¿Qué?

—Mira, la cabeza negra y la franja blanca en el centro. ¡Parece una galleta Oreo! ¡Ay, que te como!

—Creo que le ha gustado —comentó Lucas a sus padres, mientras Dani y Kata estaban embobados con *Oreo*, sumidos en la burbuja de la nueva familia que acababan de crear.

—Pues mientras ellos se distraen con la gata, ataquemos los polvorones. — José Antonio le dio un codazo a Lucas—. A ver cuál de los dos dice más veces «Pamplona» con uno de éstos en la boca.

—Id con cuidado vosotros dos, que no me da la gana de ir al hospital en mi día libre —protestó Merche, revolviéndole el pelo a su hijo menor.

Mientras observaba la escena con cariño, pensó que los Velasco tendrían vestidos lujosos, yates y chalets, pero dudaba mucho de que se hubieran sentido alguna vez tan ricos como ella en ese momento. Tenía todo lo que quería en el comedor de su casa. ¿Qué más se le podía pedir a la vida?

El juego de la vida

Primavera de 2018

La boda de Rafel y Vilma fue inolvidable para todos. Durante los días anteriores a la fecha elegida, los invitados fueron llegando a La Velasqueta, que había cambiado mucho desde la primavera del año anterior.

Tonet y Bernarda estaban a punto de irse de la que había sido su casa durante casi medio siglo. Tras la boda, se marcharían con su hija al sur, a disfrutar de una merecida jubilación, pero Ángela insistió en que se quedaran a la boda.

La noche anterior, con la excusa de hacer un ensayo para la ceremonia, les habían preparado una fiesta sorpresa de homenaje y despedida en la que no habían faltado los discursos, los recuerdos a otros tiempos y las lágrimas emocionadas.

La tía Cinta estaba en su salsa. Mauri le había asegurado que no se casaría nunca y, al parecer, sus dos sobrinas tenían la misma absurda idea en la cabeza. Por eso —aunque pensaba insistir para hacerles cambiar de idea a todos— se volcó en la boda de Rafel con la dulce Vilma.

Las cosas entre Hugo y Ángela iban viento en popa. Él la había apoyado en su proyecto de darle una nueva orientación a La Velasqueta. Cerca de la alquería principal habían construido un edificio moderno, de una sola planta, con *jacuzzi* en las habitaciones, donde los clientes pudieran relajarse en plena naturaleza y participar de las actividades agrícolas, pero disfrutando de todas las comodidades.

Los parientes de Vilma habían estrenado las instalaciones. La chica era un auténtico encanto, tan humilde e inocente. Su cara al ver el vestido, los coches de época que llevarían a los invitados hasta la ermita, el menú de la boda... era un poema. Y cuando su madre, sus hermanas, abuelos y primas se unieron a la comitiva nupcial, las exclamaciones fueron constantes.

—¡Vilma Morelia, luces como una princesa!

—Como Cenicienta.

—No, como Floricienta —replicó la abuela.

—Como Fatmagül —aclaró la novia, ruborizándose orgullosa. Había pedido un vestido sencillo como el de su heroína, blanco, con cuello de pico, tirantes, un discreto collar y un ramo de margaritas.

Dani y Kata también estaban allí, al igual que el resto de los Cánovas. Si Rafel y Vilma iban a ser los nuevos masoveros, Merche y José Antonio llevarían el hotelito rural. Cuando Ángela se lo propuso a su hermana y ésta a sus suegros, José Antonio se había echado a llorar ante la perspectiva de no tener que volver a Nueva Caledonia. Merche admitió que echaría de menos la playa de la Malvarrosa, pero no había dudado ni un momento en aceptar la propuesta. Había añorado muchísimo a su marido durante los años de separación. Y su Toño había vuelto más moreno y atlético y, sobre todo, más apasionado. No podía quitárselo de encima, y tampoco le apetecía hacerlo.

La boda se había convertido en un acontecimiento, no social, pero sí familiar. Víctor y Mauri acudieron y despertaron suspiros entre las hermanas y las primas de Vilma por su elegancia.

Kata intercambiaba miradas irónicas con su primo, que no se apartaba demasiado de Víctor, aunque cuando las hermanas de Vilma rodearon a Dani — que estaba impresionante con su pelo rubio corto y su traje negro con camisa negra y corbata del mismo color— fue el turno de Mauri de reírse de la expresión celosa de Kata.

Pese a que su tía le había dicho que no era de buen tono ir de blanco a una boda, a Katrina le dio igual. El blanco y negro era su código de pareja y no le importaba la opinión de los demás. Se puso un vestido largo, con bastante vuelo,

de color blanco roto y con dibujos de gatos negros alrededor del ruedo de la falda.

Al celebrar la boda a principios de mayo, los frutales se ocuparon de buena parte de la decoración. El azahar perfumaba el aire y el suelo se llenaba de pétalos blancos esparcidos por el viento, como si la naturaleza se uniera a la fiesta.

La comitiva se desplazó hasta una ermita situada en lo alto de la sierra en preciosos coches de época alquilados para la ocasión.

La tía Cinta se había convertido en una auténtica mecenas de la moda valenciana. Cuando se corrió la voz de que buscaba un nuevo estilo, empezaron a lloverle propuestas de jóvenes diseñadores de la escuela de Valencia y se enamoró de varios de ellos. Para la boda había elegido un favorecedor modelo dos piezas en color coral, que hacía resaltar su pelo moreno.

Ángela había elegido un vestido negro, de inspiración años veinte, y llevaba el pelo recogido en un moño bajo. Hugo no dejaba pasar ninguna oportunidad para recordarle que era la más guapa de la fiesta con diferencia. A ella eso le daba igual, pero le agradaba gustarle y, sobre todo, le encantaba que le susurrara palabras al oído.

Aunque Ramón no había podido acudir desde Estados Unidos y Miguel había preferido ir a la ermita junto a su tía Katrina, la relación entre Hugo y los hijos de Ángela no era demasiado incómoda. Él no trataba de ocupar el lugar de su padre, y eso hizo las cosas más fáciles.

Rafel era el hombre más feliz del mundo. Los gritos, los insultos, la poca consideración de Augusto, todo lo daba por bien pagado al ver la cara ilusionada de su novia.

Tras el intercambio de anillos y de promesas de amor eterno, los invitados volvieron a La Velasqueta, donde comieron, bebieron y bailaron hasta la madrugada.

Sentada junto a su hermana, Ángela sonrió al ver bailar a sus tíos al ritmo de un animado son caribeño. Hugo se acercó con cuatro copas y las dejó sobre la mesa. Dani le ofreció una a Katrina y Hugo alzó una ceja ante el gesto propietario del joven.

Las dos parejas habían empezado a salir juntas al menos una vez por semana. Hugo y Dani se llevaban catorce años y no coincidían en casi nada, ni en la música, ni en las series ni en los libros. Hugo, acostumbrado a estar con sus amigos de toda la vida, se sentía muy anciano junto a Dani. Por primera vez en su vida supo lo que era sentirse un «cuñado». Dani y él sólo tenían una cosa en común: su amor por las hermanas Velasco Altasierra, y les bastaba.

Sin embargo, esa noche, entre la música, el perfume del azahar y el alcohol de los combinados que llevaban varias horas consumiendo, las dos parejas estaban más desinhibidas de lo normal. Empezaron hablando de *Oreo* y de la sorpresa que se habían llevado durante la última visita al veterinario.

—Cuando el veterinario salió de la sala y fue a buscar a su colega, se me hizo un nudo en el estómago —les contó Katrina—. Pensaba que tenía algo grave.

Ángela frunció el ceño.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque no es nada grave. —Kata y Dani se miraron y se echaron a reír—. Es sólo que ha salido a su padre en todo. No es gata, es gato.

—¿Será posible?! —Ángela y Hugo se unieron a sus risas.

Una hora más tarde, la conversación había derivado hacia temas más serios. Hugo contó que no tenía hermanos y que, desde que sus padres murieron, sentía la necesidad de formar una familia propia, de saber que había alguien en el mundo con quien compartía un vínculo de sangre.

Al darse cuenta de que Ángela bajaba la mirada entristecida, trató de cambiar de tema.

—¿Os apetece que vayamos a Elda a Moros y Cristianos?

—¡Podemos hacerlo! —exclamó Kata.

—Sí, claro. Buscaré hotel...

—No digo a Moros. Podemos tener un hijo.

Dani frunció el ceño.

—Kata, yo...

Katrina se puso en pie y alzó los brazos como si hubiera tenido una revelación.

—Sé que a Angie le gustaría darte un hijo, pero no puede.

Ángela miró a su hermana con curiosidad. Era cierto, habían hablado del tema alguna vez, pero no entendía adónde quería ir a parar.

—Y a mí también me gustaría ser madre.

—Pe... pero me dijiste que te daba igual —Dani pareció dolido.

—Y cuando te lo dije era verdad, pero las cosas cambian, Dani; creo que tú puedes entenderlo mejor que nadie. Desde que tomé a *Oreo* en brazos, se despertó algo en mi interior. Siempre quise tener hijos, pero no tenía prisa; me parecía que tenía toda la vida por delante. Y luego me enamoré de ti. —Todos la observaban en silencio. No era normal en Katrina abrirse de esa manera—. Nunca me imaginé que el amor pudiera ser así. Cada día te quiero más y no me imagino la vida sin ti. No te cambiaría por nada y sé que sería feliz a tu lado, con *Oreo*, pero si Hugo quisiera...

Dani se estaba poniendo muy nervioso. Se levantó también y empezó a andar alrededor de la mesa mientras de fondo sonaba *Paquito el Chocolatero*.

—Que yo me entere, Kata. ¿Estás diciendo que quieres tener un hijo con Hugo?

Ángela miró a su novio, que había palidecido.

—¡No! ¡Estoy diciendo que quiero que tengamos un hijo los cuatro!

Dani se pasó las manos por la cabeza y resopló varias veces.

—No sé cómo voy a soportar que te ponga las manos encima, pero si es lo que quieres...

—No haría falta —replicó Hugo, que empezaba a ver por dónde iban los tiros—. Para eso está la inseminación artificial.

Dani le dirigió una mirada asesina. Acababa de descubrir que no le gustaba oír la palabra «inseminación» ligada a Kata y a otro hombre. Odiaba pensar que cualquier parte de Hugo entrara en contacto con ella, aunque fuera un insignificante espermatozoide. Un espermatozoide que crecería y crecería y acabaría convirtiéndose en... una niña igual que Kata, alegre, valiente y generosa, una niña...

—¿Dani? —Kata se había plantado ante él y le había tomado la cara entre las manos.

—Con una condición —susurró él.

Katrina alzó una ceja.

—Que sea niña.

Kata iluminó la noche con su sonrisa y Dani supo que haría lo que fuera para que esa sonrisa no se apagara nunca.

Hugo se agachó frente a Ángela y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Quieres, Angie? ¿Quieres tener un bebé conmigo? —Ella no dijo nada. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. No hace falta que respondas ahora. Piénsalo. Un hijo es para toda la vida y tú ya has tenido dos. Si no te apetece, lo entenderé.

Ángela negó con la cabeza y Hugo sintió que se le caía el alma a los pies. Por un momento se había permitido soñar, pero no, era demasiado perfecto; no podía ser real.

—No me lo puedo creer —susurró Ángela.

—Olvidalo, de verdad. No he dicho nada. —Hugo fue a incorporarse, pero Ángela se echó hacia delante y le rodeó el cuello con los brazos.

—No me puedo creer que no se me haya ocurrido a mí. ¡Es... perfecto!

—¿Lo dices en serio?

Ángela asintió emocionada.

Hugo, eufórico, se puso en pie y tiró de los brazos de Angie para que se levantara. La lanzó hacia el cielo y la sujetó por debajo de las nalgas. Dio una vuelta y cayeron al suelo entrelazados.

—¡Angie! —Kata se lanzó al suelo a su lado.

—¿Estás bien? —Dani le ofreció la mano a su cuñada, pero, en vez de levantarse, Ángela tiró de su mano y lo hizo caer junto a los demás.

—¡Anda, mamá, ya te vale! —la reprendió Miguel, que pasaba por allí haciendo la conga entre dos de las primas de Vilma.

Dani y Kata se echaron sobre Ángela y Hugo formando un nudo de risas y amor sobre el patio de La Velasqueta. Un nudo de vida, de miedos y de esperanza en el que tal vez, dentro de unos meses, germinara una nueva vida.

¿Un niño?

¿Una niña?

Como Dani y Oreo se habían encargado de demostrar, eso no tenía la más mínima importancia. Lo único importante era que llegaría a un hogar donde lo

recibirían con los brazos abiertos.

Hugo se inclinó sobre Ángela y le retiró el pelo de la cara.

—Una niña, será una niña y se parecerá a ti. —La besó en los labios.

—Bueno, ya sabes que a mí se me dan mejor los niños. —Ella le acarició la mejilla y le devolvió el beso—. Si sale niño no lo echarás de casa, ¿no?

Él le hizo cosquillas en la cintura. La risa de Ángela era su sonido favorito en el mundo.

—No. Siempre puede cambiar de género cuando se dé cuenta de que las mujeres moláis mucho más.

—Por una vez te doy la razón, cuñado —intervino Dani, que, tumbado en el suelo, recibía los besos de la gata que se había encaramado sobre él.

Kata se volvió hacia su hermana y, recordando la película *La llamada*, que habían visto juntos los cuatro hacía poco, susurró:

—¿Lo hacemos y ya vemos?

Ángela levantó la mano y Kata se la palmeó. Hugo rodeó sus manos y Dani se unió a ellos.

—¡Lo hacemos y ya vemos! —repiteieron los cuatro a la vez.

Narcos. Segunda temporada

México, un año más tarde

Tano soltó una carcajada al ver a Mendoza muerto a sus pies.

—No hace falta que te levantes, ya conocemos el camino. —Lo empujó con el pie para que cayera al agua de la piscina donde tantas horas habían pasado Nancy y la pequeña Cleopatra jugando bajo la mirada lasciva del capo—. Gracias por la hospitalidad, Mendoza, pero mi muñeca y yo tenemos planes más ambiciosos que ser tus intendentes. —Se volvió hacia Nancy y señaló el coche que los esperaba—. ¡Date prisa, nos vamos!

Ella miró hacia el cielo.

—¿Qué miras? ¡Entra en el coche, mujer!

—¿No oyes nada? —preguntó Nancy, abrochándose la cazadora de cuero por encima de Cleopatra para tener las manos libres.

Tano, con una pistola en cada mano, se volvió hacia donde ella señalaba. Instantes después, un helicóptero ligero aparecía sobre el muro de la finca como una libélula enfurecida.

Tano se volvió buscando a los hombres que había sobornado para que lo ayudaran a matar a Mendoza, pero todos habían desaparecido.

—Pero ¿dónde cojones se han metido? ¡Al coche, Nancy!

Mientras apuntaba al helicóptero con la pistola, ella se dirigió hacia el Range Rover, pero en vez de meterse dentro, subió al morro y, de allí, al techo.

—Pero ¿qué haces, estúpida? —bramó Tano, disparando al aire y fallando al

mismo tiempo que una ráfaga de ametralladora lo cosía de arriba abajo.

Las cinco rayas que se había metido antes de enfrentarse a Mendoza y la adrenalina que le corría por las venas hicieron que no sintiera el dolor.

—Pero ¿qué coño...?

El helicóptero maniobró ágilmente y dio una vuelta antes de regresar. Tano alzó la mano para volver a disparar, pero al mirar a Nancy de reojo, vio que ella lo estaba apuntando desde lo alto del vehículo.

—¡A mí no, inútil! ¡Apunta al helicóptero!

Sin saber cómo, Cayetano se encontró en el suelo. La bala de Nancy le había alcanzado en la cabeza, porque la sangre se le colaba en los ojos, haciendo que el paisaje se tiñera de rojo.

—¡A Nancy Yarisley se la respeta, majee!

Desde lo alto del Range Rover, ella lo contemplaba con desprecio y frialdad. Dos manos salieron del helicóptero y la ayudaron a subir. Lo último que vio Tano antes de abandonar este mundo fue la mano de Nancy dedicándole una imperial peineta antes de tomar posesión de su nuevo trono, al lado de uno de los hijos de Mendoza.

El joven capo, con quien Nancy llevaba tiempo preparando el golpe en secreto, cogió la mano de ésta y la besó.

—Magnífica, madre de faraonas. Estuviste magnífica. Tú y yo vamos a hacer grandes cosas juntos.

Ella acunó a Cleopatra, que —tan acostumbrada al ruido de las balas como la hija de un pirotécnico a los petardos— seguía durmiendo apaciblemente. Tras darle un beso en la cabecita y prometerle una vez más que nunca le faltaría de nada, se volvió hacia el ambicioso joven, que difícilmente llegaría a viejo.

«Hasta que yo quiera, majee baboso, hasta que yo quiera.»

Amarte así, Frijolito

La Velasqueta, tres años más tarde

—¿Otro vaso, Cinta? —preguntó Merche, que llevaba puesta una de las camisetas que vendían en la tienda de la alquería, una con un dibujo de limones saltarines y la frase «Si la vida te da limones, haz limonada».

Sentados en el patio de La Velasqueta, Cinta y Mauricio observaban divertidos a *Oreo*, que jugaba con un niño y una niña de unos tres años. Merche llevaba una jarra en cada mano, una de limonada y otra de zumo de naranja recién exprimido.

—No, gracias, Merche.

—Yo, sí —dijo Mauricio—, naranjada esta vez, gracias.

—¡Yaya Merche! *Oreo* tiene sed.

—¡¿Ah, sí?! —Merche dejó las jarras sobre la mesa y levantó en brazos a su nieto Abel, mientras la pequeña Fátima —la hija de Vilma y Rafel— trepaba al regazo de Cinta.

No le había resultado fácil superar la muerte de Cayetano; un hijo es un hijo, por muy torcido que salga. Por eso cuando sus sobrinas hicieron realidad su sueño de tener un bebé entre cuatro y le ofrecieron ponerle el nombre de su primo, que acababa de morir en medio del desierto mexicano, Cinta les agradeció el gesto, pero se negó. Ese niño era una página en blanco, un cuaderno sin estrenar. No merecía llegar al mundo con semejante lastre.

De todos modos, de manera indirecta, Cayetano influyó en la elección del

nombre del pequeño. Durante su salida de la comisaría Tano los había sorprendido al gritar que lo llamaran «Caín». Fue un momento que quedó grabado en la mente de todos. Durante las largas conversaciones que tuvieron para elegir nombre, Hugo comentó:

—¿Y por qué no Abel?

Al principio, lo descartaron.

Dani y Kata querían nombres neutros, que pudieran servir tanto para un niño como para una niña. Dani se decantaba por nombres geográficos como París o Sídney. Kata prefería otros más clásicos, como Álex o Pau. Ángela propuso Charlie, y Hugo dijo que quería esperar a verle la cara.

Y, cuando nació, los cuatro se pusieron de acuerdo casi sin discutir: tenía cara de Abel. Era un niño feliz y muy sociable, acostumbrado a dormir en cualquier parte.

Fátima era su mejor amiga. Sus padres también habían discutido mucho sobre los nombres. Rafel había propuesto que si era niña se llamara Vicenta, como la malograda señora Altasierra. A Vilma le hacía ilusión que se llamara Fatmagül, pero a él le costaba recordar ese nombre y acordaron dejarlo en Fátima, que se le parecía.

Oreo había crecido mucho. Al principio, Dani se lo llevaba consigo a Valencia entre semana, pero pronto el gato dejó claro que odiaba los viajes en coche. Sus amos podían pasar fuera el tiempo que quisieran; si no sabían valorar su compañía, era su problema, pero él no los necesitaba para nada, ya que en La Velasqueta nunca faltaban humanos que le dieran de comer.

El gato se había convertido en el compañero de juegos inseparable de Abel y Fátima. Probablemente los echaría de menos cuando los dos pequeños empezaran el colegio al curso siguiente, pero nadie se daría cuenta; era demasiado divo para airear sus emociones. Eso se lo dejaba a los perros de la alquería, aquellos seres sin el menor rastro de dignidad que se pasaban el día saltando alrededor de los humanos.

Kata se había retirado provisionalmente del fútbol profesional durante el embarazo y los primeros meses de vida de Abel, pero luego *el Huracán Katrina*

—como la llamaban los periodistas deportivos— volvió a Barcelona y acababa de ganar su segundo pichichi tras haber marcado cuarenta goles esa temporada.

Dani había conseguido ya el grado medio como técnico deportivo y estaba a punto de empezar el grado superior. Seguía dando clases de artes marciales y entrenaba a un equipo infantil mixto en Valencia, pero su sueño era entrenar a Kata algún día, y sabía que lo más importante para conseguir algo era desearlo con todas sus fuerzas.

Ángela y Hugo se habían mudado a La Velasqueta. Mauri vivía en Madrid con Víctor y en las oficinas de la plaza de la Reina quedaba una mínima plantilla, encabezada por Rita. Cada mañana, Ángela, Mauri y Rita se conectaban mediante videoconferencia para tratar los temas más urgentes; el resto de los asuntos los trataban por correo electrónico.

Hugo había dejado el periodismo de investigación y los guiones de telenovela, pero no había dejado de teclear ni un solo día. Su primera novela — que había basado libremente en la historia de los Velasco y a la que había puesto por título *Si la vida te da limones, haz culebrones*— había sido un éxito de ventas en la Feria del Libro de Valencia. La habían presentado en sociedad un grupo de simpáticas blogueras que organizaban un café literario y que se habían pasado media entrevista suspirando cada vez que Hugo les respondía bromeando con su voz grave y profunda.

—¿En quién te inspiraste para escribir el personaje de Hat Trick? —quiso saber Patricia, una de las blogueras.

—¡Eh, que tú estás casada! —le había echado en cara su colega María Pilar.

—Es para una amiga. —Patricia le había guiñado el ojo a Hugo, que las miraba divertido.

—Bah, ese tal Hat Trick es como una botella de gaseosa. Si la sacudes un poco, pierde toda la fuerza.

—¡Yo! —había exclamado María, otra bloguera—. ¡Me ofrezco voluntaria para sacudirle la botella!

Desde las sillas del público, con Abel en brazos, Ángela no había podido aguantarse la risa.

A Hugo se le caía la baba con su hijo. Cuando alguien le recordaba que él

quería una niña, ponía los ojos en blanco y decía que no sabía de qué le hablaban.

Desde la ventana de su estudio, en la casa principal de La Velasqueta, se asomó y saludó. Había acabado un capítulo de su segunda novela, basada en la historia de una humilde muchacha centroamericana que había acabado siendo una leyenda entre las bandas de narcotraficantes más importantes y despiadadas de México. Le había costado un poco, pero le gustaba cómo había resuelto el final de ese capítulo; ese día ya no iba a escribir más.

—¡Papá Hugo, ven a jugar!

—¡Voy! ¡Guárdame un poco de zumo, que *Oreo* se lo quiere tomar todo!

—¡*Oreo*, que te veo! —exclamó Abel, repitiendo la frase que siempre usaban Kata y Dani para reñirlo.

El ruido de un vehículo pesado fue acercándose cada vez más. Cuando Hugo llegó al patio, Ángela entraba al volante de un tractor, con el pelo recogido en una cola de caballo atada con un pañuelo rojo, una camisa del mismo color y un peto vaquero.

Hugo la recibió con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa orgullosa. Cuando empezó a investigar los negocios turbios de Augusto Velasco había quedado fascinado por su hija mayor. Le parecía fría y distante, pero algo le había dicho que ocultaba un corazón cálido en su interior. Y, sí, no sólo su corazón; toda ella era fuego cuando se quedaban a solas. Más de una noche se escapaban para recordar su primer encuentro contra el tronco del naranjo, junto al escondido bergamote. El artículo sobre los fraudes de Augusto le había abierto muchas puertas, pero la única que realmente le interesaba era la del corazón de Ángela. Podía ganarse la vida de muchas maneras, pero sólo había una mujer como ella en el mundo.

Rafel y José Antonio, que iban en el remolque de la fruta, saltaron antes de que el tractor acabara de detenerse y los niños fueron corriendo a saludar a su padre y a su abuelo.

Hugo se acercó a la cabina y ayudó a bajar a Ángela; no porque ella lo necesitara, sino porque nunca se cansaba de tocarla. La pegó a su cuerpo y dejó que se deslizara muy lentamente hasta que sus pies tocaron el suelo.

—¿Me has echado de menos, escritor? —La sonrisa de Ángela era limpia y brillante, como la luz de mayo al mediodía.

—Siempre, mi pantera —replicó él sin soltarla.

—Ya lo noto. —Angie deslizó las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y lo atrajo hacia sí—. Diría que tienes la pluma a punto para escribir un nuevo capítulo.

—Sólo si subes conmigo. Te necesito, Ángela, eres mi inspiración. —Hugo la besó en el cuello, debajo de la oreja, en el punto justo que provocaba que a ella se le doblaran las rodillas y las neuronas se le fueran de vacaciones a Benidorm.

Ángela gimió, pero un par de bocinazos cortaron la fiesta antes de hora. Hugo gruñó al reconocer la voz de Dani.

—¡Buscaos un hotel! Me han dicho que hay uno aquí cerca que no está mal.

—Tan oportuno como siempre, cuñado.

Kata bajó del coche gritando, pero ni siquiera saludó porque estaba demasiado ocupada abrazando a Abel y a Fátima, que se habían abalanzado sobre ella.

—Nos acaban de dar el certificado de Calidad Turística, así que, sí, creo que no está nada mal nuestro hotelito —comentó alegremente Ángela, que siempre se empleaba al máximo por conseguir la excelencia, hiciera lo que hiciese.

Estaba orgullosa de La Velasqueta y de los frutos que la tierra les daba gracias a los cuidados y al trabajo de todos, pero sobre todo estaba orgullosa de la familia que habían construido.

La hacía muy feliz saber que Ramón había entrado en una universidad de Nueva York con una beca deportiva y que iba camino de cumplir su sueño. Y también se alegraba muchísimo del cambio que había dado su hijo pequeño, Miguel. Las imágenes de su héroe Cayetano, acribillado a balazos, lo habían marcado mucho. Había estudiado el bachillerato en Madrid y, aunque vivía con su padre, se veía a menudo con Mauri y Víctor. En una sesión de teatro amateur, Miguel había descubierto su vocación y al año siguiente empezaría a estudiar Arte Dramático. Se había olvidado por completo de sus veleidades homofóbicas, y Ángela se alegraba mucho de ello.

Queco *el Loco* seguía con su vida de tertulias nocturnas, gritos y excesos. A

diferencia de su hijo, era un perro demasiado viejo para cambiar de costumbres.

Hugo y Ángela se acercaron a Kata, que acababa de levantarse. Mientras Abel abrazaba a su papá Dani, las hermanas se fundieron en un abrazo.

—¡Bienvenida, campeona! —Ángela la llenó de besos—. ¡No veas la cena que ha preparado Merche para celebrar que eres la *pochola* de la Liga!

—Pichichi... Oh, qué más da, ja, ja, ja. ¡Qué ganas tenía de veros! Os he echado mucho de menos.

Dani y Kata habían pasado la noche en la casa de Gandía, haciendo el amor en la azotea, bajo las estrellas, a salvo de miradas indiscretas y de interrupciones inoportunas. Vivir en una especie de comuna familiar era fantástico, pero tenía sus desventajas.

Dani rodeó a Kata con un brazo mientras sostenía a Abel con el otro y, juntos, se acercaron a abrazar a Merche y a José Antonio. Lucas, que estudiaba en Valencia, no tardaría en visitarlos.

Abel miró por encima del hombro de Dani y le lanzó un beso a Ángela, que se lo devolvió con el corazón tan lleno de amor que sintió que estaba a punto de estallarle en una *mascletà* de emociones. Aunque a este hijo no lo había llevado en el vientre durante nueve meses, lo quería exactamente igual que a los otros.

Hugo la atrajo hacia sí y la besó en la cabeza. Ella lo abrazó por la cintura, alzó la cara y le devolvió el beso en los labios, diciéndole con la mirada lo mucho que lo quería.

—Yo también, Velasco. Yo también —susurró él con los ojos brillantes, demostrándole que no había perdido su olfato como periodista de investigación.

Juntos echaron a andar detrás de su hijo, ese precioso niño que era al mismo tiempo su sobrino y que llenaba de alegría la vida de todos.

Ángela no sabía qué les depararía el futuro, pero estaba segura de que su hijo crecería querido y que podría contar con la fuerza de su familia para sacar adelante cualquier locura que se le ocurriera, siempre y cuando no se tratara de construir rascacielos mastodónticos ni tirolinas que cruzaran mares.

Porque, aunque en otra época la prensa había vendido sus vidas con titulares del tipo «Los Velasco, una familia ejemplar... ejemplarmente dividida», las cosas habían cambiado mucho.

Su padre se tiraría de los pelos al ver lo que para él sería la caída en desgracia de la familia, que se había deshecho del palacete y de la presidencia del Valencia entre muchas otras cosas, pero sabía que Vicenta se sentiría feliz al verlos así, unidos, relajados y felices.

Porque Ángela había entendido que en realidad lo que une a las personas es algo mucho más fuerte que la sangre. El amor no se ve, pero lo impregna todo, igual que la pólvora se adueña del aire de Valencia durante las Fallas.

Vicenta había amado a Alejandro hasta el día de su muerte y fue su cara lo último que vio al abandonar este mundo. Merche no había dejado de amar a su marido ni siquiera cuando el paro y el alcohol estuvieron a punto de acabar con él. Fue el amor el que habló por su boca cuando le dio el ultimátum que lo envió al otro extremo del mundo y le salvó la vida.

Porque, a veces, amar nos lleva a alejarnos del ser amado. Eso es lo que hizo Rafel, al creerse demasiado viejo para Vilma; o Mauri, para proteger a Víctor, o Dani, queriendo volver a la vida a Katrina convertido en un hombre nuevo. Pero, cuando el amor es verdadero, la distancia no lo borra. Es como si el alma de la persona enamorada quedara congelada en el instante de la separación y su cuerpo siguiera adelante por inercia. Vicenta sabía mucho de eso, pero no era la única.

Víctor y Mauri habían retomado su relación en el punto en que la habían dejado porque sus almas no habían roto su conexión. Lo mismo les pasó a Kata y a Dani, y lo mismo le había pasado a ella con Hugo. Por mucho que hubiera dudado y hubiera tratado de protegerse por miedo al dolor, Hugo nunca había salido de su corazón.

Todos ellos formaban parte de una renovada familia. La superficialidad del palacete y del palco había dado paso a una relación mucho más relajada y auténtica, fértil como la tierra de La Velasqueta, variada como los cítricos que cultivaban y acogedora, con sitio para todo aquel que se acercara.

Merche, José Antonio, Lucas, Rafel, Vilma, Fátima..., todos formaban parte de ella. Porque, en contra de lo que muchos pensaban, lo que nos convierte en familia no es la sangre, sino el amor, y el amor no tiene apellido, ni género, ni color, ni edad.

—¡Miiaaauuuu! —protestó *Oreo*, frotándose contra su pierna.

Ángela se echó a reír.

—No me olvidó de ti, *Oreo*. Tú también formas parte de esta familia.

Satisfecho, aunque cuidándose mucho de demostrarlo, el gato se encaramó de un salto a un árbol cercano. Arqueó el lomo mientras la gran familia se fundía en abrazos y palmadas en la espalda, alzó una ceja irónica, dio una elegante vuelta sobre sí mismo y se tumbó a dormir, acunado por la brisa perfumada que movía las hojas del limonero.

Agradecimientos

Con esta novela he querido hacer un homenaje a los culebrones, que tanto gustan y que tan pocos reconocimientos reciben. Casi todos los títulos de los capítulos son nombres de telenovelas que han sido emitidas en algún lugar del mundo. Sabía que había muchos, pero no me imaginaba que fueran tantos. ¡Hay miles!

Tras situar a mis personajes en Barcelona, Cádiz, la Mancha, el Caribe, Reinosa o un convento a caballo entre León y Cantabria, esta historia me pedía luz y pólvora, por eso me la llevé a Valencia. Espero haber sabido captar la exuberancia de esa preciosa *terreta*.

No descubro nada nuevo si digo que poca gente hay en el mundo tan abierta, alegre y generosa como los levantinos. Quiero dar las gracias a mis compañeras Olivia Ardey y Carla Crespo, por aclararme dudas varias sobre temas como los bocadillos que se venden en el estadio de Mestalla. Parece una tontería, pero cambiar un frankfurt por un blanco y negro marcó la relación de Kata y Dani y, por tanto, la novela entera.

Gracias también a Carmen Calatrava, María Pilar Gómez, Patricia Rozalén Bonet y María Gardey por invitarme al café literario de Valencia mientras estaba escribiendo esta novela. Gracias a vuestra invitación pude perderme por la ciudad, tocar los muros de los pasajes que llevan a la plaza Redona, imaginarme — mientras me zampaba un chocolate— a Vicenta y a sus hijas en la chocolatería Santa Catalina y disfrutar de la luz que se cuela por las vidrieras de la estación y del Mercat Central.

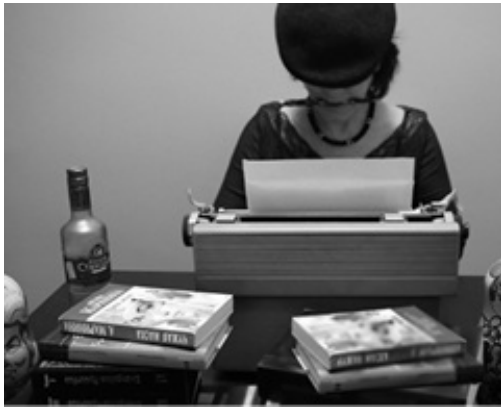
Gracias a Pili Doria, a Patricia Menéndez Barbado y a Marga Cubillas Meco, espero que disfrutéis con esta novela tan futbolera.

Gracias a Dona Ter, por todo.

Gracias a Esther Escoriza, por creer en mis locuras.

Y gracias a ti, por leerlas.

Biografía



Lara Smirnov es una autora empeñada en alegrarles el día a sus lectoras. Le gusta hacerlas viajar por escenarios exóticos, despertarles una sonrisa y provocarles un agradable calorcillo en el corazón o en otras partes del cuerpo. Si lo logra y las lectoras se lo cuentan por las redes sociales, la hacen muy feliz.

Además de *El Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar*, *El Golfo de Cádiz y la Cabo de Buena Esperanza* y *Quiero una boda a lo Mamma Mia*, en el sello digital Zafiro ha publicado *Golfeando*, *Allegra ma non troppo* y *Las manos quietas, que van al pan*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/LaraSmirnovAutora>

https://twitter.com/lara_smirnov

<https://www.instagram.com/larasmirov/>

Referencias a las canciones

Mayores, Kemosabe Records, interpretada por Becky G y Bad Bunny. (N. de la e.)

Reggaetón lento (Bailemos), Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por CNCO. (N. de la e.)

I Follow Rivers, Warner Music UK, interpretada por Likke Li. (N. de la e.)

La vida entera, Sony Music Entertainment México, S. A. de C. V., interpretada por Camila y Marco Antonio Solís. (N. de la e.)

Notas

- [1.](#) «¡Si te pillo, te reviento, malnacido!»

Si la vida te da limones, haz culebrones

Lara Smirnov

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lara Smirnov, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19418-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

